



HQN™

**Carmen
Ruiz**

Bailando
en la
tempestad





HQN™

**Carmen
Ruiz**

Bailando
en la
tempestad



Bailando
en la
tempestad

Carmen Ruiz

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 María Carmen Ruiz Rojo
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Bailando en la tempestad, n.º 305 - septiembre 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1375-904-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para mi madre, el faro que alumbra mi
camino.

Para mi padre, mi ángel de música.

Capítulo 1

Alexandra

Tengo alas. Soy un cisne. Un cisne blanco. Una princesa encantada. Me elevo en el aire con los brazos en alto y las piernas extendidas para caer sobre la punta de mis pies, flexible y ligera como una pluma. Sigo bailando al compás de la música de Tchaikovsky. Me muevo con ella. O tal vez es ella quien me mueve a mí. Queda poco para la representación de *El lago de los cisnes*. En dos semanas nos estrenamos sobre el escenario de un teatro que estará a rebosar de gente aunque solo se trate de la función de fin de curso y estamos todos de los nervios, especialmente los que tenemos los papeles principales. Es mi anteúltimo curso en el Conservatorio Profesional de Danza. De niña soñaba con que llegara el día en que me convirtiera en bailarina profesional y ahora que lo veo tan próximo me apena dejar el conservatorio después de los nueve años que he pasado aquí. Nueve años de penas y alegrías, pero sobre todo de mucho trabajo.

—Alexandra, cuando te hayas cambiado ven al despacho de la directora — me dice la profesora, Nadia Dobrovolski, una exbailarina del Bolshói que con todos los años que lleva en España aún no se ha librado de su marcado acento ruso—. Queremos hablar contigo.

Asiento, aunque su tono no admite réplica. Si Nadia Dobrovolski dice que vayas al despacho de la directora, tú vas al despacho de la directora, y si dice que hagas el pino en el aire, tú haces el pino en el aire. Es una profesora dura y rígida que no admite un solo error, pero se enorgullece de formar a los mejores bailarines de ballet clásico. Si eres débil de carácter o si tu fuerza de voluntad flaquea, te quedas por el camino.

El sudor se me queda helado en el cuerpo. ¿Qué querrán? A lo mejor piensan echarme un sermón a causa de algo que todavía no sé. A lo mejor he hecho algo mal en el ensayo, aunque lo dudo. Si ese fuera el caso, Nadia me lo habría dicho delante de mis compañeros. El error de uno es el error de todos. Pienso que lo más probable es que vayan a sustituirme. Tal vez no doy la talla y quieren decirme a solas que ya no seré Odette, sino una bailarina más. Mientras me ducho, me hago el firme propósito de mantener la entereza y acatar su decisión, sea cual sea. Si he de ser un cisne más o una mera figurante, lo seré. Y lo haré bien. Y me esforzaré por mejorar y por llegar a ser un día primera bailarina. Mis compañeros me ofrecen su aliento y palabras de ánimo. «No te preocupes; seguro que es una tontería», dicen. Pero ni ellos se lo creen. Las tonterías no tienen lugar en el despacho de Carla Guzmán, la directora.

Ya con la ropa de calle, me dirijo hacia allá. Respiro hondo ante la puerta cerrada y llamo con los nudillos.

—Adelante.

La voz de Carla suena alta y clara desde el otro lado. Entro a su pulcro y ordenado despacho procurando que ni ella ni Nadia, que también está presente, noten lo nerviosa que estoy. Siento el corazón latiendo enloquecido contra mi pecho y por más que intento relajarme no lo consigo.

—Siéntate, Alexandra —ordena Carla—. Hay algo que queremos decirte.

Obedezco. Será mejor estar sentada. Carla hojea unos papeles y me ignora durante unos segundos interminables. Nadia me mira sin decir palabra, con sus implacables ojos azules clavados en mí. Yo me estremezco un poco. Seguro que está oyendo los latidos que me retumban en los oídos. Acabo de ducharme, pero me siento desaliñada a su lado. Llevo el pelo suelto aún húmedo sobre los hombros y la espalda, y ella no lleva ni una sola hebra fuera de su sitio. De haberme presentado así en clase me habría caído una buena bronca. Ya me llamó la atención una vez que no me puse bien las horquillas por andar peinándome a última hora y se me escapó un mechón de pelo. No me permitió recogérmelo; me hizo bailar con el pelo en la cara toda la hora y me riñó todas y cada una de las veces que el pelo entorpeció mis movimientos. «Espero que hayas aprendido la importancia de venir bien peinada», me reprendió con frialdad siberiana una vez terminó la clase. Finalmente, Carla levanta la mirada y me sonrío.

—El próximo curso será el último para ti —dice—. ¡Cómo pasa el tiempo! No eras más que una niña asustada cuando llegaste. Y desde entonces has sido una alumna disciplinada, has absorbido las enseñanzas de tus profesores y has sacado provecho de las clases. Has bailado y te has esforzado en mejorar, en superarte. Y eso tiene su recompensa. Vas a ser primera bailarina en una de las obras más representativas del ballet como es *El lago de los cisnes*. Y no solo eso. Vamos a concederte una beca para que completes tu formación en la Escuela de Ballet de la Ópera de París.

Me quedo muda. ¿La Ópera de París? ¿He oído bien? ¿Una beca? ¿En París? ¿En una de las mejores escuelas de danza del mundo? Abro la boca para decir algo y la vuelvo a cerrar. ¿Qué se dice en una ocasión así?

—Solo si te interesa, claro —añade Nadia.

Juraría que se ha movido un músculo en su mejilla. ¿La profesora más severa de todo el conservatorio está conteniendo una sonrisa?

—¡Sí! —digo de pronto, recuperando el habla—. Sí. Sí, sí, claro que me interesa. ¿La Escuela de París? Pero eso es...

—Es una excelente oportunidad —termina Carla—. Sé que sabrás aprovecharla.

—¡Claro que sí! Es... Muchísimas gracias. Yo... No sé qué decir...

—No tienes que decir nada —dice Nadia—. Solo tienes que bailar.

Sonrío, aún sin poder creérmelo del todo. Yo. En París. El Conservatorio Profesional de Danza es soberbio, pero la Escuela de la Ópera de París es el Olimpo del ballet. Mi nivel de francés no es muy bueno; tendré que mejorarlo si quiero desenvolverme bien allí. Nadia y Carla me dan los detalles de la beca, que incluye no solo las clases, sino también el alojamiento y la manutención en la residencia de la escuela. No puedo pedir más. Y París está relativamente cerca. Podré volver a casa en los periodos vacacionales.

—Una última cosa, Alexandra —dice Nadia cuando ya me han informado de todo lo referente a la beca y lo que se espera de mí, que no es poco—. Despertarás envidias. El ballet es un mundo muy exclusivo y no creo que tenga que decirte la competencia que hay. Habrá gente que se alegre por ti y gente que no. Debes saber quiénes son tus amigos.

Asiento conforme. Pienso seguir sus consejos y no airear lo de mi beca a los cuatro vientos, pero es inevitable que se acaben enterando. Y no todos

se alegran del progreso de los demás. Nadia y Carla se levantan, dando la conversación por concluida, y yo hago lo propio.

–Gracias por todo. Muchas gracias –digo.

–No tienes por qué darlas. Te lo has ganado –dice Carla.

Vuelvo a casa eufórica, deseando decirle a mi familia que me voy a Francia y que además no les va a costar ni un céntimo. Las clases de ballet son caras y, aunque yo he trabajado donde he podido para ayudar con su coste, no ha sido suficiente y mis padres han tenido que hacer un esfuerzo económico importante al que además hay que sumar los estudios de Claudia y Héctor, mis hermanos.

Me da un poco de miedo irme al país vecino; siempre he vivido en casa, con mis padres y mis hermanos mayores. Siempre he estado arropada por ellos, y como soy la pequeña, supongo que en cierto modo he sido la niña mimada. Que con mi metro sesenta y dos y mis cuarenta y ocho kilos sea la más baja y la más menuda de la familia tampoco ayuda mucho a que dejen de verme como a una cría, y eso que tengo ya diecisiete años. Aunque me temo que esto seguirá siendo así por más años que cumpla.

Entro en casa como un torbellino y corro a la cocina en busca de mi madre, que está en la cocina afanada con la cena.

–¡Mamá! ¡Mamá, que me voy a Francia! –anuncio a voz en grito, dejando caer al suelo la bolsa de deporte en la que llevo la ropa del ensayo.

–¿Cómo que...?

Me echo en sus brazos con todo el ímpetu que llevo y ella suelta el aire de golpe, como si hubiera sido golpeada por una bola de demolición. Entonces me aparto y comienzo a contárselo todo deprisa y corriendo. Quiero decirlo todo a la vez y lo único que consigo es que ella no se entere de nada.

–Alex... Alex... ¡Alexandra!

Su grito final consigue detener mi perorata, pero no mi entusiasmo. Mi madre tiene las palmas de las manos levantadas pidiendo silencio.

–¿Qué es eso de que te vas a Francia? ¿Qué beca? ¿Quieres tranquilizarte y hablar más despacio?

–¡Me han dado una beca para terminar mis estudios en la Escuela de Ballet de la Ópera de París! –exclamo–. ¿Te imaginas? ¡Podré estar allí un

año, perfeccionarme! ¡Y me pagan también el alojamiento, mamá! No tendréis que preocuparos por nada. Y cuando acabe, tal vez pueda bailar con ellos y...

Sigo hablando sin freno mientras mi madre me escucha pacientemente, intentando asimilar todo lo que estoy diciendo. Le explico todo lo que me han dicho Nadia y la directora y respondo a sus preguntas. Cuando acabo, me mira con los ojos vidriosos, feliz por mí, por la oportunidad que esto representa, y triste porque me voy.

Es el tema de conversación principal esta tarde. Mi padre dice que me vendrá bien conocer otro país, otra cultura. Dice que así me espabilaré y luego añade que no es que no sea espabilada, pero una temporada en *la belle France* me hará conocer más del mundo, de la vida y de la gente. Mi hermana, Claudia, dice que en París conoceré a chicos guapos e interesantes, y cuando yo replico que no me interesa conocer chicos ni guapos ni feos, que yo lo que quiero es bailar, resopla con desdén.

—Mandan a París, la ciudad del *amour*, a una sosa a quien lo único que le interesa es ponerse un tutú. ¡Qué desperdicio! —se burla. Pero siento el orgullo de su voz.

Mi hermano, Héctor, me alza en sus brazos y me achucha en cuanto le doy la noticia. Mide uno noventa y yo casi desaparezco en sus brazos. Con veintitrés años es el mayor de los tres. Claudia tiene veintiuno.

—¡Qué suerte, canija! —exclama Héctor.

—En el conservatorio ya no sabían qué hacer para librarse de ella —dice Claudia.

El ambiente es festivo, de celebración. Todos se alegran por mí. Vemos un poco la tele después de cenar. Dan una serie de crímenes que nos gusta mucho a todos menos a mi madre, que se queja de si no tenemos bastantes muertos ya en las noticias que tenemos que ver más. No hay forma de hacerle ver que es un mero entretenimiento. Pero esta noche, Héctor no presta atención al nuevo caso de los detectives. Está ausente y en el intermedio dice que se va a acostar, que quiere leer un rato. Espero un tiempo prudencial para darle tiempo a cambiarse y voy a su habitación.

—Héctor, ¿puedo pasar? —pregunto llamando suavemente a la puerta.

—Vas a pasar igual aunque te diga que no. Entra.

Una vez dentro, cierro la puerta. Mi hermano está recostado en la cama con el libro cuya lectura he interrumpido en el regazo. Sonríe al verme.

—¿Estás bien? —le pregunto, sentándome en la cama.

Él suspira apesadumbrado.

—Esther me ha dejado —dice.

Me sorprende. Esther es su novia. O lo era. Llevaba un año y pico con ella y la cosa parecía ir en serio. Al menos a él siempre lo vi muy enamorado.

—Lo siento —murmuro—. ¿Por qué no has dicho nada?

—Porque es tu momento, canija. No quería ser un aguafiestas.

—No eres un aguafiestas. ¿Qué ha pasado?

—Dice que la relación la ahoga, que quiere un tiempo, que... Que ya no me quiere, Alex. Eso es todo.

—Encontrarás a alguien mejor —le digo para animarlo, poniendo una mano sobre la suya—. Esther era una estirada.

—No te caía bien desde el principio.

—Por eso. Porque era una estirada.

Héctor se ríe.

—La próxima te gustará más —me asegura.

—Eso espero. Te dejo con tu lectura; me voy a ver *Mentes criminales*.

—¡Eh!, enana... —Me doy la vuelta con la mano en el pomo, a punto de salir del dormitorio—. Te echaré de menos cuando te vayas a París, pero me alegro mucho por ti.

Capítulo 2

Daniel

Me llamo Daniel y soy *stripper*. No es algo que vaya pregonando por ahí, pero tampoco me avergüenza. Me gusta mi trabajo. Aunque mi familia no lo considera un trabajo. No uno serio. Ni siquiera decente. Todos tienen algo que decir al respecto. Soy un exhibicionista, un tarambana, un tipo superficial de moral distraída y lo único que hago es despelotarme y mover el rabo. Esto último son palabras textuales de mi hermana, Sofía, que no tiene ni idea. La única que no me dice nada es mi abuela Elvira, que directamente no me habla.

En algunas ocasiones hago de modelo fotográfico, generalmente de ropa interior. Una vez hice un anuncio de corbatas, pero solo llevaba puesta la corbata. La verdad es que no se me veía nada. Absolutamente nada. Me refiero a las zonas íntimas, claro, lo demás sí. Pero los anunciantes tuvieron la feliz idea de poner el cartel en las marquesinas de los autobuses. Mi madre pasó por una de ellas y no solo tuvo que ver mi anatomía en todo su esplendor, sino también oír los comentarios de unas entusiastas adolescentes que declaraban sin rubor alguno lo que harían conmigo. La que sí se ruborizó hasta la raíz del cabello fue mi madre, que volvió a casa sofocada por el bochorno que había pasado y enfadadísima. Lo más fino que me llamó fue degenerado. A mí, que estaba en casa tranquilamente sin meterme con nadie. O sea, las desatadas eran ellas y la culpa era mía.

–¡Si al menos te vistieras alguna vez! –me reprochó.

–¡Pero si estoy vestido! –repliqué.

Bailo en despedidas de soltera y en un club, Dreams, donde solemos hacer espectáculos de *striptease* individuales y unas coreografías en grupo

cojonudas. Está bien pagado y además hay propinas nada desdeñables. Se trata de calentar el ambiente, de bailar de forma erótica, sensual, de provocar al personal mientras te vas quitando la ropa. Es un arte. Por lo general nos quedamos en taparrabos, aunque en ocasiones el *striptease* es integral. A algunos les da corte y no lo hacen, pero a mí no me supone ningún inconveniente quedarme en pelota picada y mover un poco el rabo, como dice mi hermana.

Por descontado, tengo un cuerpo cuidado y musculado, con tableta de chocolate y todo eso. Voy al gimnasio de vez en cuando y hago pesas y abdominales en casa. Pero tampoco me obsesiona. La genética se ha portado bien conmigo. Lo que más me incordia es tener que depilarme, pero son gajes del oficio. Ah, lo olvidaba: mi nombre artístico es Jack Hammer. Se le ocurrió a mi jefe.

Mi hermana está de parloteo con el móvil y está chillando medio histérica con alguna amiga suya. Dice algo de París y de la ópera. Me extraña porque si de *striptease* no entiende nada, de ópera entiende todavía menos. Pero parece muy contenta. Por lo que oigo, su amiga se va a bailar a París. Debe tratarse de Alexandra. Son amigas desde el parvulario, y no sé por qué porque no se parecen en nada. Son el ying y el yang. El blanco y el negro. El polo positivo y el negativo. Será que los polos opuestos se atraen porque también son uña y carne. Van a clase juntas, salen juntas, van de compras juntas, van al servicio juntas... Y luego, al salir de clase, mi hermana va a jugar al rugby en el equipo femenino (aunque con lo bruta que es también podría estar en el masculino) y Alexandra va a clases de ballet clásico. Lo dicho: la noche y el día.

Mi hermana, recia y morena, pasa por un charco chapoteando como un elefante. Alexandra, menuda y rubita, casi flota. Como mucho salen ondas donde ella pone el pie. A veces pienso que podría caminar sobre el agua sin hundirse. Siempre ha sido una niña flaca, aunque saludable, y más bien tímida. Tiene unos ojos azules preciosos, eso sí. Pero ahí está todo su atractivo. A sus diecisiete años está lisa como una tabla de planchar. No tiene ni culo, ni caderas, ni tetas. No es que me haya fijado en sus tetas. Bueno, sí. O eso haría si las tuviera. Lo que quiero decir es que no la veo como a una chica porque, además de una cría, es la amiga de mi hermana, y

yo le tengo aprecio. Cariño incluso; es como otra hermanita. Pero hay que ser objetivos. Alexandra no es el tipo de chica que hará que un hombre pierda la cabeza. Al menos físicamente. Tampoco estoy diciendo que sea fea; más bien al contrario. Lo que hay que reconocer es que es tenaz, flexible y aplicada. Y hace el *spagat* como nadie. La he visto hacerlo alguna vez y me duelen los huevos de verlo.

Sofía se despide diciendo que irán a celebrarlo el sábado. Por lo visto, piensan ir a cenar juntas. Supongo que mi hermana engullirá un par de hamburguesas con patatas, aros de cebolla, un litro o dos de refresco y un helado bien cargado con todo lo disponible y Alexandra, una ensalada y un palito integral. ¿Qué comerá esa chica?

—A Alex le han dado una beca para terminar los estudios en París —me informa una emocionada Sofía como si yo le hubiera preguntado, que no es el caso—. ¡Va a terminar su carrera de bailarina en la Escuela de la Ópera de París! ¿No es alucinante?

—Supongo que sí —murmuro.

Ella frunce el ceño ante mi falta de entusiasmo.

—Puede ser la oportunidad de su vida —dice—. ¡Es una de las mejores escuelas del mundo! Pero ¿qué vas a saber tú de bailar vestido? —añade. Innecesariamente, debo decir.

—Bailan en leotardos —replico yo—. No sé qué es peor.

—No tienes ni idea.

—Tú sí que no tienes ni idea.

—Deberías alegrarte por ella.

—Y me alegro. Me alegro mucho.

—Pues me alegra que te alegre porque la semana que viene van a representar *El lago de los cisnes* y...

—Ah, no, de eso nada —la atajo. Me lo veo venir.

—Y ella va a interpretar al cisne blanco, así que...

—Ni de coña, vamos.

—... te vienes aunque sea a hacer bulto. Y te llevas a tu novia.

—No tengo novia.

—No me sorprende. Pero te vienes a dar apoyo.

—Que no, coño, que a mí no me lées. Que no voy yo al ballet de fin de curso.

—¡Pero mira que eres egoísta!

–¿Egoísta yo?

–Pero ¿qué te cuesta? Oye, es importante para ella, ¿vale?

–Sí, hombre. No voy a tus partidos y voy a ir a ver a los puñeteros cisnes esos.

–Eso, eso. Además de mal hermano, mal amigo.

–Tú no vienes a ver mi espectáculo de *striptease* y yo no pienso que seas una mala hermana por eso.

–Yo soy menor de edad –replica con aire de suficiencia–. No puedo entrar al local.

Zasca en toda la boca. ¿Quién me manda discutir con ella? Su mente es más rápida que la mía y tampoco es que yo haya hecho gala de mucha inteligencia. Al final sí que me ha liado la criada esta.

–El ballet es un rollo –gruño.

–Es el domingo que viene. A las siete y media. Tu hombría no se va a ver en entredicho porque vayas a ver a unos chicos bailando en leotardos. – Abro la boca para decirle que eso no tiene nada que ver, pero Sofía a lo suyo–. Venga, hombre, que es Alex. Cuando sea famosa podrás decir que fuiste a ver su función de fin de curso. Siempre has venido a ver las finales del campeonato de rugby cuando hemos jugado. ¿Por qué no vas a ver bailar a Alex? ¡Pero si es de la familia!

Me ablando. En el fondo soy un blando. Y ahí Sofía tiene razón. El público es importante y si yo puedo ir a apoyarla... ¿Por qué no ir a ver cómo baila Alexandra?

Capítulo 3

Alexandra

He quedado con Sofía, mi mejor amiga. La llamé el otro día para darle la buena noticia y casi le hizo más ilusión que a mí. Vamos a ir a ver una película a los cines del centro comercial. Después iremos a cenar.

Sofía me abraza en cuanto me ve. Tiene tanta energía que casi es un placaje en toda regla. Es jugadora de rugby y es frecuente verla con algún que otro morado que luce con orgullo. Yo no entiendo gran cosa de rugby; solo lo que ella me cuenta o lo que veo cuando puedo ir a verla jugar, pero disfruto en el ambiente del campo, con toda la gente animando a su equipo. Son buenas, muy buenas. El año pasado fueron campeonas de España. Son chicas fuertes, arrojadas. Conozco a algunas de las compañeras de Sofía y aunque son competitivas e implacables con sus rivales tienen un gran espíritu deportivo. Casi todo el mundo piensa que son chicas brutas y masculinas, pero no es cierto. Son tan femeninas como cualquier chica, aunque a veces sí que tienen modales un poco bruscos. Están en plena forma y tienen un cuerpo fibroso, bien formado. A su lado, yo parezco una muñeca.

—Mis padres se han puesto supercontentos cuando se lo he contado —me dice al liberarme de su abrazo—. Irán a la función. Y he hecho prometer a mi hermano que también vendrá.

—¿A tu hermano le gusta el ballet? —pregunto extrañada.

—¡Qué le va a gustar, si es un inculto! Pero dice que irá a verte bailar de todos modos. Es tu gran estreno y no se lo puede perder.

—No tienes que obligar a todo el mundo a que vaya, Sofía.

—Si él en el fondo quiere ir. Lo que pasa es que va de duro por la vida.

Me hace reír. Daniel, el hermano mayor de Sofía, es el típico musculitos sin cerebro. No voy a negar que es guapo. Es un morenazo de ojos oscuros, cuerpo bien cuidado y sonrisa de anuncio de dentífrico que atrae miradas. Y ya puede hacerlo porque es su trabajo. Es *stripper*. Sofía dice que le pagan una pasta por desnudarse. Dice que cuando cumplamos los dieciocho iremos a uno de sus espectáculos aunque solo sea por hacerle pasar vergüenza, aunque dudo que la tenga.

Me llama «patito» desde que empecé a bailar. De niños sonaba mordaz y desagradable, y a mí no me gustaba nada que me llamara así. Ahora lo sigue haciendo, pero el mote ha cobrado un matiz afectuoso y ha dejado de molestarme. Solo tiene cinco años más que nosotras, pero nos trata como si fuéramos unas crías. Supongo que desde su punto de vista es lo que somos.

Una vez en el cine, compramos las entradas para ver una comedia romántica cuyo final está cantado, pero nos apetece mucho verla. Sofía prácticamente me arrastra hacia el bar, donde compra un bol de palomitas de tamaño considerable, un vaso grande de refresco (luego saldrá corriendo de la sala porque tiene que ir al baño) y unas chocolatinas. No sé cómo puede comer tanto y estar delgada. Será por la cantidad de ejercicio que hace. También yo hago ejercicio, pero si comiera todo eso engordaría y tendría un serio problema a la hora de bailar. Me conformo con una bolsita de patatas light deshidratadas y un botellín de agua fría que por el precio que tiene bien podría ser champán. Sofía mira mis escasas provisiones.

—¡Qué triste lo tuyo, nena! —dice. Siempre me dice lo mismo.

—No puedo atiborrarme de chucherías; ya lo sabes —replico. Siempre contesto lo mismo.

Sofía sonríe y entramos a la sala.

Son días ajetreados. Ensayos y más ensayos. Nadia es una profesora estricta; todo ha de ser perfecto. Cada movimiento, cada salto, cada expresión facial... Que no seamos alumnos de último curso no es motivo para no rozar la excelencia.

—Estás enamorado de Odette, Sigfrido —dice Nadia enérgicamente apuntando a Carlos, el bailarín que interpreta a Sigfrido, con un dedo índice

acusador—. Ella se transforma en cisne y se aleja de ti, y a ti te desespera. ¡No la mires cuando huye como si solo fuera a tirar la basura!

Carlos asiente, aceptando la regañina sin protestar. Yo no digo nada. Nadie dice nada y el ensayo continúa. Bailamos y bailamos. Carlos me mira a los ojos y esta vez parece que su mirada es del agrado de Nadia. Yo también lo miro, resistiendo la tentación de sonreírle. Lo suyo es más complicado porque debe mirar igual a Susana, la chica que interpreta a Odile, el cisne negro. Mi antagonista. Susana está disfrutando como nadie de su papel. Aunque el que se lo está pasando realmente bien es Darío. Él es Rothbart, el malvado brujo que hechiza a la princesa Odette y al resto de las chicas. Al final muere, pero que le quiten lo bailado, y nunca mejor dicho.

Nadia nos dice todo lo que debemos mejorar y nos da todas las indicaciones necesarias para que la obra sea no menos que sublime. No hay bailarín que se libere de sus objeciones, sus puntualizaciones y sus reprimendas. Cuando terminamos, estamos sudorosos y cansados, pero también excitados. El día de nuestro debut en el escenario se acerca. Los del último curso, los que dentro de pocos días abandonarán el conservatorio como profesionales, interpretarán *El cascanueces*, otra de las obras cumbres del ballet de todos los tiempos. Mi último curso no será aquí. Me emociona y me aterra a partes iguales.

Y llega el gran día. Estamos todos con nuestros *maillots* y nuestros tutús esperando para salir a bailar. Todos los cisnes estamos vestidos de un blanco inmaculado, con un tocado de plumas blancas en el pelo. Todos excepto el cisne negro. Susana destaca entre todas. Viste de un elegantísimo negro azabache y está realmente preciosa. Carlos lleva unas mallas de color crudo y camisa azul y Darío viste de negro y unas grandes plumas negras adornan sus brazos. Cristina, la reina, lleva rojos y dorados. Se ha metido muy en su papel y hace el tonto, mirándonos regiamente por encima del hombro como si fuéramos sus insignificantes súbditos.

—Como te vea Nadia, te va a quitar la tontería de una colleja —la advierte Susana—. Hasta la tiara esa que llevas puesta va a salir volando.

—Y el moño —añade una de los cisnes, haciendo que soltemos risitas.

—Creo que me voy a desmayar —dice un Carlos que no puede estar más nervioso ni más pálido.

—Sí, eso, desmáyate. El príncipe Sigfrido se desmaya al verme aparecer. Muy bonito —se burla Darío—. Una versión muy interesante.

—¡Silencio! —La voz de Nadia, que ha aparecido de la nada, es como un látigo—. Lago de los cisnes... ¡Una bandada de cacatúas es lo que parecéis! ¡A callar todo el mundo! Quiero concentración máxima desde ya, ¿me habéis oído?

Asentimos sin decir palabra. Calentamos, estiramos... Y nadie abre el pico.

Acto uno. Escena uno. En un parque cerca del castillo, el príncipe Sigfrido, su tutor y sus amigos celebran el veintiún cumpleaños del primero. Hasta que llega la reina a poner fin a la fiesta. Sigfrido debe casarse y deberá escoger a su esposa en la celebración del baile real.

¡Cómo disfrutamos! Queremos detener el tiempo y seguir bailando eternamente. La música de Tchaikovsky inunda el teatro y nosotros estamos metidos de lleno en la obra. Hemos optado por el final feliz. Hay varias versiones, la mayoría con final trágico, pero hemos decidido por unanimidad que todo termine bien para los enamorados. El único que sale mal parado es Rothbart, que recibe su merecido. Incluso su hija Odile, el cisne negro, es perdonada, ya que su engaño obedece a las malas artes de su padre. Suenan los últimos compases y la música termina conmigo en los brazos de mi amado príncipe, roto ya el hechizo.

La gente aplaude a rabiar. Algunos no aplauden, pero es que están enjugándose las lágrimas o sonándose la nariz, así que se les perdona. Saludamos al público con una graciosa inclinación. Nuestras familias y nuestros profesores están ahí, mirándonos, aplaudiendo. Incluso hay niños del primer curso que nos miran boquiabiertos. También yo un día estuve entre el público, queriendo ser como los bailarines del escenario. A ellos les llegará el día más pronto de lo que piensan. Cae el telón y nos retiramos. Carlos me lleva de la mano y una vez fuera del escenario nos abrazamos. Hay profesores sacando fotos para inmortalizar el momento. Abrazo a Susana. Cisne negro y cisne blanco en un revuelo de tul y plumas. Unos secos aplausos nos interrumpen.

—¡Bravo! —dice Nadia—. ¡Bravísimo! Excelente representación. Enhorabuena a todos.

No parece especialmente satisfecha, pero el fuego azul de sus ojos nos dice que lo está. Está orgullosa de nosotros. Está orgullosa de lo que hemos hecho ahí afuera, de cómo hemos bailado. Y no habríamos podido sin su guía. Nos abalanzamos hacia ella y la rodeamos en un abrazo conjunto. Ella sonríe. La capa de frío que suele llevar puesta como una reina de las nieves rusa se le cae y deja que expresemos nuestro entusiasmo y nuestro agradecimiento.

—Bueno, ya está bien —nos regaña con cariño—. Apartaos. Esto es muy poco profesional.

Pero también ella está contenta. Posamos todos con todos y nos hacemos una foto en grupo con nuestra rígida profesora, que solo se ablanda el día de fin de curso.

Cuando nos hemos cambiado, comunico a mis compañeros que el próximo curso no estaré con ellos. Me da mucha pena, y también a ellos. Se alegran, pero mi marcha les entristece. Y también a mí. Prometemos seguir en contacto, seguir viéndonos. Me dicen que estudie mucho, que mejore mi francés y que baile. Sobre todo que baile. Es un momento emotivo; tenemos lágrimas en los ojos. Pero no es momento para lágrimas, sino para celebraciones. Y está todo el verano por delante.

Si nuestra interpretación ha encandilado al público, la del último curso desata el furor. El telón se abre un par de veces para que los artistas saluden y reciban los efusivos aplausos del público. Tras su retirada, la función ha terminado. Los asistentes se levantan de sus asientos y comienza el lento desfile hacia la salida. Yo voy a despedirme de Nadia, de Carla, la directora del conservatorio, y de los demás profesores. Les doy las gracias por todo lo que han hecho por mí, por todo lo que me han enseñado. Todos me desean suerte y me dicen que si no me adapto a la nueva escuela, puedo regresar. Estarán encantados de volver a tenerme entre su alumnado, pero prefieren que no vuelva.

Mis padres y mis hermanos me esperan fuera. También está Sofía con sus padres y su hermano, que no parece saber muy bien dónde meterse. Corro hacia ellos y los abrazos y felicitaciones se suceden. Les ha gustado mucho. Aunque si no les hubiera gustado, tampoco me lo dirían. Pero se los ve entusiasmados, así que sé que están siendo sinceros. Los padres de Sofía me

tratan como a otra hija y los míos con Sofía hacen otro tanto. Nuestras madres son amigas desde antes de que ella y yo estuviéramos en sus barrigas. Daniel es el último en saludarme.

–Bien hecho, patito –me dice después de darme dos besos.

Sofía le fulmina con la mirada, pero a mí no me importa. Sé que lo dice con cariño, así que le doy las gracias. Mi padre propone ir a tomar algo todos juntos y para allá que vamos.

Capítulo 4

Daniel

Me he emocionado con un puto ballet. Un montón de crías flacas en tutú y unos críos con leotardos, que mi hermana la lista dice que se llaman «mallas». Qué repelente es la pobre. A ver, ¿cuál es la diferencia? Pues eso, que me he emocionado, y eso que no me he enterado de nada. Mi hermana me ha contado la historia del brujo, los cisnes y el príncipe y me ha dicho que Alexandra es la princesa encantada convertida en cisne y bla, bla, bla. La verdad es que no le he hecho mucho caso. Pero cuando he visto que ella «moría» y el tío que hacía de príncipe la dejaba en el suelo... Joder, que casi lloro. No pienso admitirlo, desde luego. Mis amigos y compañeros de profesión se burlarían de mí por siempre jamás. Sería el hazmerreír del gremio. El *stripper* sensible.

Me ha gustado. Me ha gustado la elegancia con la que se movían en el escenario. Me ha gustado ver cómo las chicas movían los brazos como si fueran alas. ¡Qué bonito! Alexandra ha estado espectacular. Llegará lejos esta niña. Me habría gustado decirle todo eso, pero lo único que me ha salido es «bien hecho, patito». ¡Menudo imbécil! Sofía me ha lanzado rayos láser por los ojos, pero Alexandra no se lo ha tomado a mal. De pequeña se picaba. Ya no. Sofía dice que ya ha visto que es producto de mi inmadurez y que pasa de mí. Ha sonreído y me ha dado las gracias. En septiembre se irá a París. Mi hermana va a echarla de menos. Y a mí se me va a hacer raro no verla por casa.

Mateo, el padre de Alexandra, nos ha invitado a tomar algo y estamos en un bar bastante majo charlando y pasando lo que queda de tarde ante unos cafés, refrescos (sin azúcar para Alexandra) y cervezas. La conversación es

amena y agradable. Lo estamos pasando bien. Me fijo en el modo de coger el vaso que tiene Alexandra. Tiende la mano como si fuera un movimiento de ballet. La tiende con delicadeza, con elegancia. No parece ser consciente de ello. Incluso bebe con una gracia que dejaría en ridículo a una reina. Mi hermana está hablando con un aplomo de persona mayor que me deja flipado. ¿Cuándo ha pasado esto? Hablan de la situación de la mujer en el mundo del deporte y lo están contrastando con la situación del hombre en el mundo del ballet. Mira Billy Elliot. Se me van a fundir los plomos. Tomo parte en la conversación, por supuesto, pero alucino. ¿Cuándo han crecido estas dos? A Héctor y Claudia no parece sorprenderles, pero a mí me deja fuera de juego.

Pilar, la madre de Alexandra, se interesa por mi trabajo y mi madre se lamenta por enésima vez de que no tenga un trabajo «de verdad». Nunca hace eso delante de otras personas, pero con Mateo y Pilar hay confianza. Y donde hay confianza da asco, así que ella no se corta.

—Dejó la universidad para dedicarse mira tú a qué —dice.

—No me gustaba la universidad —replico—. No quiero ser ingeniero, mamá.

—Al menos podrías haber terminado la carrera.

—Bueno, pero ser *stripper* no está tan mal. Se trata de un baile, ¿no? Distinto al que yo hago, vale, pero un baile al fin y al cabo.

Todos nos quedamos mirándola. Alexandra nos devuelve la mirada con esos ojazos azules. ¿Está de guasa? No. Lo ha dicho en serio. La miro procurando que no se me caiga la mandíbula y ella me sonríe con timidez. Ya pueden dar por buena la teoría de cuerdas. Estoy en un universo paralelo.

—Visto así... —dice mi madre.

La de veces que habré dicho yo que lo mío es un baile. Termino sin ropa, de acuerdo, pero es un baile. A mí ni caso. Y ha sido abrir la boca el patito y mi madre se pone razonable.

—O sea, ahora vas a comparar el ballet clásico con lo que hace este —salta Sofía.

—Si Tchaikovsky levantara la cabeza... —murmura mi padre.

Reímos. Se meten mucho conmigo, pero me lo tomo con buen humor porque sé que no lo hacen con maldad. Estamos en el bar un buen rato y ya es de noche cuando nos marchamos a casa. Felicito a Alexandra una vez

más y esta vez sí acierto a decirle que me ha gustado mucho la representación, aunque admito que no me he enterado de gran cosa.

—La próxima vez —dice ella.

—La próxima vez bailarás en París —contesto.

Sábado. Hemos organizado un espectáculo por todo lo alto en el club. Mis cuatro compañeros irán vestidos de soldados imperiales y yo, del mismísimo Darth Vader. Esperamos que los fans más acérrimos de *Star Wars* no se rasguen las vestiduras cuando lo vean, que para eso ya estamos nosotros.

Hemos ensayado los pasos, los cierres de la ropa y todo lo necesario para poder brillar en el escenario. Va a ser algo sexy y atrevido. El local está a rebosar. Hay muchas mujeres y aún más hombres que toman sus consumiciones sentados alrededor de las mesas redondas situadas ante el escenario. La luz tenue da al local un ambiente íntimo y discreto que resulta ser del agrado de los clientes. En primer lugar actuará una bailarina de *pole dance* ligerita de ropa que caldeará el ambiente, luego salen las chicas y por último, nosotros. Todo el mundo está preparado, con ganas. Las chicas pretenden provocar fallos en la ley de gravedad. Los chicos queremos mojar cuantas más bragas mejor. Que se vayan a casa calentitos. Y, sobre todo, que disfruten.

Pasan los minutos y el público está de lo más animado. Hay baile y rock and roll. Las chicas se contonean, se insinúan. Y se quitan la ropa con desparpajo, con descaro, pero también con una exquisita coquetería. Para cuando el espectáculo termina solo llevan puesto un tanga minúsculo de color rojo. El público aplaude.

Y vamos nosotros. Se oye un clamor de sorpresa al vernos aparecer de esta guisa. Hay alborozados silbidos y aplausos. La cosa promete. A las mujeres les gusta. Los hombres se divierten. Las partes de la armadura de las tropas de asalto comienzan a volar por los aires junto a mi capa y demás bártulos. Al diablo con los cascos. Fuera jerséis. Nos quedamos con el torso desnudo y las mujeres comienzan a jalearnos. El ambiente se anima aún más cuando comenzamos a soltarnos los botones de los pantalones. Pero no es el momento. Seguimos bailando y provocando al personal. Finalmente damos un buen tirón de los pantalones y el velcro se suelta. Nos quedamos

con las botas puestas y un taparrabos que cubre convenientemente nuestro sable láser. La gente sonríe y aplaude. Nosotros saludamos y salimos del escenario. La música sigue y la pista de baile queda abierta para todo aquel que quiera seguir pasándolo en grande. La noche es joven.

Despierto muy temprano en una cama que no es la mía en una habitación que tampoco es la mía. A mi lado hay una chica morena de pelo largo con un cuerpo de infarto totalmente desnuda. La sábana se ha deslizado y ha dejado su espléndido culo al descubierto. Tengo que independizarme. No puedo llevar chicas a casa viviendo con mis padres y mi hermana. Alicia sigue dormida. ¿Alicia? ¿Elena? Ay... Joder, ¿cómo se llamaba? Hago un esfuerzo por recordarlo, pero no hay manera. Creo que será mejor ser sincero y admitir que no me acuerdo de su nombre. Mejor eso que llamarla por un nombre equivocado y desatar las iras del averno.

Alicia –o puede que Elena– se remueve, abre los ojos y se despereza como una gata. La visión de sus curvas, la piel suave y ese par de tetas hacen que la sangre comience a ausentarse de mi cerebro para buscar otros horizontes.

–Buenos días –ronronea.

–Hola, nena.

La beso y ella no opone resistencia. Su cuerpo se acerca al mío, insinuante, pidiendo guerra. Y me la como entera para desayunar. Anoche echamos un buen polvo. Un par de copas, en tu casa o en la mía y terminamos revolcándonos en la cama. Y esta mañana queremos más. Alicia/Elena no es de las que se cortan. Le gusta el sexo, sabe lo que quiere y lo toma. Acabamos saciados y sudorosos. Sé que ella no espera que me quede en la cama haciéndole arrumacos. No espera que la tome en mis brazos ni que me quede a desayunar en plan parejita. Solo quería follar, y yo también. Somos adultos.

–¿Te importa si me ducho? –le pregunto.

Alicia/Elena dice que no, y yo lo agradezco. Estoy pringoso y sudado. Me doy una ducha rápida y me pongo la misma ropa. La única que tengo. Pero al menos estoy limpio. Y fresco. Me despido de Alicia/Elena... –¿O era Sonia?– y me voy. Sin traumas y sin promesas de llamarnos. Ha sido sexo de una noche. Bueno, y de una mañana.

Entro en casa sin hacer ruido. Todavía no son las ocho de la mañana y es domingo, así que todos están dormidos. Pienso meterme en la cama y dormir un rato más; todavía es muy temprano.

—¿Qué horas de llegar son estas?

Casi se me sale el corazón por la boca. Mi hermana está en la cocina desayunando todo lo desayunable. Me mira con una sonrisa burlona, satisfecha de haberme dado un buen susto.

—Métete en tus asuntos —replico en un cuchicheo.

—¿Era guapa?

—Pero ¿a ti qué coño te importa? No tengo por qué darte explicaciones.

Lo que me faltaba: mi hermana en plan madre controladora. Una tocapelotas metomentodo es lo que es.

—Si te has duchado y todo...

—¿Y tú qué haces levantada tan temprano? —contraataco.

—Tengo partido. Semifinales.

Ah, claro. Tiene partido. Se levanta pronto porque tiene que darle tiempo a digerir todo lo que come.

—Suerte —digo—. Me voy a la cama.

—¿Otra vez?

Se ríe. La miro furibundo y ella da un mordisco a su tostada extragrande parcialmente quemada y a tope de mermelada con aire inocente.

—Sofía, vete un poquito a la mierda, ¿eh?

—Ay, chico, qué humor traes para haber echado un polvo. ¿Entonces qué? ¿Vas a venir al partido?

—No.

—Son semifinales.

—Ya me lo has dicho.

—¿Y no piensas venir? Es a las once.

—No, no pienso ir.

—Viene Alex.

—Pues genial. Me voy a acostar.

—Vaya hermano —la oigo refunfuñar mientras me alejo.

Capítulo 5

Alexandra

Ha sido un partidazo. O eso es lo que afirman Sofía y sus compañeras de equipo, que han ganado y están como locas porque se clasifican para la final. Ha venido Daniel. Sofía decía que no iba a venir nadie de su familia, cosa que no le preocupaba en absoluto, ya que sus padres no pueden ir a cada uno de los partidos que juega. Pero que haya venido su hermano ha sido toda una sorpresa.

El partido estaba ya empezado cuando ha llegado. Se ha sentado a mi lado gruñendo un saludo. Me extrañó verlo; casi nunca viene a los partidos de Sofía. Él tiene sus propios planes, en los cuales no incluye asistir a los partidos de su hermana adolescente. Claro que tampoco incluye ir al ballet y la semana pasada ahí estuvo, dejando a un lado las presiones por parte de Sofía, que te convence para ir a los sitios aunque sea con amenazas. Y a veces por no oírla...

—No tenía nada mejor que hacer —me ha dicho al preguntarle cómo él por allí—. He venido a animar a Sofía. No sé para qué porque se anima sola, pero bueno...

Reprimí una sonrisa. Estaba segura que de algún modo Sofía le había hecho sentirse culpable. Pronto se le olvidó que estaba allí casi por obligación. Siguió el partido con interés y hasta se levantó varias veces desgañitándose a gritos, animando al equipo de su hermana y celebrando cada gol. Cuando el árbitro pitó el final del partido, me abrazó como habría hecho con cualquier amigo suyo y me soltó de pronto, como si temiera romperme.

—Perdona —farfulló.

Las jugadoras del equipo vencedor celebran su victoria en el campo. Las que han sido derrotadas se acercan a felicitarlas. Y se marchan todas juntas hacia el vestuario.

—Comparado con las bailarinas de ballet, deben parecerte unas brutas tirándose unas a otras —comenta Daniel mirándome.

—¡Qué va! —replico—. A veces las envidio, no creas. Al menos pueden desfogarse a gusto.

Él se echa a reír. No se ha afeitado y la sombra de una barba incipiente oscurece un poco la parte inferior de su rostro. Vamos los dos hacia la salida de los vestuarios a esperar a Sofía y hablamos de cosas triviales hasta que ella sale como una tromba hacia nosotros.

—¡Hemos ganado! —nos grita, como si no lo hubiéramos visto.

Se lanza a los brazos de Daniel y se agarra a él como un koala. Daniel ríe y la besa en la mejilla, orgulloso de ella. Siempre se están metiendo uno con el otro, pero se adoran. Cuando él la deja en el suelo, Sofía me abraza a mí.

—Tía, que hemos ganado —dice—. Vienes a la final, ¿verdad? Tienes que venir.

—Pues claro que iré. No me lo perdería por nada del mundo.

Sofía se vuelve hacia Daniel, que pone los ojos en blanco.

—Venga, Dani —dice ella.

—Que sí, que sí, que voy —accede él.

Voy a comer a casa de Sofía. Su madre, Eugenia, ha preparado una succulenta paella marinera para celebrar la victoria de su equipo, aunque si hubieran perdido la habría preparado como premio de consolación o para celebrar su llegada a semifinales. Sea como sea, hoy hay paella para comer. Y estoy invitada. He comido cantidad de veces en casa de Sofía, y ella en la mía. Solo estamos sus padres, su hermano y nosotras dos. Sofía pone la mesa y mientras tanto yo preparo una ensalada. Cristóbal, el padre, ha estado haciendo de pinche de cocina bajo las órdenes de Eugenia y a Daniel le toca fregar. Tenemos intención de ayudarle al menos a recoger la cocina, pero no se lo hemos dicho. Sofía quiere que sufra pensando que le ha tocado la peor parte y Cristóbal y Eugenia no parecen por la labor de aliviar su sufrimiento.

—Pero ¿por qué tengo que fregar yo? No es justo —se queja él.

–Yo he puesto la comida –dice Eugenia.

–Yo he ayudado a poner la comida y he traído el pan –dice Cristóbal.

–Yo he puesto la mesa –dice Sofía.

–Y yo he puesto la ensalada –termino yo.

Daniel hace una mueca y refunfuña, pero no le hacemos caso. Durante la comida hablamos sobre el partido, sobre las jugadas y sobre el maravilloso verano que nos espera.

–No pienso dar un palo al agua –afirma Sofía, que ha aprobado con nota todas las asignaturas.

Hablan de ir a pasar unos días a Asturias a casa de la abuela. Daniel dice que él no piensa ir. Su abuela no le habla desde que se enteró de a qué se dedica. Eugenia dice que por supuesto que va a ir, y no hay más que hablar.

–Seguro que Cosme te echa de menos; se alegrará de verte –dice Sofía. Las carcajadas son generales y Daniel sonríe. Cosme es el burro de su abuela–. Tienen largas conversaciones cuando vamos a Castañeras –añade mirándome a mí.

–Todas ellas más sesudas de las que tengo contigo –replica Daniel.

–A tu nivel, Dani, a tu nivel.

Es un buen verano. El equipo de Sofía no ganó, pero aun así las chicas están felices por haber quedado segundas en la liga de rugby. Piensan ganar el año que viene. Son días de asueto, aunque no dejo de bailar. No dejo de bailar ni un solo día. El momento de marcharme a París se acerca. Pronto tendré que hacer las maletas y marcharme interna a la Escuela de Ballet. Sé que la disciplina será dura y la competencia aún más dura, pero quiero ir. Quiero aprovechar mi tiempo allí y absorber todo lo que pueda. ¿Y si pudiera quedarme? ¿Y si pudiera bailar?

Capítulo 6

Daniel

Vaya una mierda de verano. Hemos ido un par de semanas a casa de mi abuela a tomar por saco en Asturias. Solo hay monte, vacas y ovejas. Y una playa cerca a la que van todos los turistas, la Playa del Silencio, que en verano es de todo menos silenciosa. No sé a quién coño se le ocurrió el nombrecito. Me he aburrido como una ostra. Mi abuela Elvira sigue sin dirigirme la palabra. Me saludó llamándome «degenerado» y eso ha sido todo. Mis padres y mis tíos, que viven con ella, dicen que no le haga caso, que tiene una edad y no está acostumbrada a según qué cosas. Hablaron los liberales.

Hay dos bares. De bar a bar y tiro porque me toca. Hay dos bares y un montón de vecinas cotillas en un pueblucho de unos ochenta habitantes, lo que significa que tiene el mayor número de cotillas por metro cuadrado del mundo. En verano hay más gente, eso sí. Van los turistas y los sufridos familiares de los habitantes del pueblo.

Mi hermana tenía razón: Cosme se alegró de verme. Más que mi familia, diría yo. En cuanto me vio, vino rebuznando de contento para que lo acariciara. «Si es que son iguales», oí murmurar a mi abuela durante la cena cuando Sofía comentó el feliz reencuentro. Me hice el sordo, claro. Mi abuela se quedó con Cosme cuando todavía era un pollino. Su dueño lo tenía desnutrido y medio muerto. La madre de Cosme no sobrevivió al maltrato y el cafre del dueño ni siquiera daba leche a su pobre cría. Hubo denuncias por parte de los vecinos y mi tío Justo, el hermano de mi madre, tomó cartas en el asunto. Cartas y una buena cachiporra. Al final, el borriquillo se quedó en casa de mi abuela y entre biberones y cuidados salió

adelante. Tiene catorce años ya y cuerda para rato. Y por algún motivo inexplicable, está encariñado conmigo.

Por suerte, ha vuelto la vida normal. En Madrid. En la civilización. Todos hemos vuelto a nuestras respectivas rutinas. Alexandra se fue a París hace un mes y parece ser que le va bien. Entre las redes sociales, el Skype y el móvil es como si no se hubiera ido. Sofía y ella se pueden pasar horas contándose cosas desde la pantalla del ordenador cuando ya ha terminado la jornada de estudio, deporte y baile para las dos. Hasta yo la he saludado mientras hablaba con mi hermana. Se la ve feliz, bonita. Le brillan los ojos y su trenza despeinada la hace parecer aún más niña de lo que es. Me burlo de ella y encajo un codazo de Sofía, que sigue sonriendo como si no hubiera hecho nada, la muy falsa. Me despido y las dejo hablando de sus asuntos, preguntándose cómo pueden tener tantas cosas que decirse de un día para otro.

Ayer tuve una despedida de soltera. Yo era el poli que llega en medio de la fiesta y termina sin ropa. Está muy visto, pero siempre funciona. Fue divertido. Y esta noche tenemos nuevo espectáculo en el club. He quedado con unos colegas para tomar unas cervezas y en ello estamos cuando vemos entrar a tres pibones. Uno de ellos es Claudia, la hermana mayor de Alexandra. La verdad es que es un bellezón. Rubia, de pelo largo y alta, con unas curvas de vértigo y un rostro tan atractivo que resulta difícil apartar la vista. Ella se vuelve y me saluda con la mano, con una sonrisa en esos perfectos labios rojos y yo alzo la jarra de cerveza como si brindara a modo de contestación.

—¿Las conoces? —me pregunta Samuel, interesado.

—Solo a la rubia —contesto—. Es la hermana de una amiga de mi hermana.

También ellas cuchichean y nos lanzan miraditas de soslayo. O no de tan soslayo. Terminamos invitándolas a unirse a nosotros —y a cerveza— y ellas aceptan de buen grado. Es el principio de una gran amistad. Antes de irme para el club invito a Claudia a salir. Pienso que me va a dar cualquier excusa y a rechazar la invitación pero ¿qué tengo que perder? No sería la primera tía que me manda a tomar el aire. Espero al menos que si me dice

que no, mi hermana no llegue a enterarse jamás. Pero me dice que sí. Acepta ir por la tarde a dar una vuelta por ahí y cenar conmigo. Pienso en llevarla a algún sitio chulo, un restaurante lo suficientemente íntimo como para una cita, pero no tanto como para que el asunto parezca demasiado serio. Romántico e informal. Y con buena comida.

Hemos quedado en una zona neutra. No vivimos muy lejos el uno del otro, así que hemos pensado que sería una buena idea comenzar la tarde con un café en un bar cercano para los dos. Podría haber pasado a buscarla, que sé de sobra dónde vive, pero de momento es mejor mantener la discreción. Más que nada porque nuestras familias se conocen y es mejor que estén al margen o todo el mundo empezará a dar su opinión y a intentar casarnos. Son buena gente, pero se meten en todo y agobian lo que no está escrito.

No tengo que esperar mucho. Claudia aparece diez minutos después de la hora acordada vestida y arreglada para la ocasión. Está guapísima. No se parece en nada a Alexandra. Lo único que tienen en común las dos hermanas es el color del pelo. Claudia es una mujer hermosa y sofisticada, exuberante. Alexandra es una chiquilla bonita que palidece sin remedio al lado de su hermana. Son el cisne y el patito feo.

Me levanto cuando ella llega y nos saludamos con dos besos en las mejillas. Le digo lo guapa que está y ella me devuelve el cumplido. Nos sentamos en una de las mesas y el camarero que ha venido antes, al que he dicho que aguardara un poco a que llegara la chica que esperaba, regresa a tomar el pedido. Dos cafés con leche. Me siento excitado. No en un sentido sexual; me refiero a la excitación que te recorre cuando estás con alguien que te atrae, que te gusta. Me gusta Claudia. La verdad es que no la tenía muy tratada, pero me gusta cada vez más según pasan los minutos. Es interesante, extrovertida, simpática y alegre. Y está buena.

Paseamos por El Retiro como dos enamorados. Un poco enamorado sí que estoy. Claudia camina de mi brazo y me alegro de haberme puesto una camisa y unos vaqueros de los buenos. Quiero decir que no están ni rotos ni desgarrados ni desgastados ni son viejos. Ella lleva unos pantalones negros ajustados con unas botas y un top rojo, y de haberme puesto la ropa de siempre parecería un mendigo a su lado. Hasta me he afeitado antes de ir a la cita. Hablamos de las cosas que nos gustan, de nuestro trabajo. Ella ha hecho Farmacia y lleva un tiempo trabajando en una. No parece tener nada en contra de mi oficio; le parece divertido.

—Mi hermana tenía razón; al fin y al cabo no deja de ser un baile —dice.

Le pregunto por ella. Claudia dice que está feliz bailando todo el día y perfeccionando su francés. Ha hecho nuevos amigos y por lo que me cuenta se lleva bien con todos ellos. No me extraña. Es una chiquilla dulce. Es imposible no quererla. De pronto me invade una culpabilidad tremenda al haber pensado en ella como en el patito feo. Ha sido injusto. Solo tiene diecisiete años; ni siquiera es una mujer. No necesita ser como su hermana; es bonita por sí misma y seguirá siendo bonita dentro de unos años. Es verdad que está delgadita, pero es que es bailarina de ballet. Y no es un patito feo. El patito era diferente a los demás, pero no feo. ¿Qué clase de cegato llama feo a un patito? Menudo gilipollas.

—Dani, ¿estás bien?

La voz de Claudia me saca de mis profundas reflexiones sobre los patos y los cuentos infantiles.

—¿Eh? Sí. Sí, claro —farfullo.

—Pareces distraído.

—No, yo... Estaba pensando... ¿Qué te parece si vamos a cenar antes de que sea más tarde? Todo sea que luego esté todo lleno.

—Por mí, estupendo.

—Pues vamos allá. Conozco un sitio que creo que te va a gustar.

No he mentido porque sí estaba pensando, pero tampoco he dicho la verdad porque no estaba pensando en la cena precisamente. Se supone que una relación se basa en la confianza y la sinceridad y yo empiezo omitiendo la verdad en la primera cita. No es lo mismo que mentir, pero se le parece bastante. ¿Y por qué pienso en Alexandra si estoy con Claudia? Porque no puedo evitar compararlas; por eso.

La cena está deliciosa y la compañía no puede ser mejor. Al salir del restaurante, llevo a Claudia a su casa. Nos despedimos en el portal. Nada de la última copa ni te apetece subir ni nada que se le parezca. Primero, que vive con sus padres y no es plan y segundo, que quiero algo más que sexo con ella. Claudia me gusta de verdad. Me inclino lentamente sobre ella y la beso. Ella me devuelve el beso y yo rodeo su cintura con los brazos para acercarla más a mí. Sus labios son suaves, tiernos, jugosos. Sabe bien. Y huele bien. Antes de que se vaya le digo que la llamaré para quedar de nuevo.

—Espero tu llamada —me dice. Y se va.

Capítulo 7

Alexandra

El curso ha terminado. Soy bailarina profesional. Y lo que es aún mejor: soy lo bastante buena como para que me hayan admitido en la Compañía de Ballet de la Ópera de París. Nadia y el resto de mis profesores del Conservatorio de Danza estarían orgullosos de mí. Tengo que escribirles para decírselo, aunque seguro que la Escuela de París se me ha adelantado y ya estarán al corriente.

Ha sido duro. Las clases, el idioma... Que Nadia fuera tan rígida en sus clases me ha hecho estar preparada para la férrea disciplina de la escuela francesa. Nada de palmaditas en el hombro. Si lo has hecho bien, era lo que debías hacer. Si no lo has hecho tan bien... Tal vez deberías dedicarte a otra cosa. He tenido compañeros que se han venido abajo después de una enérgica bronca por parte de algún profesor y se han ido a sus dormitorios deshechos en lágrimas una vez finalizada la clase. Nadie se marcha mientras estamos bailando salvo causa justificada. Y eso incluye a los niños de primero.

Pero por otra parte, ha sido divertido vivir en la escuela y compartir el día a día con los demás alumnos internos, los profesores y el personal que hace que la escuela funcione. Es como en una de esas series de internados de Enid Blyton que leía de pequeña, con un montón de adolescentes haciendo de las suyas, trabando amistad, corriendo aventuras y celebrando festines nocturnos a escondidas. Lo nuestro no ha sido tan aventurero ni mucho menos. Nuestra mayor temeridad ha sido comernos a escondidas una chocolatina. O puede que dos. O tres. Pero hemos pasado muy buenos momentos en nuestra convivencia. Y otros no tan buenos. Naturalmente, he

echado de menos a mi familia y amigos, sobre todo los fines de semana, cuando no había clases y mi vida no era tan ajetreada, pero soy muy afortunada de poder estar aquí, de poder bailar aquí. A partir de ahora ya no viviré en la escuela. Me mudaré a un pisito en París con unas compañeras para así poder compartir gastos. París es caro. Aunque de momento me voy a casa hasta que empiece la temporada de ensayos y tenga que regresar. Comienzan mis vacaciones.

El avión ha empezado a descender y el piloto anuncia por megafonía que en breve aterrizaremos en el aeropuerto Madrid Barajas. Se encienden las luces para que los viajeros nos vayamos abrochando el cinturón de seguridad, cinturón que yo no me quito en todo el trayecto. No es que tenga miedo a volar; de hecho me encanta estar en el aire y ver las nubes tan cerca. Parece que puedas salir y caminar sobre ellas. Pero el cinturón no me estorba, así que siempre me lo dejo puesto.

Mis padres han ido a buscarme al aeropuerto. Están en la terminal de llegadas, esperándome impacientes. Impaciencia que se ha acrecentado debido al retraso en la recogida de equipajes. No traigo más que una maleta pequeña, pero aun así hay que esperar a que salga. Cuando los veo, corro hacia ellos arrastrando la maleta tras de mí y me echo en sus brazos. Los dos me abrazan a la vez. Me besan y yo los beso. Tenía muchas ganas de verlos, de volver a casa. Es una suerte que París esté cerca, así, aunque viva allí, podré venir a menudo. Siempre y cuando no estemos de gira. De gira. Aún no puedo creerlo.

Hablo sin cesar de camino a casa. Tengo mil cosas que contarles. Ellos me escuchan, ríen cuando les cuento anécdotas de la escuela y me hablan a su vez de la vida en Madrid. Dicen que me han echado de menos y que me seguirán echando de menos cuando me vaya, pero se alegran de que haya cumplido mi sueño.

Al día siguiente, cuando ya he descansado y he disfrutado de mi familia, voy a casa de Sofía. No sabe que he vuelto de París. No le he dicho nada porque quería sorprenderla apareciendo de improviso. Sus padres sí que lo saben, pero me guardan el secreto. Eugenia me abre el portero automático y

subo en ascensor hasta el cuarto piso. Me muero por ver la cara que pone Sofía.

—¡Sofía, están llamando! —oigo gritar a Eugenia cuando toco el timbre.

—¡Siempre tengo que abrir yo! ¡Parezco la portera! —protesta la aludida.

Su voz suena cada vez más cerca. Viene hacia la puerta y la abre. Su profundo ceño se torna en una expresión de sorpresa. Se ha quedado boquiabierta.

—¡Alexandra! —grita un instante antes de darme uno de sus arrolladores abrazos—. ¡Pero si eres tú! ¿Cómo no me has dicho que venías? ¡Mamá, ha venido Alex!

Ahora que todos los vecinos se han enterado de que estoy aquí, Sofía me arrastra hacia la vivienda y cierra la puerta para volver a achucharme.

—Te he echado de menos —me dice.

—Y yo a ti —contesto.

También Eugenia viene a saludarme y a darme dos besos de bienvenida.

—Bailarina —dice, tomando mi rostro entre las manos—. Ayer apenas eras una renacuaja de cuatro años que empezaba sus ejercicios. Y mírate ahora. Estamos muy orgullosos de ti, cariño. París está muy lejos, pero si alguna vez bailas en Madrid, iremos a verte.

—Claro que sí —apostilla Sofía—. Tía, ahora vas a ser famosa.

—No corras tanto —replico—. Formo parte del cuerpo de baile. Nada más.

—Formas parte del cuerpo de baile de una de las mejores compañías de ballet del mundo. Y vas a vivir en París, la ciudad de la luz, del amor y de los croissants. Ya tengo sitio donde quedarme para cuando vaya de vacaciones.

Le doy el regalo que he traído para ella: una bonita bailarina de trapo. Sofía nunca ha sido de muñecas, pero la mira emocionada.

—Así te acordarás de mí cuando me vaya —le digo.

—Ni que me hiciera falta una muñeca para acordarme de ti, so tonta.

Cotilleamos sobre las últimas novedades sentadas en el sofá. Mi hermana y su hermano están saliendo y por lo visto van en serio. Claudia me lo dijo anoche cuando nos acostamos. Como solo tenemos tres dormitorios, compartimos habitación. La noticia me desconcertó por completo. Nunca había parecido interesarle Daniel y ahora me decía que eran pareja. Pero la

veía enamorada, así que no le dije nada que pudiera desilusionarla. Daniel por su parte se ha independizado y ahora vive solo a unas pocas manzanas de aquí, cosa que alegra a Sofía, aunque ya no tiene con quién pelearse y se aburre un poco.

—No le pega para nada —comenta Sofía—. Perdona porque es tu hermana, ¿eh?, pero es que Claudia es superpija y Dani es un gañán.

—Pues no hacen mala pareja —replico.

Sofía resopla. Mi hermana nunca le ha caído demasiado bien.

—Por favor... —gruñe—. Yo le veo más contigo, fíjate. A mí me parecía que estaba un poquito pillado.

—Sofía, tú estás fatal, ¿eh?

—¿Qué? ¡Pero si fue al ballet y todo!

—Porque tú le presionaste.

—Y preguntaba por ti cada dos por tres.

—Porque estaba en París y porque soy tu amiga. Soy como una hermanita para él, Sofi.

—No lo tengo yo tan claro. Y no me llames Sofi.

Me arrea un codazo en las costillas y yo me echo a reír. Las películas que se monta ella sola resultan de lo más surrealistas.

—No te rías, mema —protesta, pero ella también se ríe—. Oye, ya hemos cumplido las dos dieciocho —continúa, poniéndose seria—. Somos mayores de edad. Tenemos que salir a celebrarlo, ¿qué me dices?

Me gusta la idea. Ella los cumplió en enero y yo, en abril, y como hemos estado lejos la una de la otra no lo hemos celebrado, así que es el momento de hacerlo aunque sea con retraso. Sofía coge su teléfono móvil y trastea con él unos segundos declarando tener el plan perfecto. Entonces, hace una llamada. Me imagino que estará llamando a alguna de nuestras amigas comunes para salir todas juntas.

—Hola, Dani —¿Dani? ¿Cómo que «Dani»?—. Esta noche vamos al club. ¿Podrías...? Alexandra y yo... —Oigo lo que deben de ser las protestas de Daniel. No entiendo lo que dice, pero deduzco que no está precisamente saltando de contento. Le hago gestos a Sofía para que no siga adelante, pero no me hace ni caso—. Somos mayores de edad, tío listo. Vamos a celebrar nuestro cumple por todo lo alto y... Pues sí, viendo tíos en pelotas, ¿qué pasa? Ya te dije que íbamos a ir a verte cuando cumpliéramos los dieciocho; me da igual lo histérico que te pongas... Que no me cuentes tu vida, Dani.

¿Nos invitas o qué? Gracias, hermanito. Te quiero. —Le lanza un beso de lo más teatrero y corta la llamada—. Ponte bien guapa esta noche, nena —me dice—. Nos vamos al club de *striptease* más calentorro de todo Madrid. Y gratis.

Capítulo 8

Daniel

Esta noche mi hermana y Alexandra vienen al club. Que son mayores de edad las señoritas y no se les ha ocurrido otra cosa que ir a un club de *striptease*. Esto es idea de Sofía. Lleva siglos amenazándome con venir a verme y ahora no solo piensa cumplir su amenaza, sino que además quiere que las invite. Lo hago, claro, que al fin y al cabo son mi hermana y su amiga del alma. Verás como nuestra abuela se entere de esto.

Alexandra ha vuelto de París. Llegó ayer; me lo ha dicho Claudia. Ya ha terminado sus estudios de danza y es bailarina profesional. Siento una punzada de orgullo por ella. Ha logrado entrar en el Ballet de la Ópera de París. Podrá vivir de lo que le gusta, de su gran pasión. Podrá bailar, viajar por el mundo. Conocerá gente importante. Y sé que llegará lejos. También ella un día será importante. No es que ahora no lo sea. Alexandra... Tan tímida y tan calladita, pero llena de fuerza y tesón. Algún día será primera bailarina.

Esta noche somos vaqueros. También hay algún que otro indio que ya tiene casi todo el trabajo hecho. Sofía ha quedado en llamarme cuando lleguen, así que una vez hemos terminado con los últimos ensayos antes de que abramos, estoy pendiente del móvil por si suena.

–¿Esperas alguna llamada? –me pregunta un compañero cuando me ve mirar el teléfono por enésima vez por si ha sonado y yo no lo he oído con la música del local.

–Viene mi hermana con una amiga. Las he invitado –contesto.

Un coro de risas acoge mis palabras, y no es para menos.

—Tu hermana —cloquea otro—. Joder, qué cortada de rollo.

—Yo una vez fui de *stripper* a una despedida de soltera y cuando llegué me encontré con que estaba allí mi madre.

Rodrigo nos cuenta su aventura con el desparpajo que le caracteriza. Cuando acaba, nos estamos secando las lágrimas de los ojos. Es entonces cuando suena el móvil. Sofía y Alexandra están fuera esperando, así que voy para allá. Mi jefe es un tío enrollado y no le importa que invitemos a algún amigo o familiar de vez en cuando. Es bueno para el negocio, dice. De modo que cuando esta tarde le he dicho que venían mi hermana y una amiga no ha puesto la menor objeción. Y en cualquier caso, a pesar de que he protestado lo mío cuando me ha llamado Sofía, las habría invitado gustosamente. Habría pagado yo las entradas y listos.

Ahí están. Como si en su vida hubieran roto un plato. Bueno, Alexandra igual no. Ya está mi hermana para cargarse la vajilla entera. ¡Madre mía, ¿pero qué...?! ¡La hostia! Sofía lleva el pelo suelto en lugar de su coleta, moño o trenza mal hecha habitual y se ha puesto un vestido negro corto. Y ajustado. Con escote y todo. ¿Esa es mi hermana? ¿Y Alexandra? No doy crédito. ¿La niña del vestido rojo oscuro es Alexandra? Joder... Sí que le ha sentado bien París. Está preciosa. Las dos me sonríen según me acerco a ellas.

—Hola, chicas —las saludo—. Me alegro de verte, Alex.

—Yo también me alegro de verte —contesta ella.

Nos damos dos besos. Huele bien.

—Enhorabuena, patito —le digo—. Ya eres toda una bailarina.

—Gracias —dice sonrojándose un poco.

La cojo de una mano y la hago girar sobre sí misma. Ella gira sobre la punta del pie, como tiene por costumbre, y la falda de su vestido se eleva dejando al descubierto sus esbeltas piernas. También su espalda está descubierta. Se ha recogido el pelo de modo informal y unas hebras doradas que se han escapado caen sobre su nuca. Gira un par de veces y dobla las piernas, haciendo una especie de reverencia. De pronto me siento grande y torpe a su lado.

—Guau —murmuro.

—Dentro de un rato te veré yo bailar a ti —dice.

—Dani, devuélvele la mano —dice Sofía.

Me doy cuenta de que todavía sostengo la mano de Alexandra y la suelto de golpe.

—Perdona —farfullo.

Alexandra me sonríe y Sofía me hace un escrutinio a lo Robocop. Creo que sabe mis niveles en sangre con una sola mirada.

—¿Entramos? —sugiero antes de que se le ocurra hacer una observación incómoda.

Cada una me coge de un brazo y entramos al club. Una morena y una rubia, como don Hilarión en la zarzuela esa. Uno de los camareros de barra suelta un silbido de admiración al verlas.

—¿Y este par de bellezas? —pregunta.

—Mi hermana y una amiga —contesto—. Ponles lo que quieran y pásame la cuenta. Esta noche las invito yo.

—A la primera invita la casa.

El tío les guiña un ojo y a mí no sé si esto me termina de gustar. Ellas no parecen incómodas. Se sientan cada una en un taburete y piden algo tan inofensivo como un zumo de naranja natural (Alexandra) y un mojito sin alcohol (Sofía). Si al camarero le ha sorprendido, no lo ha dejado ver. Se pone manos a la obra sin pestañear. Yo me excuso diciendo que tengo que prepararme y las dejo solas charlando de sus cosas. Seguro que saben cuidarse solas, pero yo me voy con la sensación de haber dejado a dos gacelas al alcance de una manada de leones.

A la hora de salir al escenario intento localizarlas con la mirada. No me resulta difícil porque se las han apañado para coger un buen sitio. Están lo bastante alejadas del escenario como para verlo todo estupendamente, pero no tanto como para perder detalle. Cabronas. Ahí están con sus bebidas, felices y contentas. Cuando nos anuncian, Sofía suelta un silbido y le dice algo a Alexandra, que sonríe. Comienza a sonar el tema country que hemos elegido para la ocasión, el público aplaude y nosotros salimos.

Me he mentalizado para no pensar que mi hermana y Alexandra están disfrutando del espectáculo, pero me resulta imposible no ver a Sofía desmelenándose. Al menos Alexandra tiene el detalle de parecer un poquito cortada. Un poco; tampoco mucho. Y yo preocupándome por ellas. Dos

gacelas los cojones. Un par de leonas cuando nadie las mira es lo que son. Y tenían que venir hoy, que el *striptease* es integral. Joder.

Al final los indios se quedan tan solo con el penacho de plumas y los vaqueros, con el sombrero. Ni una prenda más. Las chicas jalean y aplauden. Sofía grita algo que gracias al cielo no llego a entender debido al tumulto y Alexandra aplaude entusiasmada, aunque parece algo azorada por tener delante a unos cuantos tíos en pelota picada. Yo incluido. Me pregunto si se habrá puesto colorada. ¡Qué mona! Nos vamos del escenario con el culo al aire para ir a vestirnos.

Me quedo en el local tomando algo con mis colegas y dejo a su aire a las chicas. No quiero parecer el típico hermano mayor sobreprotector, pero justo eso es lo que quiero hacer, sobre todo cuando las veo rodeadas de moscardones en la pista de baile.

—Eh, tío, relaja —me dice Rodrigo viendo que no puedo dejar de mirar hacia donde están ellas—. Ya son mayorcitas.

—Estoy relajado —replico, mintiendo como un bellaco. De hecho, estoy apretando los puños—. Es solo que...

Ni sé qué decir, lo que demuestra que no tengo ni un solo argumento a mi favor.

—Son muy guapas las dos —razona él, y los demás asienten con conformidad—. Es normal que los hombres se les acerquen. Están buenas, tío.

—Oye, que estás hablando de mi hermana y su amiga —protesto frunciendo el ceño.

—Como quieras, pero una cosa no quita la otra.

—Nos las presentarás luego, ¿no? —interviene otro compañero, y cuando lo miro furibundo muestra las palmas de las manos en son de paz—. Con intenciones totalmente honestas, por supuesto —añade.

Todos reímos ante el comentario y entonces sí que me relajo. Rodrigo tiene razón. Ya tienen dieciocho años. Son dos hermosas mujeres y es natural que los hombres aprecien su... ¡Toma hostia! Sofía acaba de dar un guantazo de noventa megatones a un tipo que le ha puesto la mano en el culo mientras bailaba con ella. Casi le arranca la cabeza. Mi primer impulso es levantarme a hacerle una cara nueva al imbécil ese, pero antes de que mi cuerpo haya obedecido la orden del cerebro para levantarse, veo que mi hermana se encara con él y le dice unas cuantas cosas con el dedo índice

ante su jeta en plan amenazador. Como el pitufo de las gafas, pero con mala leche. Alexandra acude a apoyarla y el tío se va con el rabo entre las piernas.

–Pues sí que saben cuidarse solas, sí –murmuro.

Es una noche joven, divertida. Presento a las chicas a mis compañeros y estamos todos juntos un rato. Lo pasamos bien, pero llega la hora de irnos a casa. Las llevo en coche. No son horas de que vayan andando a ningún sitio. Y aunque lo fueran las habría llevado igual. Se montan las dos en el asiento trasero y van parloteando y riendo todo el camino como si yo no estuviera. Hablan de cómo se movía la bailarina de *pole dance*, de lo sensual que resultaba. Hablan del *striptease* de las chicas y del de los chicos. Hablan de abdominales, de pectorales, de culos y hasta de tetas. Y luego se mondan recordando el bofetón que Sofía le ha dado al tipo que le ha tocado el culo. No me ha hecho ninguna gracia que le toquen el culo a mi hermana, pero no puedo menos que sonreír al recordar la escena.

–Nos ha gustado mucho, Dani –me dice Sofía.

–Oh, sí. Ha estado genial –apostilla Alexandra.

–Volveremos.

–Ni hablar –digo yo.

–Ya te hemos visto en pelotas. ¿Qué más te da? –replica Sofía.

–Por cierto, Dani, bonito culo –dice Alexandra antes de que yo pueda contestar a mi hermana.

Sofía empieza a partirse de la risa y yo siento que se me suben los colores. Joder. Esto no está pasando. Par de brujas. Y eso que no han bebido. La rubita recatada ha hecho que me sonroje. El mundo al revés.

–Gracias –murmuro.

La casa de Alexandra no está lejos. Me paro en doble fila ante el portal y ella se quita el cinturón de seguridad. Antes de apearse se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla. Su pelo me hace cosquillas y su olor me embriaga un poco.

–Gracias por traerme –dice.

–No hay de qué.

Cierra la puerta y se dirige a su casa. Abre la puerta del portal y se vuelve para decirnos adiós con la mano. Nosotros hacemos lo propio y segundos

después ella desaparece tras la puerta. Aguardo un poco más hasta que considero que ha tenido tiempo de subir al sexto piso y entrar sana y salva en su casa. Cuando hago ademán de ir a ponerme de nuevo en camino, Sofía se pasa al asiento del copiloto sin usar las puertas, escabulléndose entre los asientos y sorteando la palanca de cambios. Espero a que se acomode, que se ve que no ha tenido tiempo de hacerlo mientras Alexandra se iba. Una vez se ha puesto el cinturón, reanudo la marcha para llevarla a casa.

—¿Hoy no quedas con Claudia? —me pregunta mientras estamos detenidos ante un semáforo en rojo.

—No. Son las dos pasadas, Sofía. Y mañana tiene guardia.

—Ah, que tiene guardia.

Noto cierto retintín en su voz. A Sofía no le cae bien Claudia. Creo que está algo celosilla, pero nunca le he dicho ni mu al respecto, que me la lía. Y para qué queremos más. En contrapartida, tampoco a Claudia le cae bien Sofía. Estoy apañado.

—¿De verdad estás enamorado de ella?

¿Eh? ¿He oído bien?

—¿Qué es esto, un consultorio sentimental? —le espeto, comenzando a sentirme molesto.

—Solo preguntaba.

—Sí, estoy enamorado de ella. Estoy muy enamorado.

—Vale.

¿Por qué es ella la que parece enfadada cuando resulta que es ella la que está poniendo en tela de juicio que yo esté enamorado de Claudia? ¿No debería ser yo el mosqueado? Por suerte, el semáforo se pone verde y sigo conduciendo. Con la excusa de ir mirando la carretera no le hago caso, pero eso no es motivo suficiente para que mi entrometida hermana no vuelva al ataque. Si la conoceré yo. De momento va callada mirando por la ventanilla. A ver lo que dura.

—Te has equivocado de hermana.

El misil me causa tal impacto que no reduzco a tiempo al entrar en la estrecha calle en la que vivo —vivía—, de modo que entro a demasiada velocidad, pierdo el control del coche y estampo el foco izquierdo en uno de esos putos pivotes que les ha dado por poner a los del ayuntamiento. Su puta madre.

–¿Pero qué haces, anormal?! –me grita encima Sofía.

Capítulo 9

Alexandra

¡Qué bien lo pasamos anoche! Al principio me daba mucho apuro ir a ver un *striptease*, no por el *striptease* en sí, sino porque tomaba parte Daniel y me daba no sé qué verlo desnudo, pero fue todo tan bonito y estaba tan bien preparado que al final la desnudez fue lo de menos. Y él no estaba avergonzado lo más mínimo. Supongo que está tan acostumbrado a desnudarse delante de desconocidos que para él resulta de lo más natural. Yo me moriría de vergüenza si tuviera que bailar desnuda.

Claudia se levanta temprano; hoy tiene que trabajar. Yo pienso quedarme remoloneando en la cama un rato más. Es domingo y no tengo ninguna prisa por levantarme.

–¿Qué tal lo pasasteis ayer? –me pregunta Claudia poniéndose una blusa.

Anoche cuando llegué a casa, ella ya estaba dormida y procuré no hacer ruido para no despertarla. Ni se enteró de que había llegado.

–Genial –contesto, abrazada a la almohada, aún con algo de sueño.

–¿Visteis el *striptease*?

–Claro. A eso fuimos. Fue divertido.

–¿Divertido?

–Sí. El baile estuvo muy bien, y los chicos eran guapísimos. Y estaban para mojar pan. ¡Qué cuerpazos, chica!

Me muerdo la lengua. Igual tenía que haber estado más comedida en mis comentarios. Daniel estaba entre esos chicos, y Claudia es bastante celosa. A lo mejor no le gusta que esté admirando el cuerpo de su novio por mucho que esté hablando de los chicos en general.

–¿Era integral?

–¿El qué?

–El pan de la cena, Alex. ¡El *striptease*!

–Oh, sí. Cien por cien integral.

–¿Le has visto la polla a Dani?!

Es una pregunta trampa. Si digo que no, miento. Si digo que sí, es que me he fijado. Cualquiera de las dos respuestas es incorrecta. No pensaba empezar el domingo hablando de la polla de Daniel. Aunque tengo que reconocer que es la mar de resultona. Pero eso Claudia lo sabe mejor que yo.

–Ajá –digo.

No parece entusiasmarle la idea, pero no dice nada. Total, se la ha visto todo el mundo.

–¿Y qué hicisteis después? –pregunta.

–Bailar y bailar. Y luego Dani nos presentó a sus compañeros y después nos trajo a casa.

–Oh. Vaya. Qué galante.

–¿Por qué nunca vas a verle?

–Porque no quiero que piense que soy una novia celosa y que voy para controlarle o a marcar territorio o algo de eso.

–A lo mejor solo piensa que vas a pasarlo bien.

Claudia resopla.

–A pasarlo bien. Seguro –refunfuña–. Me voy a desayunar.

–No trabajes mucho.

Ella sale de la habitación y yo me quedo en la cama. A lo mejor no tenía que haberle dicho a Daniel lo de que tiene un bonito culo. Era un cumplido que le hice en confianza y además no he dicho nada que no sea cierto, pero lo vi un poco cortado. Y si él, que no tiene ningún tipo de vergüenza, se ha cortado... ¿Me habré pasado de atrevida?

Me despierto y miro el reloj. Son casi las diez y cuarto. He vuelto a quedarme dormida después de irse Claudia. Me estiro en la cama y me desperezo a gusto antes de levantarme y meterme en la ducha.

–Buenas tardes, Alex –bromea Héctor al verme aparecer por la cocina para desayunar.

–Desayuna algo, que vas a enganchar con la comida –me dice mi madre.

El día se presenta tranquilo. Es el típico domingo sin planes, de sofá, manta y libro. O tal vez una peli. Mi móvil silba. Me ha entrado un mensaje de Sofía y sonrío, pensando que ningún día es tranquilo ni típico si Sofía está cerca.

«Quedamos todas para cine esta tarde. Peli de tiros y acción. Te apuntas?». Emoticono sonriente.

Esta chica es única. Se come letras y lo que haga falta, pero nunca se deja una tilde.

«Claro que me apunto. ¿A qué hora?», pregunto.

Quedamos a las cinco y media en el cine. La película empieza una hora más tarde, así que todas tenemos tiempo de aprovisionarnos de chucherías, especialmente Sofía, que no puede ir al cine sin llevarse medio bar. Es una tarde de chicas. Cinco en total.

Vamos mucho al cine; somos unas cinéfilas empedernidas. Y cuando no hay nada interesante en cartelera, seguro que cualquiera de nosotras tiene algún DVD que nos apetece ver y organizamos una tarde de cine en casa. La de hoy es de pura adrenalina, una de esas de un hombre que busca venganza, y salimos de la sala con buen sabor de boca y la agradable sensación de haberse hecho justicia, aunque sea en una pantalla.

Al salir vamos a cenar juntas a un restaurante de esos en donde hay de todo. Yo pido una ensalada mixta y un botellín de agua y las demás miran mi plato con un poco de lástima.

—¿Seguro que no quieres unas patatas? —me ofrece Natalia.

—Seguro, seguro —digo yo.

Conversamos. Una conversación lleva a la otra y Sofía nos cuenta que ayer al volver a casa su hermano estampó el coche contra un pivote.

—El muy cenutrio según da la curva, sigue recto y ¡bom! Se cargó todo el foco. Y le ha hecho un bollo al coche —explica cuando le preguntamos qué pasó.

—Pero él está bien, ¿no? —me intereso. Doy por hecho que cuando Sofía lo cuenta como algo cómico, Daniel habrá salido tan ileso como ella, pero por si acaso.

—Tiene el orgullo herido y un buen cabreo, pero por lo demás está perfectamente.

El verano es época de bodas y yo no me libro. Se casa Valeria, una prima mía, y como no podía ser de otra manera, estoy invitada. Ya tengo mi flamante vestido y mis sandalias a juego. Son de tacón bajo. Mi madre ha insistido para que me pusiera tacones más altos, pero me he negado en redondo. No estoy por la labor de poner en peligro mis tobillos por encaramarme a unos taconazos en los que no sé andar. Me da igual no ser muy alta.

En la peluquería me han hecho un bonito recogido y me han maquillado un poco en tonos suaves. No estoy acostumbrada a maquillarme y me veo un poco rara.

—Estás muy guapa —me dice Claudia cuando me ve mirarme insegura en el espejo de nuestra habitación.

Le sonrío. Ella sí que está guapa. Lleva un vestido verde entallado que realza el tipazo que tiene y unos zapatos de tacón —también verdes— que me da vértigo solo mirarlos. Daniel también está invitado como pareja de Claudia. Ella dice que no le hace ninguna gracia ir de traje y corbata, pero es una boda, y bastante formal, así que no le queda más remedio. Vendrá más tarde a buscar a Claudia para ir juntos a la iglesia. Yo iré con mi hermano y mis padres.

La novia está radiante. Perfecta. Y el que en poco tiempo será su marido está de lo más distinguido. No presto mucha atención a la ceremonia, la verdad. Me entretengo mirando los adornos florales de los bancos, los niños aburriéndose en silencio, los novios en el altar y las manos de Claudia y Daniel entrelazadas. Me pregunto si Claudia estará pensando en el día en que sea ella quien esté en el altar con Daniel. Ahogo un bostezo y veo a Héctor conteniendo una sonrisa. Lo miro y él me guiña un ojo. Sé que soy su hermana favorita y yo, aunque me llevo bien con Claudia, siento devoción por mi hermano. A lo mejor conoce a alguna chica en el banquete. El banquete. Espero no tener que pasármelo diciendo que todo está muy rico, pero que no puedo comer a dos carrillos.

Por suerte para mí, nadie se fija en lo que como y en lo que dejo de comer. Algunas personas piensan que tengo algún desorden alimenticio y no hay nada más lejos de la realidad. Procuro comer sano porque tengo que cuidarme. Mi cuerpo es mi herramienta de trabajo; no puedo darme el lujo de engordar. Pero por lo demás mi dieta no puede ser más equilibrada.

Me ha tocado la humillante «mesa de los solteros». Todos los desparejados estamos sentados en la misma mesa. A pesar de todo, no puedo pasarlo mejor en la compañía de mis primos, mi hermano y los amigos solteros de los novios. Es la mesa más alegre, la más risueña, la más divertida. Charlamos sin parar y cantamos y todo. La «mesa de los solteros» es un mundo aparte.

Después del banquete, comienza el baile. Es una lata porque son temas para bailar en pareja y los que no tenemos nos encontramos ante un pequeño inconveniente que solventamos enseguida. Nos emparejamos entre nosotros y nadie se queda sin bailar. A diferencia del resto, nosotros cambiamos constantemente de *partenaire*. Bailo con mi hermano, con mis primos, con mis primas y con chicos y chicas que hasta esa misma mañana eran unos completos desconocidos. Ya no me acuerdo de que no me apetecía nada venir a esta boda. Ya no me acuerdo de las tardes aburridas yendo de compras en busca del vestido apropiado.

He perdido la noción del tiempo. Me gusta la música. Me encanta bailar. Unos golpecitos en mi hombro distraen mi atención. Al volverme, veo a Daniel junto a mí.

—¿Bailas conmigo? —me pide.

Está guapísimo vestido de traje. No sé dónde habrá ido a parar su corbata, pero no la lleva puesta. También se ha soltado el primer botón de la camisa, una bonita camisa celeste, y a pesar del elegante traje que viste, tiene un aire de lo más informal. No parece muy cómodo con esa ropa. No tiene ni idea de lo bien que le sienta.

—¿Y Claudia? —le pregunto.

Mi hermana lleva todo el día pegada a él. Parecen una de esas parejas que aparecen en las revistas del corazón y, aunque los protagonistas del día son los novios, a nadie le ha pasado desapercibida la atractiva pareja que hacen Claudia y Daniel. Al preguntarle, él tuerce el gesto.

—Le duelen los pies —contesta—. Pero quiero bailar contigo; lo de los pies de tu hermana da igual —se apresura a añadir—. Bueno, no es que dé igual, es que... Lo que quiero decir es que aunque no le dolieran los pies, quiero bailar contigo. Llevo un rato queriendo bailar contigo. Si tú también quieres, claro.

Se ha aturrullado. Él, siempre tan seguro de sí mismo, parece un adolescente pidiendo para salir a una chica. Me da un inesperado ramalazo

de ternura.

—Cómo no voy a querer —digo.

La orquesta sigue tocando agarradas. Daniel me coge de la cintura y yo pongo las manos en sus hombros. Giramos con un suave balanceo. Su agarre es firme, pero no posesivo. Me siento pequeña; mi coronilla apenas llega a su mentón.

—Estás muy bonita —me dice—. Te sienta muy bien ese vestido. Y el peinado.

—Tú tampoco estás nada mal.

Miro hacia arriba. Tengo que mirar hacia arriba para poder verle. Él, por el contrario, tiene que mirar hacia abajo. Mis ojos se encuentran con los suyos. ¿Se han oscurecido? No sonríe ni tiene la expresión burlona de siempre. Es como si estudiara mi rostro y de alguna extraña manera siento que sus ojos me acarician. Algo se me remueve por dentro. Aparto la mirada y seguimos bailando como si nada. Mi corazón late un poco más deprisa, pero eso él no lo sabe, lo cual me tranquiliza. El siguiente tema es un rock and roll setentero. Toca desmelenarse.

—¿A que no te marcas un rock, patito? —me desafía.

—¿Que no? —replico alzando una ceja.

Que sea bailarina de ballet no quiere decir que no me guste el rock. Daniel me coge de la mano y empieza el baile. Es un excelente bailarín. Nuestros cuerpos se comunican a la perfección con cada movimiento. Hablan y escuchan, empapados en música. Nos acercamos el uno al otro, nos alejamos. Él tira de mí hacia él y yo giro a su encuentro. Nuestros pies, nuestras piernas danzan solos. Va llegando el final de la canción. No lo hemos hablado, pero no hace falta. Sé lo que quiere. Y yo voy a hacerlo. Esto es un reto. Daniel me deja ir y cojo distancia para correr hacia él y tomar impulso en el momento idóneo. Él me coge de la cintura en cuanto mis pies dejan de estar en contacto con el suelo, me voltea por encima de su cabeza y yo hago un molinillo con las piernas como si hiciera el pino en el aire, arrancando no pocas exclamaciones de asombro y alarma. ¿Se me han visto las bragas? Daniel me deja en el suelo en el preciso instante en que acaba el tema. Nuestras miradas no han perdido el contacto en ningún momento. Nos abrazamos riendo y solo entonces oigo los aplausos de la gente que nos estaba observando. He olvidado que estábamos en una boda. Por unos minutos solo estábamos Daniel y yo. Nos apartamos uno del otro

casi con desgana. Me mira... ¿Por qué me mira así? ¿Y por qué yo me siento así cuando lo hace?

Capítulo 10

Daniel

No puedo pegar ojo. Claudia duerme a mi lado como un leño, pero yo no puedo. No hay manera. Tengo un cacao mental de proporciones épicas. Si cierro los ojos, veo a Alexandra. Joder, que me ha faltado un pelo para besarla, que tenerla en mis brazos mientras bailábamos ha sido... Que desde el otro día, cuando vino al club, y la vi tan... hermosa... tan sencillamente hermosa... Que no me la quito de la cabeza. Si hasta me cortocircuité cuando la bruja entrometida de Sofía me dijo que me había equivocado de hermana y me di una hostia con el coche. Que menos mal que había un pivote, que llega a haber un barranco y allá que voy. ¿Qué coño ha visto Sofía para salir con esas? Nos pusimos a discutir procurando no gritar, cosa del todo imposible, pero es que no eran horas. Que algún que otro vecino se asomara a la ventana para ver qué diablos había sido ese ruido en plena noche tampoco ayudó mucho. Y ahora tengo miedo de preguntarle a Sofía a qué vino ese comentario. Es capaz de decírmelo y me aterra saberlo. ¿Habré hecho algo que me haya delatado? Joder... ¿Qué hago yo ahora? Por suerte, Alexandra no parece haberse dado cuenta de nada. Su comportamiento y su actitud conmigo son los de siempre. Eso o como actriz no tiene precio.

Para acabarlo de arreglar, estoy saliendo con Claudia, su hermana. La quiero, pero... Es que yo... No es lo mismo. No se me acelera el pulso. No siento un golpe en el pecho cuando me sonrío, cuando me mira. Es una mujer de bandera. Es guapa, es lista, es... Es todo lo que un hombre puede desear, pero... No sé qué me pasa. Debe de ser un desajuste hormonal o algo. Se me pasará. Seguro que se me pasa. Alexandra se irá a París después

del verano y todo volverá a la normalidad. Quiero a Claudia. Estoy enamorado de Claudia. Lo de Alexandra es... un deslumbramiento pasajero. Solo eso.

Claudia me ha montado una escenita de celos, que esa es otra. Celos de su propia hermana. Que si no estábamos bailando muy pegados, me ha dicho. Bailar de lejos no es bailar, le he dicho yo. Ponerme a parafrasear a Sergio Dalma no ha sido una buena idea. Yo solo pretendía quitarle hierro al asunto. No estábamos tan pegados. Pero se lo ha tomado de pena. Por lo visto, no pasaba el aire adecuado entre los dos y la tenía demasiado ceñida por la cintura. Me he justificado diciéndole que Alexandra tiene la cintura estrecha y que es pequeña, pero tampoco ha sido una buena idea. No sé por qué coño se ha enfadado. La discusión ha ido subiendo de tono, una cosa ha llevado a la otra y nos hemos enzarzado en una pelea estúpida en la que no sabía exactamente de qué puñetas me estaba acusando. Es verdad que he mirado los labios de Alexandra, que he sentido la tentación de besarla, pero eso Claudia no lo ha visto. Además, dejaré que me maten antes de reconocerlo. Con todo, Alexandra es inocente. Y en cuanto a bailar... En bailar no había nada malo. Me ponen enfermo los celos absurdos de Claudia. Me alegra que al menos se haya quedado a dormir en casa. De haberse ido a la suya podría habérsela liado al patito. Es muy capaz.

La boda ha sido un peñazo. Ha sido una boda de esas de alto copete a la que había que ir con traje y corbata. Con el calor que hace... He tenido que meterme en un traje. En mitad del banquete me he quitado la corbata y me he soltado el botón superior de la camisa. Pensaba quitarme también la chaqueta, pero entonces Claudia me ha cuchicheado algo así como «¿no pensarás desnudarte en la boda, no?». Y me he cortado. ¡Qué familia más estirada! Por cierto, que Claudia no parece tan cómoda con mi trabajo como al principio. A la gente que me ha preguntado a qué me dedico, le ha contestado ella antes de que yo haya abierto la boca. Oficialmente soy bailarín en un espectáculo. No la he desmentido ni he aclarado las cosas, y ese ha sido otro de los temas de nuestra pelea. No me gusta que se avergüence de lo que hago ante su familia. No me gusta que se avergüence de mí. Claudia dice que exagero y que estoy sacando las cosas de quicio. Dice que no conozco a su familia, pero es que a mí su familia me da igual.

Y nada, que no puedo dormir...

–Dani...

Joder, ¿qué pasa ahora? Claudia me está zarandeando y gruño algo que es una mezcla de protesta y queja lastimera.

–Dani, que son las doce del mediodía.

¿Y cuál es la prisa? ¡Que me acabo de dormir después de toda la noche en vela!

–Joder, Claudia... –rezongo–. Que tengo sueño.

–¡Pero si son las doce!

–Que ya te he oído.

–¿Piensas quedarte todo el día en la cama?

¡Qué pesada!

–Solo un ratito más.

–Joder, Dani. Eres como un crío.

Se levanta enfadada y se va a la ducha. ¡Qué estrés de mujer! Oigo correr el agua en el baño y yo me quedo acurrucado en la cama tan a gusto. Pues igual sí que me quedo en la cama todo el día.

–Se te ha olvidado que hoy tus padres nos han invitado a comer, ¿verdad?

–¡Hostia! ¡La comida!

La voz de Claudia de vuelta en el dormitorio me ha despertado de golpe. Me levanto sin perder un solo instante y corro al baño. Entre que ella se viste, se peina y se repeina, yo tengo tiempo de sobra para darme una ducha, vestirme y hasta pintar la habitación.

–Antes quiero ir a casa a cambiarme de ropa –me dice mientras se embadurna un ojo de negro. El minibolso ese que lleva parece el de Mary Poppins. Seguro que es mágico y no tiene fondo porque Claudia no hace más que sacar pinturas de dentro.

–Pero si así estás bien –replico al tiempo que ajusto la sábana a los pies de la cama.

–Es la ropa que llevé ayer a la boda. Tengo arrugada la falda. Y además, no voy a ir a comer a casa de tus padres con la misma ropa.

Ni que a ellos fuera a importarles el modelito. Pero no lo digo. Que se vista como quiera. Yo voy bien cómodo con mis vaqueros gastados y una camiseta blanca de lo más normalita.

Vamos en mi coche. No subo a casa de los padres de Claudia; prefiero esperarla abajo y así aprovecho y me tomo otro café, a ver si me acabo de despertar.

Voy de camino a una cafetería cercana cuando veo venir a Alexandra en dirección contraria con un par de barras de pan sujetas del brazo. Seguro que al menos una de ellas es integral. Lleva unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta de tirantes rosa con flores. Y se ha recogido el pelo en una coleta alta. Sonríe al verme y yo me quedo un poco alelado. La falta de sueño no la llevo bien.

–Hola, Dani.

–Hola. ¿De recados?

–He salido a comprar el pan. ¿Y Claudia? ¿No estaba contigo?

–Ha ido a cambiarse. Iba a tomar un café, ¿te apetece?

–Venga ese café. Si Claudia se está vistiendo, hay tiempo de sobra.

El sol se refleja en su pelo dorado. Se ha traído con ella toda la luz de París. Su carita lavada resplandece y sus ojos azules son el mismísimo cielo. ¿Desde cuándo es tan bonita? ¿Ha madurado ella o he sido yo? No puedo apartar la mirada de ella.

Hace un día espléndido, así que nos sentamos en la terraza. Ofrezco a Alexandra un bollo de mantequilla o una napolitana de chocolate y me mira con horror, pero luego ríe. Sabe que estoy bromeando. Yo tampoco como nada; con el café con leche es suficiente. Además, es casi la hora de comer. Hablamos de nuestro baile de ayer y de nuestros planes para la tarde. Yo tengo comida con mi familia y luego saldré con Claudia por ahí y ella se va a la piscina con mi hermana y otras chicas.

Cuando nos vamos de la cafetería estoy tentado a decirle que no le diga a Claudia que nos hemos visto. Pero al instante siento un acceso de rabia. ¡Qué estupidez! No tenemos por qué escondernos; solo nos tomábamos un café. Lo que pasa es que no quiero que Claudia la tome con su hermana por sus celos irracionales. Es ridículo. Aunque creo que siento algo por Alexandra que no debería sentir. Si mi hermana ha notado algo... ¿Es posible que también Claudia lo haya notado? No. Si ese fuera el caso, habría ardido Troya. En ese sentido estoy a salvo.

Llegamos un poco tarde a casa de mis padres, pero no parece importarles el retraso ni que haya que recalentar la comida. Sofía y Claudia se saludan con dos besos como mandan las buenas maneras, pero no va más allá de una mera formalidad. Mi hermana, que al lado de Claudia parece una *homeless* desharrapada con esos pantalones de chándal viejos y una camiseta todavía más vieja, está más fría que un témpano. Se descongela un poco al darme dos besos a mí. Como ya no vivo en casa, cuando vengo me da dos besos. Me gusta que tenga ese gesto de cariño hacia mí, pero no le digo nada, que basta que se lo diga para que deje de hacerlo. ¡Qué terca y qué suya es!

La comida transcurre sin grandes novedades. Hablamos de lo bonita que fue la boda, de lo guapos que estaban los novios y de lo bien que lo pasamos. Mi madre, que ha visto unas mil veces el vídeo que Mateo le ha pasado a mi padre esta misma mañana, dice que cómo se me ocurrió voltear así a Alexandra.

—Se te llega a caer...

—Que no, mamá, si no pesa nada —contesto.

—Me habría gustado ver eso con mis propios ojos —comenta Sofía, que también ha tenido que conformarse con ver el vídeo.

—Le dio la vuelta en el aire como si fuera una muñeca de trapo —dice mi madre, sospecho que no por vez primera—. Como para haberla descalabrado.

—Dejasteis a los de *Dirty Dancing* a la altura del betún —interviene mi padre, comenzando a reírse y contagiando a los demás.

Claudia solo esboza una sonrisa. El tema no es de su agrado. Sofía, a quien no se le escapa ni media, la mira con desagrado mal disimulado, aunque Claudia no parece darse cuenta. Y si se ha dado cuenta, se limita a ignorarla. A continuación, Sofía me mira a mí con aire reprobador y estoy a punto de que me dé un corte de digestión. Pero no dice nada ni suelta ninguna pulla y me relajo un poco. Me acojona mi hermana. Sé que es prudente y que si va a decirme algo no va a hacerlo delante de Claudia, pero aun así me acojona.

Vacaciones. Asturias, patria querida. Voy conduciendo yo, relevando a mi padre al volante para que descanse un rato. Mi madre y Sofía van de charla en el asiento trasero. Claudia no ha querido venir. Cuando le he preguntado

si quería ir a pasar unos días a Castañeras con mi familia y conocer a mi abuela, la que no me habla, ha dicho que no, que en otra ocasión, que no quiere pasarse quince días en verano en un pueblo perdido en Asturias. Lo entiendo porque tampoco yo quiero pasarme quince días en un pueblo perdido en Asturias, pero como diga que no voy, me repudian. De modo que voy para evitar que eso ocurra y porque no pierdo la esperanza de que mi abuela me hable al fin.

El paisaje se vuelve cada vez más familiar y tras un largo trayecto desde Madrid llegamos a casa de mi abuela. El torbellino de mi hermana sale del coche escopetada a abrazar a nuestros tíos y a la abuela, que han salido a recibirnos. Nos damos los besos y abrazos de rigor. Mi abuela deja que la bese, toda envarada, pero no me dice ni «hola».

—¿Y tú no te habías *echao* novia? —casi me grita mi tío Justo dándome una palmada en la espalda con ganas—. ¿Cómo no te la has traído?

Me miran como si esperaran que la sacara del bolsillo, cosa que no sucede, claro.

—Se ha quedado en Madrid. Tiene que trabajar —contesto.

Menuda trola. Oigo a Sofía soltando un resoplido de desdén, cosa que resta credibilidad a mi pobre patraña.

—Vamos, que la moza no tiene tiempo de venir a conocer a una vieja, ¿no? —me espeta mi abuela con los brazos en jarras.

Para una vez que se digna a hablarme...

—Que no es eso, abuela...

Pero ella se aleja furibunda hacia la casa y no me hace caso.

—Mamá... No te enfades, mamá...

Mi madre va tras ella con aire conciliador, pero conociendo a mi abuela... Solo esto me faltaba. Ahora resulta que Claudia se le ha atravesado. Mi abuela ha decidido que mi novia le cae mal y es de las que no da su brazo a torcer. No va a perdonar semejante ofensa así como así.

—También podía haber venido un fin de semana, la muy pija. Pero claro, ella va a andar entre vacas. ¡Por favor!

Sofía también se va, no sin antes lanzarme una mirada acusatoria.

—Que la señorita es de ciudad, ¿no? Dani, hijo, ya te vale —me dice mi tía Lourdes, yendo a unirse con ellas.

¿Pero yo qué he hecho? Mi tío Justo me pasa el brazo por los hombros.

–No te preocupes –me dice–. A las mujeres no hay quien las entienda. Anda, vamos para adentro, que ha sido un viaje muy largo y tendrás sed.

Un rato más tarde, cuando ya he cumplido estando un par de horas con mi familia contándonos nuestras vidas y chascarrillos del pueblo varios, voy a ver a Cosme, que es el único que me entiende. También vengo por él. Me alegra oír sus rebuznos de bienvenida. Me alegra verlo trotar hacia mí. Le acaricio y le doy una manzana que he cogido del frutero. Él la come feliz. Cosme sí que sabe valorar las cosas sencillas de la vida.

–La abuela se ha enfadado porque Claudia no ha venido –le digo a Cosme–. Claudia es mi novia –le aclaro–. ¿Qué quieren que le haga si no quiere venir, traerla a rastras? Aunque no sé qué le costaba venir un par de días a conocer a la abuela, la verdad. Ahí Sofía tiene razón. No pienso dársela, pero la tiene.

Suspiro. Cosme me mira con sus ojazos negros y las orejas tiesas.

–Hay otra chica, ¿sabes? –sigo diciendo–. Creo... Creo que estoy un poco enamorado de ella. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? Es la hermana de mi novia. Joder, Cosme, qué marrón... Ella no sabe nada. En septiembre se irá a vivir a París. Tal vez sea lo mejor. Pero voy a echarla de menos.

Cosme me da un rebuzno por respuesta. Me tumbo en la hierba y él sigue pastando tranquilamente mientras yo sigo dándole vueltas a la cabeza. Quizá debería dejar a Claudia, independientemente de lo que siento por Alexandra. Aunque las parejas pasan por etapas. A lo mejor no es que no esté enamorado de Claudia sino que... ¿Qué? ¿Estoy en otra etapa? Cosme levanta la cabeza y sacude las orejas. Alguien viene. Me incorporo y veo a Sofía acercarse a mí a paso rápido con la delicadeza de una apisonadora.

–Ya sabía yo que ibas a estar de tertulia con el burro –dice con las manos en las caderas.

–No le llames «burro». Se puede ofender –replico.

–Hablabas con Cosme.

Sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Es rápida, la puñetera.

–Dice la abuela que vayas en busca de unas lechugas y unos tomates para la ensalada. Ah, y cebolla.

–¿Y por qué no vas tú?

—Porque yo voy a ayudar con la cena —contesta—. Te toca ir a la huerta y poner la ensalada.

Me levanto sin rechistar. Si tardo mucho, mi abuela es capaz de venir ella misma a convencerme a golpe de rodillo.

—¿Está muy enfadada? —le pregunto a Sofía de camino a la huerta.

—¿Quién? ¿La abuela? —Asiento con la cabeza—. No está enfadada; está decepcionada. Esperaba conocer a tu novia.

Me sabe mal haber decepcionado a mi abuela. Otra vez. Me entristece.

—Sofía, lo que dijiste aquella vez... El día que vinisteis al club... —comienzo.

—Yo digo muchas cosas, Dani —replica ella.

No me lo va a poner fácil. Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Cuando dijiste que me había equivocado de hermana —digo—. ¿Por qué...? ¿Por qué lo dijiste?

—He visto cómo la miras. A Alex —añade, como si hiciera falta—. Siempre he pensado que te gustaba un poquito, pero desde que volvió de París... Que he visto como la miras, Dani.

Me muero. Joder, yo me muero.

—No pongas esa cara de susto —dice Sofía riendo—. Ella no se ha dado cuenta, si te sirve de consuelo. Y yo no le he dicho nada. Pero no es tonta.

Reacciono de la única forma que se me ocurre: enfadándome y poniéndome a la defensiva.

—Te estás confundiendo de medio a medio, ¿eh, Sofía? Que no la miro de ninguna manera, que es una cría y es como una herm...

—¡Y una mierda es una cría! —me interrumpe, parándose en seco ante mí con el dedo de marras ante mis narices—. ¡Es mucho más madura que tú! Y a mí no me vengas con monsergas. Querías saber por qué te dije que te habías equivocado de hermana, ¿no? ¡Pues ya lo sabes!

Capítulo 11

Alexandra

Estoy preparando las cosas para irme a París. Todavía quedan dos semanas para que comiencen los ensayos de *Giselle*, pero no quiero dejarlo todo para última hora. Ensayaremos durante cinco semanas y estrenaremos la obra en el Teatro de la Ópera de París. No veo el momento de pisar las tablas del escenario.

Sofía me ha regalado un balón de rugby que pienso llevarme a mi nuevo hogar. Será como tener más cerca a mi mejor amiga. Esta temporada han quedado campeonas de la liga femenina y decir que las chicas están eufóricas es quedarse corto.

Mi hermana no parece estar atravesando un buen momento en su relación. No quiso ir a Asturias a conocer a la abuela de Daniel, cosa que molesta bastante a Sofía. Y según me ha dicho, no le ha sentado nada bien a su abuela. Ya tiene sus años, y a la mujer le hacía ilusión conocer a la novia de su nieto. A lo mejor así habría vuelto a hablarle. Pero Claudia prefirió quedarse en Madrid. Cuando le pregunté por qué no iba siquiera unos días, me contestó que no me metiera en sus asuntos. Como si yo me metiera en sus asuntos.

Claudia llega a casa antes de las once. Casi nunca viene tan pronto un sábado por la noche. Yo estoy sola. Nuestros padres se han ido a cenar y Héctor ha salido con sus amigos, de modo que tengo el mando de la tele para mí solita y estoy viendo la repetición de uno de esos concursos de cocina. A mí no me gusta cocinar y me da envidia la gente que disfruta entre fogones y además sabe preparar cosas ricas. Aunque según el jurado, algunas de esas cosas no están tan ricas como aparentan en la pantalla.

—Hola, Alex —me saluda Claudia con languidez, dejando la chaqueta que traía colgada del brazo en el respaldo del sofá.

—Hola. ¿Cómo has venido tan pronto? ¿No sales hoy?

—No. Dani tiene una despedida de soltera. He ido a tomar algo con Olga y aquí estoy. Ya ves, un sábado por la noche y en casita metida.

—Bueno, yo también estoy en casita —señalo.

—Tú eres una chica formal y disciplinada que se levanta temprano los domingos.

No replico. Eso es verdad salvo contadas excepciones. Claudia está molesta. Se sienta a mi lado en el sofá con un suspiro.

—Estoy harta de sus despedidas de soltera —dice—. Y si no es una despedida, es una actuación en el club. Para cuando acaba son las tantas. Estoy harta de tener que quedar por las tardes y dar un paseíto o ir al cine como dos jubilados. ¿No puede buscar un trabajo normal?

—Es un trabajo normal, Claudia.

—Sí, normalísimo, vamos. ¿A ti te parece un trabajo normal que se desnude delante de todo el mundo? Y en despedidas de soltera. Ahí, con un montón de lobs salidas... Mira, no quiero ni pensarlo.

Me da la risa. No quiero reírme porque a Claudia le molesta que Daniel se gane así la vida, pero lo de las lobs salidas es superior a mí.

—Ah, que encima te hace gracia —me recrimina.

—No —miento—. No, no. Es que... Es solo un *striptease*, Claudia. Es solo un baile con un puntito erótico. Tampoco es que se dedique al porno.

—Que no te oiga, que es capaz de apuntarse. A ti todo lo que sea bailar...

—Es algo bonito. Si fueras a verle...

—Pero ¿tú de parte de quién estás?

—No estoy de parte de nadie. Solo digo que es un espectáculo sin más. Y algo divertido para una despedida de soltera. Ya sabías que era *stripper* cuando empezasteis a salir.

—Sí, pero... Pensé que... No sé...

—¿Pensaste que lo dejaría si llegabais a ir en serio? —le pregunto.

—Supongo que sí —admite tras unos segundos en silencio.

Nos quedamos las dos terminando de ver el concurso. Claudia se pone un sándwich de jamón y queso y vuelve al salón enfurruñada porque hoy Daniel no tiene tiempo para ella. Últimamente Daniel está distinto. Me mira de una forma... diferente. Y cuando bailamos en la boda... La manera en

que me sujetaba, cómo me hizo sentir... Y creo que me atrae, que yo tampoco lo miro igual que antes. Siento que mi corazón aletea al verlo. Y siento celos de Claudia. No se lo he dicho a nadie; ni siquiera a Sofía, mi mejor amiga. Siento que traiciono su confianza no contándoselo, pero es que es su hermano. Y el novio de mi hermana. Y mañana viene a comer. Menos mal que nadie se ha dado cuenta de que siento algo por él, y él menos que nadie. Ya se me pasará. Solo es el típico enamoramiento pasajero del hermano mayor de tu amiga. Limitado y efímero. Dentro de unos meses me estaré riendo de haberme enamorado del novio de mi hermana.

El domingo me levanto a las ocho. Todos duermen, así que procuro no hacer ruido para no despertarles. Desayuno un panecillo con café con leche y a continuación hago mis ejercicios de calentamiento, mis estiramientos rutinarios. Mis pasos de baile. Me ducho y vuelvo a la cocina a ponerme un zumo de naranja. Con eso y un plátano completo mi desayuno. Mi familia comienza a despertar. Los primeros son mis padres. Después viene mi hermano. Claudia tardará todavía un rato en levantarse.

El día se presenta de lo más tranquilo. Comida familiar y a la tarde tengo planeado ir a la feria de artesanía con Sofía y el resto de mis amigas. Por lo pronto, adonde voy es a la panadería. Mi madre me ha encargado una barra más, ya que hoy tenemos un invitado: Daniel. Regreso con dos barras normales y una integral pequeña para mí. Mi madre se afana en la cocina con un pollo que piensa asar y acompañar de unas patatas fritas. Y antes habrá una sopita.

Daniel llega con un par de botellas de vino y una bandeja de pasteles que mis padres le agradecen, aunque añaden que no tenía que haberse molestado. Claudia sale a recibirle con un beso y mis padres y hermano lo acogen como a uno más de la familia porque eso es lo que es. A mí me da dos besos en las mejillas a los que yo correspondo. De pronto parece tímido.

—Joder, patito, que no me he dado cuenta de que tú no comes pasteles —me dice—. Voy a la pastelería en un momento a ver si tienen...

—Que sí como pasteles —lo tranquilizo—. No puedo abusar de ellos, pero puedo comer un pastel sin problema.

—Ah. Entonces vale. Pensé que te había dejado sin postre. —Sonríe, claramente aliviado—. Tendrás ganas ya de irte a París —añade.

—Sí, pero no es por París. Es por bailar.

Se le borra un poco la sonrisa.

—Vamos a echarte de menos —dice.

—Y yo a vosotros.

—Pero con el puente aéreo, París está a tan solo un par de horas. No hay necesidad de ponerse dramático —interviene Claudia, aligerando el ambiente.

Durante la comida, sorprendo a Daniel mirándome un par de veces. En realidad mira mis manos. Cada vez que cojo algo de la mesa, bien sea el vaso de agua o el tenedor de la ensalada, se queda embelesado observando el movimiento. Entonces levanta la mirada hacia mi rostro y se da cuenta de que le he pillado. Por un instante, nuestros ojos se encuentran. Yo sonrío levemente, queriendo decirle que no me importa que se fije en mis manos y él se ruboriza un poco y aparta la mirada. ¡Qué raro está este chico! Normalmente habría soltado alguna chanza del tipo «ni comiendo dejas de bailar, patito», y se habría reído. En lugar de eso parece haber sido pillado en falta.

Héctor y Daniel se llevan de fábula. Siempre se han llevado bien, pero ahora que Daniel está saliendo con Claudia su amistad parece haberse afianzado más. Hablan de deportes, el que parece ser su tema favorito. Héctor muestra una sincera admiración hacia Sofía por sus logros en el rugby y Daniel habla con orgullo de su hermana. Me gustaría que Sofía pudiera oírlo y ver el brillo de sus ojos oscuros cuando habla de ella. No puedo evitar comentárselo cuando nos vemos. Ella se muestra algo desdeñosa, pero luego sonrío, halagada.

—Si es que en el fondo es un amor —dice.

Me voy a París. Mi vuelo sale dentro de tres horas. Ya tengo todo listo. No llevo mucho equipaje, ya que la mayoría de mis cosas ya están allí. Mi padre y mi hermano han pedido la mañana libre en el trabajo para acompañarme al aeropuerto. Mi hermana se ha despedido de mí esta mañana antes de irse a la farmacia. Ayer me despedí de mis amigas, de

Sofía y su familia. Me llevo el balón de rugby que me regaló y me llevo mis ilusiones y los buenos deseos de todo el mundo.

Ya he facturado mi maleta. El vuelo directo Madrid-París ya tiene puerta de embarque asignada, pero quiero aprovechar todo el tiempo posible con mis padres y mi hermano. Mi madre está aguantándose las ganas de llorar. Me dice mil veces que me cuide, que coma bien y que llame a casa con frecuencia. Mi padre me da mil consejos y me dice que para cualquier cosa ya sé dónde están. Y mi hermano me promete que irá a visitarme, a conocer París y a verme bailar, algo a lo que mis padres también se apuntan. Me vuelvo al oír un pequeño tumulto. Alguien corre por la terminal del aeropuerto.

—¡Alex!

Es Sofía. Viene seguida de Daniel, que ha debido de traerla en coche. Yo salgo a su encuentro y las dos nos abrazamos.

—¿Pensabas que no iba a venir a despedirte? —me regaña Sofía—. Podría haber llegado antes, pero este negado no sabe conducir.

Daniel sonríe con indulgencia y se encoge levemente de hombros, acostumbrado a los comentarios impasibles de su hermana. Me imagino el trayecto que habrán tenido, con Sofía pretendiendo dar clase de conducción temeraria a Daniel y los dos discutiendo para no perder costumbre. Me alegra que hayan venido, que hayan querido estar conmigo hasta el momento en que me vaya al país vecino.

El momento llega antes de lo esperado. Tengo que irme o perderé el avión. Mis padres y mi hermano me besan y me abrazan. Sofía me despachurra y Daniel me mira indeciso antes de darme un abrazo. Me retiene un poco y yo ahora no quiero irme a París. Quiero quedarme en sus brazos.

—Baila, bailarina —susurra en mi oído.

Me deja ir, reticente, y me llevo conmigo el beso que no me ha dado, ese beso que ha quedado danzando en su mirada. Y me doy cuenta de que lo que siento por él igual no es tan efímero como yo pensaba.

Mi nueva vida ha comenzado, una vida que de niña tan solo me atrevía a soñar. Comparto piso con dos compañeras: Marie y Maggie. La primera es bailarina, como yo. De hecho, éramos compañeras en la escuela y también

ella ha sido admitida en el Ballet de la Ópera de París. Cuando terminamos nuestra formación decidimos buscar un pisito en alquiler y así compartir gastos. Encontramos uno muy modesto, pero acogedor, que nos gustó a un precio asequible –asequible para tratarse de París, claro está–, y como tenía tres habitaciones buscamos a una tercera compañera a quien pudiera interesarle. Fue Maggie, una pelirroja escocesa llena de pecas que se está abriendo camino como diseñadora de modas, quien contestó a nuestro anuncio. A Marie y a mí nos gustó de inmediato, así que ahora somos tres. Hacemos un buen contraste. Marie y yo somos bastante parecidas, aunque ella tiene el pelo más claro que yo y el azul de sus ojos también es más claro. Y es un poco más alta. Maggie, por el contrario, es alta y corpulenta. Aunque según su punto de vista, ella está estupenda y somos nosotras las que estamos demasiado flacas. Sus pecas la acomplexan un poco, pero tiene unos preciosos ojos verdes y el pelo de un llamativo rojo natural. A Marie le exaspera la pronunciación en francés de Maggie, que califica como «terrible». Tampoco es tan mala; lo que pasa es que no puede librarse de su acento escocés. Le pasa como a Nadia. A Maggie el francés le parece un idioma demasiado dulzón y de pronto, en plena conversación, suelta una retahíla en inglés o en gaélico y se queda tan a gusto. Marie se niega a responder a Maggie cuando esta le habla en inglés y entonces Maggie comienza a soltar todas las palabrotas que se sabe en francés –que no son pocas– y al final Marie, aunque pretende estar enfadada, no puede evitar que le dé la risa.

Los días son rutinarios. Vamos temprano al estudio, donde hacemos nuestros ejercicios. Calentamiento, estiramientos, barra. Ensayamos cinco horas diarias con sus correspondientes descansos para almorzar, beber y reponer nuestras energías. Se exige tanto al cuerpo de baile como a los bailarines principales, aunque la parte de estos últimos sea más exhaustiva. Formar parte de un grupo no es justificación para tomárselo más a la ligera ni relajarse. Todo debe estar perfectamente coreografiado. Nuestros movimientos deben ser exactos. Es duro. Pero es mi vida. Lo disfruto. Lo disfruto como nadie. En mi última función en el Conservatorio Profesional de Danza de Madrid fui primera bailarina. En el Ballet de la Ópera de París no me importa ser la última mona. No me importa ser la recién llegada. No

voy a negar que me gustaría llegar a ser *prima ballerina* algún día. ¿Quién no quiere serlo? Pero estar aquí es un lujo. La categoría es lo de menos.

No sé nada de Daniel. Creí que al estar lejos lo olvidaría, pero... No puedo olvidarlo. Su mirada se fundió con mi alma. No debo quererle; es el novio de mi hermana. Pero no puedo evitar quererle y pensar en él. Y me muero de celos cuando lo imagino con mi hermana en sus brazos, en su cama. Ahora siento que la forma en que me miraba fueron imaginaciones mías, que el beso que no me dio solo era mi deseo. Y aunque de día me centro en bailar y lo echo de mis pensamientos, de noche vuelve y me atormenta con sus ojos oscuros y su sonrisa burlona.

Capítulo 12

Daniel

He dejado a Claudia. O Claudia me ha dejado a mí. No sé. El tema lo he sacado yo. Pensaba hacer las cosas de forma civilizada, hablando y tal. Como adultos. Pero ella ha empezado a echarme en cara doscientas mil cosas y a decirme que si había otra. Y yo le he dicho que no. ¿Qué otra cosa podía decir? No hay otra. No la hay. Solo está en mi cabeza, dentro de mí, bailando sin piedad en mi corazón. Pero no hay otra. Claudia no me ha creído y yo he ocultado mi culpabilidad reprochándole su falta de confianza. ¿Cómo le digo que me he enamorado de su hermana? ¿Cómo se dice algo así? Y menos cuando sé que lo pagará con ella, que no sabe nada, que no se ha enterado de nada. Me ha robado el alma. Me la ha quitado con sus ojos de cielo y su mirada cándida, con su sonrisa tímida, dulce. Y ni siquiera sabe que la tiene.

Así que después de una discusión morrocotuda, hemos cortado. Lo de «podemos ser amigos» no me ha funcionado más que para enfurecerla más, lo que parecía imposible pero no lo era. Ahora Claudia no quiere volver a verme porque no quiere saber nada de un tío inmaduro y egoísta como yo, que mi idea de trabajar es despelotarme, que solo pienso en el sexo y que ni siquiera soy lo bastante hombre como para admitir que hay otra mujer, cosa que yo he negado una y otra vez. Me ha puesto de vuelta y media. Me duele la ruptura porque de algún modo todavía la quiero. Pero no estoy enamorado de ella. No podía seguir engañándola. Ni engañándome. No era justo ni leal. Solo quería hacer las cosas bien. Y las he hecho de puta madre.

Mis padres no lo entienden y me imagino que sus padres lo entienden todavía menos. «Pero si hacíais tan buena pareja...». Héctor me ha llamado

por teléfono. He cogido la llamada temiendo las iras del hermano mayor, pero Héctor solo quería decirme que se había enterado de que habíamos roto y que lo sentía, pero que nuestra amistad no tenía por qué verse afectada. Me ha dado una lección; no sé si yo habría reaccionado igual si alguien hubiera hecho con mi hermana lo que he hecho yo con la suya. Conociéndome, seguro que no. Si hasta quería partírla la cara a aquel tío que le tocó el culo.

Estoy de un mustio... Claudia me detesta y Alexandra está muy lejos. Me conformaría con verla. Solo con verla. Las noches en el club con mis compañeros consiguen animarme, las tardes de cervezas, las comidas de los domingos con mi familia... Pero la añoro. Añoro al patito. ¿Quién me lo iba a decir? Ella, tan menuda, tan etérea... Y tan bonita... Cuando volvió de París y la vi... Había florecido. Estaba radiante. Y me enamoré. Me enamoré como un adolescente. Siempre he sentido ternura por ella, pero ahora... A lo mejor mi hermana tiene razón y siempre me ha gustado un poquito.

De nuevo estuve a punto de besarla en el aeropuerto. Lo habría hecho si hubiéramos estado solos. Lo habría hecho sin importarme las consecuencias. Me moría por besarla, por quedarme de recuerdo el calor de sus labios. Pero estaban sus padres. Y su hermano. Y mi hermana. Y solo la retuve un poco más. La habría retenido para siempre.

Solo sé de ella lo que me cuenta Sofía, que no es mucho. Está de ensayos para el estreno de *Giselle*. Baila y baila y es feliz. Sofía es la única que no parece sorprendida por mi ruptura con Claudia. Al contrario. Hasta parece contenta por haberse librado de su archienemiga. Nunca se han llevado bien. Últimamente no se mete tanto conmigo; se ve que parezco un alma en pena y se compadece de mí.

La beso al fin. Hace sol y lleva un vestido blanco, largo hasta las rodillas y el pelo suelto. Ella sonríe y yo la estrecho entre mis brazos y la beso. Sus labios son tiernos, dulces. Le bajo los tirantes y su vestido cae al suelo, dejándola desnuda. Acaricio su piel suave, blanca. Y un segundo después estamos en la arena, desnudos, amándonos. Me pierdo en ella, en su calidez, y me dejo llevar... Y entonces me despierto de golpe. Tengo una erección de campeonato y... ¡Joder, qué estropicio! Me he puesto perdido. Joooder.

¡Qué vergüenza! Acabo de tener un sueño de lo más húmedo con Alexandra. Me lo he pasado bien yo solito y encima ni siquiera ha sido real. Lo mío es patético.

Me levanto a darme una ducha. Bien fría. No sabía yo que estaba tan necesitado de sexo. Y no es solo eso. Es que la deseo y la naturaleza necesita desahogarse. La pequeña ladrona de almas ahora se cuela en mis sueños.

Cambio las sábanas de la cama y pongo la lavadora. Empiezo bien el día. Y luego voy a comer a casa de mis padres, que para eso es domingo. El sueño vuelve a mi mente una y otra vez y los efectos de la ducha fría están desapareciendo de forma alarmante, así que en cuanto la lavadora anuncia que ha terminado su función, tiendo la colada y me marchó antes de lo que tenía previsto para distraerme. Antes de subir a casa —a casa de mis padres— paro a comprar pan y, aprovechando que tienen prensa, compro también el periódico que le gusta leer a mi padre. Subiendo en el ascensor caigo en la cuenta de que a lo mejor ya han pasado por la panadería. Ya no tiene remedio. Más vale que sobre. También podía haber llamado antes por teléfono para preguntar, pero no se me ha ocurrido.

Sofía no está en casa. Tiene partido. Este año la han nombrado capitana del equipo. Siento un poco de remordimiento por no haber ido a verla; no me costaba nada. Iré la próxima vez a animarlas. A lo mejor a mis colegas también les apetece ir. Tomo nota mental para comentárselo esta noche, a ver qué les parece.

He hecho bien en comprar el pan y el periódico; nadie había ido a la panadería. Mi padre se alegra de haberle ahorrado tener que bajar a la calle y coge el periódico para leer los titulares.

—¡Qué país! Esto no hay quien lo arregle —masculla.

Mi madre se ha empeñado en dejar el cuarto de baño como los chorros del oro por mucho que sea domingo. Dice que los domingos también usamos el váter. Mi padre aprovecha que estamos solos en la sala para tener una de esas conversaciones de hombre a hombre que ahora mismo no me apetece tener.

—¿Estás bien, Dani? ¿Cómo lo llevas? —me pregunta dejando a un lado el periódico. Las noticias pueden esperar.

—Bien, papá.

Me sale de forma mecánica. Estoy bien. Lo llevo bien.

—Tu madre está preocupada. Te ve un poco triste —insiste—. Y algo decaído sí que estás.

—Estoy bien, papá. Es solo que... Supongo que no es fácil cortar con tu novia.

—¿Estás seguro de que solo es eso? ¿No hay nada más?

—No. ¿Qué iba a haber?

Me sabe mal mentirle a mi padre. A mi madre. A todo el mundo. Menos a Sofía. A Sofía no hay quien la engañe. Y tampoco es que a mis padres se les vea muy convencidos.

—Si hubiera algo más, nos lo dirías, ¿verdad? No estás metido en un lío ni nada de eso, ¿no?

—No, papá. No hay nada más, de verdad. Y no estoy en ningún lío. Solo he cortado con Claudia y... Lo superaré.

—¿Por qué no hablas con ella? Las parejas se pelean. A lo mejor podéis arreglar las cosas.

—No tiene arreglo. Yo... No estaba seguro de seguir enamorado de ella. Necesitaba tiempo para aclararme y ella no quiere volver a verme, así que...

—Vale —murmura—. ¿Quieres leer el suplemento?

—Vale.

El huracán Sofía entra por la puerta en chándal, recién duchada y con una mochila al hombro.

—¡Hemos ganado! —declara a grito pelado.

Mi padre y yo la abrazamos y mi madre viene por el pasillo protestando porque Sofía ha dejado la mochila tirada en la puerta y ya la puede ir recogiendo. Pero seguidamente la felicita y la abraza.

—Ya estás metiendo esa ropa sucia en la lavadora —le dice cuando la suelta—. De ahora en adelante pienso tirar a la basura todo lo que os dejéis por el medio. ¡Que no soy vuestra criada!

No le hacemos caso. Siempre dice lo mismo, pero nunca lo cumple.

—Iré a verte el próximo partido si no salgo muy tarde por la noche —le digo a Sofía casi como una disculpa.

—Genial. A mis compañeras les gustará —dice.

—¿A tus compañeras?

—Y a mí. Voy a recoger esto, no vaya a ser que esta vez mamá vaya en serio.

Después de comer me quedo en casa de mis padres. A las diez hay una buena fiesta montada en el club, pero hasta entonces quiero quedarme en casa. No me apetece mucho salir, la verdad. Nuestros padres se van a dar una vuelta. Ha entrado ya el otoño y los días han acortado, pero aún hace buen tiempo y quieren aprovechar. Y yo me quedo con Sofía, que tampoco parece muy dispuesta a salir. Se sienta con las piernas encogidas a mi lado en el sofá, donde estoy vegetando.

–Eh, ¿estás bien? –me pregunta.

Asiento con la cabeza.

–No pensarás que me creo que estás así por Claudia, ¿no?

–Sofía, no quiero hablar del tema.

–Pues creo que soy la única persona con la que puedes hablar del tema.

Suspiro. Está claro: la adulta es ella.

–Yo también estaba en el aeropuerto. Y vi lo que vi. Y ya está –añade tajante–. Y no es la primera vez.

–No sé lo que crees que viste, pero...

–¿En serio? ¿Vas a seguir así? –me interrumpe–. Joder, Dani... A mí no tienes que mentirme. Y me molesta que lo hagas, perdona que te diga. ¿Te crees que soy tonta o qué?

–No –admito tras una pausa en la que no sé realmente qué decir. Mi hermana puede ser muchas cosas, pero no tiene un átomo de tonta.

Me he desinflado un poco. Bueno, bastante. Bueno, mucho. Y Sofía se ablanda. Me mira con ternura y de pronto me abruma el amor que siento por ella.

–Es una cría... –murmuro, dándome por vencido. ¿A quién quiero engañar?

–¡No vuelvas a decir que es una cría, idiota insustancial! –me grita.

Joder, qué cambios de humor. Claro, como ella tiene la misma edad...

–No es una cría –repite en voz más suave–. Lo sabes de sobra.

No soy capaz de sostener la mirada de mi hermana. Ciertamente, no es una cría. Ninguna de las dos lo es. Alexandra ha luchado por su sueño. Ha logrado entrar en el Ballet de la Ópera de París. Se ha ido a vivir a Francia. Habla inglés y francés. Es madura, disciplinada, responsable... El crío soy

yo. Soy un crío de veintitrés años que tiene miedo de admitir sus sentimientos.

—Dani...

—¿Alex te ha dicho algo?

—No. No hace falta.

—No se lo digas. Sofía, por favor, no se lo digas.

—Deberías decírselo tú y acabar con esta tontería.

—No. Ni hablar. No.

—Vete a París.

—¿Qué?! Ni de coña.

—Vas, le dices lo que sientes, lo afrontas y te vienes.

—A ti ver tantas películas te ha afectado, ¿eh, Sofía? Te ha afectado mucho, maja. Se te olvida que he estado saliendo con su hermana.

—Estabas.

—Y además, está ensayando para *Giselle*. Que yo vaya a hacer el gilipollas solo la distraería.

—Esa es la excusa más estúpida que he oído en mi vida. ¡Pero si haces el gilipollas continuamente! Está acostumbrada.

—No... No puedo decírselo. Ella...

—¿Ella qué? —inquiérese Sofía al ver que no sigo hablando.

—Nada.

—Sí que te ha dado fuerte...

Sofía me da un inesperado beso en la mejilla. Supongo que esto es el final de la discusión. Se levanta sin decir nada y se va de la sala. Irá a cambiarse para salir. Yo me quedaré a ver alguna cosa en la tele. Acabo de coger el mando para encenderla cuando Sofía vuelve con su ordenador portátil.

—¿Adónde vas con eso? —le pregunto.

—Aquí. He quedado a las cinco y media con Alex para charlar un rato; así tú también puedes saludarla.

Mi corazón se acelera. Y luego se para. Quiero verla. Estoy deseando volver a verla, pero... No tengo el ánimo adecuado para hablar con ella.

—Tengo que irme —digo, levantándome del sofá.

—Sí, eso, Dani, vete. Muy maduro por tu parte. Sal huyendo.

Me vuelvo a sentar con un suspiro y Sofía enciende el portátil, satisfecha al ver que he decidido comportarme como un hombre y quedarme a saludar

a Alexandra. En pocos minutos, las dos se encuentran en Skype y se ponen a charlar. Alexandra se alegra de que el equipo de Sofía haya ganado el partido y Sofía se muestra emocionada ante el próximo estreno de *Giselle*.

–Está aquí Dani. Quiere saludarte –dice Sofía, moviendo el portátil para que la cámara nos encuadre a los dos.

Está sentada en la cama con unos pantalones de pijama azul claro y una camiseta blanca de tirantes. Lleva una coleta baja o una especie de moño; no lo puedo ver bien. Pero está preciosa. Tengo que hacer un esfuerzo por no acariciar su rostro en la pantalla del ordenador.

–Hola, patito. ¿Cómo te va?

Ella sonríe y yo me derrito. ¿Cómo puede ser tan bonita?

–Hola, Dani –dice–. Bien. El estreno es el sábado. Estoy muy nerviosa.

–Lo harás genial.

–¿Y tú cómo estás? Claudia me ha dicho que... Bueno, que lo habéis dejado.

–Sí. Yo... Estoy bien.

–Lo siento.

Se ha puesto seria. Parece un poco triste. Quiero volver a hacerla sonreír, pero en ese momento aparecen dos personas más en la pantalla que se han subido a la cama y se han puesto junto a Alexandra: una chica rubia menudita y una guapa pelirroja. Las tres hablan un momento en francés antes de que las dos espontáneas miren a la pantalla y saluden con la mano.

–*Bonjour* –dice la rubita.

–*Hey there!* –dice a su vez la pelirroja.

Sofía y yo les devolvemos el saludo.

–Ella es Marie –dice Alexandra señalando a la rubia–. Y ella es Maggie –dice a continuación señalando a la pelirroja. Sus nombres suenan prácticamente igual–. *Ce sont* Sofía *et* Daniel –les dice a ellas.

Empieza entonces una animada conversación de cinco personas en la que no nos decidimos por ningún idioma y formamos una caótica mezcla entre el castellano, el francés y el inglés. Si la cosa se pone imposible, Alexandra traduce. La veo reír con las mejillas sonrojadas y me enamoro un poco más de ella. Después Maggie y Marie se van a seguir con sus asuntos y a los pocos segundos Sofía dice que tiene que ir al servicio. Le lanzo una mirada que no tengo muy claro si es de advertencia o de súplica, pero la pérfida traidora de mi hermana no me hace ni caso y se larga de la sala, dejándome

solo con Alexandra. La miro y sonrío como un imbécil sin saber qué decir. Tampoco ella habla y se produce un silencio que no sé cómo llenar.

—¿Qué tal el tiempo por París? —le pregunto.

Genial, Dani. Ponte a hablar del tiempo.

—Hace bueno —contesta Alexandra—. Por las noches enfría un poco, pero por el día hace calor. ¿Y qué tal por Madrid?

—Más o menos igual.

Ella sonrío.

—Me... Me gustaría mucho ir a tu estreno y verte bailar —le digo.

—Y a mí me gustaría que vinieras.

Se pone colorada. Diablos. La pantalla de la mierda de portátil de Sofía deja mucho que desear, pero puedo ver que se ha ruborizado. Ha apartado la mirada y se muerde el labio inferior, como si quisiera detener demasiado tarde sus palabras. ¿Lo ha dicho de verdad o lo ha dicho por cumplir? ¿Y por qué le da corte?

—Oye, no... No quería comprometerte —balbucea con timidez.

—No, yo... Hum... No es compromiso. ¿De verdad te gustaría?

—Claro.

Sus ojos azules se posan en mí y siento una sacudida que al menos es un ocho en la escala de Richter. El océano azul de su mirada me arrasa por completo, dejándome indefenso ante ella. ¿Cuándo piensa volver Sofía? Ni que se tardara tanto en mear. Por fortuna, su radar detecta que estoy aturrullado y regresa a la sala. Mi hermanita hace que la conversación vuelva a fluir de forma desenfadada un rato más. Al final nos despedimos, deseándole a Alexandra mucha mierda y ella nos da las gracias y nos lanza un beso. Cómo me gustaría haber sentido ese beso, habérselo devuelto.

Capítulo 13

Alexandra

He visto afligido a Daniel. Luego se ha animado con la charla y mis locas compañeras de piso, pero estaba serio. Supongo que es normal después de haber roto con Claudia. Le he dicho que lo sentía, y es cierto que lo siento, porque le he visto afectado. Pero en lo más hondo de mi ser, una parte egoísta de mí se alegra de que ya no esté con mi hermana. Dentro de poco estará con otra y me romperá el corazón, pero al menos no será Claudia. Si voy a estar enamorada del novio de otra, que al menos no sea el de mi hermana. Me había convencido de que había sido una ilusa al pensar que él podía sentir por mí algo que no fuera el cariño que siempre me ha tenido. Y, sin embargo, al hablar con él por Skype, al volver a verlo he vuelto a sentir la caricia de sus ojos, a sentirlo cerca a pesar de la distancia. De pronto toda su labia y su desvergüenza parecen haber desaparecido en él y se muestra tímido y azorado. Él, que es divertido y alegre y se atreve con todo, no sabía por dónde salir y me ha preguntado por el tiempo en París.

–Me gustaría mucho ir a tu estreno y verte bailar –me ha dicho en un arranque.

Sé que lo decía de verdad, que realmente le gustaría. Sé que no pretendía quedar bien, que lo decía de corazón. El anhelo de su voz grave le ha delatado.

–Y a mí me gustaría que vinieras –le he contestado sin pensar.

Nada más decirlo, he pensado que a lo mejor la que se había delatado era yo y he intentado arreglarlo, pero a él le ha complacido que quiera que venga. Parecía contento. Y sonreía. Y me miraba.

Sofía está feliz. No solo empiezan la temporada de liga en cabeza de la clasificación, sino que también la han nombrado capitana del equipo. Estoy muy orgullosa de ella. Si hay alguien que no lamente que Daniel y Claudia ya no estén juntos, esa es Sofía. Sin dramas, sin «lo siento mucho». Por lo que me contó, le soltó a su hermano un «ya era hora de que dejaras a la pija esa» sin un ápice de compasión, cosa que originó una nueva trifulca entre los dos. Aunque, según Claudia, quien lo dejó fue ella. Me agarró un día por banda y se despachó a gusto. Él y sus inseguridades y su egoísmo. Un exhibicionista inmaduro que no tiene un trabajo en condiciones, no sabe lo que quiere y que en lo único que piensa es en divertirse con sus amigos. Y en el sexo. Un cerdo salido, como todos, que piensa que todo se arregla follando y que tiene el cerebro en la punta de la polla. También como todos.

—Claudia, no creo que yo deba conocer esos detalles —le dije, agradeciendo estar el otro lado de la línea telefónica y no ante ella, más que nada porque me había puesto como la grana.

—Tú porque nunca has tenido novio, pero ya verás, ya —contestó—. Ahora tienes una idea muy romántica del amor y todo eso, pero olvídate. Los primeros días muy bien, pero luego se acabó lo que se daba. Y está con otra. Estoy segura.

—Pero ¿cómo va a estar con otra, Claudia?

Era una pregunta retórica, pero Claudia empezó a darme una serie de razones. La cosa se había enfriado y ya no la trataba igual y estaba distraído y distante, ausente pensando en sus cosas. En ella. «En esa zorra». Y no se desvivía tanto por quedar con ella ni era tan atento. Y tampoco quería hacer el amor a todas horas. Luego se dio cuenta de que este tema me incomodaba y se interesó por mi vida en París y mis ligues y yo oculté mi irritación porque le interesaran mis inexistentes ligues y no cómo me iba en el ballet, que era para lo que había ido a París. Claudia es mi hermana y la quiero, pero hay que reconocer que es de lo más superficial.

—Muy guapo tu amigo —me dice Marie con una sonrisa pícaro esa noche durante la cena.

—Por una vez estoy de acuerdo con ella —dice seguidamente Maggie—. Es muy guapo. Y está para comérselo.

Las dos ríen, divertidas.

—¿Hay algo entre vosotros? —quiere saber Marie.

—¡Qué va! —contesto—. Es el hermano de mi amiga. Y hasta hace poco, el novio de mi hermana.

—¿Y eso qué tiene que ver? —objeta Marie.

—Sí, ¿qué tiene que ver? —la apoya Maggie.

Nunca están de acuerdo en nada y tenían que ponerse de acuerdo precisamente en esto.

—Me ha parecido que os hacíais ojitos —dice Marie con una sonrisa que sería la envidia del gato de Cheshire.

—¿Te ha parecido? Era un flirteo en toda regla —replica Maggie, toda convencida.

—Que no —insisto.

—¿No te gusta ni un poquito? —pregunta Maggie.

—No —miento—. No... No.

—¡Qué mentirosa! —suelta Marie, echándose a reír. Maggie la acompaña.

—Te has puesto colorada —observa la escocesa.

—Bueno, vale, sí que me gusta un poquito —admito a regañadientes.

—¡Oh, là, là! Está enamorada —se burla Marie.

Me toman el pelo durante el resto de la cena, pero no me molesta. Pronto Marie y Maggie vuelven a discutir sobre el tema de siempre: Maggie ha vuelto a pasarse al inglés y Marie le espeta que así no va a aprender nunca francés. Y aquí están las dos, en pleno debate lingüístico.

El estreno de *Giselle* es inminente. Estamos en los ensayos previos y esta noche a las ocho será la primera función. Representaremos *Giselle* durante una semana en París y después nos iremos a otras ciudades como Milán, Londres y Moscú. Pero de momento nuestro escenario es París. Quedan pocas horas ya. Será mi primer ballet como bailarina profesional. El Palais Garnier es sencillamente impresionante y esta noche estará lleno. Han colgado el cartel de «no hay entradas» hace días. Estoy nerviosísima y emocionada a partes iguales y diría que todos estamos más o menos igual, aunque Marie y yo nos estrenamos hoy y en nuestro caso creo que estamos más inquietas que el resto. El coreógrafo y la directora están más que

satisfechos. Nos dan ánimos de cara a la representación. Saben que todo va a ser perfecto, aunque yo temo caerme de culo a causa de los nervios.

—No te atrevas a caerte de culo —me sisea Marie cuando le cuento mis temores—. Esto es el Ballet de la Ópera de París. Las bailarinas no pueden caerse de culo. Sería un desprestigio a nivel mundial.

Me hace reír. Varias compañeras nos miran ceñudas sin saber a qué vienen las risas cuando ya queda tan poco. No hay nada divertido en la tensión de los momentos previos a la salida al escenario.

Estamos ya preparadas, esperando. Vamos enteramente vestidas de blanco: el *maillot*, las medias, el tutú, las zapatillas. Y llevamos una diadema de flores en el pelo. En breve saldremos al escenario y bailaremos en una aldea de la Renania medieval, donde tendrá lugar la trágica historia de amor de Giselle.

Salimos al escenario. Nos ponemos en posición. El corazón me late con fuerza. Golpea mi pecho. En unos segundos, se oirán las primeras notas de Adolphe Adam y se abrirá el telón. Y entonces todo habrá empezado. Ya está. Ya es el momento. Entonces olvido mis nervios y comienzo a bailar. «Baila, bailarina».

Todo pasa en un suspiro. El público está eufórico, puesto en pie aplaudiendo. Los bailarines principales han causado sensación y están al frente del escenario recibiendo una más que merecida ovación. «Giselle» saca al escenario a Jerome, el coreógrafo, y saludan de nuevo, haciendo reverencias ante el público hasta que finalmente se cierran las pesadas cortinas de terciopelo rojo. La función ha terminado. Vamos a cambiarnos, a soltarnos el apretado moño, a quitarnos las zapatillas para dejar descansar nuestros pies doloridos. Hablamos y hablamos. Los veteranos están acostumbrados. Para Marie y para mí ha sido un sueño hecho realidad. Ya nos hemos estrenado como bailarinas profesionales.

Los siguientes días la historia se repite. Es una semana de baile continuo. Mi familia no ha podido venir; es demasiado gasto. Está el viaje, las entradas y el alojamiento, ya que en el apartamento que comparto, aunque tenemos un sofá cama, no disponemos de suficiente sitio para que puedan quedarse todos a dormir. Pero me han llamado para saber cómo ha ido y han escuchado mi entusiasmada charla con interés. De todos modos, prometen que vendrán más adelante. Estaban un poco apesadumbrados porque les

habría gustado estar aquí, pero entiendo que no les ha resultado posible. También Sofía me ha llamado. Quería saber todos los detalles.

—¡Cómo me habría gustado verte! —exclamó—. Pero cuesta una pasta ir a París... Y tengo entrenamiento y las clases de la universidad, los partidos... No puedo faltar. Pero voy a ahorrar y en cuanto pueda iré a verte bailar. O cuando vengas a Madrid. Ooohh, ¿por qué no venís a Madrid?

Nuestra pequeña gira europea no incluye España, cosa que contraría tanto a Sofía como a mi propia familia, a quienes les resultaría más sencillo ir a verme en Madrid. Pero no puede ser. Al menos esta vez.

Los días transcurren con intensidad. Bailamos sin parar. Después tendremos unos días de descanso y nos iremos a Milán, donde estaremos durante cuatro días. Hoy es la última función en París. Me apena que acabe, aunque en realidad esto no ha hecho más que empezar. Hoy, cuando se cierre el telón se abrirá nuestra gira por Europa. Maggie dice que está deseando que nos marchemos para tener el apartamento para ella sola.

—Espero que siga entero cuando volvamos —masculla Marie.

Capítulo 14

Daniel

A tomar por culo. Me voy a París. Mañana es la última representación de *Giselle* y voy a ir a hablar con Alexandra. No sé lo que voy a decirle, pero ya improvisaré sobre la marcha. Tengo que echarle huevos. Lo más probable es que haga el ridículo más espantoso y quede como un gilipollas, pero tengo que saber si lo que he visto en sus ojos es real o si es solo que yo quiero creerlo. Que vale que yo me he quedado mirándola embobado y que he querido besarla en más de una ocasión, pero a ella no ha parecido incomodarle. Y al retenerla en mis brazos en el aeropuerto... Cuando la estreché contra mi pecho... Cuando nuestras miradas se encontraron... Habría jurado que también ella sentía algo. Y me acojoné. Tenía que haberla besado entonces, pero me faltó valor. Y me ha faltado todos estos días. Y me sigue faltando. Tengo miedo de una chica. Tengo miedo de que piense que soy un imbécil. Y sobre todo tengo miedo de su rechazo. Pero no voy a pasar el resto de mi vida pensando qué habría ocurrido si lo hubiera intentado. «Y a mí me gustaría que vinieras», dijo. Pues voy.

Tengo el billete de avión de ida y vuelta, tengo la entrada para el ballet y tengo reservada habitación en un hostel. Mi ruina, pero es por ella. También me he comprado una guía de viaje para ayudarme con el francés, que con las cuatro cosas que me sé no voy a llegar muy lejos. Las flores las compraré en París, que si no para cuando lleguen va a dar gusto. Y me llevo el traje que me puse en la boda de la prima de Alexandra. Espero que no llegue muy arrugado.

Mi familia no sabe que me voy. Si Sofia se entera, es muy capaz de enviarle un mensaje a Alexandra y ponerla sobre aviso. Quienes sí lo saben

son mis compañeros *strippers* y mi jefe, a quienes he dicho que mañana no podré ir porque voy a París a decirle a la chica de la que me he enamorado lo que siento por ella. A alguno tengo que aclararle que no es Claudia con la que he roto, sino su hermana menor.

—¿La rubita que vino con tu hermana? —pregunta Rodrigo.

—Esa misma —contesto.

Lanzan un silbido apreciativo y exclamaciones de admiración y me desean suerte en mi andadura. La voy a necesitar.

El espectáculo de esta noche acaba tarde, pero no me importa. No creo que pueda dormir de todos modos. El avión sale a las diez menos cuarto de la mañana, así que me acuesto para al menos descansar un rato. En la quietud de la noche todo mi arrojo parece desaparecer como por encanto. No sé si esto es una buena idea. Hacer el ridículo es lo que menos me preocupa ahora mismo. ¿Y si estropeo mi amistad con Alexandra? No soportaré que me mire distinto. Ni decepcionarla. No puedo hacerlo. No voy. Pero su mirada... La dulzura con la que estuvo entre mis brazos más tiempo del necesario... Tengo que ir. ¿Y si ella no siente nada por mí? ¿Y si me equivoco? ¿Y si no me equivoco? Si no la veo receptiva, también puedo callarme y no decirle nada. Aunque lo de «pasaba por aquí» no va a colar ni de coña. Yo voy. Tengo que hacerlo. Y a ver qué pasa.

Tras un vuelo de lo más tranquilo llegamos a París Charles de Gaulle y desde aquí tengo unos veinte kilómetros de nada hacia el centro. Aunque no voy al centro. No puedo permitirme un alojamiento en pleno centro de París. Cojo un taxi, le doy al taxista la dirección del hostel en el que voy a hospedarme y se pone en marcha. El tío me ha desplumado, pero ya estoy en la puerta del hostel. Es un sitio de lo más sencillo. Un poco viejo, incluyendo la señora que me atiende en recepción, aunque hay que reconocer que es hospitalaria y más simpática que la media. Me da la llave de la habitación y subo a refrescarme un poco y a sacar el traje de la maleta.

Ahora tengo que encontrar una floristería en la que no me cobren las margaritas a precio de caviar. Cuando le pregunto por una a la recepcionista del hostel, me da un montón de indicaciones en francés y no entiendo ni jota. Menos mal que como se ayuda de gestos consigo orientarme un poco. Al final doy con una floristería que no sé si es la que me ha dicho, pero

servirá. Hay flores para dar y tomar. Me decido por un ramo que me parece bonito. Son flores alegres, informales, que forman un vistoso colorido. Le llevaría una rosa roja o todo un ramo de ellas, pero no quiero que la rosa hable antes que yo. Compro también un regalito para Sofía. Al fin y al cabo, fue ella la que me dijo que viniera. Y es mi hermana. No puedo volver sin llevarle algo. Me decido por una gorrita francesa la mar de coqueta de color rojo. Espero que le guste porque devolverla no es una opción.

Antes de ir al ballet miro en internet de qué va, que luego no me entero. ¡Menudo culebrón! El duque que se hace pasar por aldeano y corteja a Giselle cuando resulta que está prometido a otra, Giselle que se muere del disgusto cuando se entera (estaba delicada, la pobre). El que descubre el pastel cae víctima de los espíritus del bosque y el duque farsante va detrás, pero el amor de Giselle logra salvarle la vida. Yo habría dejado que los espíritus del bosque se lo cargaran después de haberme engañado, pero bueno... Cosas del ballet.

Me voy hecho un pincel al Palais Garnier, ramo de flores en la mano. Con razón lo llaman «palacio». ¡Qué lujazo! Una vez en mi sitio, abro el programa, que está en francés, y leo los nombres de los bailarines. Me enorgullece ver a Alexandra Velasco en el *corps de ballet*. La pequeña Alexandra... La gente murmura en voz baja, pero enmudece cuando la intensidad de las luces va bajando hasta apagarse por completo. Se abren las cortinas, descubriendo a los bailarines tan quietos que parecen un cuadro. Estoy un poco lejos del escenario y no distingo al patito, pero sé que está ahí. Entonces empieza la música y todos se ponen en movimiento. Me maravilla la elegancia con la que se mueven, la gracilidad de sus saltos y sus giros... No puede decirse que sea un entusiasta del ballet, pero no puedo menos que admirarlos.

Se me hace corto, a pesar de mi impaciencia por salir y ver a Alexandra. Ahora cada vez estoy más nervioso. Me informo sobre dónde se encuentra la salida de artistas intentando que el empleado al que le pregunto entienda que no sé francés y tengo que hacerme entender hablando en inglés, cosa que parece estar más allá de su comprensión. Por suerte, pasa por allí una mujer que al verme con el ramo de flores en la mano intuye de qué va el asunto y me dice por dónde salen los bailarines. Como ella ha tenido el

detalle de hablarme en inglés, yo le doy las gracias en francés, que a eso ya llego.

La espera en la calle sí que se me hace larga. De vez en cuando sale alguien, pero ninguna de las chicas es Alexandra. Algunos me miran de arriba a abajo y otros me dedican una sonrisa tímida a la que yo respondo. Finalmente sale con un par de compañeras. Una de ellas es Marie. Alexandra mira en mi dirección y se queda parada, sorprendida. Y entonces sonrío. Le dice algo a Marie, que me saluda con la mano, y viene hacia mí. Mi aplomo se va a tomar por saco; estoy temblando como una hoja y el corazón me va a mil por hora.

—Dani...

No parece terminar de creerse que esté aquí.

—Hola, patito.

Se echa en mis brazos de la forma más natural del mundo y yo la estrecho contra mí. Es menudita, ligera y cálida. Es como una brisa.

—Has venido —murmura.

—Pues claro.

Se aparta de mí y me mira con los ojos brillantes. Yo le doy el ramo de flores.

—Son para ti.

—Muchas gracias —responde, cogiéndolo en sus manitas—. Son preciosas.

Ella es preciosa. Ella ilumina París. Huele las flores, feliz con algo tan sencillo.

—¿Te ha gustado el ballet? —me pregunta volviendo a mirarme.

—Mucho —contesto. Me gusta más ella. ¿Por qué no se lo digo? Nunca he tenido problemas para ligar ni para echarle los trastos a una chica y ahora toda mi labia se ha ido al garete y no sé qué decirle a la dueña de mi ser—. Ha sido muy bonito —añado—. Pero no he podido distinguirme entre las demás. Estaba lejos.

—Eso no importa —replica con una sonrisa—. Lo que importa es que te haya gustado. ¿Quieres venir a cenar a casa? Será algo informal; pasta, ensalada y pollo a la plancha. Aunque hay más cosas en la nevera por si te apetece otra cosa.

—Lo que hay me parece perfecto.

Vamos andando hacia la parada del metro. Alexandra me pregunta por mi trabajo y por Sofía.

—No me ha dicho que venías —dice.

—No lo sabe. No le he dicho a nadie que venía. Bueno, a mis compañeros de trabajo sí porque no me quedaba más remedio, pero a nadie más.

—¿Has venido en secreto? —se burla ella.

—Puede decirse que sí.

Los dos reímos. La situación no puede ser más cómoda; es como si debiera ser así.

—Me alegro de que hayas venido, Dani —dice Alexandra.

—Quería verte. Quería... verte. Alex, yo...

Nos detenemos. Ella espera a que siga hablando. Sus ojos atrapan los míos y me sumerjo en el océano azul de su mirada.

—Quería verte —repito—. Quería decirte lo que siento por ti. A lo mejor no debería sentirlo, pero... Perdona el atrevimiento, pero tenía que venir y ser sincero contigo y decirte que... que me he enamorado de ti, patito, que... que eres tan bonita... Que... Lo siento si lo he estropeado, pero... Es que... Joder, que te quiero.

Es mucho más difícil desnudar mi alma que mi cuerpo. Mucho más. Casi espero que Alexandra me estampe el ramo en la cara, que se enfade. Casi espero ver la decepción en sus ojos, pero en lugar de eso sonrío. Y su hermoso rostro resplandece. Y sus mejillas se tiñen de un ligero rubor.

—Has venido a París para decírmelo —dice.

—Sí. Bueno, también para verte bailar, pero... Sí.

Ella se acerca a mí, se pone de puntillas y me da un besito de lo más tierno en los labios. Y ese besito hace que mi corazón estalle en mil alborozados pedazos.

—Así que no me lo he imaginado —dice apartándose.

—¿Te habías dado cuenta?!

—Un poco.

Para cuando nosotros vamos, ellas ya están de vuelta. Como Chenoa. Los tíos somos unos pardillos. Y yo el primero.

—¿Ese besito era de «qué majo eres, Dani, pero solo te quiero como amigo»? Si vas a romperme el corazón, hazlo pronto, patito.

Para ser un beso de amor, no era especialmente amoroso. Ni apasionado. Ha sido más bien un piquito de amigos aunque todo mi mundo se haya tambaleado.

–Ese besito era mi primer besito en los labios de alguien, Dani –replica de buen humor.

Me quedo con la boca abierta. A los dieciocho años no ha besado a nadie. Nadie la ha besado. Su primer besito, cándido e inexperto, ha sido para mí. Y su gesto me llena de ternura. Ella no necesita palabras para decir lo que siente. Me inclino sobre ella y, rodeándola por la cintura, la beso con delicadeza. Y ella me recibe. Sus labios rojos se amoldan a los míos en una suave caricia tentadora. Es el beso más dulce.

Capítulo 15

Alexandra

Estoy en los brazos de Daniel, rozada por un tierno beso. Siento el calor de su cuerpo envolviéndome y sus labios gentiles sobre los míos, enseñándoles a besar. Y siento su aliento. Ha venido a París sin saber francés y hablando inglés como puede para verme, para darme un ramo de flores y decirme lo que siente por mí. Yo no le he dicho lo que siento por él, pero creo que no le ha hecho falta. ¿Para qué vamos a seguir hablando si podemos besarnos? Sus labios son suaves y cálidos, delicados, y aun así siento la pasión que se desprende de ellos. Cuando nos separamos, él sonríe.

–Hostia, patito... Si supieras las ganas que tenía de besarte...

Nos vamos a casa. En una mano llevo las flores. La otra rodea su brazo, que él me ha ofrecido con galantería. Contrastamos yendo él en traje y corbata y yo, en vaqueros y camiseta. Él con metro ochenta pasados y yo con al menos veinte centímetros menos. Él tan grande y yo tan pequeña.

En casa nos esperan Marie, que se ha adelantado, y Maggie. Las dos se muestran encantadas cuando les presento a Daniel en persona.

–Para no haber nada entre vosotros, venís muy agarraditos –observa Marie–. Y ha venido desde España para verte. Y te ha traído flores. Si este chico no está enamorado hasta la médula... No entiende francés, ¿verdad? –pregunta con cautela tardía antes de seguir con su análisis.

–No –digo yo.

–*Take that!* –suelta Maggie triunfal, recibiendo una mirada reprobadora de Marie que a ella no la impresiona lo más mínimo.

–¿De qué se alegra tanto la pelirroja? –quiere saber Daniel.

–De que no sabes francés –contesto yo.

Daniel y Maggie se sonríen con complicidad y yo le traduzco a Daniel las palabras de Marie para que no se quede con la intriga y les cuento a las chicas los últimos acontecimientos.

–Lo sabía –dice Marie–. Sabía que te gustaba.

Y ya no puedo negarlo. Preparamos la cena entre los cuatro y por una vez Marie accede a hablar en inglés para que la charla fluya mejor. Maggie se queja de que con ella nunca habla en inglés y con Daniel sí y Marie replica que él viene de visita y no vive en Francia, a lo que Maggie contesta que eso a ella siempre le ha traído sin cuidado, que lo hace porque es guapo. Marie se mosquea y le dice que no es por eso, que lo hace porque es un invitado y además mi recién estrenado novio y merece un poquito de consideración. Daniel mira a una y a otra divertido.

–¿Esto es siempre así? –me pregunta en castellano mientras Marie y Maggie siguen con su diatriba particular.

–Oh, sí. Tenemos un pequeño conflicto idiomático –contesto.

Después de cenar, Marie y Maggie prácticamente nos echan de casa para que vayamos a dar un romántico paseo por la noche parisién. Y eso es lo que hacemos. Es nuestra primera noche. La única porque Daniel se irá mañana por la tarde. Pero eso nos deja parte del día para estar juntos. Por lo pronto paseamos a orillas del Sena cogidos del brazo como otras tantas parejas. Estoy cómoda a su lado. Es una sensación extraña saber que le gusto, que ha dejado de verme como la amiga de su hermana. Nos preguntamos qué pensará Sofía cuando lo sepa.

–Si me tenía calado –dice él–. ¿Sabes que cuando volvíamos de dejarte en casa el día que fuisteis al club me dijo que me había equivocado de hermana? Fue cuando me di la hostia con el coche.

Lo miro boquiabierto. Sofía no me había contado nada de eso. La admiro por la lealtad que le guarda a su hermano.

–¿Te dijo eso? ¿En serio? –farfullo.

–Como lo oyes –. Me echo a reír, imaginándome la situación–. Oye, no te rías –protesta Daniel–, que jodí un foco y le hice un bollo al coche. Y encima Sofía va y se enfada después de que la culpa fue suya.

Si bien sabemos que Sofía se pondrá contenta, yo no tengo muy claro cómo reaccionará mi hermana cuando se entere de que me he enamorado de

su ex, de que él ahora está conmigo. A Daniel no le preocupa lo más mínimo. Se acabó. Ya no le quiere, y él a ella tampoco. No de ese modo. Sí, se enamoró de mí estando aún con ella, pero fue honesto y la dejó.

—Aunque la verdad, creo que al final fue ella quien me dejó a mí —dice Daniel—. No sé quién dejó a quién o si nos dejamos los dos, pero sea como sea, se acabó, Alex. No me importa lo que piense. Y en todo caso, debería alegrarse por ti.

Volvemos a casa. Es tarde. Daniel me acompaña al portal y yo, intranquila, le pregunto cómo piensa volver al hostel en el que se aloja.

—En taxi —contesta—. Tengo la dirección.

Me enseña la tarjeta del hostel para que vea que no va a terminar vagando perdido por las calles de París y suspiro aliviada.

—¿Te da miedo dejarme solo de noche en París? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Pues la verdad es que sí —admito.

Me mira con ternura y me besa una vez más. Yo lo beso a mi vez, siguiendo su guía. Me gusta sentir sus labios contra los míos, el hormigueo que me recorre, la sensación de calor y su cuerpo tan cerca del mío.

—¿Desayunas mañana conmigo? —dice contra mi boca—. En uno de esos cafés tan cuquis que hay por aquí. Yo invito.

—¿Tú sabes cuánto cuesta un desayuno en París?

—He traído la tarjeta de crédito. Además, será el desayuno más rico de mi vida. No importa lo que cueste.

Acepto la propuesta y nos damos un último beso antes de marcharme a casa. El corazón me late con fuerza, entusiasmado. Daniel está aquí. Me quiere. Al fin me ha besado. Entro en casa procurando no hacer ruido, ya que Maggie y Marie estarán dormidas y no quiero despertarlas. De pronto, la puerta del dormitorio de Maggie se abre y ella aparece en pijama con el pelo alborotado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta en inglés.

—Vivo aquí —cuchicheo.

—Eso ya lo sé. Pensábamos que ibas a pasar la noche con Daniel.

—No. Yo...

Entonces se abre la puerta del dormitorio de Marie y esta aparece también en pijama con el pelo suelto sobre los hombros.

–¿Qué haces tú aquí? –me pregunta en francés–. ¿No deberías estar en la cama con Daniel?

Se pasan la vida discutiendo por todo, pero en lo que concierne a mi brevísima vida amorosa son como un solo ser con un único pensamiento.

–No –contesto–. Solo llevamos saliendo unas horas.

–¡Qué desperdicio! Venir a dormir pudiendo estar revolcándote con semejante ejemplar.

Maggie asiente mostrando su conformidad al tiempo que Marie habla.

–No todo en la vida es sexo, Marie –replico.

–Claro que no. También está el ballet.

–¡Oh, por favor...! –se queja Maggie poniendo los ojos en blanco.

–Hemos quedado mañana por la mañana para desayunar –les informo, esperando que sea suficiente como para que me dejen en paz.

–¿Has visto? –le dice Maggie a Marie–. Se van cada uno a su camita y quedan mañana para desayunar.

–Sois la primera pareja que desayuna junta sin haberse acostado antes –me dice Marie.

–Es a él a quien te deberías desayunar –añade Maggie.

Se ríen las dos y no puedo menos que sonreír.

–No tenéis remedio –les digo resignada, entrando en mi habitación.

A las nueve de la mañana, Daniel toca el timbre de la puerta. Le hago pasar, aunque lo único que me queda por hacer es ponerme los zapatos, pero así puede saludar a Marie y Maggie. Él las llama María y Margarita porque la pronunciación de sus nombres le parece demasiado parecida y a veces se confunde cuando se dirige a cada una. Le he advertido de que a Marie tal vez no le importe que españolice su nombre, pero como Maggie se entere de que la llama Margarita, le saldrá la vena escocesa y entonces se las verá con ella.

–Bueno, la llamaré «Marga» –concluye.

Vamos a un típico café parisién y desayunamos *bagette* recién salida del horno con mantequilla y mermelada (sin mantequilla para mí), un cruasán, zumo de naranja y un café con leche. Daniel ha venido vestido de modo informal, con vaqueros azules, una camiseta y una camisa de cuadros azules desabotonada. No se ha afeitado porque ha venido solo con lo

imprescindible y dice que puede prescindir del afeitado por un día. Tiene un aspecto ligeramente desaliñado, pero ¡qué guapo está!

–Ayer a estas horas estaba acojonado por venir a verte y ahora estoy desayunando con la chica más preciosa de todo París –dice–. *La vie est belle*.

–¿Dónde has aprendido tú francés? –le pregunto. Pasa de no saber el vocabulario más sencillo a soltar una frase con una pronunciación bastante aceptable.

–En los anuncios de la tele, *mon chérie*– contesta con un guiño.

–Vale, pero eso es para los chicos y los bombones.

–¿Entonces?

–Entonces sería «*ma chérie*», *mon chérie*.

–Joder, qué lío... Va a tener razón Marga.

Vamos a la Torre Eiffel. Es una visita obligada. Le digo a Daniel que no puede volver a Madrid sin haber estado en la Torre Eiffel y él contesta que lo que quería era verme a mí.

–Pero ya que estoy aquí no me importa hacer turismo contigo –concluye.

Le cojo de la mano sin pensarlo siquiera. Él parece sorprendido durante un instante, pero cierra los dedos en torno a mi mano y sonríe. Cogemos el metro para llegar antes, ya que la distancia a recorrer desde donde estamos es considerable y Daniel se va en unas horas. Hay que aprovechar el tiempo al máximo.

Estar a los pies de la Torre Eiffel es sobrecogedor. La enorme estructura de hierro se alza majestuosa ante nosotros, haciéndonos parecer insignificantes. La gente pulula por el atrio mirando hacia arriba maravillada y Daniel no es la excepción. Yo no me canso de mirarla, y eso que ya he estado en ella y no la veo como algo novedoso, pero tiene algo que siempre resulta fascinante por más veces que se contemple. Comenzamos el ascenso. Visitamos la parte cultural y paseamos por el suelo acristalado, como si estuviéramos andando en el vacío.

La segunda planta ofrece sus espectaculares vistas. Desde aquí se ve el Louvre, el cauce del Sena, Notre Dame... Al menos lo que no devoró el fuego. Vemos la ciudad en todo su esplendor.

–Son las mejores vistas de todo París –le digo a Daniel.

—Eso es porque es el único sitio desde el que no se ve la Torre Eiffel —contesta—. ¿Qué? Es verdad —añade cuando vuelvo la mirada hacia él, descolocada por el comentario.

Ríe, me abraza por detrás y me besa en la mejilla. Su barba incipiente me raspa, pero la sensación es agradable. Apoya su mentón en mi cabeza y me siento protegida entre sus brazos, contra su cuerpo.

—¿Subimos al cielo? —propone.

Y subimos. Subimos a doscientos setenta y seis metros. París está a nuestros pies.

—Qué pasada, patito —murmura.

Está impresionado. Le brillan los ojos y el viento le revuelve el pelo. Me mira, se acerca a mí y me besa. Nos besamos en el cielo de París. Aprendo poco a poco a besarle. Su lengua paciente enseña a bailar a la mía, tímida e inexperta. Sus manos ciñen mi cintura. Las mías rodean su cuello y mis dedos rozan su pelo negro. Entonces mi móvil comienza a sonar, interrumpiendo nuestro beso. Es Sofía.

—No lo cojas —dice Daniel contra mis labios.

—Es mi amiga —replico.

—Y mi hermana.

—¿Cómo no voy a cogerlo? Así aprovechamos que estamos juntos y le contamos lo nuestro.

—«Lo nuestro». Me gusta como suena.

Me da un rápido beso y deja que coja la llamada.

—Sofía...

—¡Eh, hola! ¿Qué tal estás? Has tardado en contestar. ¿Llamo en mal momento?

—No, no, para nada —digo resuelta mirando a Daniel.

—Dile que acaba de interrumpir un beso de película —gruñe él.

—Oh, ¿estás con alguien? —pregunta Sofía al oír su voz de fondo—. Por la voz parece mi hermano. Si no estuvieras en París diría que es él.

—Es que es él —contesto—. Ha venido a París.

—¿Ha ido a verte?! No me digas que se ha presentado allí en plan Richard Gere.

—Más o menos. Me lo encontré a la salida del ballet con un ramo de flores y... Bueno, ahora estamos en lo alto de la Torre Eiffel.

—¡Ostras! ¿Seguro que ese es mi hermano?

–Seguro, seguro –digo riendo.

Se pone a chillar como una loca y cuando ha terminado de expresar su felicidad con chillidos incoherentes me dice que ya me llamará en otro momento, que se lo tengo que contar todo y que siente habernos cortado el rollo. Y cuelga sin esperar a que me despida.

–Mejor –dice Daniel–. Estaba a punto de tirar el móvil desde aquí.

Capítulo 16

Daniel

La quiero. Joder, la quiero. Adoro la luz de sus ojos, sus labios rojos y el suave pelo rubio que el viento alborota. Adoro su manita en la mía, su mirada. Adoro cómo sonrío, cómo se sonroja. No solo es bonita; es mucho más que eso. Ahora que Alexandra sabe lo que siento por ella es como si de pronto se hubiera roto el muro de contención de una presa. Incluso a mi hermana le hace feliz saber que estoy con ella, con su amiga del alma. Y ahora, en lo más alto de la Torre Eiffel la miro y sé que la he encontrado. Es ella. Y soy el tío más afortunado del mundo porque me quiere. La abrazo por la espalda y ella se refugia entre mis brazos, relajada.

—Te quiero —le digo.

Su primer beso ha sido para mí. Mi primer «te quiero» ha sido para ella. Mis primeras flores también han sido para ella. Mi amor entero es para ella. Alexandra se vuelve para mirarme. Sonríe y me besa. Nos besamos largamente y cuando nos separamos, ella sonrío de nuevo y me desarma.

—Yo también te quiero —contesta.

La llevo a comer. Alexandra dice que ya la he invitado a desayunar y yo replico que ella me ha invitado a subir a la Torre Eiffel.

—Podríamos comer en casa —dice.

—¿Con tus compañeras de piso? Ni hablar —objeto—. Oye, me caen muy bien y si tuviera más tiempo, me encantaría comer con ellas, pero a las seis y media tengo que estar en el aeropuerto y me gustaría tenerte solo para mí. No sé cuándo volveré a verte.

La realidad me golpea. Me voy a Madrid. Alexandra se queda en París y dentro de unos días comenzará la gira con la compañía de ballet y estará aún más lejos. ¿Cómo lo vamos a hacer para vernos? Ahora mismo, París me parece a un mundo de distancia.

—Eh, ¿qué te pasa? —me pregunta Alexandra con voz suave, tocándome el brazo.

—Que me voy. Que estaremos lejos.

—Encontraremos el modo, ya verás.

Me devuelve el ánimo. Entramos a un restaurante bonito y acogedor en el que todos los camareros hablan francés —faltaría más— y es Alexandra quien pide lo que queremos. A mí ha tenido que traducirme la carta antes porque también viene enteramente en francés y no entiendo nada. No era cuestión de pedir al buen tuntún. La comida está muy buena, pero no me habría importado que no estuviera tan buena con tal de estar con ella. Sigue siendo tímida, aunque ahora que vive por su cuenta la encuentro más abierta. También es verdad que a mí me conoce y eso que llevo ganado. Hablamos. Dice que ella se lo contará a su hermana.

—¿De verdad no te importa que haya estado con Claudia? —le pregunto.

Alexandra niega suavemente con la cabeza.

—No me importa con quién has estado, Dani —contesta—. Lo que me importa es que ahora estás conmigo.

El tiempo vuela. Tengo que recoger mis cosas para irme al aeropuerto. No quiero dejarla, pero tengo que irme. No puedo llevarla conmigo y no puedo quedarme. Vamos a estar separados por más de mil kilómetros. Pero Alexandra dice que encontraremos el modo de estar juntos. Y lo haremos. Por lo pronto, yo voy a apuntarme a clases de francés, que seguro que a París vuelvo y necesitaré un nivel mayor del que pueden darme los anuncios de bombones y colonias si quiero comunicarme con la gente en este país. Quiero despedirme de ella en París y no alargar más el momento de decirle adiós, pero Alexandra se empeña en acompañarme al aeropuerto. Es persistente para ser tan pequeñita.

—¿No eras tú el que quería estar conmigo todo el tiempo posible? —me increpa—. Pues hala, al aeropuerto.

Y para allá que vamos. Por suerte, la compañía aérea es española y no tengo que pelearme con la azafata ni con el idioma y tampoco tengo que pedirle a Alexandra que me haga de intérprete. Estamos juntos hasta que

llega el momento en el que llaman para ir a la puerta de embarque. Entonces la estrecho entre mis brazos y la beso. Su boca en la mía es la mayor de las delicias.

—¿Podré llamarte, escribirte y todo eso? —pregunto.

—¿Que si puedes? Espero que lo hagas —replica.

Volvemos a besarnos. Y me voy. Antes de desaparecer por los pasillos, me doy la vuelta. Alexandra sigue ahí. Levanto la mano para decirle adiós y ella me lanza un beso por el aire. Va a ser el último en una buena temporada.

La llamo esa misma noche. Le digo que me ha encantado estar con ella, que ha sido increíble. Que la quiero. Que volveré a París en cuanto pueda. Ella dice que vendrá a Madrid cuando pueda, que le ha gustado mucho que haya ido a verla, que me quiere. No me he sentido nunca así. He tenido mis ligues, me he acostado con un montón de chicas y hasta he tenido alguna novia —como Claudia—, pero es la primera vez que tengo esta sensación de haberme vuelto idiota. Aunque seguro que Sofía diría que ya era idiota antes, pero bueno... Esa noche me duermo pensando en Alexandra, pensando en su dulce boca y en la calidez de su cuerpo entre mis brazos.

Voy camino a la agencia para la que he trabajado de modelo alguna vez. Como la vez que a mi madre casi le da un síncope. Me llamaron hace unos días para ofrecirme un trabajo que me podía interesar. Para un anuncio. Tengo que ir a que me den los detalles, pero un trabajo es un trabajo, así que acepto fijo. Muy mal tendría que ir la cosa para decirles que no.

El anuncio es de calzoncillos. Solo tengo que ponerme unos y hacer lo que me digan mientras ellos sacan fotos. Pagan una pasta y por una vez voy a estar vestido. En paños menores, pero vestido. Acepto la oferta sin pestañear.

El resto de la mañana lo dedico a ir al supermercado y a recados varios, a cocinar y a limpiar la casa. Mi madre ha venido alguna vez esperando encontrarse una pocilga y se ha sorprendido lo suyo al ver que está todo limpio y ordenado. De hecho, la vi pasando un dedo de extranjis por la mesa de la salita para comprobar si había polvo. Pareció entre orgullosa y

decepcionada al ver que la mesa estaba impoluta. La cocina no se me da muy bien, aunque voy mejorando. Me compré un libro de recetas para poder hacer algo que no fuera fritanga, espaguetis o sopa de sobre y poco a poco hago mis pinitos como chef.

Por la tarde, voy a casa de mis padres a llevarle a Sofía su regalo. Se lo enseñé a Alexandra y me dijo que estaba segura de que le gustaría, así que estoy más tranquilo por haber acertado. Tengo llaves, pero aun así llamo al timbre. Me abre mi madre, que se hace a un lado para dejarme pasar y me da dos besos.

—Nos ha contado Sofía que has ido a ver a Alex —dice cerrando la puerta.

—¿Y qué más os ha contado Sofía? —replico de buen humor.

—Qué no nos ha contado más bien.

Mi hermana sale de su habitación, suelta una exclamación y viene corriendo a abrazarme. Yo la abrazo a mi vez y la beso en la mejilla.

—Te he traído una cosa de París —le digo tendiéndole el paquete.

—¿Me has traído un regalo?! —Lo coge y rompe el papel sin miramientos, descubriendo la gorra—. ¡Ostras, qué bonita, Dani! Es una pasada de bonita.

—Sí que es bonita, sí —dice nuestra madre al tiempo que Sofía se la pone—. ¿Y a tu madre no le has traído nada?

—La próxima vez, mamá —le digo.

—¡Vaya hijo! —protesta, pero no está enfadada.

Vamos a sentarnos a la sala los tres. Mi padre todavía no ha vuelto del trabajo. Sofía ha estado de cotilleo con Alexandra y está al día de todo lo que ha acontecido en París.

—Le llevó flores a la salida del ballet, mamá —le dice a nuestra madre, que asiente con infinita paciencia. Supongo que se lo habrá contado ya un millón de veces—. ¿A que es romántico?

—Muy romántico —dice—. Dani, cariño, Alex es una buena chica. Espero que esto no sea otra aventura de las tuyas.

—No lo es, mamá —respondo.

—Bien. Porque si lo único que pretendes es jugar con ella, le harás daño. Y no te lo voy a consentir por muy hijo mío que seas.

—Yo no... Yo nunca le haría daño a Alex. ¿Cómo se te ocurre?

—Más te vale. Mira que has estado saliendo con su hermana y así habéis terminado. ¿Seguro que eso no va a ser un problema?

—Claro que no. Somos adultos.

Mi madre me mira con la incertidumbre dibujada en la cara. Creo que es a mí a quien no está metiendo en la categoría de adulto.

—Ya lo hemos hablado, mamá —continúo para tranquilizarla—. Alex se lo dirá a Claudia. Estoy seguro de que lo entenderá perfectamente. Esas cosas pasan.

—Bueno, bueno...

—¿Y cómo lo vais a hacer tú en Madrid y ella en París? —pregunta Sofía, que sigue con la gorra puesta y parece que no piensa quitársela.

—Todavía no lo sé. Nos veremos cuando podamos.

—Mira que París no está a la vuelta de la esquina —objeta nuestra madre.

—No importa. Iré a verla siempre que pueda. Ahora me han llamado para un anuncio. Pagan bien y así podré ir a ver a Alex cuando vuelva de la gira.

—¿Para un anuncio? ¿Otra vez vas a aparecer en las marquesinas en pelotas? —se queja mi madre—. Dani, hijo, el día que te vistas tocan las campanas.

—Que esta vez es vestido, mamá.

Suelta un suspiro de alivio. Mentira no es, que desnudo no voy a estar. Aunque tampoco vestido del todo, pero ese es un detalle sin importancia.

La que se ha tomado muy bien el tema de mi desnudez es Alexandra. Siempre lo ha visto de un modo natural, así que a ella sí le digo que el anuncio es de una conocida marca de calzoncillos. Estoy pendiente de que me llamen para concertar un día y hacer las fotos.

—¿Me mandarás una? —pregunta cuando hablamos esa noche.

—¿Quieres que te mande una foto mía en calzoncillos?

—Claro. Si no, no te la habría pedido. —Ríe—. A menos que te dé vergüenza, pero creo que tú de eso no tienes.

—Ni pizca.

Vergüenza me va a dar. Además, ya me ha visto en pelotas. En eso me lleva ventaja. Aprovecho y le pido una foto de ella. Solo tengo los cuatro *selfies* que nos hemos hecho en París.

—No hace falta que sea en ropa interior —bromeo—. Aunque si es en ropa interior, tampoco te voy a decir que no.

—Ni lo sueñes —replica.

Hablamos un rato. Está ilusionada por irse a bailar a otros países. Y también está nerviosa por hacerlo. Dice que a la vuelta prepararán el ballet de Navidad: *El cascanueces*. No cree que pueda venir a casa por esas fechas, pero es posible que después tenga un pequeño descanso y venga unos días para ver a su familia.

—Y a ti —añade—. Tengo ganas de verte.

—Me estás viendo.

—Sin una pantalla por medio.

—Yo también tengo ganas de verte —digo—. De abrazarte. Te echo de menos, patito.

—Pero si te fuiste ayer...

—Sí, pero te echo de menos. Estás muy lejos.

—La distancia es relativa, Dani.

—No te pongas densa, guapa, que no son horas.

Me encanta verla reír. Está en ropa de andar por casa, con el pelo suelto, hablando sentada en la cama con las piernas cruzadas, con la sonrisa en la cara. ¿Cómo pude pensar en ella como una cría? Es joven, sí, pero también es mucho más madura que otras chicas con más edad. Más que yo. Nos despedimos con un beso de esos que van por el aire y apago el ordenador, deseando poder estar en la cama con ella, poder abrazarla y aspirar su olor, hundir mi nariz en su pelo dorado. En sexo no pienso. Y no es que no la desee, que por mí le habría hecho el amor en la mismísima Torre Eiffel, pero Alexandra me despierta algo más que deseo. Y necesita tiempo, tiempo que yo pienso pasar en abstinencia hasta que esté preparada. Abstinencia. Mejor no pensar en eso tampoco. Podré vivir sin sexo el tiempo que haga falta.

Mi móvil da un silbidito. Al mirarlo, veo que me ha entrado un mensaje de Alexandra. «La foto. Buenas noches». Y un emoticono besucón. La foto que le sigue me deja sin respiración. En ella sale Alexandra vestida con un tutú blanco en una pose como esas que suelen tener las muñequitas de las cajas de música. Tiene el angelical rostro vuelto hacia arriba, como si estuviera viendo algo en el cielo. De algún modo la cámara ha captado toda su belleza. Me quedo ensimismado mirándola y al final espabilo y respondo a su mensaje dándole las gracias y diciéndole lo preciosa que está. Lo preciosa que es. Le mando un corazón y todo. Creo que es la primera vez

que uso ese emoticono. Creo que es la primera vez que estoy realmente enamorado.

–¿Qué tal? –me preguntan en el estudio.

Estoy preparándome para la sesión de fotos. Me han dado unos bóxer blancos de esos ajustados que me marcan todo el equipamiento.

–Un poco despachurrado –contesto.

–Mejor –dice Cristina, la fotógrafa, dando una palmada–. Así nos ahorramos el relleno.

Se quedan todos mirando la zona conflictiva. Menos mal que estoy acostumbrado. No tardamos en empezar. Tampoco es que yo tenga mucho preparativo. Me dan unos cuantos brochazos, me ponen el pelo a su gusto y ya estoy listo. Me he dejado barba de tres días a petición de los publicistas. Quieren una cuidada imagen desaliñada y un aspecto más malote.

–Nada de metrosexuales recién afeitaditos. Eso está bien para el *after shave* y las colonias –me soltó del todo convencido el tío que me dijo que no me afeitara, señalándome con el dedo–. Nosotros queremos que quieran quitarte los calzoncillos.

–Vale –me limité a decir yo. Soy un tipo fácil.

Cristina comienza a hacer fotos y más fotos. Ponte así, ponte asá, mira hacia aquí, mira hacia allá, pásate una mano por el pelo, sonríe, no sonrías, date la vuelta... Yo hago todo lo que me pide. La cámara no deja de disparar. De las tal vez cientos de fotografías que saque, solo una será la elegida para el anuncio.

La jornada ha sido larga, pero lo hemos pasado bien. Mañana iré al Dreams. Tenemos ensayo para el nuevo espectáculo del viernes noche. Esta vez iremos de marineros. Las chicas irán de personajes de cuento. Será divertido ver a Caperucita Roja, Blancanieves y compañía quitarse la ropa.

Una vez en casa me despatarro en el sofá con un libro y dentro de un rato llamaré a Alexandra o le mandaré algún mensaje o algo. Entonces suena el móvil y lo cojo ilusionado pensando que puede ser ella. La sonrisa boba que me estaba empezando a aparecer en la cara se me congela de pronto. Es Claudia. ¿Qué coño quiere? ¿Le habrá dicho algo Alexandra y llama para montarme un pollo? Acepto la llamada para salir de dudas, aunque lo que realmente quiero es rechazar la llamada y bloquearla.

—¿Claudia?

—Hola, Dani. ¿Cómo estás?

El tono es suave. Parece que ha enterrado el hacha de guerra. La última vez que hablamos fue para discutir, y no de forma muy amigable. Me dijo de todo. Ahora me pregunta cómo estoy. Aquí hay gato encerrado.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Oye, siento que discutiéramos —murmura.

—Ya. Y yo.

—¿Quieres...? He pensado que... Podríamos quedar y hablar.

—No hay nada de qué hablar, Claudia. Creo que ya nos lo hemos dicho todo.

No es una buena idea. No. No lo es.

—Solo un café, Dani —insiste.

Suspiro. Supongo que podemos ser amigos. Que deberíamos ser amigos. Estoy saliendo con su hermana y creo que si hablamos como gente civilizada... Si Claudia y yo pudiéramos ser amigos, Alexandra se alegraría. Y sería más cómodo para todos.

—De acuerdo —cedo.

Quedamos a las ocho, cuando cierra la farmacia. La voy a buscar, como hacía cuando salíamos juntos. Esto es un poco raro. Claudia sale un poco más tarde de las ocho. Nos damos dos besos en las mejillas como viejos amigos y vamos a una cafetería cercana. Hasta ahora todo parece bastante normal. ¿Será que yo estoy paranoico?

Hablamos de trivialidades, del trabajo. Claudia dice que admite no haber sido todo lo comprensiva que debería haber sido con respecto a mi trabajo.

—Creo que solo estaba celosa —dice—. Pero entiéndelo, todas esas mujeres...

—No vamos a volver a discutirlo, Claudia. No tiene sentido.

—Dani... —Pone su mano sobre la mía y yo resisto en impulso de apartarme como si se me hubiera posado un escorpión—. ¿Por qué no lo intentamos de nuevo? Podríamos darnos una oportunidad. Sé que necesitabas tiempo, que tal vez te estaba atosigando, pero...

—No, Claudia. —La interrumpo con toda la delicadeza de que soy capaz y ahora sí que aparto la mano—. No estoy enamorado de ti, ya te lo dije. Te quiero, pero no de ese modo. Podemos ser amigos si quieres, pero nada más.

Ella suspira. Contiene las lágrimas. No termino de creerme las lágrimas de Claudia. Creo que es su orgullo herido el que hace que acudan a sus ojos.

–Hay otra, ¿verdad? Estás con alguien –dice.

Yo asiento.

–Lo sabía –dice. Las lágrimas han desaparecido.

–No estaba con nadie cuando lo dejamos –le aclaro—. Pero ahora sí que hay alguien en mi vida. Es muy especial, Claudia. La quiero de veras. Lo siento si te hago daño, pero no quiero engañarte.

–Sí que te has dado prisa –me espeta.

–No me he dado prisa. Solo pasó.

–Claro. Pasó.

El resto del tiempo se vuelve un poco incómodo. Esto se está liando. ¿Por qué quería volver Claudia? ¿Sigue enamorada? Un pensamiento bastante mezquino me pasa por la cabeza. ¿Y si Alexandra le ha dicho algo y solo quiere joderla? No. Claudia no es tan rastrera como para eso. No le haría eso a su hermana.

Capítulo 17

Alexandra

Claudia me llama por el móvil. Casi nunca me llama por teléfono desde que vine a vivir a Francia, aunque tengo que reconocer que tampoco yo la llamo a ella. Hasta ahora la mayor parte de nuestra comunicación ha consistido en el intercambio de algunos mensajes por WhatsApp. ¿Qué querrá? Está muy metida en su propia vida como para interesarse mucho por la vida de los demás, y la mía en particular no es que le parezca muy apasionante. Nada más pensarlo, siento una punzada de remordimiento. Es mi hermana. Seguro que solo quiere hablar conmigo un poco y saber cómo me va. ¿Por qué no iba a llamar? Que Claudia no me llame con la frecuencia de Héctor y mis padres no quiere decir que pase de mí. Ella tiene su propia forma de querer a la gente. Lo más probable es que tenga un nuevo novio y quiera contármelo.

–Hola, Claudia –la saludo.

–Hola. ¿Cómo te va por París?

La conversación transcurre sin grandes noticias. Me pregunta por mi próxima gira con la compañía y por mi vida como bailarina. Dice que al menos tengo algo de glamour en mi vida. Del esfuerzo que hay detrás de ese glamour nunca ha querido saber nada y cuando se lo digo suelta una especie de bufido desdeñoso y ríe. Le pregunto por Héctor y por nuestros padres y ella dice que están bien.

–He visto a Dani –me dice.

–Oh.

No quería contárselo por teléfono. Es algo que quería hacer en persona porque me parece muy frío decirle a tu hermana por el móvil que estás

saliendo con su ex, pero si sale en la conversación... Tampoco es algo que quiera ocultarle.

—He quedado con él y... Le he propuesto volver. Me ha dicho que no. ¿Te lo puedes creer?

Me deja fría. ¿Mi hermana quiere volver con Daniel? ¿Todavía le quiere? Pero si ya no quería saber nada de él. ¿Estamos las dos enamoradas del mismo hombre?

—Está con otra —continúa mi hermana—. Lo sabía. Es que lo sabía. Cuando cortamos me dijo que no, pero no le creo. No me creo nada.

—¿Por qué iba a mentirte, Claudia?

—Porque así son los hombres. Unos falsos y unos mentirosos. Y este ni te cuento. Nada, que me dice tan campante que está enamorado de otra y que podemos ser amigos. Con un par.

—Pero ¿sigues enamorada de él?

Tengo que saberlo.

—No. Sí. No sé —contesta. Mi hermana siempre con las ideas tan claras—. Yo... Está muy bueno, Alex, y me gusta. No es el hombre de mi vida, pero...

—A ti lo que te duele es que fuera él quien te dejara.

Touché. Conozco el orgullo de Claudia. Se queda callada.

—Me dejó para irse con otra —dice al fin.

—Pues eso, que te duele el orgullo, Claudia. Y no te dejó para irse con otra.

—¿Y tú qué sabes?

He hablado de más. Debería decirle la verdad; no estamos haciendo nada malo, pero en el plan que está Claudia me temo que no es lo más prudente.

—Eras tú la que decía que lo vuestro no funcionaba, que era un niño grande y un irresponsable, entre otras muchas cosas —replico en un intento por hacerla razonar.

—Y lo es. Pero era alguien con quien salir y... Es guapo y... Nunca me han rechazado, ¿sabes?

Pienso que no le habrían venido mal unas cuantas calabazas, pero no se lo digo.

—No es un bolso, Claudia. No puedes estar con él solo porque hace bonito.

—Me he arrastrado, le he dicho que lo volvamos a intentar y me ha dicho que no, que está enamorado de alguna zorra. Y que podemos ser amigos —vuelve a decirme—. Como lo oyes.

—¿Y por qué no ibais a ser amigos?

—Porque no. —Los argumentos de mi hermana son de lo más sólidos—. Se ha cansado de mí y ahora se está tirando a otra. ¿Cómo quieres que seamos amigos?

Suspiro. No sé cómo reconducir la conversación. No se puede razonar con Claudia cuando se obceca con lo suyo. ¡Pero si hasta se quejaba de que Daniel era una especie de obseso sexual! No hay quien la entienda.

—Es un buen tío, Claudia —digo en tono apaciguador.

—Eso sí —admite—. En el fondo es un buenazo. Un poco tonto, pero un buenazo.

Algo hemos ganado. Finalmente no le digo que soy yo «la zorra» que está con Daniel. Prefiero esperar a volver a Madrid para decírselo cara a cara. Para entonces ya se le habrá pasado la pataleta. Solo está rabiosa porque no está acostumbrada a que un chico la deje. Siempre ha sido ella la que los ha mandado a freír espárragos cuando se ha aburrido de ellos y probablemente Daniel no fuera la excepción. Siempre ha podido estar con el chico que ha querido y verse rechazada por uno ha supuesto un serio golpe a su ego. Dentro de poco estará con otro y se olvidará por completo de Daniel.

Cuando termino de hablar con Claudia, veo que tengo varias llamadas perdidas y varios mensajes de Daniel en plan «tengo que hablar contigo». Parece apurado, el pobre. Seguro que es por lo de Claudia. Lo llamo y se pone a hablar atropelladamente. Que tiene que contarme algo, que si mi hermana me llama para decirme que está con otra no le haga caso, que él no está con nadie y que no le ha dicho nada de lo nuestro porque habíamos quedado en que lo haría yo.

—Ganas no me han faltado —dice—. No quiero tener que ocultarlo, Alex. No quiero tener que ocultar que te quiero. Me da igual si es tu hermana. No la estamos engañando, joder. No es como si le estuviera poniendo los cuernos contigo.

Le digo que estaba hablando con mi hermana cuando él ha llamado y por eso le daba comunicando, que me ha contado lo que ha pasado y él sigue como una moto.

—¡No quiero volver con ella! —explota—. ¡No la quiero! Es caprichosa, frívola y superficial. Solo le importan la ropa y el pelo. ¡Pero si no se mira el ombligo para que no le salgan arrugas en el cuello! Y es una cabeza hueca. No es que yo sea una lumbrera, pero es que ella llegó tarde al reparto de cerebros. Y no me creo que quiera volver porque sienta algo por mí. Solo se quiere a sí misma, lo que pasa es que no puede soportar que un tío la deje. ¡Que no sé por qué me enamoré de ella! Bueno sí, porque está buena, y no vi más allá de su físico. —Deja de hablar para coger aire. Sí que se ha embalado—. Nunca he visto más allá de un físico, patito —continúa más tranquilo—. Pero tú... Tú eres preciosa. Eres preciosa por dentro y por fuera. No he sentido esto por nadie. Y no quiero perderlo.

Solo él puede empezar despotricando y terminar con una declaración de amor.

—Perdona —murmura—. Que Claudia es tu hermana. Yo no quería...

—Te quiero, Dani —le digo—. Quiero al hombre extrovertido, descarado y apasionado. Quiero al niño grande. Él no dice nada, pero sé que sonríe—. Se lo diré a Claudia cuando vaya a Madrid. O por teléfono, pero cuando se haya calmado. Ahora está imposible.

—Si es que cuando yo digo que eres preciosa...

Marie y Maggie apenas dan crédito a sus oídos cuando les digo lo que ha pasado con mi hermana. No estoy del todo tranquila al tener que decirle a Claudia lo que hay entre Daniel y yo.

—Tendrías que habérselo dicho cuando te ha llamado —dice Maggie, práctica como siempre—. Cuanto antes se entere, mejor. Si no le gusta, es su problema. Es lo que hay.

—Yo creo que Alex tiene razón —replica Marie, que opta más por la diplomacia—. Es mejor esperara estar con ella y hablarlo de mujer a mujer.

—Si se lo hubiera dicho ya, para cuando hubiera vuelto a España se le habría pasado el enfado. Las noticias de hoy son los *fish and chips* de mañana.

—Solo los ingleses pueden envolver la comida en papel de periódico —dice Marie haciendo una mueca de asco—. ¡Menuda guarrada!

–¿Qué esperas de los ingleses? –replica Maggie.

–Los *fish and chips* están buenos –intervengo yo–. Y los daban en un papel de envolver comida normal y corriente, no en periódico.

–Es que se han civilizado –dice Maggie.

–En Inglaterra se come fatal –dice Marie–. No te preocupes por tu hermana –añade seguidamente sin dejar tiempo a Maggie para contestar–. Seguro que en unos días se le pasa.

–Alex, ¿a ti no te importa acostarte con un tío con el que también se ha acostado tu hermana? –me pregunta Maggie.

–No nos acostamos –matizo–. Pero no, no me importa que haya estado con mi hermana.

La conversación pronto deriva hacia nuestra próxima marcha. Maggie admite a regañadientes que nos va a echar de menos cuando nos vayamos. Ella tiene mucho trabajo que hacer preparando una colección que piensa presentar a un concurso de nuevos diseñadores. Marie y yo hemos visto los bocetos. No entendemos gran cosa de moda para desesperación de Maggie, que dice que no sabemos qué ponernos una vez nos sacan del tutú y las medias, pero tienen buena pinta.

Esa noche en la cama pienso en Daniel. La pregunta de Maggie me ha hecho pensar. Daniel no es precisamente un monje y me pregunto cómo llevará lo de estar con una chica con quien no puede tener sexo. No hablamos del tema cuando vino a París. Además de la distancia, yo no tengo experiencia. Necesito tiempo y no sé hasta qué punto él va a aguantar sin sexo. Solo ha estado conmigo dos días. Dos días en los que me ha enseñado a besar. Me ha gustado sentir su boca, su lengua y sus manos. Me ha gustado respirar su aliento y estar pegada a su cuerpo. Pero supongo que él quiere más. Fantaseo con acariciarlo por debajo de la ropa y con sentir sus manos en mi piel. No pensaba yo tener fantasías con el hermano mayor de mi mejor amiga.

Llega el momento. Nos vamos a Milán. Todo está preparado para la aventura. Los bailarines veteranos están de vuelta en todo. Para ellos es parte de la rutina. Los novatos intentamos no mostrar demasiado entusiasmo para dar una imagen de profesionalidad. No es un viaje de estudios.

–Nunca he estado en Milán –dice Marie a mi lado ya en el aeropuerto–. Ni en ningún sitio de Italia. ¿Hablas italiano?

–No –contesto–. Algún saludo, alguna despedida y poco más.

–Bueno, pero se parece al castellano. Nos arreglaremos.

–No vais a Milán a hablar, sino a bailar –nos increpa Charlotte, la primera bailarina, que nos ha oído.

Marie pone los ojos en blanco y yo contengo una sonrisa mientras Charlotte se aleja con porte altanero.

–Es una *prima donna* con todas las de la ley –cuchichea Marie.

–Mira, ya sabes decir algo en italiano.

Milán es una maravilla, pero no tenemos tiempo de hacer turismo. Nos acomodamos en el hotel y nos refrescamos antes de ir a cenar. Esta noche debemos descansar. Mañana temprano comienzan los ensayos.

Si el Palais Garnier es impresionante, La Scala de Milán no se queda atrás. Sin embargo, no podemos quedarnos admirando la arquitectura. Hay que seguir bailando. El mismo ballet. Los mismos pasos. Solo cambia el escenario.

Comparto habitación con Marie. Hablamos con nuestras familias y amigos cuando acaba la jornada. Estamos cansadas y eufóricas al mismo tiempo. Toda La Scala en pie. Es alucinante.

A mi hermana parece que se le ha pasado el capricho de volver con Daniel. Al menos no ha vuelto a mencionarlo. Aunque tampoco es que hayamos hablado mucho. Y cuando lo hicimos solo me preguntó qué tal estaba y si había ido de tiendas. A decir verdad, tampoco yo le he dicho nada a ella. No es el momento.

A Daniel se le ha pasado el mosqueo, pero a Sofía no. Dice que mi hermana es como el perro del hortelano y que hago bien en no decirle nada porque entonces seguro que descubre que sigue superenamorada de su hermano. Si antes le caía mal, yo diría que ahora le cae aún peor.

Hablo con Daniel casi todos los días por teléfono. Me gusta oír su voz. Me pregunta por el ballet y me escucha cuando me lanzo a explicarle cosas y anécdotas sin darme cuenta de que a lo mejor le estoy aburriendo. Aunque él siempre dice que no le aburro cuando le cuento cosas. También él me las cuenta. Las despedidas de soltera se han reducido un poco porque en esta

época del año se casa menos gente. En una de ellas se ha presentado sin saber muy bien cómo un novio celoso y el asunto no ha acabado muy bien. Al novio no le ha gustado nada encontrarse a su futura mujer sentada en una silla abierta de piernas con un tío medio en pelotas entre ellas y las manos donde no debían.

—Las de ella, ¿eh?, que yo no toco nada —aclara—. No veas cómo se puso el muy neandertal. Y eso que todavía ni siquiera me había quitado los pantalones.

Me río. No puedo evitarlo. La situación ha debido de ser de lo más violenta y desagradable, pero lo cuenta con gracia.

—Habrás cobrado al menos —le digo.

—Y tanto que he cobrado. Me dejó un ojo a la funerals. Menos mal que fue después de lo de las fotos. Y ahora a Rodri se le ha ocurrido que vayamos de piratas en el próximo *striptease* para que así pueda ponerme un parche en el ojo y tapar el desaguizado.

Capítulo 18

Daniel

Alexandra está de gira y el amor está en el aire. Solo he estado dos días con ella, pero me basta para saber que quiero estar con ella el resto de mi vida. He estado leyendo cosas sobre el ballet en internet. Quiero saber más sobre su mundo, sobre su vida. ¡Cuántos ejercicios, cuántas posturitas! ¡Pero si hasta hacen gestos que indican lo que están diciendo sus personajes, como si fuera mimo! Vaya...

Le he mandado la foto. Estoy de pie sonriendo y pasándome los dedos por el pelo en plan despreocupado. No es la definitiva que saldrá en el anuncio, pero es que en esa estoy despatarrado en una butaca en plan provocador y no he querido mandársela. Ya la verá más adelante. No es plan hacerlo por teléfono. Ella me envió un mensaje diciéndome que me ponía de fondo de pantalla, seguido de unas caritas amarillas que tienen dos corazones rosas en lugar de ojos.

Hablando de ojos, ya se me ha curado el mío. Dejé a Alexandra preocupada por más que le dije que no era nada. Sofía se partía de risa y mi madre empezó a decirme que eso no me pasaría si tuviera un trabajo normal.

—Cualquier día vamos a tener un disgusto —rezongó mi padre.

Se ve que haberme dejado un ojo morado no es disgusto suficiente.

Estoy haciendo una paella. He descubierto que tengo mano con el arroz, así que estoy de cocinillas. Con lo que sobre, tengo para comer mañana. Oler, huele bien. Espero que el sabor esté a la altura.

Alguien llama al timbre. ¡Qué oportunos! Seguramente se trate de un comercial que quiere venderme la moto. Abro la puerta, dispuesto a despacharle diciéndole que no me interesa, gracias y a quien me encuentro es a mi madre en el umbral, peinada de peluquería y con una revista enrollada en la mano y cara de pocos amigos.

—¡Mamá! ¡Qué sorpresa!

Me hago a un lado para dejarla pasar y la beso en la mejilla. Ella me atiza con la revista sin que mi gesto de cariño hacia ella la haya ablandado lo más mínimo.

—¿Se puede saber qué es esto? —me espeta, levantándola como si pretendiera seguir usándola de porra.

—Una revista del corazón —contesto.

—Mira, Dani, no te hagas el gracioso que no estoy de humor, ¿eh? ¡Esto! Abre la revista por un anuncio de calzoncillos. Soy yo.

—¡Eh!, ha quedado genial —digo.

El ceño de mi madre se hace más profundo.

—¡Me dijiste que esta vez estarías vestido! —me increpa.

—Y estoy vestido.

—¿A esto le llamas tú estar vestido? Bueno, claro, tú igual sí. ¡Estás en calzoncillos! ¡Y se te marca todo y...! ¡Esto es una indecencia!

—Joder, mamá, te pareces a la abuela.

Recibo otro par de mandobles de papel *couché*.

—Cállate, Dani, que me tienes contenta. Que estaba en la peluquería y me dice Manoli: «Eugenia, ¿este no es tu hijo?». ¡Y claro que era mi hijo! ¡La vergüenza que he pasado!

—¿Te avergüenzas de mí?!

—¡De ti no, de...! ¿Tú has pensado que esto va a verlo tu abuela?

—No, pero...

—¡No, tú qué vas a pensar! ¡Si tú nunca piensas!

—Que la abuela no se va a asustar. ¿Y qué va a hacer, dejar de hablarme?

—Y ahora vas a volver a lucirte de esta guisa en las marquesinas para que todo el mundo te vea, claro —sigue diciendo mi madre, ignorando mi observación acerca de mi abuela.

—No lo sé. Eso es cosa de los de *marketing*. Yo solo pongo la imagen.

—La imagen, dice...

—Y me pagan una pasta. Podré ir a ver a Alex cuando vuelva de la gira. Tal vez por Navidad. No cree que pueda venir. Me gustaría ir a verla.

El rostro de mi madre pierde la dureza y su ceño se aligera.

—¿Qué piensa Alex de todo esto? ¿Lo sabe?

Asiento.

—No le importa que me dedique a esto, mamá. A lo mejor porque es artista, pero no le importa. Lo ve bien. Si hasta le he mandado una foto de la campaña. La de la revista no, otra.

—¿Le has mandado a Alex una foto tuya en calzoncillos?! ¡¿No será verdad?!

—Que sí, mamá, que para ella es lo más normal del mundo. Que lo ve como lo que es: un trabajo.

—Un exhibicionista es lo que eres.

—Pero a ella no le importa.

Mi madre sonrío, a su pesar. Sé que quiere a Alexandra.

—Dani... ¿Cuándo le vais a decir a Claudia que estáis juntos? Cuanto más tiempo pase, peor va a ser. Y a mí no me gusta tener que estar ocultándole nada a Pili.

—Yo por mí ya se lo habría dicho —admito—. Pero para Alex es delicado y quiere ser ella quien se lo diga a su hermana.

—Pues que no deje que pase mucho tiempo o se sentirá engañada.

—Está muy lejos. Está en Moscú.

Mi madre me acaricia la mejilla como para consolarme. Entonces me llega un olor a quemado.

—¡El arroz!

Corro a la cocina, pero ya es tarde. Se me ha quemado el arroz por estar de cháchara en la entrada. Que también podía haber hecho pasar a mi madre a la cocina, pero como ha venido en plan combativo...

—Oh, mierda...

—¿Cómo se te ocurre dejar la comida en el fuego? —me reprocha mi madre entrando a la cocina detrás de mí.

—Es que han llamado a la puerta y como han empezado a darme revistazos y a echarme cosas en cara se me ha olvidado que tenía el arroz en el fuego.

—A mí no me echas la culpa, ¿eh?, que ha sido descuido tuyo.

No digo nada, que no quiero empezar otra discusión. Remuevo un poco con la cuchara para ver si puedo salvar algo, pero no. Arroz carbonizado.

–Ven a comer a casa, anda –dice mi madre.

–No. Ya me pondré un huevo con patatas –refunfuño malhumorado. Con lo bien que me estaba saliendo...

–No te enfades, hombre. Ya te saldrá bien la próxima vez. Ven a casa.

No me hago de rogar. Vamos dando un paseo, ya que no vivo lejos de casa de mis padres. Por el camino, pasamos por una parada de autobús. Tal como temía mi madre, han puesto el anuncio de los calzoncillos y hay una enorme foto mía en la marquesina.

–Desde luego, Daniel, hijo... –masculla.

Me echo a reír ante su cara de «qué paciencia hay que tener» y ella vuelve a pegarme con la dichosa revista.

Mi padre come en el trabajo y no viene a comer a casa, pero mi hermana sí y nuestra madre está feliz de tener a sus dos polluelos de nuevo en el nido. Le cuenta a Sofía que se me ha quemado el arroz porque soy un manazas y un descuidado y que otra vez han puesto una foto mía en la calle «casi desnudo y marcando paquete». Sofía intenta mantenerse seria, pero no puede. Le sale un resoplido y a continuación se pone a reír a carcajadas.

–No te quejes, que la última vez estaba desnudo del todo –dice-. Poco a poco, se va tapando.

–Si es que estoy de un recatado últimamente... –digo yo, siguiéndole el juego.

–No sé qué os hace tanta gracia –gruñe nuestra madre-. Voy a terminar de poner la comida.

Desaparece en la cocina y Sofía y yo nos vamos a la sala. Mi hermanita está haciendo la carrera de Física, tarea que compagina con el rugby. Estoy muy orgulloso de ella. Es un cerebritito en la universidad y una deportista de primera. Es un pedazo de tía.

–¿Qué tal te va en la uni? –le pregunto.

–Bien. Dentro de nada serán los exámenes.

–¿Asustada?

–No. Estoy estudiando un montón. Creo que sacaré buenas notas.

–¡Qué repelente eres! –suelto, aunque estoy seguro de que es una de las mejores estudiantes de la facultad.

–Ya verás cuando me convierta en la doctora Hernández. Tendré que ocultar que tengo un hermano *stripper* para mantener mi reputación.

–¿Perdona?

–Y negaré que conozco al tío despelotado de los anuncios de calzoncillos.

Estoy a punto de hacer un comentario fingiendo indignación cuando suena mi móvil. Un WhatsApp de Alexandra. Mi corazón salta entusiasmado. «Sofía me ha mandado una foto de tu foto». Y me pone un emoticono que sonríe enseñando todos los dientes.

–¿Le has mandado a Alex una foto de mi foto? –le pregunto a mi hermana.

–Anda, pues claro.

«Ya hablaremos».

Me quedo mirando el mensaje nuevo con cara de tonto. ¿Cómo que «ya hablaremos»? ¡Pero si estaba convencido de que no le importaba! Es verdad que la foto es un poco atrevida, pero de eso se trataba. La llamo sin perder tiempo para aclarar las cosas.

–¡Dani!

Y a continuación oigo un torrente de carcajadas cantarinas.

–Oye, menos pitorreo –le digo.

Me encanta el sonido de su risa y casi lamento haber hablado y haberla interrumpido.

–Te has creído que me había enfadado –dice, risueña.

–Coño, pues sí. Me pones «ya hablaremos» sin emoticono ni nada...

Vuelve a reír. Qué pena no poder verla.

–Me encanta esa foto –dice–. Y tú.

Oigo a alguien al fondo parlotando algo que parece francés. Debe tratarse de Marie.

–Dice Marie que deberían denunciarte por contribuir al elevar la temperatura del planeta.

–A lo mejor en Moscú no viene mal –replico.

Le pregunto qué tal le va. Siempre le pregunto lo mismo. Qué tal el ballet. Qué tal el tiempo. Qué tal la comida, la gente... Y ella me cuenta y me pregunta a su vez. ¿Qué tal en el club? ¿Han vuelto a ponerme un ojo morado? ¿Qué tal por Madrid? Tengo ganas de que regrese. Se lo digo. Los dos escasos días que pasé con ella me han sabido a poco. Ella dice que

pronto. Cuando acabe la gira volverá a París. Le digo que iré a verla y se alegra. Como una niña. Le paso el teléfono a Sofía para que se saluden y poco después, Sofía me devuelve el móvil.

–Alex... ¿Cuándo vas a hablar con tu hermana?

No quiero presionarla, pero quiero gritar a los cuatro vientos que la quiero. Nos merecemos vivir nuestro amor sin condiciones, sin tener que escondernos. No tenemos por qué escondernos. Y Claudia no tiene por qué enfadarse. Y si se enfada, ya se le pasará.

–Cuando vuelva a casa. A Paris –me dice, y me doy cuenta de que para ella su hogar ya no está en Madrid–. La llamaré y se lo diré, Dani. Te lo prometo.

Capítulo 19

Alexandra

–¡Serás puta!

Estoy de vuelta en París y he llamado a mi hermana. No podía dejar pasar más tiempo ni esperar a ir a Madrid para decírselo en persona. Iba a pasar demasiado tiempo y no quiero seguir en esta situación. No es justo para nadie. Le he contado de la forma más delicada posible que soy yo quien está con Daniel y no ha podido tomárselo peor, cosa que no comprendo porque si bien fueron pareja durante un tiempo, ya no lo son. Y no lo eran cuando Daniel y yo empezamos nuestra relación.

–No lo planeamos, Claudia –le digo, pasando por alto su insulto–. Simplemente pasó.

–Ah, pasó. Bien que os habéis reído de mí a mis espaldas.

–Eso no es cierto.

–Eres una zorra mentirosa, Alex. Me estabais engañando. Te estabas tirando a mi novio. ¡Mi propia hermana! Mira la mosquita muerta.

–No es verdad, Claudia. Yo no estaba con él mientras él estuvo contigo. Y no me insultes.

–Ah, que encima vas a hacerte la digna.

–¡Pero si ni siquiera le quieres!

–¡¿Y tú qué coño sabes?! Te dije... Te dije que quería volver con él y tú... Ni mencionaste que os habíais liado. Podrías habérmelo dicho. ¿Cómo puedes ser tan falsa?

–Claudia, no quería decírtelo por teléfono...

–¡Pues bien que me lo estás diciendo por teléfono ahora!

–Oye, lo siento, ¿vale? No debería habértelo ocultado, pero es que no sabía cómo abordar el tema. No es fácil decirle a tu hermana que estás saliendo con su ex.

–Debiste haber sido sincera conmigo desde el principio.

–Lo sé. Y siento no haberlo sido.

Claudia suspira al otro lado de la línea.

–Solo está jugando contigo, Alex –me dice en tono de hermana mayor–. Cuando se canse de ti, te dejará tirada como hizo conmigo. Y te estará bien empleado.

Cuelga. Su último comentario me ha dolido, pero procuro que no me afecte. Claudia es caprichosa. Solo está enfadada porque le he quitado su juguete. Si de verdad amara a Daniel, yo no me habría interpuesto. Pero no lo ama. Quizá lo amó un tiempo, pero ya no.

–¡Su puta madre! Perdón. Perdón.

Daniel estalla y a continuación se disculpa, dándose cuenta de que la madre de Claudia es también la mía. Hablamos por Skype. Al fin podemos vernos, aunque sea en la pantalla del ordenador. Le he contado lo ocurrido con mi hermana. Su alegría al saber que le había dicho a Claudia que estábamos juntos se ha evaporado un segundo después al saber su reacción.

–Mira, no le hagas ni puto caso –sigue diciendo Daniel–. Puta víbora... Que no tenemos por qué pedirle permiso, coño.

No le he dicho lo que Claudia me ha dicho de él. No quiero echar más leña al fuego, que bastante enfadado está ya.

–En algún momento tendré que ir a Madrid, Dani. Va a ser una situación de lo más incómoda.

–Para entonces estará con algún otro tío al que tocar los huevos y se le habrá olvidado la tontería. No te preocupes por eso. ¿Sabes cuándo vendrás?

–No. Mañana empezamos los ensayos para *El cascanueces*. Será la obra de estas Navidades y no podré ir. Aunque después tendremos un tiempo de descanso, así que aprovecharé para ir a ver a mi familia. Y a ti.

–Yo estaba pensando en escaparme y pasar unos días contigo. Sé que estarás liada con lo del ballet, pero me gustaría mucho verte y estar contigo en tus ratos libres.

–Pues ven, que me muero de ganas de verte. Y quiero besarte otra vez.
Él sonríe. Tiene una sonrisa pícara.

–¿De verdad?

–No. Solo quería quedar bien.

–Bah. Pienso besarte de todos modos. Será lo primero que haga.

No he terminado muy bien de cerrar el portátil cuando me suena el móvil. Esta vez es mi madre. Me imagino que mi hermana le ha contado la historia según su versión. Se me hace un poco cuesta arriba coger la llamada, pero es mi madre. No puedo esquivarla. Y cuando antes hable con ella, mejor. ¿Para qué posponer lo inevitable? Debí haber hecho lo mismo con Claudia en lugar de esperar a un momento idóneo que nunca llegó.

–Hola, mamá.

–Hola, cariño. ¿Cómo estás?

Hablamos un poco de lo de siempre (cómo va todo, qué tal el ballet, te echamos de menos...) y después del calentamiento, mi madre va al grano.

–Alex, tu hermana me ha contado que estás saliendo con Daniel –dice–. Estaba hecha una fiera.

–Mamá, que no la hemos engañado. Daniel y ella ya habían roto cuando...

–Ya lo sé, Alex, ya lo sé –me ataja ella–. Ay, hija, ya sabes lo dramática que se puede poner a veces. No se lo tengas en cuenta.

Me deja descolocada. Yo pensaba que la que se iba a poner dramática por liarme con el ex de su hija mayor era ella. Y ni se ha inmutado.

–Gracias, mamá. Por entenderlo. Yo... ¿Te parece bien?

De pronto ha aflorado la niña insegura que en el fondo soy. Mi madre suelta un sonoro suspiro.

–Pues claro que me parece bien. Si es que se veía venir –replica.

–¿Qué?

Ahora ya parezco tonta de remate. ¿Cómo que se veía venir?

–Que conozco a Daniel desde que era un bebé. ¡Menuda pieza! Anda y no le habrá zurrado nada su madre con la zapatilla. Que le he visto mirarte embobado, Alex. Tengo ojos en la cara, a ver si te crees que me chupo el dedo. Que ya sabía yo que estaba enamorado, y no de Claudia precisamente. Bueno, yo y su madre, que lo ha parido, claro.

—¿Habéis hablado de nosotros? —pregunto.

—¿De qué te crees que hablan las madres si no es de sus hijos?

—Pero Claudia estaba enamorada...

—Claudia no estaba enamorada, cariño. Estaba encaprichada, que no es lo mismo. Siempre ha tenido lo que ha querido, y eso no le ha hecho ningún bien. Lo de ahora es una rabieta de niña malcriada acostumbrada a salirse con la suya. Y parte de la culpa es mía, lo reconozco. Y de tu padre. Ya atenderá a razones; no te preocupes. ¿Tú estás bien con él?

—Sí. Hay mucha distancia, pero... ¿Sabes que vino a verme a París?

—Claro que lo sé. Y Eugenia me ha dicho que piensa volver con el dinero de... ¡Ay, que he visto la foto en la parada del autobús! —Mi madre rompe a reír—. Es tremendo.

Poco después me pasa a mi padre y a mi hermano, que también quieren hablar un poco conmigo. Y yo con ellos. Héctor está animado. Dice que ha conocido a una chica y parece ser que la cosa va por buen camino, lo que me alegra enormemente. Le expreso mi deseo de conocer a su nueva novia y contesta que me la presentará cuando vaya a Madrid. Si piensa presentármela, es que va en serio. Espero que esta me caiga mejor que la anterior.

Los ensayos para *El cascanueces* han comenzado. Son intensos y exigentes, pero también divertidos. Esta vez no iremos de gira; solo bailaremos en el Palais Garnier. Habrá varias funciones; Navidad es una época en la que a la gente le gusta ir al teatro, a conciertos, al ballet. A los niños les suele gustar la historia de los muñecos que cobran vida. Y Charlotte y Gaspard, los bailarines principales, están soberbios como Clara y el Cascanueces. Aunque los demás también tenemos nuestra parte de lucimiento.

El día de Navidad el teatro está lleno. Para los demás es un día festivo en el que poder estar en familia y disfrutar. Nosotros bailamos, la mayoría lejos de nuestros seres queridos. Anoche cené con Marie. Maggie se ha ido a Edimburgo a pasar unos días con su familia, así que Marie y yo estamos solas, si bien por poco tiempo. Nuestras respectivas madres nos llamaron, las dos casi llorosas porque no estábamos en casa en unas fechas tan señaladas. Las dos prometimos ir a verlas cuando la compañía hiciera un

descanso tras la representación. Mi hermana sigue enfadada y no quiere hablar conmigo. La he llamado un par de veces, pero no me ha cogido el teléfono, así que opté por enviarle un WhatsApp deseándole una feliz Navidad. No me ha contestado.

También Daniel me ha llamado. Me gusta la ternura que esconde tras su arrojo y su descaro irreverente. Él pasa las Navidades con su familia, pero vendrá a pasar la Nochevieja conmigo. En Nochevieja no hay espectáculo en el club y tampoco despedidas de soltera. Hay fiesta, sí, de hecho hay un fiestón para celebrar el nuevo año —me dice—, pero sin *striptease*. Me conmueve que vaya a dejar de estar con Sofía y sus padres para estar conmigo. Dice que a ellos no les importa, que así están más tranquilos porque están seguros de que si está conmigo no se desmadra. Y me hace reír.

Maggie y Marie no tienen inconveniente en que Daniel se quede en nuestro piso los días que vaya a estar en París. Tenemos la norma de no llevar chicos al apartamento, pero esa norma no se aplica en el caso de los novios formales.

—Daniel no cuenta como formal, pero cuenta como novio. Por mí no hay problema —dijo Marie cuando les pregunté si a ellas les importaría que se quedara en casa y evitarle así el gasto del alojamiento. Por no hablar de que eso me permitiría estar más tiempo con él.

—Por mí tampoco hay problema —dijo Maggie, que preparaba ilusionada la maleta para marcharse—. Pero que se quede en el sofá, ¿eh? No quiero volver y encontrarme a un tío en mi cama por bueno que esté.

El día veintinueve, cuando Marie y yo regresamos a casa del ensayo de la mañana, nos encontramos a Daniel sentado en las escaleras que suben al portal con una maleta no muy grande al lado. Va abrigado con gorro, bufanda y una gruesa chamarra, ya que hace un frío que pela. Al vernos, se levanta y sonríe.

—¡¡Dani!!

Corro a sus brazos y él me acoge entre ellos. Me besa. Y ya no tengo frío.

—¡Qué guapa! —exclama, rompiendo el abrazo para mirarme—. Estás preciosa. ¡Cuántas ganas tenía de verte!

—Y yo a ti.

Acaricio su rostro y él vuelve a abrazarme con fuerza.

–Creí que tu vuelo era por la tarde –le digo.

–Te mentí –admite–. Quería darte una sorpresa apareciendo antes.

–Y me la has dado.

A continuación, Daniel saluda a Marie, que está mirándonos entre paciente y entretenida con la escena del reencuentro, dándole dos besos en las mejillas.

–Me alegro de verte, Marie –dice Daniel en castellano.

–*Bienvenue* –contesta ella en francés.

Yo no traduzco porque los dos han entendido lo que ha dicho el otro. Y si no lo han entendido, al menos lo sobreentienden.

–¿Y si subimos a casa?–propongo–. Hace frío.

Eso sí que lo traduzco para Marie.

–No sé cómo has conseguido sobrevivir en Moscú –bromea ella.

Daniel se acomoda en casa. Se irá el dos de enero, pero esos días son mágicos. Está ahí cuando me levanto, compartimos mesa los tres, lo pasamos bien de charla por las noches antes de ir a dormir. Marie nos deja espacio. Insistimos en que venga con nosotros cuando salimos, pero ella se niega.

–Para cuatro días que va a estar Daniel en París, no os voy a estar sujetando los candelabros –dice resuelta, y queda con otras amigas–. Tendréis que tener intimidad, digo yo.

El primer día de su estancia en casa, nos sorprendió limpiando el apartamento mientras nosotras estábamos en el ensayo. Hasta nos hizo la comida. Al llegar nos lo encontramos todo como una patena, con la mesa puesta y todo.

–Que no has venido de criado, Dani –le dije.

–No tengo otra cosa que hacer mientras estáis en los ensayos –replicó él–. Así me entretengo.

–Podrías aprovechar para hacer turismo.

–Bah. No puedo hablar con nadie.

–¿Tú no ibas a clases de francés?

–Sí, pero no tengo nivel para mantener una conversación decente. Estoy igual que cuando vine la primera vez. *Oui, je m'appelle Dani.* ¡Menuda

merde!

–Pues a decir «mierda» bien que has aprendido.

–Pero no lo pronuncio bien.

Marie se echó a reír, figurándose por dónde iban los tiros, lo que le confirmé instantes después.

–No le regañes –me dijo risueña–. Yo podría acostumbrarme a esto perfectamente.

Capítulo 20

Daniel

No llevo nada bien lo de la abstinencia, y menos cuando el objeto de mi deseo duerme a pocos metros en una habitación cercana. Al otro lado de la pared hay una habitación vacía, la de Maggie, que se ha ido a pasar estos días a Edimburgo con su familia y más allá está la de Alexandra, que duerme como un leño sin saber que lo que quiero ahora mismo es colarme en su cama aunque solo sea para abrazarla y oler su pelo. Huele un poco a fresa. Debe de ser el champú. No me importa esperar el tiempo que haga falta hasta que esté preparada, aunque eso signifique que me tengo que apañar yo solo.

Es divertido estar aquí con las dos. Es una pena que Maggie no esté. A Sofía le habría gustado mucho venir, pero como Alexandra volverá pronto a Madrid dice que prefiere esperar a que se presente una ocasión mejor. Aun así, las dos siguen hablando con frecuencia por teléfono. Creo que hablan más ahora que cuando Alexandra estaba en Madrid. De hecho, ni siquiera yo me libero de mi hermana mientras estoy aquí.

Las mañanas son movidas. Las chicas se levantan temprano, se duchan y se preparan para ir al ensayo y mientras tanto, yo les pongo el desayuno. La primera vez que me remangué a limpiar la casa cuando ellas no estaban, Alexandra me dijo que no había venido para hacer de criado, pero yo no lo hago por obligación ni porque me dejen quedarme en su casa de gorra, sino porque quiero. Marie está encantada con librarse de las tareas domésticas. Está empeñada en que aprenda francés por el método de la insistencia y se

enfada cuando ve que no pronuncio bien (lo que ocurre casi siempre) o que mi interés decae. Alexandra se divierte con la situación. Al final, Marie se apiada de mí y me da un respiro. Entonces hablamos en inglés, que me resulta mucho más fácil.

Alexandra y yo salimos por París cuando ella está libre de ensayos y de actuaciones. Para mediados de enero habrán terminado con *El cascanueces* y entonces volverá a Madrid durante unos días. Me ha contado que, a pesar de que Claudia no se baja del burro, sus padres aprueban lo nuestro. Me tranquiliza saber que no se han tomado esto como una afrenta a su hija mayor, cosa que también tranquiliza a Alexandra.

Hoy viene especialmente contenta del ensayo y apenas me ha dado un beso rápido, me tiende un sobre apaisado.

—¿Y esto? ¿Es el billete de avión de vuelta? ¿Ya te has cansado de mí? —bromeo.

—Calla y ábrelo —me ordena.

También Marie me mira expectante. Está metida en el ajo. Abro el sobre y saco su contenido. Es una entrada para *El cascanueces*. Es un buen sitio; voy a verlo todo estupendamente.

—¡Ostras, patito, muchas gracias!

La abrazo y la beso. Por supuesto que iba a ir a ver la obra, pero no pensaba coger la entrada para la mejor zona del Palais Garnier. Con el pastizal que cuestan... Y entonces caigo en la cuenta de que a Alexandra le ha costado una pasta. La aparto de mí y la mantengo sujeta por los brazos.

—Eh, oye, ¿cuánto te has gastado? —le pregunto.

—¿Qué importa eso? —replica—. Es un regalo.

—*Ne me dis pas qu'il proteste!* —interviene Marie con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—*Non, il ne proteste pas* —contesta Alexandra, y seguidamente se vuelve de nuevo hacia mí—. No estás protestando, ¿verdad, Dani?

—¡Claro que no!

—*Ah, bien* —dice Marie—. *Il m'a semblé que tu protestais.*

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Alexandra—. ¡No me entero de nada!

—Dice que le había parecido que protestabas.

—¡Qué va! Para nada —le digo a Marie, que me mira con escepticismo, y añado—: *Non.*

Ella sonríe, añade algo y se va de la sala, parloteando en francés. Yo vuelvo a abrazar a Alexandra.

—Muchas gracias, patito —repito.

—¿Te ha gustado? —me pregunta ella.

—¡Qué pregunta! ¡Claro que me ha gustado! Pensaba ir a verte de todos modos.

Alexandra se aparta de mí.

—No te pega nada ir al ballet —dice echándose a reír.

—Pues ya ves... Al ballet que voy. Pero solo porque bailas tú, que si no...

Nochevieja. Hoy es la función a la que voy. Todo el mundo está pensando en celebrar la Nochevieja con sus amigos, en pasarlo bien. Pero en la Ópera de París bailan. Para ellos hoy es laborable. Aunque con lo que disfrutan, no sé si lo consideran realmente un trabajo. Alexandra y Marie se sienten felices y supongo que el resto de bailarines de la compañía se siente igual. El ballet hoy comienza media hora antes que otros días para que así los artistas y todos los que hacen que el espectáculo funcione desde las sombras puedan celebrar la llegada del nuevo año. En Francia no se lleva lo de las campanadas. Ellos pasan la Nochevieja con los amigos en casa y tampoco se comen las uvas. Y, por supuesto, nada de desmadrarse en bares y discotecas cuando llega el nuevo año. Lo que hacen es besarse y brindar con champán, de modo que eso es lo que haremos. Espero que durante la cena, Marie se olvide de que quiere que aprenda francés a marchas forzadas.

No me he traído el traje y con mis vaqueros azules, la camisa rosa y una cazadora negra desentono un poco con la elegancia general del público. Se me distingue como a un flamenco entre una colonia de pingüinos, aunque por suerte nadie me mira como a un desharrapado. Que yo vea, al menos. Una vez localizada mi butaca, me siento, saludando a las personas sentadas a mi lado y esperando con todas mis fuerzas que a nadie le dé por iniciar una conversación, cosa que afortunadamente no sucede. Mi vocabulario en francés sobre el ballet se limita a unas palabrejas que le he oído a Alexandra. El sitio es cojonudo. Desde aquí igual sí distingo a mi patito.

Esta vez disfruto más que la vez anterior, que con eso de que llevaba un ramo de flores y que estaba hecho un manojo de nervios porque a la salida

pensaba ir al encuentro de Alexandra y declararme... Y, sí, ahí está, en el cuerpo de baile formando un solo ser con las demás bailarinas. Rubita y menuda, vestida de blanco con unos adornos plateados y el pelo recogido en un prieto moño. Marie baila a su lado. Hacen que esas piruetas y esos saltos parezcan fáciles de hacer. Y la música es de Tchaikovsky. Todo es muy bonito, muy navideño. Y como todo lo bueno, se acaba. Nos levantamos a aplaudir. Los bailarines salen a saludar al público por orden de importancia, de menos a más. Alexandra sonríe. Todas las chicas van de la mano y hacen una elegante reverencia antes de retirarse a la parte trasera del escenario sin dar la espalda al público en ningún momento. Los protagonistas se llevan una gran ovación, así como los artífices de la puesta en escena y el director de orquesta, que tiene el detallazo de lanzar el ramo de flores que le entregan al foso de la orquesta. Tras una última reverencia de todos los participantes, los gruesos cortinajes rojos se cierran y la gente se dispone a abandonar la Ópera de París.

Espero a las chicas donde la última vez esperé a Alexandra. Entre que se cambian, se sueltan el pelo y charlan unos con otros tardan lo suyo, pero no me importa esperar. Salen envueltas en sus abrigos con el pelo suelto y caritas felices. Alexandra corre hacia mí y se echa en mis brazos. Yo la estrecho entre ellos y la beso. Después abrazo a Marie y le doy un beso en la mejilla. Marie y Maggie son un poco como las hermanas de Alexandra, así que de algún modo también lo son más y les tengo cariño.

Cenamos los tres en *petit comité* y al dar las doce nos felicitamos y nos damos los besos que se estilan en el país galo. Marie se emociona cuando habla con sus padres y sus dos hermanos mayores, que se alegran de verla tan guapa y bien acompañada. Alexandra y yo los saludamos y yo les prometo cuidar de Marie siempre que esté en París. Ella refunfuña y dice que es perfectamente capaz de cuidarse solita.

—Pero se agradece la intención —añade.

La situación se repite con la familia de Alexandra y con la mía. Claudia —aunque a regañadientes— accede a hablar con su hermana y me saluda y todo. Seca y relamida, pero me saluda. Yo me hago el loco y hago como que no me he dado cuenta de que habría preferido no hacerlo. Seguramente su madre la ha sermoneado al respecto. Soy el vestido favorito de Claudia que Alexandra se ha puesto sin permiso. Sofía se vuelve loca. Habla incansablemente con Alexandra sobre el ballet y sobre el rugby y sobre los

estudios de la universidad, que van viento en popa. Ha aprobado todas. Y con nota, así que está que no hay quien la aguante. Hablan como si no hubieran hablado nunca cuando su última conversación tuvo lugar anteayer. Todos nos mandamos besos y buenos deseos y nos deseamos un feliz año. Lo normal en Nochevieja. Lo normal para todos menos para Claudia, que se despide con un «hasta otro día», la muy petarda.

Marie se hace la cansada. Afirma estar agotada y no poder con su alma y dice que se va a acostar y que no hagamos ruido. Alexandra no lo pilla y le asegura que «hablaremos bajito». Yo contengo la risa ante la cara que pone Marie, que no añade nada más y se va a la cama. Nosotros nos quedamos en el sofá, que técnicamente es mi cama, pero no en ese plan. La acojo entre mis brazos y ella encoge las piernas y se recuesta contra mí. Beso su coronilla y las hebras doradas de su pelo me hacen cosquillas bajo la nariz.

—¿Crees que podría trabajar como *stripper* en París? —le pregunto.

—No sé. Los franceses son muy reservados en ese aspecto —contesta.

No sé si habla en serio. A veces me cuesta darme cuenta de si bromea o habla en serio. Entonces ríe y salgo de dudas.

—¡Claro que podrías trabajar de *stripper* en París! —dice antes de que yo me queje por estar tomándome el pelo—. ¿Olvidas el Moulin Rouge? Los parisinos son pioneros en eso del destape. Nos llevan años luz de ventaja. En eso y en otras cosas.

—Ahí vas a tener razón.

—¿Estás pensando en venir a trabajar a París? —me pregunta, alzando la mirada con una sonrisa en los labios.

—En un futuro —contesto—. No vas estar tú en París y yo en Madrid. Algo habrá que hacer.

La beso. Y la sigo besando. Sabe bien. Y es cálida y dulce. Y pequeñita.

—Duerme conmigo esta noche —le digo—. Solo dormir —me apresuro a aclarar—. Que no ronco ni nada. De verdad.

—Bueno, si no roncas... Voy a ponerme el pijama.

Se marcha y yo mientras tanto abro el sofá cama y me pongo el pijama. No suelo usar pijama a menos que haga mucho frío, y esta noche hace mucho frío. Las chicas no pueden permitirse tener la calefacción puesta todo el día. Y además, estoy en casa ajena. No puedo pasearme por el pasillo en gayumbos y mucho menos en pelotas. Hago apuestas mentales sobre el pijama de Alexandra. Rosa con unicornios. Pero no. Aparece con lo

menos sexy que había en la tienda: un pijama de franela con pantalones negros y jersey blanco con un dibujo de Snoopy. Y aun así está tan bonita... Murmura algo sobre el frío que hace, se mete en la cama y se rebusa bajo la manta.

—Anda, ven... —le digo, abrazándola—. No hace tanto frío.

Con lo forrada que va es como abrazar a un osito de peluche. Ella se acomoda y suelta un suspiro placentero. Se le ha subido un poco el jersey y puedo tocar la piel suave de su cintura. Es la primera vez que estoy en la cama con una chica sin otra intención que estar con ella.

—¿Cómo te dio por ser *stripper*? —pregunta.

—No lo planeé. Buscaban gente y me presenté. Pensé que estaría bien para sacarme un dinerito. No creí que fueran a cogerme porque no tenía ni idea de todo aquello, pero les gusté y poco a poco fui aprendiendo. Resultó ser más divertido de lo que pensaba. Y ahí sigo. ¿Y a ti cómo te dio por ser bailarina?

—No sé. Siempre he bailado. No recuerdo un momento de mi vida en el que no haya bailado.

—Naciste bailando, patito.

Acaricio su rostro. La nariz, los labios... Y vuelvo a besarla. Ella me devuelve el beso y unos segundos más tarde gime suavemente en mi boca. Mi mano se escapa por debajo del jersey de su pijama y roza la piel desnuda de su espalda. Es suave. Muy suave. No lleva sujetador y solo saber que sus pechos están libres bajo todo ese montón de franela hace que me caliente como un microondas. Yo sé que esto no son preliminares para el sexo, pero mi polla no lo sabe y se emociona. Y pasa lo que tiene que pasar. Es imposible que Alexandra no lo note porque está presionando su muslo.

—Lo siento —murmuro—. Es que va por libre.

—No importa —contesta—. Me siento halagada.

—¿De verdad?

—De verdad.

—No soy un obseso sexual. Es que hace tiempo que no... Que no... Ya me entiendes.

—Lo siento —dice ella.

—No hay nada que sentir. No es culpa tuya.

—Un poco sí.

—Bueno, un poco bastante, sí.

Reímos los dos. Dejo de acariciarla para que se calmen los ánimos y poco después se queda dormida, acurrucada a mi lado.

Capítulo 21

Alexandra

Madrid. Tenemos una temporada libre hasta el próximo ballet, así que Marie y yo volvemos a casa a ver a nuestras familias. Maggie se queda en París. Tengo muchas ganas de ver a mis padres, a mis hermanos. No sé si Claudia seguirá enfadada conmigo, pero no me importa gran cosa. Allá ella y su estúpido orgullo. También tengo ganas de ver a mis amigas, especialmente a Sofía. No nos vemos desde que me fui en septiembre. La verdad es que, pensándolo bien, tampoco hace tanto tiempo. Y por descontado, me muero de ganas de ver a Daniel. Los días que estuvo en París me supieron a poco. Siempre me sabe a poco.

Mi madre ha venido a recogerme al aeropuerto y me espera pacientemente en la terminal de salidas, que parece una colmena debido al tumulto de gente. Mi pequeña maleta ha tardado una eternidad en aparecer por la cinta de equipajes.

–¡¡Mamá!!

Corro hacia ella, arrastrando la maleta tras de mí, y la abrazo. Ella me abraza a su vez y me besa en la mejilla para a continuación empezar a hacer observaciones de madre. Estoy muy delgada. ¿Seguro que como bien? ¿Qué tal todo por Francia? ¿Necesito algo? Estoy muy pálida.

–Siempre he sido blanca, mamá.

Salimos juntas del aeropuerto hacia su coche. Ella se queja de las astronómicas tarifas de aparcamiento y yo le recuerdo que podría haber cogido un taxi, aunque habría salido aún más caro.

–Déjate de taxis –replica ella–. Estando tu madre para venir a buscarte no vas a coger un taxi.

–¿Y papá?

–No ha podido venir; está trabajando. Pero tiene muchas ganas de verte. Como todos.

–¿Claudia también?

–Claudia también.

–¿Ya no está enfadada conmigo?

Supongo que estar enemistada con mi hermana me importa más de lo que estoy dispuesta a admitir. Mi madre suelta un resoplido.

–Ha estrenado novio –dice en plan confidencial–. Creo que es arquitecto. Por cierto, que no se habla con Dani.

–¿El arquitecto?

–El arquitecto no, tu hermana. Han debido de tener otra pelotera de las tuyas. Cada vez que se ven están como el perro y el gato. ¿Dani no te lo ha contado?

–No me ha dicho nada, no.

–No habrá querido preocuparte. Ya te lo contará. Ahora seguro que cada uno te cuenta su versión de los hechos. Bueno, ¿y a vosotros cómo os va?

Al llegar a casa está todo tranquilo. Mi padre y mi hermano siguen en sus trabajos y Claudia está en casa. Como el fin de semana le ha tocado estar de guardia en la farmacia, hoy libra. Cuando me ve se pone un poco tiesa, pero después se relaja y sonríe. También yo me relajo; estaba un poco tensa esperando su reacción.

–¿Qué tal estás, francesita? –me saluda, viniendo hacia mí para abrazarme.

Nos sentamos en la sala. Claudia me ofrece una medio disculpa diciendo que tenía que haberme llamado, sobre todo después de haber discutido, pero ha estado liada con unas cosas y otras y lo ha ido dejando. Yo no le digo que no cogía mis llamadas ni contestaba a los mensajes. Tal vez debería, pero no quiero empezar una discusión nada más llegar. Claudia me cuenta que ha conocido a un tal Roberto. El arquitecto. Están saliendo y parece ser que este sí es el hombre de su vida. El asunto deriva en lo inevitable.

–Solo quiere de ti una cosa, Alex –me advierte con aire de hermana mayor–. Cuando lo tenga, se olvidará de ti.

–Dani no es de ese tipo de chico, Claudia –replico–. Solo lo dices porque estás dolida.

–Oye, reconozco que me fastidió que rompiera conmigo para irse contigo y estuve resentida un tiempo, pero eso ya es historia. Te lo digo porque eres mi hermana. Y serás muy lista y muy inteligente, pero en ese sentido eres una completa pardilla.

–Deja que yo me ocupe de eso, ¿eh?

–Luego no me digas que no te avisé.

–¿Crees que podríais dejar vuestro pique a un lado y tener una relación un poquito más cordial?

–Díselo a él, que es como un crío. Oye, me voy de compras. Voy a aprovechar que tengo el día libre. ¿Te vienes?

Le digo que no. No me apetece ir de tiendas por Madrid, y menos después del viaje. Además, no me gusta ir a comprar ropa. Ella se encoge de hombros y se va con su bolso.

–Luego te enseñó mi ropa nueva –me dice antes de marcharse.

Daniel está en el club preparando el próximo espectáculo con sus compañeros. Me llama en cuanto le mando un WhatsApp para decirle que ya estoy en Madrid, en casa. Quiere salir corriendo a verme, pero no puede. Este sábado son obreros de la construcción y tienen que ensayar para que todo salga a la perfección. Para cuando acaben será casi la hora de cenar y es el primer día que estoy con mi familia después de cuatro meses de ausencia. Me encantaría cenar con él, conversar y estar a solas, pero no puedo estar en dos sitios a la vez.

–Dile que venga a cenar –cuchichea mi madre asomando la cabeza por la puerta de mi habitación, donde yo pensaba que podría hablar con Daniel con un poco de privacidad. Hace como que está a lo suyo y en realidad está poniendo la oreja.

–¿Tu madre ha desplegado la parabólica? –me pregunta Daniel, haciéndome reír.

–Sí –digo. Ella ha desaparecido como un conejo en la chistera–. Ya lo has oído; estás invitado a cenar.

–Me ha invitado tu madre. Así no tiene gracia. Tengo una novia de lo más desconsiderada.

–¡Claro que no!

–No ibas a invitarme.

–Pensaba que no querrías ver a Claudia.

–Y no quiero. Pero quiero verte a ti. Sabes que hemos tenido otra bronca, ¿no?

–Algo me ha dicho mi madre.

–Ah, claro, tu madre... No hagas ni puto caso a la pirada de tu hermana. ¿Cuántos habitantes tiene Madrid? ¿Seis millones? Mira si puedo encontrarme con gente. Pues no. Yo siempre me la encuentro a ella. Ahora dice que lo que quiero es aprovecharme de ti. Me tiene hasta los huevos.

Oigo una voz al fondo que le llama.

–Me tengo que ir, *chérie*. Luego hablamos, ¿vale? Y acepto esa invitación. Dale las gracias a tu madre, que lo que es tú... Pero te quiero de todos modos.

Quedo con mis amigas. Sofía viene a casa antes de la hora acordada y así podemos estar de confidencias antes de reunirnos con las demás. Nos abrazamos nada más abrir la puerta, chillando como dos niñas, felices de volver a vernos.

–¡Estás más canija! –dice ella.

–Eres tú, que has crecido –replico yo.

Nos ponemos al día, aunque como hablamos a menudo no tenemos grandes novedades que contarnos. Ella sigue compaginando el rugby con sus estudios de Física y está dispuesta a sacarse la carrera con buenas notas para así poder acceder a un buen trabajo, a uno que realmente le guste. Estoy segura de que lo logrará. Siempre ha sido muy inteligente, capaz de calcular de cabeza lo que otros no somos capaces de calcular por escrito. Es un auténtico genio de los números.

Mi madre se alegra de verla por casa y la invita a cenar. Sofía acepta gustosa y muestra una sonrisa pícara al saber que también vendrá su hermano.

–Viene mi hermano a cenar contigo y con su ex, que es tu hermana y encima se llevan a matar. Tu madre es única organizando cenas –dice con una risita–. Alguien se indigesta hoy. Espero no ser yo.

Claudia no se muestra precisamente entusiasmada cuando ve que también Sofía está invitada a cenar. Nunca han sido grandes amigas, pero se tienen una tirria especial desde que Claudia y Daniel empezaron a salir y creo que no ha disminuido con el tiempo. Aun así, cuando Sofía llega conmigo a casa, Claudia le da dos besos y le pregunta qué tal está. Sofía parece sorprendida ante semejante despliegue de amabilidad y contesta con una amabilidad similar. Daniel no tarda en llegar con un par de botellas de vino.

—Coño, Sofía, ¿qué haces tú aquí? —pregunta al ver a su hermana.

—He venido a cenar —contesta ella guiñándole un ojo.

—Oh. Hola, patito.

Me besa en los labios sin importarle la presencia de mis padres, su hermana o la mía y a continuación le tiende las botellas de vino a mi padre, que las coge agradeciéndole el detalle. Héctor me da un fuerte abrazo en cuanto llega y me besa en la mejilla. A continuación, saluda a Sofía y a Daniel. Mi madre anuncia que la cena está casi lista.

—Lubina al horno con patatas asadas menos para Alex, que se comerá la lubina con ensalada. A menos que alguien prefiera la ensalada, claro.

Todos niegan preferir ensalada. Nadie quiere comer lechuga en lugar de las deliciosas patatas asadas que prepara mi madre. Daniel me mira como compadeciéndose.

—Que no te dé pena; está acostumbrada —le dice Héctor, que ha captado su mirada, sin el menor atisbo de compasión.

Cenamos en la sala, ya que la mesa de la cocina no es muy grande y vamos a estar muy achuchados. Mis padres se sientan en los extremos. Yo me siento entre Daniel y Sofía y al otro lado de la mesa se acomodan Héctor y Claudia. Todos alabamos la cena y yo aprovecho que nadie me mira para robarle a Daniel una patata sin que se dé cuenta.

—Alexandra, si quieres patatas, cógelas del horno —me regaña mi madre mirándome con aire amonestador. Yo me hago la inocente.

—Sí, Alex, está muy feo eso de quitarles la comida a los invitados —me dice Daniel—. No creas que no te he visto.

—¡Menuda pillada! —dice Héctor echándose a reír. Sofía y mi padre le secundan.

Le pregunto a Héctor por Laura, su chica, y solo mencionarla hace que sonría. Nuestra madre sugiere que la traiga un día a casa para que la conozcamos.

–Sí, buena idea –dice nuestro padre–. Tráela a comer un día. O a cenar.

–Se lo diré –dice Héctor.

–Tráete también tú al arquitecto –le dice nuestra madre a Claudia.

–Se llama Roberto, mamá –replica ella.

–Bueno, pues a Roberto.

–Todavía es muy pronto para presentarle a mis padres, ¿no crees?

Mis padres pasan por alto el desplante, pero Sofía le lanza una mirada asesina. Sin embargo, opta por seguir comiendo y no decir nada.

–¿Sales con un arquitecto? –le pregunta Daniel con genuina curiosidad.

–Sí. Es un chico maduro y responsable que sabe valorarme. Nos complementamos muy bien –le contesta Claudia.

–Me alegro –replica él.

Y se alegra de verdad. Lo de «maduro y responsable» iba con segundas, pero no se ha dado por aludido.

–Podríamos quedar un día para salir todos juntos y así conocemos a Laura y a Roberto –propongo.

Sé que a Daniel y a Claudia igual no les apetece mucho eso de salir todos juntos, pero podría ser una forma en que limen asperezas. Sofía oculta la risa tras una fingida tos y de pronto pienso que a lo mejor tenía que haber reflexionado un poco antes de hablar en vez de dejarme llevar.

–Ni hablar –dice Claudia, categórica.

–¿Por qué no? –dice Héctor–. A mí me parece bien.

–Bueno, pues a mí no.

–Pues quedamos los demás –interviene Daniel.

–¿Qué tal el sábado? –sugiere Héctor.

–Yo tengo que trabajar –dice Daniel, que ignora el resoplido desdeñoso de Claudia–. Si quedamos el sábado, tendré que dejaros pronto.

–Entonces el domingo.

Estamos de acuerdo.

–Tú también vienes, ¿eh? –le digo a Sofía.

–Que no. Yo no voy en plan parejitas –replica ella.

–No es en plan parejitas. Es una quedada entre amigos para conocer a la novia de mi hermano, y tú eres mi mejor amiga, así que vienes.

–Y mi hermana –apunta Daniel.

–Y la mejor amiga de mi hermana y la hermana de un amigo, así que ya lo creo que vienes –dice Héctor.

—Entiendo que nosotros no estamos invitados, ¿no? —pregunta mi padre señalando con un dedo a mi madre y a él respectivamente.

—Claro que no —dice mi madre, sacándonos del aprieto—. Estarán más a su aire si no estamos nosotros. Pero a Laura te la traes un día a comer o a cenar.

—¿Y a desayunar? —bromea Héctor.

—No vayas tan rápido tú —responde nuestro padre.

Es estupendo estar de vacaciones. No dejo de hacer mis ejercicios ni de bailar. No podría. Pero no tengo ensayos ni función y puedo estar con mi familia. Puedo estar con Daniel y quedar con mis amigas. Laura nos gusta en cuanto la conocemos. Es una mujer simpática, un poco tímida. Morena, de pelo corto y algo rellenita. Reconoce a Daniel del anuncio de los calzoncillos, pero hace falta mucho más que eso para que a él le salgan los colores. Lo pasamos bien, sentados en una cafetería en plan tranquilo. No echamos de menos a Claudia. «Ella se lo pierde», gruñe Daniel.

Hoy íbamos a ir al cine los dos solos por vez primera, pero hace un día de perros y llueve a cántaros, así que hemos cambiado los planes: voy a ir a su casa y veremos una película allí. Y luego Daniel dice que me invita a cenar. Cocina él. Quería ir a buscarme en coche para que no tuviera que caminar bajo la lluvia, pero le he dicho que era una tontería. No vive lejos y yo puedo ir dando un paseo. No hay necesidad de que tenga que estar dando vueltas con el coche.

La lluvia cae con fuerza y sopla el viento. El abrigo no me cubre lo suficiente, así que llego a casa de Daniel con las perneras de los vaqueros mojadas.

—Ya te dije que te pasaba a buscar —me regaña Daniel.

—No hacía falta, Dani. Se secarán enseguida.

—Sí, seguro. Ven, que te dejo unos pantalones míos. Te quedarán grandes, pero por lo menos estarán secos.

Me enseña su casa. No es muy grande, pero está limpia y recogida y resulta acogedora. Tiene puesta la calefacción y la temperatura es agradable.

—Puedes cotillear todo lo que quieras —me dice al verme observando su hogar—, pero antes quítate esos pantalones. —Saca unos pantalones de

chándal y una camiseta del armario y me los da—. Ponte también la camiseta. Estarás más cómoda que con ese jersey de cuello vuelto.

Me besa y sale de la habitación, dejándome intimidad para que me cambie. Los pantalones me están enormes. Suerte que tiene cordones que me puedo ajustar a la cintura. Me remango los bajos hasta liberar mis pies. La camiseta también me está enorme. Es de manga larga y por dentro tiene una suave franela. También tengo que remangármela si pretendo usar las manos. Daniel me ha dicho que puedo cotillear, así que empiezo por su dormitorio. La cama es grande y tiene un edredón con un estampado abstracto en tonos rojos y negros. El armario es empotrado con las puertas en tono roble y las mesitas de noche —del mismo tono— son sencillas. Sobre ellas hay dos lámparas igualmente sencillas. Las paredes están pintadas de un bonito tono gris claro. Salgo descalza con las botas en la mano y lo llamo.

—Estoy en la sala —me dice. Cuando entro se echa a reír—. Te sobra tela por todas partes, patito. Siéntate, que voy a por una cosa para ti.

Me quita las botas que yo había pensado volver a ponerme y sale de la sala. Imagino que va a traerme unas zapatillas suyas. Me acomodo en el sofá, tapizado de azul marino, y segundos después Daniel vuelve con un paquete rosa con un lacito.

—Para ti —dice tendiéndomelo.

—¿Me has comprado un regalo?

—Sí. Ábrelo.

Lo abro y me encuentro con un par de zapatillas blancas de peluche en forma de unicornio con su cuerno y todo. Hasta tiene crines de colores.

—¡Dani! ¡Ostras, qué bonitas! ¡Son chulísimas!

Me las pongo. Son justo de mi número. Me quedo mirándome los pies. Me encantan.

—He pensado que podrías tenerlas aquí para que estés cómoda cuando vengas —dice Daniel.

Capítulo 22

Daniel

Alexandra parece una niña, feliz con sus zapatillas nuevas. Me besa y me da las gracias y vuelve a mirar sus flamantes zapatillas de unicornio, casi sepultada dentro de mi ropa. Debería haber ido a buscarla a su casa con esta lluvia, pero se puso cabezona con eso de que sabe venir por su cuenta y ha llegado con los vaqueros empapados porque su chamarra solo la ha cubierto hasta el culo. Y ahora está vestida con ropa deportiva de hombre. Entrarían dos como ella en esa camiseta. El pelo le cae en ondas doradas sobre los hombros y no tiene ni idea de lo bonita que está.

Vemos una peli de presunto terror que no da nada de miedo. Si acaso, algunos sustos. Alexandra se encoge en el asiento cuando la música de la película augura un sobresalto. Al final opta por acurrucarse contra mí y yo le paso un brazo por los hombros y así la defiendo si sale algo indeseado de la tele. No tiene de qué preocuparse porque, además, los unicornios que lleva en los pies la protegen de todo mal. Ella se ríe cuando se lo digo y me da un codazo en las costillas por burlarme de ella.

Me encanta que esté en Madrid. Sé que tiene que irse dentro de poco. La Ópera de París organizará un nuevo ballet y ella se irá, pero los días que está aquí la tengo cerca. Puedo estar con ella. Creo que podría alimentarme solo con verla.

A la hora de poner la cena, Alexandra se ofrece a ayudarme y yo me niego. No pienso dejarla ni poner la ensalada. ¿Qué clase de novio sería si la invito a cenar y dejo que ponga la cena ella? Ni hablar.

—No creas que voy a dejar que me copies la receta —le digo.

—¿No me vas a dar tu receta? Vaya...

–No te hagas la ofendida. En realidad no quieres que te la dé porque piensas que voy a hacer una chapuza, así que deja que te recuerde que cocino muy bien.

–Hombre, muy bien, muy bien...

–Que a veces se me pegue la comida o me pase con la sal o no calcule bien el agua, el aceite o la temperatura del horno no quiere decir que sea un desastre en la cocina.

–Si tú lo dices...

La dejo riéndose de mí en la sala y vuelvo instantes después.

–Si algo sale mal, tengo un plan B –le digo.

–¿Pedir comida por teléfono?

–Yo había pensado en abrir latas de conserva y precocinados. Pero tu plan es mejor.

Le guiño un ojo y regreso a la cocina. Ella no tarda en aparecer por allí.

–Eh, cocinillas, te echo una mano –dice.

–¿Cocinillas? ¿Pero de qué vas?

–Anda, si hay merluza –dice junto a mí en el fogón ignorando mis protestas.

–Voy a poner una merluza al curry.

–¿Al curry?

–¿A qué viene esa cara de espanto? He sacado la receta de internet.

–O sea, que soy tu conejillo de indias.

–Básicamente. Si no te gusta, te tendrás que conformar con la lechuga.

No parece muy preocupada ante esa perspectiva. Sonríe y da una palmada como si se dispusiera a llevar a cabo sus planes.

–¿Qué hago? –pregunta.

–Sentarte y tomarte un café con leche que te voy a poner ahora.

–Preferiría algo frío.

–Pues sentarte y tomarte una limonada que te voy a poner ahora. ¿O quiere otra cosa la señorita?

–Limonada estará bien.

La empujo hacia la mesa y la hago sentarse. Entonces le sirvo una limonada natural que he preparado yo hace un rato con agua y zumo de limón.

–Está buena –dice tras tomar un sorbito.

–Pues claro. ¿Qué esperabas?

–Que me dejaras ayudarte.

¡Qué cabezona es, tan pequeñita! Al final cedo.

–Bueno, vale, te dejaré ayudar un poco para que te calles.

La cena es un éxito. A Alexandra, a la que al final he dejado poner la ensalada y poco más, le gusta el resultado. Hace ruiditos de satisfacción con el primer bocado y me siento halagado.

–Muy bueno. Está muy bueno –dictamina.

Y sigue comiendo con apetito. Cuando terminamos de cenar, yo soy partidario de dejar platos y cubiertos en el fregadero para fregarlos mañana y ella, de fregar ahora mismo para no tener que hacerlo mañana. Y tira de refranero. «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy». Gana ella, así que mientras yo friego, ella recoge la cocina y barre.

–Estás muy guapo con el delantal –me dice.

–Y tú con esa ropa extragrande.

–Es cómoda. Y estoy calentita. Me la pido como ropa de andar por casa cuando venga.

Me gusta la idea de que quiera venir a casa, de que quiera estar cómoda, de que se apropie de mi ropa. La rodeo por la cintura y la beso. Ella me devuelve el beso y este se vuelve apasionado. Siento sus dedos enredándose en mi pelo y el calor de su cuerpo bajo la holgada camiseta. Nos separamos casi sin aliento, pegados el uno al otro y vuelvo, a besarla. Meto las manos bajo la camiseta para tocarla, para acariciar su piel. Ella suspira en mi boca. No llega a ser un gemido, pero resulta igualmente erótico. Alexandra suelta el nudo de mi delantal y también sus manos se cuelan bajo mi camiseta. Las tiene heladas y doy un respingo.

–¡Qué frías tienes las manos! –protesto.

–He pensado que este era un buen sistema para calentármelas –replica ella con una sonrisita pícar.

–¿Me estás usando de estufa?

–Un poco sí.

El ambiente se va caldeando a pesar de las manos frías de Alexandra. Nos besamos y nos acariciamos bajo la ropa. Rozo uno de los senos de Alexandra por encima de la tela del sujetador. Tiene demasiada ropa puesta. Ella desliza una manita hacia mi estómago y la va bajando, pasando por mi

ombbligo y descendiendo hasta llegar a la goma de mis pantalones, donde se detiene. Nos miramos a los ojos y tomo su boca en la mía. Acaricio el seno que antes solo he rozado y ella gime. Me estremece oírle gemir. Mi erección presiona su cuerpo, anhelándola. Quiero desnudarla y hacerle el amor, pero ella es virgen y a pesar de que parece receptiva, no estoy seguro de que esté preparada para dar el paso. Pero es que a este paso, yo reviento, así que me aparto de ella. Un poco solo.

—Alex...

—No pares. No quiero que pares —dice decidida.

—¿Estás segura?

Alexandra asiente con la cabeza. Tiene los labios un poco hinchados de habernos estado besando. Y vuelvo a besarla.

La cojo en mis brazos y la llevo a mi habitación. No pesa nada. Una vez allí, la dejo sobre la cama y le quito los enormes pantalones y la camiseta. Y ya que estoy, me quito también la mía. Alexandra acaricia mi pecho con suavidad, explorando. Dibuja mis pectorales, mis abdominales y rodea mi ombbligo con un dedo. No tiene ni idea de lo que me hacen sus manos inexpertas. Cada vez me llega menos sangre al cerebro. Alexandra besa mi cuello y me mordisqueea juguetona el lóbulo de la oreja al tiempo que sus manos siguen paseándose por mi torso. Le desabrocho el sujetador y ella se aparta un poco de mí para que pueda quitárselo. Tiene unos senos preciosos. Redondos y firmes, suaves, coronados por unos pezones rosados que se endurecen al rozarlos. La empujo suavemente para tenderla en la cama y se los beso. Los chupo y los mordisqueo y ella jadea un poco. Bajo por sus abdominales, unos abdominales que ya quisieran tener muchos tíos. Alexandra me ha contado alguna vez que unos buenos abdominales son fundamentales para la danza porque se trata del centro del cuerpo, del equilibrio. Y los tiene de hierro. Beso su abdomen plano y no puedo resistir la tentación de hacerle una pederreta. Ella comienza a reír.

—Esto no es serio, Dani —dice.

—¿Y quién dijo que el sexo era serio?

Cojo el borde de sus braguitas. Blancas y lisas. De algodón. Inocentes. Como el sujetador que le he quitado antes.

—¿Puedo? —le pregunto antes de quitárselas.

—Tenga usted la bondad...

Tiro de las braguitas. Alexandra alza un poco las caderas y saca las piernas con elegancia. Las mueve graciosamente en el aire. Con la gracia de una bailarina. También baila en la cama. Vaya. Esto es nuevo. Posa los pies en la cama, con las piernas juntas y las rodillas flexionadas. Está depilada. Solo un pequeño triángulo dorado protege su sexo.

—Qué hermosa eres... —murmuro.

Es lo más hermoso que he visto nunca. Desnuda, en mi cama, con el pelo desparramado y las mejillas ligeramente ruborizadas. La miro embelesado y la acaricio con un dedo desde el ombligo hasta el bien cuidado vello.

—¿Tú no piensas quitarte los pantalones o qué?

Su voz hace que despierte. Todavía estoy medio vestido, así que me dispongo a quitarme lo que me queda de ropa, pero ella se vuelve a incorporar y me detiene.

—¿Puedo hacerlo yo? —pregunta.

La de veces que me habrán quitado los pantalones. Pero mi polla da un saltito de alegría al saber que va a hacerlo Alexandra.

—Por favor —le digo.

Ella sonríe y me empuja, de modo que yo quedo acostado boca arriba y ella, a horcajadas sobre mí, sin saber cómo me pone. Me quita los pantalones y los tira al suelo, dejándome en calzoncillos. Mi erección es más que evidente. Entonces tira suavemente de mi ropa interior y me desnuda. Acaricia mi polla con un dedito. Sube y baja y me roza la punta. Como siga así me voy a correr yo solito y seré el eyaculador precoz más precoz de la historia. Pero me gusta esta sensación.

—¡Qué mona! —dice.

—¿«Mona»? ¿Cómo que «mona»?

—Es suave.

—¿Qué pensabas, que pinchaba?

—No. No sé. Es la primera vez que toco una.

—Tú no te cortes. Toca todo lo que quieras.

Rodamos en la cama. La acaricio entera, la beso, chupo sus pezones duros. Y ella se entrega al tiempo que descubre poco a poco cómo tocarme. Nos excitamos cada vez más. Alexandra gime con la respiración entrecortada. Está húmeda. Y mi polla palpita pidiendo acción. Ella no entiende que esta vez hay que tomárselo con calma.

—Dani...

Sus caderas se alzan instintivamente hacia mí. Me aparto un poco para ponerme el preservativo y la penetro con suavidad. Alexandra suelta un quejido de placer que me sacude por entero. Entonces me encuentro con una barrera y me detengo. No quiero hacerle daño. Y estoy nervioso. No se lo he dicho para que esté tranquila, pero es la primera vez que estoy con una virgen y tengo miedo de hacerle daño.

—Sigue —dice Alexandra removiéndose debajo de mí.

—Te va a doler.

—Será un momento. No te quedes ahí.

Supongo que es mejor hacerlo de golpe, como cuando te quitas una tira de esparadrapo. La penetro de una embestida y Alexandra suelta un grito. Y no de placer precisamente.

—Lo siento —murmuro.

Le duele. Tiene un rictus de dolor en su preciosa cara.

—No... pasa nada —dice.

Me dispongo a salir, pero ella clava los dedos en mi espalda para impedirlo.

—No te muevas —ordena.

—Lo siento —repito.

Me quedo quieto por miedo a hacerle más daño. Al de un poco me muevo con cuidado para cambiar de postura y librarla de mi peso y Alexandra gime suavemente, aunque ahora no parece que sea de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella asiente.

—¿Te duele?

—Se me pasa —contesta.

—Si quieres que lo dejemos...

—Ni se te ocurra dejarme a medias. Muévete un poco a ver...

Obedezco. Muevo suavemente las caderas y ella lloriquea. Jadea. Sus dedos de uñas cortas se clavan en mi espalda y sus piernas me envuelven. Es pequeña y me atrapa en su interior, suave y cálido. Quiero quedarme dentro de ella para siempre. Es mi hogar. Es el lugar al que pertenezco. Me muevo con cuidado y ella se deja llevar. Quiero que sienta placer y que olvide el dolor de hace un momento. Yo no puedo más. Y ocurre lo irremediable. Tengo que salir de ella antes de perder la erección y liarla, de modo que lo hago, me quito el condón y sigo acariciándola con los dedos,

besándola. Y la veo llegar al clímax. Gimotea. Sus caderas se alzan un poco a mi encuentro, se remueve y después se queda quieta, jadeando. No ha sido una explosión de placer espectacular y seguramente ni siquiera ha sido intensa, pero ha sido su primer orgasmo. La beso. La beso y la tomo entre mis brazos, ruborizada y con el pelo revuelto.

–Dani... –murmura recostándose en mi pecho.

Beso su cabeza y acaricio su pelo. No sé con cuántas mujeres me habré acostado, pero esta vez ha sido diferente. Esta vez me siento pleno, lleno de algo que desconocía. Esta vez ha sido más que sexo, más que placer. La tengo en mis brazos, segura y confiada mientras la lluvia golpea con fuerza los cristales de mi habitación. Los truenos retumban y los relámpagos lo iluminan todo con su luz blanca. Y ella respira suavemente, acariciando mi pecho con su aliento.

Capítulo 23

Alexandra

¡Qué pronto se han terminado mis vacaciones! Estoy de vuelta en París, de vuelta a mi rutina con un nuevo ballet: *Romeo y Julieta*. Daniel vuelve a estar lejos y lo añoro aún más que antes. Ahora, además de su presencia, de su compañía, añoro el calor de su cuerpo y el placer que he descubierto junto a él. Seguimos llamándonos por teléfono, enviándonos WhatsApps. Dice que cuando pueda volverá a París.

Maggie está atacada ultimando su colección de verano e intenta convencernos a Marie y a mí para que le hagamos de modelos y desfilemos en la presentación para jóvenes diseñadores, cosa que le decimos únicamente haremos si el día del desfile no tenemos ensayo ni actuación. Maggie accede. Dibuja más y más garabatos y nos habla de telas y colores. Marie y yo no entendemos gran cosa, pero le damos nuestro parecer con la mejor de las intenciones, observando los bocetos de sus modelitos por encima de su hombro.

–Espero que cosa mejor que dibuja –murmura Marie a sus espaldas.

–Te he oído, cacho zorra –protesta Maggie.

Por fortuna, para cuando llega el desfile de moda en el que Maggie va a presentar sus diseños, la temporada de ballet se ha acabado. Me quedaré hasta entonces y después volveré a España. Voy a ir a pasar unos días a Asturias con Sofía y Daniel, y así conoceré al fin a la famosa abuela que no le habla y a Cosme, su no menos famoso burro.

Maggie nos prueba los vestidos que ha creado y ni Marie ni yo nos libramos de que nos pinche con los alfileres.

–¡Ten cuidado, bruta! –protesta Marie.

–¡Tú tienes la culpa por moverte! –replica Maggie.

–Yo no me he movido y también me has pinchado –comento.

–Cállate, Alexandra. Me ponéis nerviosa.

Marie y yo intercambiamos una mirada y una sonrisa mal disimulada mientras Maggie se afana en estrechar la falda de Marie, que le viene un poco grande. La fecha se acerca y Marie y yo ayudamos con las labores de costura porque Maggie va justa de tiempo. Marie se queja de que además de sus modelos quiere que seamos también sus costureras y yo coso y callo, que bastante tenemos ya con sus discusiones sin que yo me meta.

Finalmente, todo está terminado y llega el gran día de Maggie. Marie se ha olvidado de todas sus quejas y protestas y se pone el primer vestido con el que va a desfilar, «un adefesio horripilante que me sienta fatal», según sus propias palabras, palabras a las que Maggie hace oídos sordos. Yo me limito a decir que el que me ha tocado a mí no es de mi estilo. Es muy escotado y demasiado vaporoso para mi gusto.

–Dijo la que se pasa el día envuelta en tules y tutús –me espeta Maggie.

Para ser un desfile de principiantes, hay bastante gente. A lo mejor entre esa gente se encuentran personas del mundillo de la moda dispuestas a captar nuevos talentos. Los modelos comienzan a caminar por la pasarela con mayor o menor estilo, contoneándose y exhibiendo su ropa. Cuando nos llega el turno hacemos lo mismo. La gente aplaude. Marie y yo estamos acostumbradas al público, aunque no a ser el centro de atención, pero salimos airoas en nuestro primer desfile de modas. Maggie nos abraza y toca cambio de ropa. Cada diseñador debe mostrar media docena de conjuntos. Todo son prisas y apuros de última hora, pero cuando el desfile llega a su fin descubrimos que lo hemos pasado bien. Maggie sale con los demás diseñadores a saludar. Ahora habrá que esperar el fallo del jurado.

Maggie está hecha un mar de lágrimas. No solo no ha ganado, sino que las críticas a sus diseños ni siquiera han sido buenas. De hecho, la han despellejado sin piedad. Han criticado desde los modelos en sí hasta la elección de colores, pasando por la combinación de los mismos y las telas elegidas. Han mencionado su mal gusto y su poco o nulo talento y está hecha polvo. Marie y yo ya no sabemos cómo consolarla.

—No sirvo para esto —dice hipando, hundida en el sofá—. ¿A quién quiero engañar? Me vuelvo a casa.

—No digas eso, Maggie —le digo, sentada a su lado—. Los comienzos son difíciles. Mejorarás seguro.

—Claro que sí, Maggie —me apoya Marie, sentada a su otro lado con un brazo alrededor de sus hombros—. Que esta vez no haya salido bien no quiere decir nada. No puedes tirar la toalla.

—Pero si hasta tú dijiste que tu vestido era un adefesio horripilante —replica Maggie.

Marie suspira. Su comentario iba sin mala intención, pero no ha podido ser más desafortunado y ahora se arrepiente de haber pronunciado esas palabras. La pobre se ha disculpado ya media docena de veces.

Los pañuelos de papel se amontonan en la mesita de la sala. Entonces suena mi móvil. Es una videollamada de Daniel. Cojo el teléfono con la esperanza de que a lo mejor él pueda animarla. Tras los saludos iniciales, Daniel me pregunta qué tal ha ido «la semana de la moda de París». Intento hacerle una seña para que deje el tema, pero es demasiado tarde. Maggie le ha oído y suelta un sollozo.

—Coño, ¿qué pasa? ¿Quién está llorando? —pregunta Daniel.

—Maggie. La cosa no ha ido muy bien.

—Venga ya. No será para tanto.

—La han puesto a caldo, Dani —le digo, aprovechando que Maggie no entiende nuestro idioma—. Mira a ver si puedes animarla, anda.

Oriento el móvil de manera que podamos vernos los cuatro.

—No llores, Marie. Seguro que no es para tanto —le dice Daniel en inglés cuando la cámara ya nos encuadra a las tres.

—¡Yo soy Maggie! —protesta ella. Daniel y su calamitosa pronunciación. Aunque creo que esta vez lo ha hecho a propósito—. Y sí ha sido para tanto. Ha sido un desastre.

—Las críticas no han sido buenas —aclara Marie en francés.

—No han sido buenas, dice —suelta Maggie—. ¡Han sido terribles! Yo no vuelvo a diseñar nada en la vida.

Entre lo rápido que hablan y que a Maggie no se le entiende bien a causa del llanto, Daniel no se ha acabado de enterar de lo que han dicho, así que se lo traduzco.

—¡Claro que vas a volver a diseñar! —le dice a Maggie en inglés.

–¿Tú no estabas aprendiendo francés? –le recrimina Marie en su idioma. Yo oculto una sonrisa.

–*Oui* –contesta él–. Pero no tengo bastante nivel para seguir una conversación –añade en castellano.

–¿Qué ha dicho? –me pregunta Marie. Yo se lo traduzco–. Este chico es imposible –refunfuña–. ¡Eres imposible! –le espeta a él.

Maggie sonríe un poco y luego sigue llorando.

–No llores más, Margaret –le dice Daniel en inglés.

–¡No me llames Margaret!

Se da cuenta de lo que Daniel está haciendo y su gesto hace que su llanto arrecie. Se seca los lagrimones que le caen por las mejillas y se limpia la nariz enrojecida.

–Lo has intentado, Maggie –continúa Daniel–. Y vas a seguir intentándolo. Una escocesa no se da nunca por vencida, que he visto *Braveheart*.

Vamos camino de Asturias. Ya ha llegado de nuevo el verano y hasta que no comiencen los ensayos para la nueva temporada no me iré a París. Y voy a pasar una parte de mis vacaciones estivales con Daniel y su familia. Sus tíos y su abuela quieren conocerme. Sofía dice que todo el pueblo quiere conocerme. Necesitan un tema nuevo de conversación y cotilleo y la novia del nieto díscolo de Elvira es todo un acontecimiento.

Daniel y su padre van delante. Daniel conduce. Sofía, Eugenia y yo vamos charlando en el asiento trasero. Sofía está impaciente por saber qué pensará su abuela de mí y yo estoy nerviosa por el mismo motivo. Lo que sí está claro es que estará orgullosísima de ella. Ha aprobado el curso con unas notas ejemplares. Ha sido la quinta mejor de su curso y Daniel se burla de ella diciéndole que se ha quedado fuera del podio. Ella replica que terminará la carrera siendo la primera. A mí no me sorprendería y seguro que a Daniel tampoco, pero el caso es meterse con ella. Tampoco Sofía le anda a la zaga en cuanto a picarle, así que se pasan una buena parte del trayecto lanzándose pullas hasta que Cristóbal les para los pies.

–Que tienes novia, Dani –le dice a su hijo mayor–. Compórtate. Sofía, que tú eres la lista de la familia. Que se note.

–¡Pero bueno! –protesta Daniel.

Tras unas seis horas de trayecto, llegamos a Castañeras, a una vieja casona de piedra de dos plantas con una cuadra adosada. Todo es verde a su alrededor. Huele a hierba mojada, a aire puro, a salitre del mar. Un perrillo desgarbado viene corriendo y ladrando hacia nosotros y tras él, sin poder seguirle el paso, la familia de Daniel. Sofía sale corriendo a abrazar a su abuela. Los besos y los abrazos se suceden y entonces Daniel me presenta, aunque todos saben ya quién soy.

—Esta es Álex, mi novia. Y estos son mis tíos, Lourdes y Justo; y mi abuela, Elvira.

Lourdes y Justo me saludan dándome dos besos en las mejillas. La abuela es la última en hacerlo. Me da dos secos besos y me mira en plan escrutador. Entonces me doy cuenta de que Daniel estaba en lo cierto cuando me decía que Sofía se parece a su abuela. Tienen la misma mirada curiosa y esa expresión de que no se les escapa ni una.

—Así que tú eres Alexandra... —dice.

Todos están pendientes de su reacción, disfrutando como si se tratara de un espectáculo. Yo asiento.

—Estás muy flaca —observa con aire reprobador.

—Soy bailarina, abuela —replico—. Tengo que estar flaca.

—Hum... —Sus ojos desprenden un brillo que no sé identificar—. Mañana pienso preparar una buena fabada, a ver si te pone algo de carne en esos huesos. Venga, entrad a refrescaros. Le pondré a tu novia flaca un buen trozo de bizcocho —añade dirigiéndose a Daniel, que por más que se esfuerza no puede ocultar una sonrisa.

Elvira se vuelve para dirigirse a paso decidido hacia la casa y yo miro a Daniel con auténtico horror. ¿Fabada? ¿Bizcocho? Yo no puedo comer todo eso. Pero tampoco quiero hacerle un desaire a la abuela de Daniel rechazando su comida.

—No te preocupes, *ma chérie*; no va a cebarte —me dice él riendo—. Creo.

—Le has gustado —dice Sofía, pasándome un brazo por los hombros.

—¿Tú crees? —pregunto, nada convencida. A mí me ha parecido bastante huraña.

—Oh, ella es así. Ya la irás conociendo.

—La has llamado «abuela» —dice Daniel—. Está encantada de la vida. ¿Habéis visto qué cara ha puesto?

–Le has gustado, cariño –interviene Eugenia volviéndose hacia mí–. ¿Cómo no ibas a gustarle?

–Me ha hablado. Flipa –murmura Daniel.

Al entrar en la casa huelo el bizcocho recién hecho. Los muebles son antiguos. De madera. Y hasta tienen una chimenea en la sala de estar. Todo dentro de la casa parece antiguo, incluyendo el viejo televisor. Esperaba ver retratos de la familia colgados de la pared, pero solo veo uno en blanco y negro sobre el mueble. Son los abuelos de Daniel con sus dos hijos. El perrillo que ha salido a saludarnos me olfatea y parece decidir con un alegre meneo de rabo que soy bienvenida en la casa. Yo le respondo con una caricia. Sofía me coge de la mano y tira de mí.

–Ven, que te enseñe la casa –me dice.

Es como haber retrocedido en el tiempo, aunque todo está bien conservado. Lo más moderno es el cuarto de baño, que tiene todas las comodidades habidas y por haber. Algunas paredes están raseadas y pintadas de blanco y otras permanecen con la piedra a la vista. Las vigas son de madera.

–No tengas miedo; no hay arañas –me dice Sofía al verme mirar hacia el techo, sabiendo la aversión que les tengo. No buscaba arañas, pero me tranquiliza saber que no las hay.

Sofía me sigue mostrando las habitaciones, los muebles rústicos propios de las casonas de campo.

–Es como la casa de la abuelita de los cuentos –digo.

–Solo que mi abuelita no es muy de cuento –replica Sofía–. Ella se habría liado a sartenazos con el lobo.

Nos reunimos todos en la cocina, que era lo que me faltaba por ver. Es casi tan grande como el salón de mi casa y en ella lo nuevo se mezcla con lo viejo. Hay una cocina de leña que está apagada –de la que aseguran templar toda la casa en invierno– y un microondas. Una cocina de butano y un horno que ha conocido tiempos mejores compiten con una moderna nevera. Huele a leche recién calentada, al bizcocho que espera sobre la mesa. Huele a café. Y se oye el barullo de toda la familia hablando a la vez. Me siento un poco fuera de lugar entre tanto jaleo, pero Daniel hace que se me pase de inmediato.

–Tienes que probar el bizcocho de la abuela –me dice conduciéndome hacia la enorme mesa situada a un lado de la cocina y haciendo que me

siente.

–Y la leche de vaca –añade Elvira–. Nada que ver con esa porquería envasada que bebéis en la ciudad.

–Tenemos leche desnatada por si la prefieres –cuchichea Lourdes junto a mi oreja, poniéndome las manos en los hombros.

–Leche desnatada, leche desnatada... –refunfuña Elvira, que la ha oído–. Eso menos leche tiene de todo. Come, niña. Un trozo de bizcocho no te hará daño.

Me pone una porción que provocaría un ataque al corazón a Jerome, el coreógrafo de la compañía. Yo misma me mareo un poco al verla, pero aunque sea por esta vez me lo comeré. Si veo que es demasiado, se lo daré de tapadillo a Sofía o a Daniel. También por esta vez acepto la leche de vaca con un poco de café para teñirla. Pienso que la van a servir en una tacita, pero en lugar de eso Elvira y Lourdes reparten unos vasos de considerable tamaño con leche suficiente en cada uno como para desayunar dos días. Por esta vez, olvido mi dieta. Tendré que hacer ejercicio para quemarlo todo, pero este rato lo compensa.

Al atardecer, Daniel me lleva a conocer a su mejor amigo: Cosme. Sofía no quiere venir con nosotros; supongo que para dejarnos un rato a solas. En un cercado, campando a sus anchas, veo a un borriquito pardo que levanta la cabeza en cuanto oye la voz de Daniel. Suelta un rebuzno y viene trotando hacia él sin dejar de rebuznar. Daniel lo abraza y lo acaricia. Apoya su cabeza en la del burrito, que se agita de contento y restriega la cabeza contra él. Daniel le habla y le rasca las orejas, cosa que parece complacer al animal.

–Mira, Cosme, esta es Alex, la chica de la que te hablé –le dice.

–¿Le has hablado de mí? –pregunto.

–Pues claro. Lo entiende todo, ¿verdad?

Cosme me mira con solemnidad, como afirmando lo que dice Daniel.

–Hola, Cosme –le digo–. Encantada de conocerte. Dani también me ha hablado mucho de ti.

El burrito deja que lo acaricie, aunque conmigo no se muestra tan entusiasta como con Daniel. La verdad es que Sofía tenía razón: Daniel y

Cosme juntos es una estampa para ver y no para que te la cuenten. Está claro que tienen una buena relación.

Capítulo 24

Daniel

Alexandra se ha adaptado muy pronto a la vida en el pueblo. Se ha hecho amiga de Cosme y por las mañanas va con Sofía a recoger los huevos de las gallinas con un cesto colgado del brazo. Mi abuela la adora. La quiere a ella más que a mí. Todo por probar su bizcocho y comer un platito de fabada asturiana. Por eso y porque sin ella pedírselo la llama «abuela». La trata con brusquedad, como a los demás, y la regaña porque según ella come poco, pero la quiere. Tanto que vuelve a hablarme porque como Alexandra es bailarina –de las serias; no como yo– y mi trabajo le parece digno y respetable, mi abuela ha decidido que algo de razón tendrá, así que el hecho de que desde su punto de vista yo sea un degenerado que se gana la vida despelotándose ya no parece tener tanta importancia. Y además, no le parece lógico hablarle a ella y a mí no. Que toda mi familia me hablara excepto ella se ve que no era motivo suficiente como para hablarme.

–Es muy bonita –me dice cuando me pilla a solas–. Y muy joven; tiene la edad de tu hermana. Ya puedes cuidarla.

–Es muy madura para su edad, abuela –contesto.

–Lo sé. No como otros...

Casi era mejor cuando no me hablaba.

Nos bañamos en el mar. Es la primera vez que Alexandra está en el norte. Está encantada con los paisajes verdes y la bravura del Cantábrico. Dice que huele a mar vivo y corre hacia él, pero chilla en cuanto mete los pies en el agua fría.

–¡Entra! –vocifera mi hermana, a quien el agua le llega ya a la cintura–.
¡Está estupenda!

–¡Está muy fría! –protesta Alexandra desde la orilla.

–Está como tus manos, Alex, y yo me aguanto –le digo, aprovechando que no nos oye nadie. Ella se sonroja un poco.

–¡Tráela, Dani! –grita Sofía.

–¡No! –protesta ella.

Pero no le hago caso. La cojo sin esfuerzo alguno sobre mis hombros como si fuera un saco de patatas y me adentro en el mar mientras ella sigue protestando. Llego hasta donde el agua cubre más que de sobra como para amortiguar su caída y la suelto de golpe. Alexandra cae con un grito y emerge boqueando. Amenaza con matarme y todo eso, pero poco después nada y chapotea en el mar como si estuviera en su elemento. Ya se le ha olvidado lo fría que está el agua.

Esta mañana al levantarme, Alexandra no está en la cocina desayunando. Pienso que se habrá quedado un rato más en la cama, pero Sofía, que está dando buena cuenta de todo lo que ha pillado por la cocina, me dice que se ha ido a la playa temprano. Ella no ha ido porque era muy temprano para levantarse y está de vacaciones.

–Ha dicho que iba a dar un paseo por la orilla –interviene mi abuela–. Ha picoteado cuatro cosas como un pajarito y se ha ido. Dice que desayunará después. Es una chica muy madrugadora.

Me mira de nuevo en plan «no como otros» y Sofía asiente con la boca llena. Solo mi tío Justo se ha levantado antes que Alexandra para ordeñar las vacas. No puedo evitarlo. Tengo que verla. Desayuno a toda prisa para desaprobación de mi abuela y resignación del resto de mi familia y me voy a la playa para unirme a Alexandra en su paseo.

Apenas son las ocho y media y la playa está solitaria. Solo una figurita se recorta en la orilla. Está bailando con lo que parecen ser unos *leggings* negros y un jersey holgado. Siempre va abrigada para mantener el calor de sus músculos cuando calienta. Estoy a una distancia considerable como para poder verlo bien, pero juraría que no lleva puestas sus zapatillas de ballet. Baila descalza en la orilla, dejando que las olas besen sus pies. Parece una ninfa salida del mar. Está centrada en su baile y no me ha visto, así que me

quedo aquí observándola como un *voyeur* apoyado en el tronco de un árbol. No hace piruetas ni da saltos. Supongo que es debido a que el suelo no es muy firme que digamos, pero gira y da pasos y levanta las piernas y los brazos. Parece que vaya a alzar el vuelo. Se dobla como si fuera de goma y yo la miro atontado.

Alexandra agita los brazos hacia mí. Me ha visto y me hace señas para que me acerque. Casi siento haber interrumpido su danza, pero por otro lado estoy deseando abrazarla. Voy hacia ella. Se ha puesto su moño prieto en lo alto de la cabeza, aunque no está tan prieto como otras veces. Se le han escapado algunos mechones. En la compañía la reñirían y sus estrictos profesores le habrían pegado una buena bronca, pero ahora está disfrutando de sus vacaciones y ha relajado el moño, aunque nunca deja de bailar. La estrecho en un abrazo y nos besamos.

–Baila conmigo –dice tocando la punta de mi nariz con la suya y con los labios casi rozándome.

–Yo no sé bailar ballet, patito.

–No hace falta que sea ballet.

Así que bailamos. Llevo el móvil encima y no me cuesta mucho encontrar algo marchoso de aire sesentero. Alexandra tiene las mejillas arreboladas y sonrío. Está un poco más morena; el sol ha tostado levemente su piel blanca. Nos detenemos cuando ella declara tener hambre, pero antes de irnos a casa me rodea la cintura con los brazos y se pone de puntillas para besarme. Cuela las manos bajo mi camiseta y me acaricia. Estoy en desventaja. Ella lleva los *leggings*, el *maillot*, calentadores en las piernas y ha vuelto a ponerse el jersey para no enfriarse y yo no tengo por dónde meter las manos.

–Eso no vale –gruño.

Y ella ríe.

Llega el final del verano. Bueno, no es el final del verano exactamente, pero Alexandra debe volver a París a principios de septiembre y ya queda poco. No quiero que se vaya; me he acostumbrado –malacostumbrado– a tenerla cerca y París está a un mundo de distancia. No tengo ni idea de cómo lo vamos a hacer. Ella trabaja en Francia. Yo trabajo en España. No me importa dejarlo todo e irme con ella llegado el momento, pero me da un

poco de miedo no poder ganarme la vida en un país cuyo idioma parezco incapaz de dominar. Que los franceses te mandan a tomar por culo y hasta suena fino. Y yo soy un poco bruto para pronunciar. Alexandra dice que mejoraré con el tiempo. Es una optimista.

No podía pasarme todo el verano sin encontrarme con Claudia, claro. Es más falsa que un billete de quince euros. Bajo esa apariencia perfecta que me llegó a enamorar –a mi manera– se esconde una verdadera arpía. También puede ser que yo le haya cogido manía, pero es superior a mí. Tengo la impresión de que a pesar de estar con el arquitecto de marras ese, sigue guardándome rencor por la terrible infamia que cometí con ella. En otra época, su padre me habría retado a un duelo al amanecer. Aunque sé que Mateo no haría eso. Seguro que nos habríamos ido de copas y habríamos hablado del complicado carácter de su no menos complicada hija mayor. Alexandra asegura que todo va bien entre ellas y no sé qué pensar. A lo mejor ya se le ha pasado la pataleta. «¿Qué tal te va con mi hermana?», me ha preguntado al verme, así como con retintín. La habría estrangulado de buena gana. «Estupendamente, gracias por preguntar», le he contestado con toda la acritud de que he sido capaz. Entonces le ha cambiado el semblante y su sonrisita ha desaparecido. «Espero que ahora que tienes lo que querías no la dejes tirada, que nos conocemos». Puta víbora. He tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para mantener la calma y no perder los estribos. Pero esto ha originado una nueva discusión. Faltaría más. Al final prácticamente me ha mandado a hacer gárgaras y se ha largado. Imbécil.

–Dani, ¿qué te pasa?

Estamos dando un tranquilo paseo por la puerta del Sol, que a estas horas está llena de turistas. A pesar de que intento no hacerlo, no puedo evitar pensar en mi pelea con Claudia. No quiero contarle a Alexandra mi desencuentro con su hermana. Tampoco yo le caigo bien a Claudia y supongo que lo único que busca es provocarme. Y yo que no me sé contener y en vez de pasar de ella, entro al trapo. No aprendo. Alexandra rodea mi cintura con un brazo y me mira con sus grandes ojos azules esperando una respuesta.

—Nada. Que te vas a París y no quiero que te vayas —murmuro apartando un mechón de pelo que cae por su frente.

Es la verdad, pero no es toda la verdad. Yo toda la verdad no se la digo. No pienso empañar sus últimos días en Madrid con las estupideces de su hermana. No me ha mencionado que Claudia le haya contado nada, así que supongo que Claudia tampoco le ha dicho una palabra sobre nuestro enésimo altercado.

—¿Y además de eso? —sigue indagando Alexandra.

—Además de eso no me pasa nada.

—Daniel, no me tomes por tonta, ¿eh?

Daniel. Si usa mi nombre completo, es que la cosa es seria. Y el tono que ha empleado es amenazante. Suspiro. Podría contarle una trola sobre que algo va mal en el trabajo, por ejemplo, pero es que tampoco quiero mentirle.

—Me he encontrado con tu hermana —refunfuño.

Y canto de plano. No sirvo para espía. Me saca información una rubia chiquita con ceño abrazada a mi cintura y mirando hacia arriba porque si no, no me ve la cara.

—No creo que Claudia le haya dado importancia —me dice—. Solo me ha dicho que ha visto al imbécil de mi novio.

—Si es que no la aguanto —gruño.

—No le hagas ni caso. Solo quiere picarte.

Ella también lo piensa. Será que estoy susceptible.

—No te enfades —sigue diciendo Alexandra con voz melosa—. Me iré en tres días, Dani. No vamos a preocuparnos por eso ahora.

Tiene razón. La beso. Nuestras lenguas se enredan. Quiero quitarle la ropa y hacerle el amor aquí mismo. Quiero tocarla, beberla, respirarla. Quiero perderme en ella, quiero...

—Vamos a tu casa —dice contra mi boca.

Capítulo 25

Alexandra

Nos desnudamos el uno al otro sin muchos miramientos. Daniel puede quitarme el vestido sin problema, pero se tiene que agachar para que yo pueda sacarle la camiseta por la cabeza, lo que le hace reír. Desabrocho sus vaqueros y él se los termina de quitar prácticamente a patadas después de haberse sacado las deportivas con los pies, pisándose los talones y sin deshacer el nudo. Yo lo tengo más fácil para quitarme las bailarinas. Mi sujetador cae por el pasillo y sus bóxer, en la entrada del dormitorio. Daniel me quita las bragas, de rodillas en el suelo. Es lo único que me quita lentamente. Besa mi vientre, con las manos en mis costados, manos que descienden por mis piernas al tiempo que también desciende su boca. Es excitante verlo de rodillas, desnudo, lamiéndome. La caricia de sus manos y su lengua me eriza la piel. Suelto un breve jadeo y le doy un suave tirón del pelo, de donde lo tengo agarrado. Me mira burlón, con los ojos encendidos de deseo.

—¿Lista para una tarde de sexo salvaje?

Me coge y me deja caer en la cama. Rodamos, nos besamos. Deshacemos la cama. Me gusta tocarlo, besarlo, lamerlo... Me gusta recorrer su cuerpo esculpido con las manos, con la boca, con toda mi piel. Es apasionado y desinhibido. El sexo con él es divertido, audaz y yo poco a poco he ido perdiendo el pudor del principio. He aprendido a darle placer, a encenderlo. He aprendido a disfrutar. Y he aprendido rápido.

Acaricia mis senos, conmigo a horcajadas sobre él. Los estruja en sus manos y atrapa mis pezones con los dedos. Los pellizca levemente, haciéndome gemir y baja con una mano por mi vientre hasta perderse entre

mis piernas. Me toca con lentitud, recreándose. Roza mi clítoris para abandonarlo después y yo suelto un quejido, mitad de placer mitad de protesta. Regresa a mis pezones. Los atrapa en la boca y los succiona. Primero uno. Luego el otro. Están duros, anhelantes de su dedicación.

Bajo las manos por su pecho. Dibujo sus pectorales marcados y sus abdominales hasta llegar al miembro firme que se yergue entre nosotros. Lo acaricio y Daniel gruñe. Es suave y grande. Cada vez más grande. Y más duro. Daniel sisea cuando rozo la tierna punta con un dedo. Desciendo por él y atrapo el paquete que guarda entre sus piernas. Él gime y vuelve a gruñir, con la respiración agitada. Me encanta.

Asalta mi boca con la suya. Me penetra con los dedos y con la lengua y la cabeza me empieza a dar vueltas. Entonces me empuja suavemente hasta que quedo acostada, con las piernas alrededor de sus caderas y él, de rodillas en la cama, se abre paso hacia mi interior. Lo siento dentro, llenándome, moviéndose en un intenso vaivén que me vuelve loca. Me dejo llevar y solo siento su dureza, la energía de sus embestidas, el roce de su piel, su calor. Oigo nuestros gemidos de placer, la respiración entrecortada de los dos. Y siento que Daniel se tensa, que tiembla ligeramente. Siento cómo se corre, cómo un arroyo me empapa y ya no puedo más.

Nos quedamos en la cama recuperando el aliento. Daniel me tiene en sus brazos. Yo estoy recostada en su pecho y él acaricia distraídamente mi espalda con los dedos.

—Voy a echar de menos esto cuando me vaya a París —digo.

—¿Esto? ¿Te refieres al sexo?

—Ajá.

—¿Solo me quieres por el sexo? Joder, Alex, ya te vale... —refunfuña, haciéndose el indignado.

—Te quiero a ti entero. Aunque no tengamos sexo.

Me besa.

—Podríamos tener cibersexo —dice.

—Eh, no te vengas arriba tú ahora —replico, apartándome un poco de él para mirarle a la cara.

—¿Qué? Es cuestión de probar.

Se ríe. Debo de tener tal cara de pasmo que le da la risa. Hay algo terriblemente sexy en verle reír en la cama, relajado y divertido. Se pone sobre mí, con el codo apoyado en el colchón.

—¿Te tocas? —pregunta con voz ronca, insinuante.

—Eres un perverso —replico.

—O sea, que sí.

—No he dicho que sí.

—Pero tampoco has dicho que no, y si no has dicho que no es que sí.

Me besa. Besa mi cuello. Me acaricia un seno. Parece fascinado por ellos. Son un poco grandes para ser los de una bailarina, pero Daniel dice que son perfectos. «Como dos manzanitas».

—Tócate —ronronea—. Quiero ver cómo te tocas.

—No pienso tocarme mientras tú miras.

—¿Ves como sí te tocas?

—¿Tú lo haces?

—Constantemente —admite.

—¿Lo ves? Eres un perverso.

—Que no te quepa la menor duda —dice riendo.

Me chupa un pezón. Me lo imagino tocándose y la visión resulta más estimulante de lo que pensaba.

—Pero pienso en ti cuando lo hago, eh —añade—. Soy superfiel hasta para eso.

—Oh.

Me besa en la boca y yo respondo. A lo mejor lo del cibersexo no es tan mala idea después de todo. Vuelve a acariciarme, a excitarme. Y volvemos a enredarnos entre las sábanas.

Sofía y yo vamos al club en el que trabaja Daniel. Dentro de dos días volveré a París, pero esta noche queremos pasarlo bien y no estar decaídas pensando en que me marchó y volveremos a estar separadas una temporada. Hablar por teléfono y Skype está bien, pero no es lo mismo.

Nos hemos puesto estupendas para la ocasión. Sofía se ha atrevido con unos pantalones negros ceñidos de imitación a cuero y un corpiño del mismo color. El pelo negro le cae por los hombros desnudos y más de un chico se la ha quedado mirando con admiración. Está despampanante. Yo no me atrevo a tanto, así que me he puesto una falda azul de vuelo con un top negro de escote en pico y un pequeño volante en las mangas. Daniel no

sabe que venimos. Sofía no ha querido decírselo; dice que de saberlo montaría un melodrama como la primera vez.

—Nos vamos por sorpresa y a ver qué cara pone —dice la muy malvada.

Entramos al local y pedimos nuestras bebidas sin alcohol. Hay bastante gente y tienen puesta música de baile noventera lo suficientemente alta como para que se oiga bien pero no tan alta como para que haya que hablar a gritos. Algunos se han animado y están en la pista prácticamente vacía. Recuerdo el bofetón que le arreó Sofía al tipo que le tocó el culo.

—Menudo imbécil —gruñe.

Rodrigo, uno de los compañeros de Daniel, aparece por allí en busca de unas bebidas para él y los demás. Nos ve en la barra y nos mira como si no pudiera creerse que estemos aquí. Parece preguntarse si somos realmente nosotras. Sofía y yo le saludamos con la mano y él sonríe, saliendo de dudas, y se nos acerca.

—¿Qué hacéis aquí? Dani no nos ha dicho que veníais —nos dice tras el correspondiente reparto de besos.

—Dani no sabe que estamos aquí —contesto, sorprendiéndolo.

—Pero tú no vas a decírselo, ¿verdad, Rodrigo? —añade Sofía antes de que él pueda abrir la boca con un tono meloso que lo desarma.

—Yo... mmm... ¿Es un secreto? —balbucea el bueno de Rodrigo.

—No, pero se pondrá en plan hermano mayor y novio sobreprotector y nos dirá que no podemos estar en semejante antro de vicio y perdición. Ya sabes que se pone histérico por nada —dice Sofía.

Rodrigo sonríe. Nos pregunta por los estudios, por el ballet, y al de poco se excusa diciéndonos que le están esperando. A él y a las bebidas. Sofía alza una ceja y le lanza una significativa mirada, pero él no parece muy impresionado por la muda amenaza y se aleja riendo.

Ellos actúan después de las chicas. Comienza a sonar *In The Navy*, de los Village People y la gente comienza a aplaudir y a animarse. Esta noche los chicos aparecen como marineros. De punta en blanco y con su gorrita y todo. Sofía y yo hemos pillado un buen sitio. Más o menos como la última vez. Desde aquí vemos todo bien y Sofía está convencida de que su hermano no nos distinguirá entre todo el público. Los chicos se van quitando la ropa al ritmo de la música que muchos corean. Saben pisar el

escenario, moverse por él. Son buenos bailarines. Las chicas –y no pocos chicos– chillamos enfervorecidos cuando se abren la camisa mostrando sus pectorales y unos abdominales cincelados que descienden en una sugerente uve y que de momento los pantalones cubren. Se lo están pasando bien y se nota. Es tan divertido para ellos desnudarse en el escenario como para mí dar pasos de ballet. Se quitan los pantalones, quedando en un revelador slip del que se desprenden poco después de espaldas al público. Bailan de forma sugerente, mostrando sus nalgas firmes sin el menor recato y se quitan las gorras de la cabeza para volverse con ellas cubriendo sus partes íntimas. La gente chilla, grita, jalea y al final ellos hacen caso a su entregada audiencia y las gorras vuelan, dejándolos totalmente desnudos. Todos aplaudimos y silbamos. Ellos saludan y se van. Sofía y yo apuramos nuestras bebidas y nos vamos a bailar.

Nos desmelenamos con el rock and roll y la música disco hasta que unas palmaditas en el hombro distraen mi atención. Al volverme, Daniel está allí. En su cara hay una sonrisa torcida y en sus ojos, un brillo divertido con una pizca maliciosa. Sofía tuerce el gesto ante la aparición de su hermano.

–¿Qué? ¿Os lo estáis pasando bien? –nos interpela él.

–Muy bien –digo yo.

–No pareces muy sorprendido de vernos –dice Sofía.

–Porque no lo estoy –replica Daniel–. Os he visto desde el escenario. Ahí sí que me he sorprendido un huevo. ¿Por qué no me habéis dicho que veníais? Hola, patito.

Me da un beso en los labios, deteniéndose unos deliciosos segundos y seguidamente besa a Sofía en la mejilla.

–¿Venís a tomar algo con nosotros o preferís hacer como que no me conocéis? Cosa que me duele profundamente, dicho sea de paso –nos dice.

–¿Ves cómo es un agonías? –me pregunta Sofía.

Vamos con él y nos sentamos con los chicos, que nos reciben como si nos conocieran de toda la vida. Después de charlar un rato nos vamos a seguir bailando hasta que el cuerpo nos pide descanso. Daniel lleva a Sofía a casa y cuando ella ya ha entrado al portal –siempre espera a que entre al portal–, me mira.

–¿Vienes a casa?

Capítulo 26

Daniel

–Dani, deja de beber.

–¿Tú quién coño eres, mi padre? –gruño—. Isaac, ponme otra –digo, empujando el vaso vacío hacia él para que lo rellene.

–Rodrigo tiene razón. Ya has bebido bastante –me dice Isaac, el camarero, sin mover un dedo.

–Que os den por culo.

Mosqueadísimo, me levanto del taburete para largarme a otro sitio. ¿De qué van? Trastabillo un poco. Vaya. El suelo es inestable.

–Te llevo a casa –dice Rodrigo.

–Sé ir yo solo. No necesito tu ayuda.

–Yo creo que sí. Estás como una cuba, tío.

–Los cojones.

No me hace ni puto caso. Se pasa mi brazo izquierdo por los hombros, me agarra por la cintura y me saca del club, donde yo estaba bebiendo tranquilamente después de un espectáculo de la hostia.

–Son todas unas zorras –digo. La lengua se me traba y sueno un poco raro, como si arrastrara las palabras.

–Claro que sí –dice Rodrigo—. No se salva ni una.

–Estoy bien –ratifico—. No necesito una niñera.

–Bien perjudicado es lo que estás. Así no puedes conducir. Ni siquiera encontrarías tu casa, así que te llevo.

–Sé dónde está mi casa; no soy ningún idiota.

–Pues a mí sí que me pareces un poco idiota.

Joder, no se calla. Es de plomo derretido. Le dejo que me acompañe y así se queda tranquilo y me dejará en paz. Vamos en su coche. Pone la radio, una música suave. ¿Espera que me duerma? Va listo.

—No puedes seguir así —me dice.

—No soy ningún alcohólico —replico.

—No, y por eso deberías parar antes de que te conviertas en uno. El alcohol no va a solucionar ninguno de tus problemas. Y tienes muchos.

¿Ahora me va a sermonear? Lo que me faltaba. Mi problema es ella. Siento dolor cuando pienso en ella y Rodrigo dirá lo que quiera, pero el alcohol adormece ese dolor. No añade nada más. Solo suspira lleno de paciencia y sigue conduciendo hacia mi casa.

—Gracias por traerme —farfullo al llegar, apeándome del coche.

Cojo las llaves, pero no sé qué le pasa a la cerradura que no entra. Algún imbécil ha metido algo dentro. ¿Y ahora qué?

—Dame —exige Rodrigo.

Está insoportable. Me quita las llaves y abre la puerta sin la menor dificultad. Me acompaña hasta mi casa y abre él también la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto.

—Estás de coña, ¿no?

—Joder, Rodri, solo quiero ser hospitalario, ¿vale?

—Te lo agradezco igual.

Me lleva a mi habitación y me deja caer en la cama sin ceremonias. Sube mis piernas y me quita los zapatos. Yo me acomodo. ¿Dónde estará Alexandra? Ya no duerme a mi lado. Ya no veo su melena desparramada en la almohada ni siento su respiración ni sus manitas frías en mi piel. Y lo último que recuerdo de ella son sus lágrimas, cómo me miró.

—Yo la quería —murmuro encogiéndome.

Rompo a llorar como un niño. Rodrigo se ha debido de convertir en piedra porque no emite un solo sonido.

—La dejé porque la quería —sollozo—. Tenía que hacerlo. No podía dejar que...

No puedo seguir hablando. No se lo he dicho a nadie en todo este tiempo. No se lo he dicho a nadie. El colchón se baja a mi espalda y una mano se pone sobre mi hombro a modo de consuelo.

—Dani...

—Yo la quería...

Me despierto con un resacón de agárrate que vienen curvas. La persiana está cerrada y no tengo ni idea de la hora que es. Me duele la cabeza, tengo la boca seca y me encuentro mal en general. Huele a café recién hecho y se me revuelve el estómago. Un momento. Si yo no he hecho café, ¿quién coño ha sido? Recuerdo que Rodrigo me trajo a casa, pero nada más.

Me levanto y voy a la cocina a ver. Hay luz por todas partes y oigo el ruido de alguien trasteando. ¿Habrá venido mi madre? Tiene una llave. Pero no es mi madre; es Rodrigo.

–Buenos días, bella durmiente.

–¿Qué tienen de buenos? –gruño con la boca pastosa.

–He hecho café –dice ignorando mis gruñidos–. Y he encontrado galletas en el armario.

–¿Te has quedado toda la noche?

Vaya una pregunta estúpida. La expresión de su rostro cambia. Su sonrisa desaparece y se pone serio en un instante.

–Me quedé preocupado, tío –contesta–. Tenía miedo de que despertaras durante la noche e hicieras alguna gilipollez, así que me quedé.

Ahora soy yo quien se queda preocupado. ¿Por qué diablos ha llegado Rodrigo a esa conclusión?

–¿Y en qué tipo de gilipollez habías pensado? –pregunto.

–En seguir bebiendo, por ejemplo. O en tirarte por la ventana. Yo qué sé...

–¿En tirarme por la ventana?!

–Sí, no pongas esa cara. Estabas jodido.

¿Tan jodido como para tirarme por la ventana?

–Voy a ducharme –murmuro.

Para cuando me ducho y vuelvo a la cocina, Rodrigo ya ha puesto el café con leche en la mesa y ha sacado galletas. También ha preparado huevos revueltos o al menos algo que se le parece.

–¿Salchichas? –pregunta.

Se me revuelve el estómago.

–No, gracias –gruño.

–Pues yo sí voy a ponerme un par. He estado toda la noche en vela, tío. Necesito energía.

Se pone manos a la obra. Yo no digo nada. Por mí puede comerse la nevera entera. Se sienta delante de mí con el café, las galletas y el plato de huevos revueltos con salchichas. Si hubiera tenido beicon, también habría frito unas cuantas lonchas, pero no tengo.

—El desayuno es la comida más importante del día —me dice como si fuera mi madre.

Yo miro mi plato. No me apetece comer todo esto. Pero no quiero hacerle un feo a Rodrigo, aunque seguramente se lo comería él sin problema. Se parece a mi hermana. Come todo lo que se le pone a tiro. Mi hermana. Ahora mi hermana tampoco me habla a menos que sea imprescindible. Siento un nudo en la garganta al pensar en ella. La echo de menos.

—Dani... —comienza Rodrigo.

—Estoy bien —miento.

Desayunamos casi en total silencio, cosa que agradezco porque no estoy de humor para conversaciones. Aunque, conociendo a Rodrigo, a este no se le ha olvidado lo de tirarme por la ventana ni por el forro. Solo me está dando una tregua. ¿Qué coño he dicho yo estando borracho para que a él le salten las alarmas de esa manera? Como con desgana. Rodrigo come con apetito y de vez en cuando comenta algo de modo desenfadado sobre el tiempo, el trabajo y lo que le han trincado en la revisión de su viejo coche. Yo contesto con gruñidos, pero a él no parece importarle.

—¿Por qué la dejaste?

Al menos ha esperado a que termine de desayunar. Sabía que iba a atacar en cualquier momento.

—Ya lo sabes. Me cansé.

—Te cansaste.

—Sí, me cansé. Me cansé de ella, de... Estuvo bien un tiempo, pero... Oye, me duele la cabeza, ¿vale?

—Me importa una mierda tu dolor de cabeza —replica Rodrigo con brusquedad—. No me das ninguna pena. ¿Y si me cuentas la verdad?

—¿Qué verdad? Era divertido salir con ella, acostarme con ella. Era bonita y era... dulce. Era nuevo para mí. Era... Era buena. Y yo me cansé de la chica buena. Y la dejé. No hay más que contar. Solo fue una más.

—No te creo —me suelta Rodrigo, implacable, señalándome con un dedo acusador—. Te creí cuando volviste de París. Te he creído todo este tiempo, pero ya no te creo, Dani. Ayer lloraste como un niño. Dijiste que la querías.

¡Dijiste que la dejaste porque la querías, que tenías que hacerlo! ¡Te dormiste diciendo que la querías! ¡Así que ahora no me vengas a contar gilipolleces porque no te creo!

Rodrigo está furioso. Su rostro ha enrojecido de cólera y sus ojos echan chispas. Sus palabras martillean en mi cabeza, y no solo por la resaca. El alcohol me ha debido de soltar la lengua. No sé qué coño he dicho; no lo recuerdo, pero mi pantomima se ha ido a tomar por culo en algún momento. Tengo que dejar de beber. Me he quedado helado. No sé cómo reaccionar. Algo se desquebraja dentro de mí. Algo se rompe en pedazos, como esa noche en París. No soy capaz de sostener la mirada de Rodrigo. Llevo dos años mintiendo. Dos años. Y me pesa. Quiero seguir diciendo que me cansé de ella, que ya no la quería, que ya se había pasado la novedad y me había aburrido. Quiero seguir diciendo lo que le dije a todo el mundo porque era la única manera de que ella...

—Tenía que hacerlo —murmuro para mí mismo, pero Rodrigo no está sordo.

—¿Qué tenías que hacer?

—Dejarla. Tenía que dejarla.

—¿Por qué? Coño, Dani, aclárate de una puta vez.

—Porque tenía que volar. Porque... Porque la quería. No podía dejar que abandonara la Ópera de París. Le rompí el corazón porque la quería.

Mi voz se ha ido apagando. Siento un profundo dolor que me corroe las entrañas. Todas las noches veo la carita de Alexandra. Todas las noches veo sus ojos azules llenos de lágrimas que procura contener. Todas las noches veo sus labios temblorosos, labios que ya no volveré a besar. Todas las noches la veo alejarse de mí con la cabeza gacha y los hombros caídos. Pequeñita. Y todas las noches pienso que debí correr tras ella, pedirle perdón de rodillas y decirle la verdad. Pero no podía.

Rodrigo empieza a balbucear incoherencias. Supongo que no entiende nada, el pobre. Yo no me siento mejor. Sé que me porté como un cabrón, pero que alguien sepa la verdad me alivia un poco. Si al final me tiro por la ventana, que al menos Rodrigo sepa lo que pasó.

—No entiendo nada —murmura.

Lo que yo decía. Me encuentro muy cansado. El peso que llevo sobre los hombros me aplasta.

—Iba a dejar la Ópera de París. Iba a volver a Madrid. Estaba decidida. Solo vi una salida. Me dolió más a mí —digo en una voz que apenas se oye.

No quiero volver a llorar, pero las lágrimas me acuchillan los ojos.

—Joder, Dani... Tú no estás bien, tío —dice Rodrigo.

Se ve que mi fachada de tío despreocupado al que no le afecta nada también se ha ido a tomar por culo. Pues claro que no estoy bien. Creí que se me pasaría, pero cada día estoy peor. Y en un alarde de inteligencia y madurez, bebo para olvidarlo.

—¿Vas a contarme lo que pasó?

Asiento lentamente con la cabeza.

—Más tarde, ¿vale?

Rodrigo se da cuenta de que necesito un rato para reunir el valor que me hará falta y no insiste.

—¿Eso quiere decir que me invitas a comer además de a desayunar? —pregunta de manera desenfadada, consiguiendo que esboce una vaga sonrisa.

—Es lo menos que puedo hacer —le digo.

Es lo menos que puedo hacer después de lo que él ha hecho por mí. Después de que me haya traído a casa y se haya quedado toda la noche haciéndome de niñera. Después de que se comporta como el buen amigo que es, un amigo al que yo he engañado durante dos años como a todos los demás. Me pesa porque siento que le he traicionado en cierto modo. No se lo digo, pero sé que él entiende. No parece guardarme rencor por ello.

—Pondré un arroz —digo—. Me sale cojonudo.

—Pues ya estás tardando, que hoy no comemos.

Rodrigo no me presiona. Comemos tarde porque hemos desayunado a mediodía, pero no tenemos prisa. El dolor de cabeza se me ha pasado en su mayor parte gracias al ibuprofeno que me he tomado después del desayuno. Y tras la sobremesa, una vez acomodados en el sofá de la sala, llega el momento de la verdad. Ofrezco a Rodrigo una cerveza para que no pase lo que le espera a palo seco.

—Yo beberé un refresco —le digo en cuanto hace ademán de poner objeciones.

—Está bien —accede, no del todo convencido.

Vuelvo a la cocina en busca de una cerveza y un refresco de cola fríos. Le doy la cerveza a Rodrigo y yo abro mi refresco. No sé ni cómo empezar a contárselo todo. Mi ánimo decae. Me había animado un poco durante la comida, pero ahora... Rodrigo espera pacientemente a que yo arranque a hablar, cosa que según pasan los segundos se vuelve más y más complicada.

—¿Qué es eso de que Alex iba a dejar la Ópera de París? —pregunta.

Es un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Y, balbuceando, le cuento por qué dejé a Alexandra, por qué hice polvo su corazón y la aparté de mi vida sin mirar atrás.

Capítulo 27

Alexandra

Soy primera bailarina en la Ópera de París. Lo he conseguido en tan poco tiempo a base de esfuerzo y un sacrificio mayor del que jamás pensé que tuviera que hacer. El ballet dejó de ser lo más importante de mi vida para convertirse en lo único. Bailé hasta que la propia directora de la compañía, Géraldine Dubois, me pidió que aflojara el ritmo o lo lamentaría. Mi cuerpo no lo soportaría. Ni mis pies dañados. Y, recordando por qué dediqué cada hora del día a bailar, caí como una hoja seca y lloré.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —me preguntó sentándose a mi lado en el suelo del estudio, donde yo estaba bailando y ensayando sola. Todos se habían ido ya, incluida Marie, a la que yo había repetido una y otra vez que estaba bien y ella había hecho como que me creía—. ¿Por qué estás así? Nos tienes preocupados.

—Me ha dejado —sollocé—. Solo he sido un pasatiempo para él.

Ella me acarició el pelo al tiempo que yo hipaba y lloraba sin consuelo.

—No vengas mañana —me dijo.

La miré con horror. ¿Iban a echarme? Por un instante olvidé el motivo de mi llanto. Géraldine sonrió.

—No me mires así —continuó, dulce—. No vengas mañana, Alexandra. Tómate un descanso; lo necesitas. Quédate en casa. Duerme. Grita y rompe cosas. Lloro todo lo que quieras. Y pasado mañana quiero que entres con la cabeza en alto. Centrada. Fuerte. Él no merece tus lágrimas ni que te castigues de esta manera. ¿Me has oído?

Asentí.

–Ve a cambiarte. Y después vete a casa. No quiero verte mañana por aquí.

–¿Has llorado por ese cabrón?! –me increpó Maggie en cuanto entré en casa y vio mis ojos enrojecidos.

Las lágrimas asomaron de nuevo a mis ojos y ella se levantó del sofá y me abrazó con fuerza.

–No llores, Alex –me dijo–. No llores más.

–Géraldine me ha dicho que no vaya mañana. Dice que me estoy forzando demasiado y que me quemaré como siga así –digo.

–Y tiene razón –intervino Marie, apareciendo por la puerta de la sala–. No hay más que ver cómo tienes los dedos de los pies.

Maggie me soltó para que pueda mirar a Marie, que estaba a mi espalda.

–Mira adónde has llegado, Alex. ¡Eres primera bailarina! –añadió–. No lo estropees por una obsesión.

–Hoy vamos a poner una opípara cena –decidió Maggie unilateralmente poniendo los brazos en jarras–. Voy a hacer un pastel de chocolate tipo *coulant* que os vais a chupar los dedos.

–Espera, espera, ¿vas a hacer qué? –saltó Marie.

–Un pastel de chocolate tipo *coulant* –repitió Maggie, silabeando como si Marie fuera tonta–. Es lo mejor para las penas.

–Y para engordar.

–Oh, sí, vaya. Habló la foca. Ni siquiera haces sombra, Marie. Unas cuantas calorías en ese culo escurrido no te vendrán mal.

Me hicieron sonreír. Siempre discuten por la mayor nimiedad, pero nunca llega la sangre al río. Al final llegamos a un acuerdo: Maggie prepararía su pastel de chocolate, pero lo haría pequeño para que no sobrara mucho y evitar así tener que comer pastel durante toda la semana. Le quedó un poco líquido y echó la culpa a Marie porque con esas cantidades tan pequeñas ella no calculaba bien, a lo que Marie contestó que no tenía ni idea de cocina y que no pusiera excusas.

Al día siguiente hice lo que Géraldine me había ordenado. Dormí hasta casi las diez de la mañana y ese día prescindí de mis ejercicios rutinarios. No quería llorar; ya había llorado bastante. Lo del día anterior solo había sido un bajón. Nunca pensé que yo solo fuera alguien con quien pasar el

rato. Nunca pensé que Daniel solo quisiera reírse de mí. Al final mi hermana tenía razón. Se cansó de mí. Yo solo había sido una más, una de tantas. «Mira que te lo advertí», me dijo Claudia.

Dejé de ir a Madrid. No quería ni verle en la calle por casualidad. Fueron mis padres y hermanos los que vinieron a verme a París, los que me consolaron. Mis padres siguen hablándose con los de Daniel, aunque ya no es como antes. Conservaron su amistad cuando dejó a Claudia porque lo suyo fue una ruptura cantada por parte de los dos, pero lo que me ha hecho a mí es diferente. A mí me hizo daño. Yo estaba enamorada. Le quería de verdad y él me quería a su manera egoísta. Estuve a punto de dejarlo todo por él como una imbécil de telenovela barata. Por suerte, él tuvo un arranque de honestidad y me dijo la verdad antes de que yo cometiera la que hubiera sido la mayor estupidez, el mayor error de mi vida. Me dijo que no me quería. No era el trabajo de ninguno de los dos, no eran las discusiones que habíamos tenido, no era la distancia. Era que no quería nada serio conmigo y cuando le vio las orejas al lobo, cuando vio que la cosa tomaba visos de ir en serio me abandonó. No contestó a mis llamadas ni a mis mensajes. Me borró de su vida de un plumazo. Lo único que me escribió un día fue un escueto y seco mensaje de WhatsApp que decía «no me molestes más». No me molestes más. Yo era ya una molestia de la que quería deshacerse. Y me bloqueó.

Pero si hay alguien que se lo tomó mal, esa fue sin duda Sofía. Casi lloró conmigo cuando le conté lo que había pasado y no sabía ni qué decirme para consolarme, para que dejara de llorar a moco tendido. Su desconcierto inicial dio paso a la indignación y de la indignación pasó a la furia. No sé exactamente lo que pasó entre ella y Daniel. Supongo que nunca lo sabré. Sofía solo me dijo que le había dicho unas cuantas cosas que seguro que yo no me había atrevido a decirle, que le había puesto en su sitio y que no pensaba volver a dirigirle la palabra en la vida. Yo creí que lo decía por decir llevada por su enfado, pero a día de hoy siguen sin hablarse salvo cuando no les queda más remedio. He intentado hacerla entrar en razón; al fin y al cabo, Daniel es su hermano por más que nosotras seamos amigas y me apoye, pero ella no quiere ni oír hablar de ello. Cada vez que lo he intentado, se pone a despotricar y no da su brazo a torcer. No consiente que nadie trate así a una chica por muy hermano suyo que sea. Se le pasará con el tiempo, espero.

Comenzaban a darme papeles importantes. Algunas bailarinas, especialmente las principales, se van a otras compañías, bien por un contrato más favorable, bien porque les apetece un cambio de aires y sus puestos quedan disponibles. Fuimos rotando entre varias, entre las que se encontraba Marie. Íbamos cambiando de puestos, de papeles. Empezaba a crecer. Me gustaba formar parte del cuerpo de baile, pero bailar como solista... Eso era otra cosa. Era un mayor protagonismo, un mayor lucimiento. Había que pasar unas pruebas, una selección, lo cual era todo un desafío, y nos elegían en función de nuestros logros. No solo era la técnica; era también la expresividad, el movimiento. Eran mil cosas. Me presenté a esas pruebas; no tenía nada que perder y sí mucho que aprender. Y resulté elegida, lo que no resultó ser del agrado de todo el mundo. Hay celos profesionales, envidias... Yo era muy joven aún y a algunas bailarinas más veteranas no les gustó mi rápido ascenso. Pero nada fue más allá de alguna mirada torva o de volverme la cara al pasar a mi lado. Nada que realmente me importara.

Daniel, por su parte, se abría camino como modelo publicitario sin dejar por ello su trabajo de *stripper*. Le llamaron para el anuncio de una famosa firma de trajes. Fue la primera vez que además de salir en fotografías salió en un *spot* de la tele. Y vestido. No tenía ninguna experiencia rodando anuncios, pero su desparpajo y su físico hicieron el resto. Gustó a los de la firma, que se mostraron más que satisfechos, y gustó en general, aunque mucha de la gente que vio el anuncio no se fijó en la calidad del tejido o en su hechura perfecta precisamente. Comenzaron a contratarle para anuncios de diversa índole y él lo pasaba bien. Le pagaban por divertirse, por hacer lo que le gustaba. Como a mí.

Sin embargo, que cada uno trabajara en un país distinto comenzó a pasarnos factura. A él su trabajo lo retenía en Madrid y a mí no solo me retenía en París, sino que además me iba de gira con la compañía. Las escapadas para vernos se fueron espaciando y resultaba frustrante no poder vernos, no poder besarnos, abrazarnos. A mí me preocupaba que él se acostara con otras debido al tiempo que pasábamos separados. Sabía que a Daniel la abstinencia le llevaba por la calle de la amargura, aunque él me juraba que no se había acostado con nadie más desde que habíamos

empezado a salir y le molestaban mis recelos y mi desconfianza que no era desconfianza. Solo inseguridad.

—Yo también podría decirte lo mismo, ¿no crees? —me espetaba enfadado.

—No es lo mismo —replicaba yo—. Yo me voy con la compañía de acá para allá. No tenemos tiempo de nada que no sea actuar y ensayar.

—¿Y yo sí, no? A ver si te crees que me acuesto con cuanta tía se me pone a tiro.

—Hombre, Dani...

No podía decirse que Daniel hubiera puesto muchas objeciones a las tías que se le habían puesto a tiro. Había tenido una vida sexual de lo más activa. No me molestaba, pero temía que en un momento dado se dejara llevar por sus impulsos naturales.

—Bueno, vale —reconoció él—, pero ahora ya no lo hago. Mira, no voy a negar que me gusta el sexo más que a un tonto un lápiz, pero de ahí a ponerte los cuernos... Que yo no hago eso. Y no te he dado motivos para que desconfíes de mí.

—Ya lo sé, Dani, pero es que... Estamos tan lejos...

Entonces él me abrazaba, me pedía que confiara en él y yo me desinflaba, dándome cuenta de que estaba celosa de una chica que ni siquiera existía y de lo absurdos que sonaban mis reproches, de lo insegura que me mostraba. Y le creía.

Bailábamos en la cuerda floja. Daniel no podía dejar sus compromisos en Madrid ni yo quería que lo hiciera. Ahora que le salían ofertas de trabajo y tenía la oportunidad de ganarse la vida como modelo, no podía dejarlo de ninguna manera, aunque él hablaba de dejarlo todo, venir a vivir a París conmigo y buscar algo aquí.

—Aunque sea fregando platos hasta que encuentre otra cosa —decía.

Pero era egoísta por mi parte permitir que renunciara a todo por mí y le pedía más tiempo. Hallaríamos una solución. No era justo que abandonara lo que más le gustaba, lo que empezaba a ser su modo de vida. Existía la posibilidad de que pudiera trabajar de modelo en París, pero había que ser realista. Era realmente complicado. Por no hablar de que tendríamos que buscar un piso donde vivir. Una cosa era que Daniel se quedara unos días en casa con nosotras y otra que Maggie y Marie tuvieran que vivir con una pareja. No sería cómodo para ninguno de los cuatro. Y además, si Daniel no

encontraba trabajo pronto, con lo que yo ganaba en la Ópera de París, aunque no estaba nada mal, no sería suficiente como para hacer frente a los gastos durante mucho tiempo. Era una locura.

—Al menos quédate en Madrid mientras te vaya saliendo trabajo —decía yo—. ¿Cómo vas a dejarlo? Ya veremos qué hacer.

—¿Sabes? A veces tengo la impresión de que no quieres que venga a vivir contigo —afirmaba él, cosa que me molestaba profundamente porque no era cierto.

—¡Claro que quiero vivir contigo! Es solo que...

—¡Pues no lo parece!

Y volvíamos a discutir. Él me reprochaba que yo fuera de lo más cuadrículada y cerebral y yo le recriminaba que era un irresponsable y que no pensara las cosas, lo que llevaba a que la discusión tomara otros derroteros. Nos reconciliábamos, pero la distancia y las cada vez más frecuentes peleas fueron minando nuestra relación. Pero yo le quería. Le quería a pesar de su inmadurez y quería pensar que también él me amaba. Confiaba en hallar una solución.

Llegué a ser *prima ballerina*. Charlotte, quien había sido la primera bailarina del ballet hasta entonces, se marchó a la Royal Opera House de Londres. Era ambiciosa. Quería más de lo que la Ópera de París podía darle y aceptó su oferta. Debió de tratarse de una sustanciosa oferta porque no podía decirse que en la Ópera de París fueran unos tacaños.

Me presenté a las pruebas. Por supuesto, la competencia fue feroz. No tenía muchas esperanzas; bastante había logrado ya obteniendo alguno de los papeles principales en diferentes obras, de modo que me lo tomé como un reto. Cometí fallos estúpidos. No estuve a la altura de compañeras que mostraron una técnica impecable. Sabía que estaba eliminada, pero seguí haciendo lo que me pedían. Seguí esforzándome. Bailé con Gaspard, el bailarín principal. Lo pasé bien. Gaspard no era un estirado como Charlotte y no miraba a los bailarines del cuerpo de baile por encima del hombro. Nadie está en lo más alto para siempre. Llega el día en que te retiras o te marchas a otra compañía y alguien ocupa tu lugar. Y la gente que te aplaudía se olvida de ti. Solo unos pocos elegidos permanecen en el olimpo del ballet una vez retirados de los escenarios. Yo ni siquiera sabía que

llegaría a él y cuando resulté elegida apenas podía creerlo. Me había sentido eufórica cuando me habían elegido para algún papel importante, pero ¿primera bailarina? Me quedé clavada en el suelo con cara de tonta. ¿Yo? ¿Seguro que era yo?

—¿Se puede saber a qué se debe esa falta de entusiasmo, Alexandra? —me preguntó Jerome, el coreógrafo, con cierta irritación.

—Yo... Estoy sorprendida; eso es todo. No lo esperaba.

—¿Sorprendida?

—Sí. Es que... He tenido fallos.

Idiota, me dije. Acababan de nombrarme *prima ballerina* de la Ópera de París y yo ahí, tirando piedras contra mi propio tejado y resaltando mis fallos como si Jerome no se hubiera dado cuenta.

—Claro que has tenido fallos —dijo él—. Lo que has hecho estaba lejos de ser perfecto, pero he visto en ti cualidades que toda bailarina debe tener. Mírate. Creías que el puesto no iba a ser tuyo porque otras lo han hecho mejor. Pues te equivocas. Los errores se pueden corregir. Lo que tú tienes no se puede aprender. Se tiene o no se tiene. Enhorabuena.

La primera en abrazarme fue Marie. «Lo has conseguido, Alex», me dijo. Gaspard me besó la mano en plan formal inclinándose ante mí y yo hice una pequeña reverencia. Él rio y, alzándose por la cintura, giró conmigo. Abracé a mis compañeras. Se alegraban por mí, pero al mismo tiempo estaban desilusionadas por no haber sido ellas las elegidas. También yo tenía sentimientos encontrados. Me sabía mal por ellas, pero yo me sentía feliz.

Llamé a mi familia y a Sofía. Llamé a Daniel, que se volvió loco de contento. Lo tenía todo. Estaba en lo más alto. Y las caídas desde lo más alto son demoledoras.

Estrenamos *La Bella Durmiente* y él vino a verme a una de las representaciones. Se escapaba a París siempre que podía y se quedaba todo el tiempo que podía, que nunca era tanto como nos hubiera gustado. Y luego yo me iba de gira. Volvía a Madrid en verano, cuando acababa la temporada. Volvía cuando me resultaba posible y estaba con él. El tiempo pasaba. Llevábamos dos años y medio de relación y seguíamos sin ver una solución posible a nuestro dilema. ¿Cómo vivir juntos si cada uno vivía y trabajaba en un país diferente? ¿Quién renunciaba? ¿Dejaba él su trabajo y venía a París o me marchaba yo? Finalmente llegué a la conclusión que más

sensata me pareció: era más fácil que yo pudiera entrar en una compañía de ballet en España que Daniel encontrara trabajo en París. Con su limitado nivel de francés lo tenía realmente complicado para encontrar un buen trabajo. Y yo no quería que terminara fregando por más que él dijera que no le importaba. Con el tiempo me culparía de haber tirado por la borda todo lo que había logrado, que no era poco. De modo que la última vez que vino a París se lo dije. Estaba plenamente convencida. Ya había preparado mi renuncia. En el tiempo que llevaba siendo primera bailarina en la Ópera de París me había hecho un nombre en el mundo del ballet. Seguramente no tendría problemas para bailar en España. Quizá en el Ballet Nacional. ¿Por qué no? No me importaba comenzar desde abajo si era necesario; tampoco era mi intención quitarle el puesto a nadie. Yo solo quería bailar. Muchas bailarinas se iban a otras compañías. ¿Por qué no yo? Ya llevaba casi un año siendo primera bailarina en la Ópera de París y ya iba siendo hora de que Daniel y yo formalizáramos nuestra relación. No podíamos pasarnos la vida de acá para allá separados por más de mil kilómetros.

En su última visita, le dije que volvía a Madrid. Le dije que renunciaba a mi puesto. Protestó. Ya lo creo que protestó. Pero estaba decidida.

—Presentaré mañana mi renuncia y me vuelvo contigo a Madrid —le dije, zanjando el asunto.

Él tenía que irse al día siguiente. Le seguían llamando de la agencia de publicidad. Tenía un futuro prometedor por delante.

—No puedes hacer eso —replicó.

—Sí que puedo.

—¿Y qué harás en Madrid? ¡Eres primera bailarina!

—Bailaré en Madrid. No me supondrá ningún problema.

—¡Empezarás de cero!

—No me importa empezar de cero. Quiero bailar. Y quiero estar contigo.

—No puedes hacer eso —repitió.

—¿Por qué no?

Entonces pareció dudar, debatirse. Y me mostró su verdadera cara. Al menos en ese momento le pudo la decencia y por una vez fue honesto conmigo.

—Yo... No puedo dejar que lo hagas. No... Oye, ha estado bien, ¿vale? Ha sido divertido. No pensaba llegar tan lejos, pero estás en París y... Estaba bien salir contigo y venir a verte y salir por Madrid... Joder, patito,

eras la chica inocente y... Me gustaba acostarme contigo. Pero no pensarás que...

—¿Qué estás diciendo? —musité sin poder creer lo que oía.

—No puedo seguir con esto, Alex. No puedo permitir que dejes la compañía de ballet por nada en realidad. Siento no haber sido claro contigo desde el primer momento; solo quería pasarlo bien y pensé que tú... Joder, no pensé que quisieras algo serio, ¿vale? Te quiero, pero lo de «para toda la vida» no va conmigo.

—Eras tú quien quería dejarlo todo y venir a París. Eras tú quien quería vivir conmigo —balbucí con la voz entrecortada por las lágrimas que hacía todo lo posible por no derramar.

—Era hablar por hablar. No creí que te lo tomaras en serio. Debí haberlo imaginado. Lo siento, Alex, pero tengo que ser sincero contigo. Yo no quiero lo mismo que tú. No te quiero como tú a mí. No como te mereces. Es mejor dejarlo aquí. Ha sido bonito; nos lo hemos pasado bien, pero... Yo no quiero algo formal. No quiero vivir contigo. Lo siento.

Capítulo 28

Daniel

—Serás gilipollas... —masculla Rodrigo cuando termino de contarle lo que pasó entre Alexandra y yo aquella noche.

—Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le temblaba el labio. No me dijo nada. Solo bajó la cabeza y se fue. La vi marchar encogida en su abrigo, llorando, supongo. No podía dejar que abandonara la Ópera de París. Estaba decidida. No podía dejar que lo hiciera y fue lo único que se me ocurrió. Ella tenía razón. Tenía toda la lógica del mundo. Ella podía bailar en el Ballet Nacional o en cualquier otro ballet de España mientras que yo no tenía nada que hacer en Francia. Pero no podía dejar que lo hiciera. No podía. Era primera bailarina. ¿Sabes lo que luchó por ello? —Rodrigo asiente con la cabeza, despatarrado en el sofá—. No podía dejar que lo hiciera —repito como si fuera un mantra.

—¿Por qué no te fuiste tú?

La voz de la razón.

—Porque tenía una campaña pendiente que no podía dejar. Y porque fui un puto cobarde y un egoísta. A última hora tuve miedo. Ella estaba dispuesta a dejar a un lado su sueño por una vida conmigo y yo me acojoné. Solo se me ocurrió alejarla de mí.

—Dejarla dirás. —Joder, cómo escuece—. ¿Y por qué no la llamaste después si te habías arrepentido?

—Es que no me había arrepentido. Bueno, sí, me arrepiento cada día. A cada minuto. Pero si hubiera reulado, ella se habría ido de la compañía y...

—

... y no podías dejar que lo hiciera –termina Rodrigo por mí. A lo mejor me repito mucho—. Coño, Dani, era su decisión.

–Era injusto para ella. Era una locura.

–Era lo más razonable.

–¡Era primera bailarina! No me hubiera perdonado jamás truncar su carrera.

–¿Ella o tú?

–Yo. Ella. Los dos. Cada vez que hablábamos deirme yo, terminábamos discutiendo. Ella tenía razón. Tenía razón. Yo siempre habría sido un pringado en París y ella habría podido triunfar en España, pero no pensaba correr ese riesgo.

–Y la dejaste –concluye Rodrigo.

Asiento.

–No contesté a sus llamadas. Ni a sus mensajes. Y al final le mandé un WhatsApp diciéndole que no me molestara más y la bloqueé –digo.

Y lloro como una niña. Lloro mientras Rodrigo permanece impasible sin decir una palabra, asimilando lo que le acabo de contar.

–Ella era primera bailarina y yo no era nadie –murmuro cuando al fin puedo articular palabra—. Solo un lastre para ella.

–Un idiota es lo que eres.

También.

–¿No has pensado en buscar ayuda? –pregunta Rodrigo.

–Que no soy alcohólico, coño.

–Me refería a un psicólogo.

–Vamos, Rodrigo, no me jodas...

–No, si jodido ya estás.

Sorbo los mocos. No tengo pañuelos a mano. Pero Rodrigo está en todo y me lanza al regazo un paquete de kleenex que tenía sobre la mesita de la sala.

–Gracias –murmuro.

–¿Por qué no se lo dijiste a tu familia? –pregunta.

–¿Estás de broma? ¡Se lo habrían dicho a Alex! Y la primera, mi hermana. Mi hermana me odia.

–Alex es su amiga y tú la dejaste tirada y le partiste el corazón. Lo pasó mal, Dani.

–Ya lo sé. Ahora ella también me odia.

—Te lo has ganado a pulso.

—Lo hice por amor.

Probablemente sea lo más patético y lamentable que alguien haya hecho por amor, pero aparté a Alexandra de mi vida porque la amaba. Dejé que pensara que me había burlado de ella, que solo la había utilizado para divertirme. Dejé que pensara que era un cabrón y un miserable. No podía flaquear o se daría cuenta de mi farsa. Y estaba tan dolida, tan hecha polvo que ni siquiera se planteó que yo estuviera intentando evitar que dejara el ballet de París. No podía descubrirlo de ningún modo. Y no lo descubrió. Si yo tenía que quedar como el malo de la película, que así fuera.

Rodrigo está flipando. Él, que tiene palabras para todo, no sabe muy bien qué decir esta vez.

—No se te ocurra decírselo a Sofía —le advierto.

A lo tonto, a lo tonto, terminaron haciéndose amigos y no quiero que en un arrebato de caballerosidad y compasión, Rodrigo le cuente la verdad a mi hermana. Él frunce el ceño, ofendido.

—¿Quién te crees que soy, la portera del barrio?

—Perdona.

—Joder, Dani...

—Ahora es Alexandra Velasco, *prima ballerina* de la Ópera de París. Hablan de ella en las revistas especializadas.

—¿Qué sabes tú de las revistas especializadas?

—Me las compro si sale ella. —Rodrigo abre los ojos como platos. No quiere reírse, pero no puede evitarlo—. ¿Qué pasa? Hay tíos que compran porno. Yo compro revistas de ballet.

—Lo tuyo es peor. Mucho peor.

—La sigo por Facebook con un perfil falso —confieso—. De chica.

Rodrigo deja de reírse. Veo pena en su mirada. Es que realmente doy pena. Todavía guardo sus fotos. Los *selfies* que nos hicimos. Todavía puedo pasar horas mirando su carita cándida y sonriente con las mejillas sonrosadas por el frío. He descargado algunas de internet. Fotos donde está vestida con su tutú. Bella. Llena de una hermosura que irradia desde dentro de su ser. Ella baila. Baila sin saber que la amaré siempre.

La vida sigue igual, como decía Julio Iglesias, solo que la mía es una mierda. Sigo con los espectáculos de *striptease* con mis compañeros y con mi trabajo como modelo de lo que haga falta, eso sí. Me distrae. Evita que piense. Salgo con chicas y me acuesto con ellas. Ninguna me dura más que un pirulí a la puerta de un colegio. Ninguna me llena. Son orgasmos vacíos. Últimamente salgo con una que se llama Virginia. Estamos ahí de tira y afloja. Supongo que somos algo así como amigos con derecho a roce. Es morena, de pelo liso y tiene un tipazo, pero cuando follamos no puedo evitar recordar el cuerpo menudo de Alexandra, su piel suave y el pelo revuelto que no le importaba tener que desenredar después.

Claudia, que ya me detestaba después de nuestra ruptura cuando comencé a salir con su hermana, ahora me odia directamente. Ni me mira. Me vuelve la cara si me la cruzo por la calle. Ahora tiene motivos. Por muchos celos que haya sentido hacia Alexandra, sigue siendo su hermana. Y sé que Alexandra ha sufrido mucho por mi culpa. Lo sé por Sofía, que no se ha cortado ni media en decirme todo lo que pensaba de mí. Y todavía me duelen sus palabras. Mis padres se sintieron decepcionados. Muy decepcionados. «¿Cómo has podido hacer una cosa así, Dani? Alex es una buena chica. No se lo merecía». Como si no lo supiera. Pero me mantuve en mis trece. Me disculpé mil veces. Me disculparé otras mil. Mi único consuelo es ver dónde ha llegado. Lo recuerdo cada vez que flaqueo y quiero gritarle al mundo que la quiero y que yo solo quería impedir que dejara la Ópera de París al precio que fuera.

Héctor, el hermano mayor de Alexandra, estuvo a punto de partirme la cara en una ocasión. Nos encontramos en un bar, me agarró de la pechera de la camisa y me estampó contra la pared, recriminándome que hubiera tratado así a su hermana. Levantó el puño para golpearme y todo, pero Laura, su novia, lo impidió.

—Déjalo, Héctor —le dijo poniéndole la mano sobre el brazo levantado—. No merece la pena.

Me dirigió una mirada desdeñosa y él me soltó con el desprecio que se suelta la basura maloliente.

—Eres un hijo de puta —masculló.

Y me volvieron la espalda los dos. La familia de Alexandra no es que esté muy contenta que digamos. Creo que la relación entre sus padres y los míos se ha enfriado un poco, por lo cual también me siento culpable. Mis

padres me echaron una bronca de antología. Mi madre lloró y todo. A estas alturas creo que me han perdonado. La que no va a perdonarme jamás es mi abuela. Es la que más pena me da porque tiene una edad. A ella le contaré la verdad dentro de unos años, si quiere escucharme. No quiero que se muera pensando que soy una mala persona y un desalmado. Aunque a lo mejor me muero yo antes. Ganas no me faltan a veces.

Sofía trae hoy un invitado a comer. Los domingos comemos en familia. Yo estuve meses sin ir a casa de mis padres a comer por el mal rollo y las malas caras, pero mi madre se plantó y me dijo que no iba a consentirlo. Por más insensible y superficial que fuera, seguía siendo su hijo. Me lo soltó tal cual sin anestesia ni nada. No me importó mucho porque me había dicho cosas peores. Sofía no me habló cuando volví y ahora solo me dice lo justo. Si le pregunto algo contesta con gruñidos y frases cuanto más escuetas mejor. Y me evita siempre que puede. Lleva una temporada saliendo con un chico, que por lo que sé es un compañero de la facultad al que ha llegado la hora de presentar a la familia. Me alegro de que Sofía me siga considerando al menos de la familia. Está cursando el último curso de Física y después hará un máster de Astrofísica. Es lista. Siempre lo ha sido. Y sigue jugando al rugby.

No pasa mucho tiempo hasta que Sofía llega con un chico más alto que ella pero más bajo que yo, que mido uno ochenta y cuatro. Es delgado y moreno, con el pelo algo largo y desgredado y tiene gafas de pasta. Parece el típico científico despistado o el empollón de la clase. O una mezcla de ambos. Tiene sonrisa fácil y parece majó. Me pregunto si Sofía le habrá contado a Alexandra que tiene novio. Sí, claro que se lo habrá contado, pienso con amargura. Son superamigas, ¿cómo no se lo va a contar? Sofía presenta a su chico a nuestros padres. Se llama Marcos. Él da dos besos a mi madre y le da la mano a mi padre, con las formalidades de rigor. Encantados de conocerte y bla, bla, bla.

–Y este es Dani, mi hermano –dice Sofía como con desgana.

Si Marcos ha notado algo, disimula que da gusto. Nos estrechamos las manos.

–¿Qué tal, tío?

—¿Qué hay? Bienvenido a la familia —contesto—. Así que tú eres el novio de mi hermana...

Sofía me fulmina con la mirada. ¿Qué coño he dicho ahora? Marcos se sonroja un poco, pero sonrío.

—Sí —contesta con naturalidad, pasando el brazo alrededor de los hombros de Sofía en un gesto afable—. Teníamos asignaturas comunes e hicimos juntos un trabajo de física de fluidos. Aprobamos con nota, ¿verdad? —dice mirando a Sofía, que asiente—. Nos hicimos amigos y al final ya ves.

¿Física de fluidos? Vaya. Supongo que la física de fluidos es algo más complejo de lo que yo me estoy imaginando, pero mejor no hago ningún chiste fácil y estúpido al respecto y mantengo la boca cerrada.

El tal Marcos es agradable. A los cinco minutos de llegar ya tiene a mis padres en el bolsillo. Bueno, y a mí. Mira a mi hermana como supongo miraba yo a Alexandra y, aunque me alegra ver que no puede ocultar su amor por ella, me entristece verme reflejado en él.

Comemos en la cocina. Solo comemos en la sala en las ocasiones especiales y no es que la visita de Marcos no sea especial, pero si va a integrarse, mejor que lo haga cuanto antes y se acostumbre a estar apretujado en la mesa de la cocina. A Alexandra nunca le importaba. Vino a comer montones de veces. Para Sofía era una hermana y para mis padres, otra hija. Pero Alexandra ya no viene. No volverá.

Me pregunto qué pensaría yo de Marcos si le hiciera a Sofía lo que yo le hice a Alexandra y me golpea la rabia. No le perdonaría jamás si la hiciera sufrir dejándola después de decirle de forma más o menos fina que había estado riéndose de ella todo el tiempo que estuvieron juntos. Ni aunque lo hiciera por amor y fuera mentira. No le perdonaría que la hiciera llorar, que la hiciera desgraciada. De pronto algo hace click en mi cerebro y veo las cosas desde otra perspectiva. Yo no me había puesto nunca en el lugar de toda la gente que quería a Alexandra. Comprendía que la apoyaran y que me despreciaran a mí, pero ahora...

—¿Estás pensando en clavarle a alguien el tenedor, Dani? —me pregunta mi madre con una mirada reprobadora.

Estoy empuñando el tenedor en vez de cogerlo como una persona normal.

—No —contesto.

Me voy pronto. No quiero hacerle un feo a Marcos y aguanto todo lo que puedo, pero quiero estar solo. ¿Y si el único modo de que mi hermana cumpliera sus sueños es que Marcos la dejara? De la ruptura se repondría por dolorosa que fuera, pero tal vez se arrepintiera toda su vida de haber renunciado a alcanzar sus metas. Supongo que al final sí perdonaría a Marcos.

Capítulo 29

Alexandra

Hoy estrenamos *El lago de los cisnes*. Soy Odette y Odile. El cisne blanco y el cisne negro. Los ensayos han sido tan excitantes como agotadores, pero todos estamos listos para meternos en nuestros papeles. La coreografía tiene fuerza, pasión. La obra tiene la delicadeza del ballet, pero está llena de energía. Y los espectadores no verán que tiene un final feliz hasta los últimos compases. El coreógrafo ha decidido hacerlos sufrir un poco.

El Palais Garnier está lleno. Hemos colgado el cartel de «no quedan localidades». Estoy algo nerviosa, pero siempre lo estoy antes de salir a escena. Marie es uno de los cisnes. Tiene un papel destacado entre ellos; forma parte en la danza de los pequeños cisnes junto a otras tres compañeras.

–Estás guapísima –me dice entre bambalinas.

–Tú también –contesto.

El vestuario es una delicia. Etéreo, romántico. Con un precioso tocado de plumas blancas y una discreta y diminuta pedrería en mi caso. Comprobamos por enésima vez que llevamos bien atadas las zapatillas, que les hemos puesto suficiente resina. Calentamos. Los bailarines que abren el primer acto van a sus puestos. La música comienza. Y se abre el telón. Yo no salgo hasta el segundo acto, cuando Sigfrido –interpretado por el siempre maravilloso Gaspard– vaya al bosque a cazar y se encuentre nada menos que con una princesa encantada convertida en cisne de la que se enamorará.

Bailo con Gaspard. Pido piedad a Rothbar, el brujo, le ruego que deshaga el hechizo, pero él desoye mis súplicas. Me recuerda un poco al cabrón de Daniel. No sé por qué le llamé. No sé por qué casi le supliqué. Lo bueno es que bajo los siniestros ropajes de búho de Rothbar se esconde alguien tan afable como Étienne, al que le encanta hacer de malvado. El escenario se llena de cisnes blancos y bailo y bailo con el príncipe que romperá la maldición porque me ama.

El tercer acto se abre con el baile de palacio en el que Sigfrido debe elegir esposa. Danzan y se divierten. Candidatas no le faltan. Pero el brujo tiene que liarla y aparece con su hija, Odile, transformada en la viva imagen de Odette con el fin de que Sigfrido rompa su promesa de amor. Me encanta interpretar a la dulce Odette, pero siento una gran satisfacción y un placer inmenso interpretando a Odile, el cisne negro, la mujer que encandilará a Sigfrido y hará que este olvide a Odette el tiempo suficiente como para condenarla a morir. Ella intenta advertirle, pero es inútil. Sigfrido pide al brujo la mano de su hija y este no duda en aceptar. Es el fin de la princesa encantada.

Se oye un trueno y todo se oscurece. Sigfrido se da cuenta de lo que acaba de hacer. Arrojo con desprecio a sus pies el ramo de flores que me ha entregado y él corre en busca de su amada. De su verdadera amada.

Vuelvo a cambiarme de ropa antes del cuarto acto, en el que vuelvo a ser Odette. Volvemos a la orilla del lago, donde los cisnes intentan consolarme. Sigfrido no conocía los perversos planes de Rothbar. Pero ya no tiene remedio. Rothbar entra en escena y reclama su triunfo. Bailo con él. Me alza, me hace girar en sus brazos. Ha vencido. Sigfrido llega corriendo, buscándome y me pide perdón. Me jura su amor eterno y yo le perdono. Pero el perdón llega acompañado de mi muerte, de la muerte de los cisnes. Sigfrido, desolado, se inclina sobre mí. Rothbar vuelve a escena. Quiere restregarle a Sigfrido su victoria. Este le desafía y luchan. El enfrentamiento es impetuoso, arrebatado. La danza que ejecutan Gaspard y Étienne es espectacular. Estoy segura de que tienen al público con el alma en vilo, pero no puedo verlo. Finalmente, Sigfrido vence a Rothbar y corre hacia mí. Me coge en sus brazos y yo comienzo a despertar, roto el hechizo. Sigfrido y yo bailamos. También los cisnes bailan, alborozados, ya en su forma humana. Y al final Sigfrido me estrecha en sus brazos. El amor ha triunfado. La música termina y cae el telón.

Los aplausos atruenan en la Ópera de París. El telón vuelve a subir y los bailarines salimos a saludar. Empieza el cuerpo de baile y poco a poco van saliendo todos según su protagonismo. Los últimos somos Gaspard y yo. Los aplausos se redoblan. Veo a gente secándose las lágrimas. Gaspard se inclina y yo hago una reverencia. Retrocedemos y baja el telón, pero los aplausos continúan y cobran fuerza al ver que los cortinajes rojos se alzan de nuevo. Volvemos a saludar. El público nos ovaciona y yo contengo la emoción. Gaspard me da un suave apretón en la mano y me sonríe. Y tras los últimos saludos y las últimas reverencias, el telón cae hasta la siguiente función.

El coreógrafo, Jerome, va a estallar de la emoción. Corretea de acá para allá como una gallina sin cabeza felicitándonos a todos. Géraldine, la directora, permanece impasible. Ella siempre espera la excelencia y no se muestra impresionada. Gaspard me abraza y también lo hace Étienne. Nos permitimos unos minutos de entusiasmo y celebración.

—¡Alex!

Marie se acerca corriendo y las dos nos abrazamos como colegialas. Nuestra función ha sido un éxito.

En el camerino me encuentro con un hermoso ramo de flores que alguien ha enviado acompañado de una tarjeta. A veces algún admirador me envía flores, pero este ha tirado la casa por la ventana. Cojo la tarjeta para ver de quién puede tratarse. «*Magnifique. Votre admirateur passionné*». Su más ferviente admirador. La firma Jean-Luc Dupont. Me sorprende el nombre. Jean-Luc Dupont es un famoso actor francés que últimamente está en boga. Aunque también es posible que se trate de una casualidad. Al fin y al cabo, es un nombre bastante corriente.

—¿Cuántos Jean-Lucs que puedan permitirse un ramo así conoces tú? —me dice Marie durante la cena cuando comento que puede que se trate de una simple coincidencia.

—Pues... No sé... —murmuro—. Ninguno.

—Es él. Seguro —afirma Marie—. «Su más ferviente admirador». Eso es que le gustas.

—Solo me admira, Marie —replico.

—Es guapísimo.

—Es un finolis pijo y relamido que regala flores muertas —interviene Maggie, recibiendo una mirada de las más ceñudas que le he visto a Marie.

Yo intento contener la risa mientras procuro que la sopa no se me vaya por mal sitio y me atragante.

—¿Qué vas a saber tú de finura, oh, basta guerrera de las Highlands? —le increpa Marie.

—Precisamente por eso soy una experta. Reconozco a un finolis a tres millas de distancia —declara la escocesa.

—Por favor... —gruñe Marie, exasperada.

—Maggie tiene algo de razón —digo—. Las flores son muy bonitas, pero están muertas.

—Podría haberte regalado bombones —dice Maggie.

—¿Estás de broma? ¿Bombones? —se escandaliza Marie.

—Se comen. Y están ricos.

—Y tienen millones de calorías. Y engordan.

—A Jerome le daría un síncope si alguien nos trajera bombones —añado.

—Podría comérselos él. Un par de kilos más le vendrían bien para que no se lo llevara ningún vendaval.

Marie y yo nos echamos a reír. Maggie está trabajando en una nueva colección. Sacó su vena escocesa y volvió a levantarse después del golpe sufrido tras las críticas que tuvo en su primer desfile. Ahora sus modelos son mucho más bonitos, aunque ella dice que todavía tiene que dar la campanada. Algún día sus diseños dejarán a la gente con la boca abierta. «Pero en el buen sentido», dice.

Las noches de éxito se suceden y los ramos de Jean-Luc Dupont también se suceden. Ya no son tan ostentosos como el primero, pero después de cada función siempre me encuentro con un ramo suyo en el camerino. Mis compañeros cotillean a gusto.

—Al menos no te trae bombones —dice Jerome, que no entiende el ataque de risa tonta que le da a Marie—. No tiene gracia, Marie —gruñe.

Esta noche, antes de cambiarme, alguien llama a la puerta. Géraldine asoma la cabeza.

—Tienes visita —cuchichea—. Ha venido Jean-Luc Dupont. El actor. Quiere saludarte. ¿Le digo que pase? No puedes decir que no después de los ramos

que te ha mandado. Ha debido de dejar sin existencias a todas las floristerías de París –añade.

Asiento, dispuesta a recibirle, y Géraldine desaparece tras la puerta. Al poco tiempo vuelven a llamar.

–Adelante –digo con voz firme.

Jean-Luc Dupont entra con aire tímido y diría que algo nervioso. Sonríe. Yo me levanto de mi asiento y voy hacia él.

–Señorita Velasco –dice galante–. Un placer conocerla.

Toma mi mano y la besa y yo resisto el impulso de hacer una reverencia como si estuviera en el ballet.

–El gusto es mío –digo–. Gracias por las flores.

–Oh, no hay de qué. Ha estado maravillosa.

Alaba la obra y mi actuación. Resalta una belleza que no creo tener, pero no le digo nada; parece entusiasmado. Reconozco que he visto alguna película suya, pero ya no voy al cine con la asiduidad de antes, de modo que en temas del séptimo arte no estoy puesta al día. Él ríe y le quita importancia. Solo es un actor, declara con humildad.

–No quiero robarle más tiempo; veo que aún tiene que cambiarse –dice–. Me gustaría llevarla a cenar –propone–. Nada serio; solo una cena entre amigos. ¿Qué me dice?

Es encantador. Educado. Y Marie tenía razón: es muy guapo. Alto, delgado, rubio y con los ojos verdes. No es de extrañar que levante pasiones. Lo que realmente quiero es irme a casa, ponerme el pijama y las zapatillas y sentarme un rato en el sofá a ver la tele con mis compañeras de piso, pero algo en la actitud de Jean-Luc me impulsa a aceptar su oferta. Es simpático y me siento cómoda hablando con él. Además, no salgo con nadie desde que Daniel me dejó. Creo que ya es hora de empezar a disfrutar un poco de la vida. Solo es una cena informal. Así que acepto. Él sonríe complacido.

Me espera fuera mientras me cambio de ropa. Lo que llevo puesto no es muy elegante, pero mejor así. No quisiera darle la idea de que pretendo impresionarle ni nada de eso. Aunque ya parece impresionado sin que yo haya hecho nada más que bailar. Antes de que se me olvide, le mando un WhatsApp a Marie diciéndole que salgo a cenar con él. No obtengo respuesta, aunque veo que lo ha leído. En su lugar, Marie irrumpe en mi camerino.

–¿Vas a cenar con Jean-Luc Dupont?! –me suelta–. Ya aprovecha y te das una alegría.

–No quiero darme una alegría, Marie –contesto–. Solo vamos a cenar y charlar un rato en plan amigos.

–¿No piensas beneficiártelo?

–No.

–¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con alguien?

–Tanto que vuelvo a ser virgen.

–Bueno, tú pásalo bien. Te espero en casa con Maggie para que nos des el parte. Con detalles.

–Sois un par de cotillas –replico.

–El cotilleo es la sal de la vida.

Marie me da un beso en la mejilla y se marcha tan rápido como ha venido.

Jean-Luc me hace sentir segura, confiada. Es un hombre educado de trato exquisito y no puedo evitar compararlo con Daniel, aunque sé que no debería. Daniel es el pasado. Un pasado dañino y humillante al que no pienso volver. Vamos a un restaurante japonés a comer sushi. Yo no lo había probado hasta ahora, pero está delicioso. No he conseguido hacerme con el manejo de los palillos y el camarero ha tenido la amabilidad de traerme cubiertos. Había jurado no volver a confiar en los hombres, pero Jean-Luc consigue que me relaje. No todos son iguales. Aun así, una parte de mí mantiene la guardia alta.

Pese a mis reticencias, ha sido una velada maravillosa. Jean-Luc me acompaña al edificio donde vivo y me pide el número de teléfono. Dice que podríamos quedar otro día y dar un paseo por París. Tal vez tomar un café. No puedo decirle que no a un paseo por París. Ni a un café. Ni a una conversación interesante como la suya. De modo que le doy mi número. Él me hace una llamada perdida.

–No creas que es para asegurarme de que no me has engañado –bromea–. Solo quiero que tú también tengas mi número.

Nos despedimos hasta la próxima vez. Jean-Luc vuelve a besar mi mano. Queda un poco anticuado, pero resulta extrañamente cortés.

–¿Te ha besado la mano en plan hortera en vez de comerte la boca?! –se escandaliza Maggie.

–Ha sido galante, Maggie –replico–. Y muy educado.

–Educado... Con la falta que te hace un buen polvo...

–¡Pero mira que eres bruta!

Quiero sonar enfadada y ofendida, pero no lo consigo. En lugar de eso me echo a reír. Jean-Luc me gusta y que no me haya besado ni haya querido acostarse conmigo la primera vez que hemos salido dice mucho en su favor.

–¿Va a haber segunda cita? –pregunta Marie, interesada.

–Me ha pedido mi número, así que imagino que sí.

–¿Y qué haréis? ¿Pasear a orillas del Sena cogidos del brazo? ¿Iréis al museo del Louvre a ver obras de arte? –se burla Maggie.

–Creo que iremos a tomar un café y puede que a dar un paseo, sí –contesto.

Maggie resopla y Marie ríe.

–Es un muermo –dice la primera.

–Es interesante –rebate la segunda.

–Ni siquiera la ha besado –replica Maggie.

–Sí la ha besado. En la mano.

–Como en el medievo. ¡Qué hortera!

No nos quedamos debatiendo mucho tiempo. Mañana hay que levantarse temprano. Una vez en la cama pienso en Jean-Luc. No puedo decir que esté enamorada, pero me atrae. Y creo que le gusto. A lo mejor él puede darme la felicidad que Daniel me arrebató. Por primera vez veo que estoy abierta a conocer a un hombre. Por primera vez desde que me dejó vuelvo a sentirme ilusionada.

Capítulo 30

Daniel

He vuelto a París. Quiero verla aunque sea de lejos. Quiero verla sin que ella me vea. Igual es que estoy un poco obsesionado, pero es que necesito verla. Moriré si no la veo. Y para verla sin que ella se dé cuenta de que estoy allí, el mejor sitio es la Ópera de París. Tengo una entrada para ver *El lago de los cisnes*. Ella es la primera bailarina, así que no tendré ningún problema para distinguirla de las demás. A Virginia, con la que estoy más o menos saliendo, le he contado una milonga sobre que tenía que ir a Barcelona a hacerme unas fotos para una nueva campaña. No ha puesto pegas. Solo ha comentado que al menos no era un *striptease* y lo ha dejado correr.

La primera vez que vine fue para decirle que la amaba. La última, para dejarla. Y para dejar aquí mi alma. Mi vida entera. Espero a que se abra el telón y aguardo impaciente a que el príncipe y sus amigos dejen de correrse la juega padre y se vayan a cazar cisnes, cosa que no me parece bien, pero bueno... Era otra época. Mi corazón late más fuerte cuando se acerca el momento en que Alexandra sale a escena. Y ahí está, vestida de blanco, con un tocado de plumas y el pelo dorado recogido en el moño prieto de siempre. Tan bella que me cuesta respirar. Baila con Gaspard y todo el mundo los mira embelesado. La forma en la que se mueve, el grácil movimiento de sus brazos, sus manos... Como alas de cisne. Preciosa. Preciosa del todo. Solo tengo ojos para ella. En realidad no me importa el ballet; solo quiero verla a ella.

Si como cisne blanco está arrebatadora, como cisne negro embruja. Encandila al panoli del príncipe, lo hace caer a sus pies para luego

rechazarlo y burlarse de él. Ha dejado de parecer una delicada bailarina para volverse poderosa. Me da que le tira el ramo de flores que él le ha dado con bastante mala baba. El príncipe se da cuenta tarde de lo que ha hecho – como todos los tíos– y corre hacia el lago de los cisnes en busca de la mujer que ama. Ahora seguro que luchan contra el brujo y se rompe la maldición. Bailan y bailan. Ella le perdona. Pero entonces, cuando creo que todo va viento en popa, el cisne cae entre los brazos del príncipe. Todos los cisnes mueren. Pero los cisnes no se pueden morir, ¿no? El príncipe deja a Odette en el suelo. Muerta. Joder, ¿se ha muerto el cisne? Sí que tienen mala hostia en esta compañía. Ella muere porque él es un gilipollas que juró amarla y le dio la puñalada traperera a la primera de cambio. Como alguien que yo me sé. Se me caen las lágrimas, y no soy el único. La gente se limpia la nariz discretamente mientras Gaspard baila en el escenario, moviéndose entre los cisnes inertes y haciendo gestos de desesperación. Y entonces llega el brujo. Me imagino que el brujo matará al príncipe y esto va a terminar con él muerto al lado de Odette. Joder, qué triste. Alucino con la coreografía que han preparado para Gaspard y el bailarín que interpreta al brujo. En plan Chuck Norris, pero en fino. El principito está acabado. Pero se repone y echa toda la carne en el asador. Total, no tiene nada que perder... La lucha está reñida, pero finalmente el príncipe derrota al brujo, que también cae muerto. Me pregunto si van a dejar a alguien vivo en la obra. Ahora igual el príncipe se suicida como Romeo. Caramba con los franceses. Él va hacia la princesa cisne muerta y la coge en sus brazos. Oigo algún sollozo entre el público y a alguien sorbiéndose los mocos, que va muy bien con la música de Tchaikovsky. Alexandra permanece lánguida, con la cabeza y el cuerpo hacia atrás y los brazos caídos. Gaspard acaricia su rostro como yo quisiera hacerlo. Y entonces ella mueve un poco los brazos y se incorpora lentamente. También los cisnes empiezan a despertar. Ya en pie, Odette baila con el príncipe, rota la maldición. Bailan rodeados por las damas del reino, que ya no son cisnes. Y la gente ahora llora más que antes, emocionada. Gaspard y Alexandra giran y hacen piruetas. Él la alza, feliz de tenerla. Y ella sonríe. La veo sonreír desde aquí. Al final él la refugia entre sus brazos, ella se recuesta en él y baja el telón al tiempo que los aplausos del público se vuelven ensordecedores.

La primera vez que vi a Alexandra interpretar a Odette fue en la función de fin de curso del Conservatorio Profesional de Danza en Madrid, que

estuvo muy bien y me emocionó y todo, pero desde entonces hasta ahora... Es impresionante lo que ha mejorado, lo buena que ha llegado a ser. La gente aplaude y Alexandra y Gaspard saludan una y otra vez. Él se inclina con elegancia y ella hace una graciosa reverencia. La reina de los cisnes. El telón se baja para no volver a subir. Se ha terminado y yo siento una extraña tristeza. Antes iba a esperarla a la salida y la abrazaba, y ella reía. Pero ya se acabó. Ahora ya solo podré verla brillando en un escenario. Está tan lejos de mí como una estrella. Aun así no puedo evitar ir hacia la salida de los artistas como antes para verla de lejos. Para verla salir. Lo bastante lejos como para que ni ella ni Marie ni ninguno de los bailarines que me conocen puedan verme.

Hace frío, pero no me importa. Me rebuso en la chamarra, envuelto en la bufanda. Es una suerte que sea invierno porque así la misma ropa me camufla. Hay un montón de gente vestida igual que yo pululando por aquí y no llamo la atención plantado como un pasmarote. Espero pacientemente para verla tan solo unos segundos. Tarda. Tiene que cambiarse, soltarse el pelo... Y siempre se queda charlando con sus compañeros.

Ahí sale... Mi corazón late con fuerza, pero de pronto se para. Va acompañada de un tipo que me resulta vagamente familiar, pero no sé de qué. Parecen amigos. Él le ofrece el brazo y ella se lo coge. Y se alejan andando hacia el parking de la Ópera de París. Vaya. Eso es que se van a algún sitio. A cenar seguramente, dada la hora que es. Siento que unos celos amargos me corroen. ¿Qué derecho tengo yo a sentir celos? La dejé. La dejé y me aseguré de herirla y de apartarla de mi vida. Y ahora me ha olvidado y está con otro chico. Tiene todo el derecho del mundo a hacerlo. Es lo que debía hacer. Pero yo siento celos y no puedo evitarlo. Una parte de mí quiere correr hacia ella y decirle por qué lo hice, decirle que todavía la quiero. Pero no puedo. Es primera bailarina. Este es mi precio a pagar.

Me quedo un rato en el sitio. Un buen rato. Con la mente vacía y sin reacción. Como cuando ella se fue. Me quedé junto al puente viéndola alejarse. Me quedé allí horas que me parecieron una vida hasta que se me acercó un policía a preguntarme si todo iba bien. Yo mentí y le dije que sí y él me recomendó amablemente que me fuera a mi hotel. Era tarde y las calles no eran del todo seguras. Si pensó que el maleante podría ser yo, se guardó de decirlo. Le di las gracias y me fui al hostel en el que me alojaba con un dolor dentro que aún no se me ha quitado del todo.

Y ahora estoy más o menos igual. Hace un frío que pela, así que una vez más vuelvo al hostel de siempre. No me importan las luces de París ni los bohemios ni los cafés. Y paso de la Torre Eiffel y de todo lo demás. No volveré a París. No pienso volver nunca. No sé por qué he venido esta vez. Tenía que llegar el día en que ella se enamorara, pero ¿por qué tenía que verlo yo? ¿Por qué esa casualidad? Había pensado que la vería marcharse con Marie, que irían las dos juntas riendo y comentando lo bien que les va en el ballet. También echo de menos a Maggie y Marie. Eran como hermanas para Alexandra y les tenía un gran afecto. Reñían siempre, nunca estaban de acuerdo en casi nada y se pinchaban constantemente, pero eran divertidas y buena gente. Me pregunto qué pensarán de mí.

Alexandra se ha enamorado. A lo mejor es solo un amigo, pero algo me dice que no. Y el pensamiento de que ella sea feliz con otro por un lado me alegra y por otro me consume de tristeza.

Las Navidades son una puta mierda. Nos vamos a Asturias a pasar Nochebuena y Navidad con la madre de mi madre. O sea, mi abuela Elvira, la que no me habla. Los demás, pasada la bronca que me fueron echando por turno, se han hecho cargo de que les ha tocado en suerte un sobrino o un primo imbécil. Pero mi abuela dice que además de un degenerado soy un mal hombre. Y eso sí me duele.

Mi hermana sigue saliendo con Marcos y si sabe algo sobre la relación de Alexandra con el desconocido ese, no ha dicho ni una palabra. Al menos a mí. Aunque es posible que toda mi familia esté en el ajo y no quieran decirme nada. No tengo mucha gana de fiesta y celebración y me dedico a beber hasta que mi madre me mira con mala cara y lo dejo. Tampoco pensaba emborracharme. De eso sí que no me faltan ganas, pero está visto que el exceso de alcohol me hace hablar más de la cuenta y no me conviene.

La Nochevieja la pasamos en casa los cuatro solos. Es decir, mis padres, mi hermana y yo. Mis abuelos por parte de padre murieron cuando Sofía y yo éramos unos niños y, aunque tenemos dos tíos y varios primos, no nos juntamos en Nochevieja desde que ellos ya no están. Tenemos una buena relación, pero cada uno va a su bola. Y para comer juntos cualquier día es

bueno. Mi familia materna es mucho más apegada y unas Navidades en las que no estemos todos es directamente impensable.

A Sofía después de las uvas le suena el móvil y, al igual que hizo en Navidad, se va a su habitación a hablar con quien supongo es Alexandra. Nunca habla con ella delante de mí. Y al salir de la sala me mira con ceño. Oigo su voz alborozada una vez ha cerrado a cal y canto la puerta de su dormitorio. No quiere que llegue a mí la menor onda de sonido proveniente de la voz de Alexandra. Alguna que otra vez le he preguntado cómo está, pero mi hermana se ha limitado a darme un corte del tipo «mejor ahora que no está con un cabrón».

Marcos viene a casa. Le invitamos a tomar algo y él acepta. Es un buen chaval. Está un rato con nosotros y después Sofía y él se van a celebrar el nuevo año por ahí.

—¿Tú no sales? —me pregunta Marcos.

—No, no. Yo no —farfallo—. Pasadlo bien.

Marcos nos vuelve a felicitar el año y se va con Sofía no sin antes ofrecerme una especie de sonrisa comprensiva. Imagino que mi hermana le tiene al corriente de los hechos.

—¿Tú no vas a salir? —me pregunta mi madre como si ahora mi respuesta fuera a ser otra. Casi parece retarme.

—No —murmuro.

Ella no dice nada, pero se la ve aliviada al ver que no pienso salir como el año pasado y volver a casa como una cuba. Me pasé el primer día del año pasado con un resacón de antología y mis poco compasivos padres.

Esta noche me quedo con ellos viendo la tele en plan ermitaño. No está mal. Los artistas cantan, bailan y en algunos casos dan la nota ajenos por completo al hecho de que yo he perdido al amor de mi vida. Yo creí que esto se me pasaría, pero me quema. Y tengo que aprender a vivir con ello.

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Dani? —me dice mi madre en tono reprobatorio—. No sé qué te pasa últimamente, pero te estás desmadrando más de lo habitual, que ya es decir.

—Pienso... —Carraspeo como modo de ganar algo de tiempo—. Pienso centrarme, mamá. Ha sido... una mala racha.

—Ya —gruñe ella nada convencida.

—Deja al chaval, Eugenia, que es año nuevo —intercede mi padre.

Le dirijo una mirada de agradecimiento. Ciertamente, tengo que centrarme. Estoy últimamente que no doy pie con bola y como siga así no podré seguir manteniendo mi farsa ante a mis padres durante mucho más tiempo. Todo va bien. No puedo estropearlo.

Sofía vuelve pronto a casa. Todavía no son las tres de la mañana. Anda procurando no meter ruido para no despertarnos. Yo no he podido dormir ni creo que lo haga. Me he quedado en casa de mis padres porque mañana – quiero decir luego– comemos juntos. Año nuevo, vida nueva. A lo mejor me planteo en serio mi relación con Virginia. Alexandra debe quedarse en el pasado y yo debo continuar. Yo lo quise así. Ahora no puedo lamentarme.

Capítulo 31

Alexandra

La temporada de ballet ha terminado. Nos merecemos un descanso, pero echo de menos todo el ajetreo de los ensayos, las coreografías y la vorágine que supone todo esto. Incluso echo de menos los nervios previos a la función. Y los aplausos.

Marie volverá a su casa y Maggie está preparando la colección otoño-invierno y no piensa irse a Edimburgo este verano. No se da un respiro. Trabaja lo indecible. Está muy ilusionada porque una famosa actriz, Isabelle Baudin, llevó uno de sus diseños al festival de Cannes el mes pasado. Fue compañera de reparto en la última película de Jean-Luc y se mostró interesada en ver sus creaciones, así que Maggie se las enseñó, más porque era amiga de Jean-Luc que porque creyera que estuviera verdaderamente interesada. Pero Isabelle se enamoró de uno de sus vestidos, uno negro de cuerpo ceñido con un finísimo encaje en las mangas largas y el escote y falda larga con mucho volumen. Maggie se había inspirado en nuestros tutús para diseñarla y era sencillamente espectacular. Todos los modelos de la alfombra roja palidieron al lado del vestido de Isabelle.

Jean-Luc me invitó a ir al festival, pero no pude. Tenía función en el Palais Garnier. Se mostró un poco contrariado; se suponía que yo tenía una sustituta por si se daba el caso de que no pudiera bailar. ¿Por qué no bailaba ella mientras yo estaban en Cannes?

—Porque no es serio, Jean-Luc —repliqué cuando me lo dijo—. Es mi trabajo igual que actuar es el tuyo. Tú no pedirías un doble para irte a un festival. Y yo no voy a pedir que me sustituyan en el ballet. Siento no poder ir contigo; me habría gustado. Pero esta vez no puede ser.

–Está bien; lo entiendo –razonó él–. Es solo que me hacía ilusión que vinieras.

–Seguro que hay alguna otra ocasión en la que pueda acompañarte.

Llevábamos saliendo desde el día en que había ido al camerino y me había invitado a cenar. Jean-Luc había derribado mis defensas y había evaporado mis temores. No había disimulado que le gustaba. Me había tratado como a una reina. Y él me fue gustando cada vez más. Y me enamoré. Teníamos nuestras rencillas y nuestras pequeñas discusiones, pero Jean-Luc era maduro y razonable, serio. Nada que ver con el cabeza hueca de Daniel.

Vuelvo a Madrid. Voy a pasar el verano con mi familia. Jean-Luc viene conmigo, aunque tendrá que marcharse dentro de una semana porque debe incorporarse a un nuevo rodaje. Es hora de las presentaciones oficiales. Mis padres y mis hermanos están deseando conocerle y él está un poco nervioso ante la perspectiva, aunque le aseguro que no tiene de qué preocuparse. Tal como había imaginado, se los gana en unos segundos. Tiene un *je ne sais quoi* que hace que caiga bien a todo el mundo. Que sea atractivo también ayuda. A pesar de todo, mi padre le mira con ojo clínico. No está dispuesto a confiar de buenas a primeras en un hombre que se acerque a mí después de lo mal que me lo hizo pasar el innombrable. Y tiene reticencias porque Jean-Luc es ocho años mayor que yo, que tengo veintidós, y para mi padre soy una niña mientras que él es un hombre hecho y derecho.

–Es una mujer, papá –me defiende Héctor–. Y ya no puede ser más madura.

Por supuesto, quedamos con Sofía y Marcos. Nos abrazamos y chillamos las dos a la vez, nos separamos para mirarnos y ver que somos realmente nosotras en carne y hueso y nos volvemos a abrazar mientras Marcos y Jean-Luc aguardan con toda su paciencia a que terminemos de saludarnos y los presentemos. Sofía está trabajando en el Centro Europeo de Astronomía Espacial. La admitieron para hacer prácticas y lo más probable es que se quede con ellos. Es feliz entre sus fórmulas, sus números y complejas ecuaciones. Es una jovencita Einstein, pero en guapa. Y Marcos está loco por ella. Es un chico que, aunque al principio resulta un poco tímido, una vez coge confianza se transforma en alguien alegre y conversador, con un encantador aire despistado. Según transcurre la tarde veo que es tal como

Sofía lo había descrito. Lee todo lo que cae en sus manos y sabe de todo. Es culto e inteligente. Como ella. Solo que él se olvida el jersey en el restaurante en el que cenamos, nunca recuerda dónde ha dejado las cosas y pierde las llaves constantemente.

En un momento en que los chicos están a lo suyo, le pregunto a Sofía por Daniel. Normalmente, cuando hablamos le suelo preguntar por su familia, pero nunca por él. A lo mejor ya va siendo hora de dejar a un lado el dolor y los rencores. Estoy bien con Jean-Luc y Daniel es parte de mi pasado. Y al fin y al cabo, sigue siendo el hermano de mi mejor amiga.

—Tan imbécil como siempre —es su respuesta.

Pestañeo ante su brusquedad y ella se da cuenta de que a lo mejor ha sonado más tajante de lo que pretendía.

—Está bien —dice ablandándose—. Sigue en el club y hace anuncios de vez en cuando. No le va mal. Ahora anda con una tía. A ver lo que le dura.

Le he evitado por todos los medios. El verano después de que me dejara como lo hizo solo vine a Madrid con mi familia cuando él se hubo marchado con la suya a Asturias. Pero no puedo estar rehuyéndole siempre. Es inevitable que me lo encuentre en algún momento, aunque he de reconocer que hago todo lo que está en mi mano por posponer ese momento lo más posible. Y voy y me lo encuentro en el supermercado, donde no tenía ninguna intención de entrar, pero estaba de tiendas y he pasado por delante y entonces me he acordado de que mi madre se estaba quejando en la comida de que se siempre se le olvida la sal y he pensado en hacer unas comprillas, ya que estaba... En qué hora se me ha ocurrido. He ido a coger unos envases de salmón ahumado, que está muy bueno, con una ensalada, y al doblar el pasillo con el carro allí estaba él, en el pasillo de las galletas. ¿Dónde si no, si es el Triki humano? ¿Y quién me mandaba a mí ir por la zona de las galletas si no voy a comprar galletas? Por un ínfimo instante siento el impulso de darme la vuelta y hacerme la loca, pero eso sería una estupidez propia de una idiota inmadura y yo no soy ni lo uno ni lo otro. Él acaba de meter en el carro un paquete de galletas rellenas de nata y su mirada se dirige hacia mí. Su rostro sin afeitar cambia de expresión y palidece un poco, como si hubiera visto un fantasma.

—Alex... —balbucea.

No sonrío. Y yo tampoco. Hubo un tiempo en que corría a sus brazos, pero ya no.

—Hola —le digo con toda la frialdad de la que soy capaz, que no es mucha para lo que pretendía.

Durante unos interminables segundos solo nos miramos. Daniel parece tener un dilema y yo no sé qué decir.

—¿Estás de vacaciones? —arranca él.

Es una pregunta tonta porque sabe de sobra que si estoy en Madrid es que estoy de vacaciones, pero imagino que es lo primero que se le ha ocurrido para romper el hielo. Yo asiento.

—He venido unos días —contesto—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Mucho mejor después de todo lo que lloré por tu culpa y agradecida de que en un arrebato de decencia me dejaras antes de que renunciara a mi puesto en la Ópera de París por ti. Pero no lo digo.

—Bien —respondo.

Daniel baja la mirada. A lo mejor lo que había pensado iba implícito en el tono.

—Me alegro de que te vaya bien —me dice volviendo a mirarme.

Parece sincero. Pero también antes lo parecía cuando decía que me quería.

—Gracias. ¿Y a ti cómo te va?

Se lo pregunté a Sofía, pero si le digo que su hermana me ha dicho que le va bien es como decirle que me he interesado por él y no quiero que lo sepa.

—No puedo quejarme —dice con una sonrisa forzada que no llega a sus ojos.

Siento una oleada de compasión. No parece muy feliz, aunque seguro que lo único que ocurre es que le avergüenza enfrentarse a mí después de lo que me hizo.

—Me alegro —le digo.

Hay un nuevo silencio. El silencio de dos personas que ya no tienen nada que decirse.

—Lo siento, pati... Alex. Siento mucho...

—Ya es un poco tarde para sentirlo —le interrumpo con sequedad, reanudando mi camino—. Que te vaya bien, Daniel.

Me voy sin mirar atrás a paso firme y con la cabeza alta. Digna. Nada que ver con la chiquilla llorosa que se alejó de él en París. Pero las lágrimas comienzan a asomarse a mis ojos, lo que me llena de rabia. Ha estado a punto de llamarme «patito».

–He comprado sal –anuncio al entrar en casa.

–¡Qué bien que te has acordado! Mira que voy a la tienda pensando en la sal y no hay manera de que me acuerde. Y al final nos quedamos sin sal. Bueno, ¿y qué te has comprado? A ver...

Le enseño un vestido largo de color blanco y estilo ibicenco, unos pantalones cortos vaqueros y unas cómodas sandalias.

–Es muy bonito –me dice extendiendo el vestido ante ella–, muy salado. Y casi tan blanco como tú, cariño. Deberías tomar un poco el sol.

–Soy de piel blanca, mamá. No me pondría morena ni en el horno. Y tampoco estoy tan blanca; solo lo parezco al lado de Claudia.

–Si es que una se pasa y la otra no llega –dice–. ¿Y a ti qué te pasa? Te noto un poco apagada. ¿Es por Jean-Luc?

Jean-Luc se ha ido esta mañana. Tiene que incorporarse al rodaje de su nueva película en Praga y yo me quedaré el resto del verano con mi familia hasta que llegue la hora de regresar a París, al ballet. Me habría ido con él, pero al fin y al cabo no vamos a poder estar juntos porque él va a estar trabajando todo el día, así que he preferido quedarme.

–No –contesto.

–¿Entonces?

–No me pasa nada. ¿Qué me va a pasar? Solo estoy cansada de dar vueltas; he recorrido medio Madrid.

–Alexandra, que te he parido y tienes cara de circunstancias. ¿Qué pasa? ¿Habéis discutido?

Suelto un largo suspiro. Cuando se pone en plan Colombo es insoportable. No va a parar hasta que le diga lo que me pasa, de modo que cuanto antes mejor.

–He visto a Daniel en el súper –le digo.

–Ah. ¿Y te ha dicho algo?

–No. Nos hemos saludado y ya está. Qué tal, bien, me alegro, adiós muy buenas.

- Ah. Está muy descentrado ese chico últimamente.
- Nunca ha estado centrado, mamá.
- Bueno, pues ahora menos. Su madre está desesperada.
- Normal. No debe de ser fácil tener un hijo idiota.
- Alex, no te pases.
- ¿Que no me pase? Todavía me he quedado corta.

Alguien acaba de entrar en casa dando un portazo e interrumpiendo nuestra conversación, cosa que agradezco porque esta empezaba a tomar un rumbo que no me gustaba nada.

–¡Ya estoy en casaaaa! –canturrea mi hermana. Un segundo después entra en la cocina–. ¡Oh, qué vestido tan bonito! –Lo coge y se lo pone por delante para ver cómo le queda–. Por cierto, mañana me acompañas a comprar un bikini nuevo –me dice.

–No quiero ir de compras contigo, Claudia –replico–. Con lo que tardas en decidirme con cada trapo me aburro un montón.

–No seas aguafiestas. Me acompañas y me dices cómo me queda. Y de paso te compras tú otro, que el domingo te vienes conmigo a la piscina, a ver si coges algo de color.

–Eso sí que no.

La relación de Claudia con Roberto, su novio arquitecto, al que al final conocimos, ha tomado tintes serios. Y mi hermano Héctor se ha ido a vivir con Laura. Ahora que yo estoy con Jean-Luc en una relación tranquila y serena puede decirse que los tres hemos encontrado el amor junto a alguien que nos complementa.

–Me gusta Jean-Luc –me dice Claudia esa noche en la cama.

Estos días he estado durmiendo con Jean-Luc en la habitación que mi hermano ha dejado libre, pero ahora que se ha ido he vuelto a mi antiguo cuarto con Claudia, al cuarto que hemos compartido desde niñas y que ahora es solo para ella durante casi todo el año. La miro con curiosidad. Me había dicho que le caía bien y todo eso, pero no en ese tono de confianza entre hermanas. Claro, que no hemos estado a solas el tiempo suficiente como para cotillear. Parece que poco a poco –después de todo lo que pasó entre nosotras a causa del innombrable– las aguas han vuelto a su cauce y hemos vuelto a recuperar lo que un día fuimos. Volvemos a ser dos

hermanas que hablan de chicos entre cuchicheos en la intimidad de su habitación.

—Es maduro y sabe lo que quiere —continúa diciendo—. Está todo el rato pendiente de ti y se le ve muy protector contigo. Te trata muy bien.

—Sabe lo que pasó con Daniel —le digo—. Supongo que quiere darme la seguridad que él me quitó.

—¿Y te la da?

Asiento.

—Me ha devuelto la confianza. Es un hombre íntegro, Claudia. Pensé que no podría volver a confiar en nadie, a enamorarme de nadie, pero llegó él y al final ya ves...

—Te conquistó a pico y pala, ¿eh?

Me hace reír.

—Sí, se puede decir que sí —admito—. Le quiero mucho, Claudia. Y me siento querida.

—Me alegro, Alex. Me alegro de verte feliz de nuevo al lado de alguien.

—Lo sé.

Pasamos un buen rato de charla y yo soy la primera en ceder al sueño. Me estoy quedando dormida y oigo la voz de mi hermana como si viniera de muy lejos.

—¿Te estás durmiendo, Alex? —pregunta Claudia.

Ella es más de trasnochar y levantarse tarde y yo, más de dormir pronto y levantarme temprano. Somos el día y la noche.

—Mmmm —contesto.

—¿Me acompañas mañana a por el bikini?

—Que sí, pesada.

Capítulo 32

Daniel

Mi vida parece que empieza a encarrilarse. He dejado de beber tanto. Mis padres empezaban a preocuparse de veras y estaban a sermón semanal, y lo mismo san Rodrigo y los demás. Han estado a punto de llevarme a rastras a Alcohólicos Anónimos cuando resulta que no era para tanto. Sí, bebía porque quería adormecer el dolor y el remordimiento que sentía. Quería borrar el recuerdo de Alexandra. Como si pudiera. Pero debo seguir adelante. Ahora estoy con Virginia. Nos va bien. Es cañera, segura de sí misma y tiene su carácter. Me gusta. Y la quiero. A mi manera, pero ella lo acepta. No quiere rosas ni palabras de amor y no es excesivamente romántica. Salimos, lo pasamos bien, follamos... Tenemos una buena relación de pareja, una de esas abiertas que no nos ata a ninguno de los dos. Ella se folla a quien quiere y yo también. Y algún que otro trío hemos hecho. Desde luego, no nos aburrimos.

Me encontré con Alexandra en el supermercado el verano pasado. Yo estaba cogiendo galletas y ella entró en el pasillo con su carrito de comida sana. Por un instante, me pareció que estaba a punto de salir huyendo, pero fue una impresión equivocada. Siguió caminando como una reina hacia mí y entonces fui yo quien estuvo a punto de salir huyendo. Me volví de gelatina por dentro y mi corazón se desbocó. Estaba aún más hermosa, más bonita, más... mujer. Lo único que pude hacer fue pronunciar su nombre. Ella me saludó con frialdad. No fue solo su voz; también fueron sus ojos, su postura. Hablamos un poco. Solo un poco. Quise decirle que lo sentía mucho, que sentía mucho que las cosas hubieran sido así, que me dolía en

el alma haberle hecho daño. Pero ella me cortó y me dijo que era tarde. Y tenía razón. Ya era tarde para pedir perdón. Ya es tarde.

Sé por Sofía y mis padres que está saliendo con Jean-Luc Dupont, un famoso actor francés. He visto alguna peli suya de acción, una de esas espectaculares de la que todo el mundo habla. Por algo me resultaba familiar cuando lo vi en París con Alexandra el día que fui al ballet. Hacen buena pareja. Los dos rubios y guapos. Él actor y ella bailarina. La portada perfecta del *Hola!* No como yo, que salgo en los anuncios de calzoncillos. El último ha sido de colonia y tampoco es que llevara mucha ropa. Empiezo a pensar que solo soy un cuerpo bonito. Claro, que tampoco es que haya destacado nunca por mi cerebro. ¿Qué vio Alexandra en mí? Ella nunca ha sido superficial. Ella me quería. Me quería por lo que era. Me quería más de lo que merecía. Y odio al tipo ese. Me alegro por ella. Me alegro de verdad. Quiero que sea feliz. Pero una cosa no quita la otra.

Se acerca un nuevo verano y con él, la hora de ir unos días a Asturias. Virginia no quiere ir y yo por ganas me quedaría en Madrid, pero me apetece ver a mis tíos, a mis primos y a mi abuela, aunque a ella no le apetezca verme a mí. Y a Cosme, que es el único aparte de Rodrigo que sabe la verdad y no me recrimina nada. Marcos sí que se animó a ir unos días con Sofía, ganándose la aprobación de mi abuela. El pobre es un despiste con patas. Lo mismo olvida peinarse que el lugar donde ha dejado las gafas. Un día fue a por unas zanahorias a la huerta y no sé en qué se entretuvo pero regresó sin ellas y cuando volvió en su busca, en lugar de las zanahorias trajo unos tomates que mi tía aprovechó para la ensalada. A veces me sorprende que recuerde que mi hermana es la chica con la que sale. Claro, que luego a la hora de hablar de leyes físicas es un crack. A veces cuando él y Sofía se ponen a conversar no hay quien entienda nada. Resuelve todos los crucigramas y no hay sudoku que se le resista. Es un poco marciano, pero nos gusta. Sobre todo a mi hermana.

Hoy voy a comer a casa de mis padres. Está mi madre sola y así le hago un rato de compañía. Había perdido un poco la costumbre, pero vuelvo a ser el hijo que va a comer los domingos. Y hay días que sin ser domingos también voy. Como hoy, que es jueves. Mi padre refunfuña y me dice que cuándo voy a independizarme de verdad y no solo para lo que me conviene,

aunque se alegra de que vaya. En la mesita de la sala veo una tarjeta en plan elegante de esas de invitación de boda y la cojo para ver de quién es.

—Anda, ¿quién se casa? —pregunto, convencido de que es de alguno de mis primos.

Mi alegría por el feliz acontecimiento se congela y muere al instante. Es la invitación de boda de Alexandra y Jean-Luc. Me muero un poco más. Alexandra se casa. El trozo de cartulina finolis de color crema me noquea por completo. Alexandra se casa en junio. Mi patito...

—Dani... Iba a contártelo —murmura mi madre con aire culpable.

—No, si... Me alegro —digo.

Soy más falso que Judas. Mi madre me mira con cara de madre.

—Sigues enamorado de ella —dictamina.

—No digas tonterías, mamá —replico con todo el convencimiento que soy capaz de reunir—. ¿Cómo voy a estar enamorado de ella? Eso fue hace un siglo. Ahora estoy con Virginia y...

—No era una pregunta, Dani —me interrumpe con brusquedad—. No hay más que verte la cara.

—Es la que he tenido siempre.

—Si es que me lo figuraba...

—Mamá, te estás montando una película tú sola, eh. No quiero a Alexandra —afirmo, sintiendo al mismo tiempo que un puñal se me clava en las tripas—. Bueno... Le tengo cariño, claro, pero nada más. Me alegro de que se case y de que sea feliz.

—No, si ya te veo dando saltos de alegría.

—Mamá...

—¿Qué pasó entre Alex y tú?

—No pasó nada —contesto con más ímpetu del que pretendía. La noticia de que Alexandra se casa me ha alterado y por más que lo intento no puedo disimularlo del todo—. Te lo he dicho mil veces. La dejé. Es buena y modosita y me aburrí. Me cansé de ella. Estuvo bien como novedad, pero...

—La verdad —me interrumpe—. Dime la verdad, Daniel.

—¡Es la verdad! —le grito, perdiendo los estribos—. ¿Qué coño crees que pasó? ¡La dejé! Sé que lo hice mal, que no debí hacerlo así. Sé que le hice daño, y lo siento, pero yo no quería seguir al lado de ella, ¿vale? ¡Se acabó! Era una chiquilla ingenua y romántica y yo fui su primer amor. Se lo tomó mal y...

—¡No le echas ahora la culpa a ella!

—¡No le estoy echando la culpa a ella! ¡Ya no la quería! ¿Qué debía hacer?

—Fuiste un egoísta.

—Ya lo sé —murmuro.

Me desinflo. Claro que sigo enamorado de Alexandra, pero no puedo decírselo a mi madre. Me lo tengo que comer. También ella pierde fuelle. Da un largo suspiro y me mira como si algo en mí pudiera revelarles si está o no en lo cierto. Quiero irme a casa. A mi casa. No quiero quedarme después de que mi madre haya hecho una deducción por otra parte acertada con la cara que he debido de poner al ver la invitación de boda. No me veo capaz de tragar bocado y si ahora no como, mi madre lo achacará al disgusto que me he llevado. Y estará en lo cierto, pero tendré que negarlo, mentir y matar a quien haga falta por mantener mi mentira. Es lo que pasa con las mentiras, que una vez se empieza no se puede parar. Es como una bola de nieve.

Sofía no viene tampoco a comer, de modo que estamos mi madre y yo solos. No sé quién me mandaba venir hoy. Ella no vuelve a mencionar nada sobre la boda de Alexandra, como si no existiera. Supongo que Sofía está invitada, pero no pregunto para no volver a sacar el tema. Mi madre habla de algo seguro: el trabajo. Yo voy al club este fin de semana. Le comento que he pensado en hacer oposiciones a bombero. No siempre podré ser *stripper*. Ni modelo. Necesito un plan B para ganarme la vida. Y parece complacida al ver que pretendo encarrilar mi últimamente caótica existencia.

A media tarde, ya en la tranquilidad de mi casa, alguien llama al timbre con insistencia y de la misma se pone a aporrear la puerta. ¿Qué energúmeno tiene tanta prisa? Ni que hubiera un incendio. Ahora mismo mando a quien sea a tomar por culo.

—¿Qué coño...? —comienzo, abriendo la puerta.

—Hola, Dani —contesta mi hermana. Me empuja a un lado y pasa.

—Adelante, como si estuvieras en tu casa —digo con retintín, cerrando.

—Iba a decírtelo —dice Sofía ignorándome por completo, como siempre. Ella al grano. ¿Para qué perder el tiempo?—. No quería que te enteraras así.

No sabía que irías a casa; de lo contrario habría guardado la invitación donde no la vieras.

—Ah, la habrías escondido. Genial. Oye, soy capaz de asimilar la boda de una ex perfectamente, a ver si te has creído que...

—Según mamá no.

—¿Qué?

—Según mamá no —repite—. Dice que te has quedado blanco como una sábana cuando has visto la invitación.

¿Por dónde salgo yo ahora? El Terminator con detector de mentiras incorporado está en casa. Y antes no porque se dejó llevar por la furia, pero ahora sospecha. Mi fortaleza empieza a tambalearse. Hago acopio de todo lo que puedo y apuntalo bien los cimientos.

—Me ha sorprendido; eso es todo —digo en tono desenfadado.

—¿Y por qué iba a sorprenderte? Llevan saliendo un año y pico.

—Porque es muy joven.

—Tiene veintitrés años.

—Como tú. Y me sorprendería que tú te casaras.

—No eurras el bulto. ¿Estás enamorado de ella?

—No.

Parece decepcionada. Pero es Sofía. Si hay alguien con quien no conviene jamás bajar la guardia es con Sofía. Suelta un suspiro largo, pesado y sonoro.

—Invítame a un refresco —dice yendo hacia la cocina—. ¿Pero qué mierda de nevera es esta? —me increpa cuando la abre—. ¡Está vacía!

—No he tenido tiempo de ir a hacer la compra —replico.

—Claro, porque estabas ocupado ahí tirado en el sofá.

Joder. Es peor que mi madre. Y que mi abuela. Ahora que lo pienso, se parecen un huevo las tres. Tres generaciones de mujeres metiéndose conmigo es más de lo que la paciencia de cualquiera puede soportar. Sofía regresa a la sala con una lata de Coca Cola y se sienta en el sofá a mi lado.

—¿Entonces qué? ¿La vas a felicitar? —pregunta justo antes de dar un trago.

—¿A quién?

—¿Estás tonto o qué? A Alex.

—No. Casi no me habla.

—Te saludó en el supermercado este verano. Me lo contó.

Claro. Son superamigas.

–Bueno, pero... No tiene sentido que la felicite después de cómo me porté con ella, Sofía.

–También es verdad.

–Espero que sea feliz y que le vaya bien. Le deseo lo mejor, pero no voy a llamarla para decírselo. Es absurdo.

–Claro, claro...

–¿Cómo que «claro, claro»?

–Chico, sí que estás susceptible.

Frunzo en ceño. Sofía sigue bebiendo su Coca Cola, impasible.

–Así que no estás enamorado de Alex... –murmura.

–No. Lo estuve, pero... Ya no.

–Claro, a ti los enamoramientos te duran poco.

Eso me duele. Sin embargo, no digo nada. E intento mantener la frialdad y la cara de póker. Como si el hecho de que Alexandra se case con el tipo ese no me estuviera matando. Los celos y la amargura se me escapan por todos los poros.

–Así que no vas a ir a París a pedirle que no se case con Jean-Luc –dice Sofía con toda la naturalidad del mundo.

–¿Qué?! ¿Estás loca? ¡¿Pero tú qué te has fumado?! ¿Pero cómo crees que voy a hacer eso?

–¿Lo harías?

–No.

Sí. Sí lo haría. Sí lo haría. Se lo pediría. Impediría esa boda. O no porque Alexandra está enamorada de Jean-Luc y a mí me desprecia. No puedo hacerle eso. No merece que le haga eso. No puedo. No puedo hacerlo. Sofía vuelve a suspirar.

–Sabes que estoy invitada a la boda, ¿no? –pregunta sin maldad.

Asiento. No confío en mi propia voz.

–¿Marcos también va? –pregunto unos segundos después.

–Sí.

Sonrío. Mi hermana tiene novio formal. Ayer jugaba con balones y desarmaba muñecas y hoy tiene una carrera y trabaja en su campo y planea ir con su novio a la boda de su mejor amiga.

–¿Qué es lo que más te gusta de Marcos? –le pregunto.

—Su inteligencia —contesta sin dudar—. Es listo. Tiene respuestas para todo y sobre todo, preguntas para todo. Y es un sol. Es educado y simpático y tiene la cabeza muy bien amueblada. Y es atractivo.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo no sé qué decir y mi hermana tampoco habla, lo cual es más raro. Debe de estar preparando el próximo ataque. Tengo que estar preparado para lo que venga.

—Perdona —me dice al final.

Estaba preparado para todo menos para esto. Pestañeo, sin comprender a qué se refiere. ¿A haber venido a casa como un ariete? ¿A haberme preguntado a bocajarro si seguía enamorado de Alexandra? ¿A haberme dicho si pensaba irrumpir en la vida de Alexandra para pedirle que no se casara con Jean-Luc? ¿A poner mis ideas patas arriba en general? ¿A socavar mi determinación?

—¿«Perdona» por qué? —pregunto. Mejor ir sobre seguro.

—Por cómo me puse cuando dejaste a Alex y por todo lo que te dije, supongo. Aunque te lo merecías. Y por cómo me he comportado después. Aunque te lo buscaste.

Eso es un perdón solo a medias y con condiciones, pero no digo nada. Tengo las de perder. Y por otra parte, tiene razón. Yo soy su hermano de sangre, pero Alexandra es la hermana que ella escogió. Y sé que la hice sufrir.

—Bueno, más vale tarde que nunca —gruño.

—Sigo pensando que eres un gilipollas.

—¿Has venido a arreglarlo o a discutir?

—A arreglarlo. Me quedo a cenar. Gracias por invitarme.

—Tengo la nevera vacía, tú lo has dicho. Tendrás que conformarte con...

—Pues pide pizza.

Capítulo 33

Alexandra

Es el día de mi boda. Estoy en mi habitación ante el espejo, vestida de novia con un precioso vestido blanco y el pelo recogido. Me veo sexy y delicada a la vez. Apenas puedo creer que la mujer que se refleja en el espejo sea yo. Jean-Luc me pidió matrimonio hace unos meses y no dudé en decirle que sí. Nos casamos por lo civil, aunque la boda va a ser de todo menos sencilla. Jean-Luc quería celebrarlo por todo lo alto y viene un montón de gente relacionada con el mundo del cine, el ballet y la música. Yo me siento un poco apabullada ante la perspectiva; me habría gustado algo más íntimo, pero seguro que será divertido. Hasta nos hacen un reportaje en una revista del corazón de tirada internacional. No podía ser menos, siendo Jean-Luc una estrella de cine. Marie alucinaba cuando le dije que venía George Clooney, de quien Jean-Luc es un gran amigo, pero Maggie no se deja impresionar con facilidad. Se mantendría impasible aunque nos casara el mismísimo Sean Connery.

Me distraen unos golpecitos en la puerta. Al volverme veo asomar la cabeza morena de Sofía.

—¿Cómo está la novia más linda del planeta?

—¡Sofía!

Nos abrazamos con fuerza. Marcos y ella llegaron ayer por la tarde y se alojaron en un hotel cercano que, por supuesto, pagamos Jean-Luc y yo. Los invitados por parte de Jean-Luc están forrados y no les supone un gran esfuerzo alojarse en un hotel en París, pero para mis invitados es distinto, de modo que corremos nosotros con los gastos de alojamiento. Sofía se aparta para verme mejor y admira mi vestido y mi peinado. Yo hago lo propio.

Está guapísima con su vestido rojo y su melena negra graciosamente recogida.

—Mi hermano te manda recuerdos. Dice que te desea toda la felicidad del mundo —me dice con la emoción bailando en sus ojos oscuros.

Algo se remueve dentro de mí. Daniel. Qué lejos quedan ya los sueños que tenía con Daniel. Sofía parece querer decirme algo más, pero se contiene.

—No le guardo rencor, Sofía —le digo para tranquilizarla—. Lo pasado, pasado está.

Sofía mira hacia la puerta cerrada, como para asegurarse de que no va a entrar nadie. Por un momento pienso que va a atrancarla con una silla, pero no lo hace.

—Yo creo que sigue enamorado de ti —cuchichea.

—Sofía, creo que no es el mejor momento para decírmelo, eh —respondo en el mismo tono—. Me caso dentro de un rato.

—Ya lo sé, ya lo sé. Solo quería que lo supieras.

—¿Y qué te hace pensar eso? Te recuerdo que se cansó de mí y me dejó.

—Ya lo sé —repite—. Pero es que está raro. Así como... desanimado. Y está más tonto que de costumbre.

—¡Menuda novedad!

—Que te lo digo en serio. Que mi madre me dijo que le había cambiado la cara cuando vio tu invitación de boda. Y va de duro por la vida y de que no le importa nada, pero no es más que fachada. Que es como un cangrejo: duro por fuera y blandito por dentro. Ya lo conoces. Y lo veo apagado, Alex. No te lo digo para chafarte la boda ni darte pena ni nada, pero te lo tengo que decir, que somos amigos. He intentado sonsacarle, pero no hay manera.

—Es que igual no hay nada que sonsacar, Sofía. Le pasará alguna otra cosa.

—Que te quiere; eso le pasa.

—Que no puede ser. Y aunque fuera así, yo no...

Iba a decir que yo ya no siento nada por él, pero vuelven a llamar a la puerta. Sofía pone cara de fastidio por la interrupción.

—Adelante —digo, al ver que no entra nadie.

Esta vez quien entra es Marcos, vestido de traje y corbata. Está guapísimo aunque su pelo vaya por libre. A Sofía le cambia la cara de

fastidio por otra de mujer enamorada. Marcos me abraza afectuosamente y la conversación que tenía con Sofía queda en el olvido. La hora de ir al registro civil se acerca y mi familia empieza a revolucionarse y a meterme prisa. No puedo llegar tarde. O al menos no muy tarde.

La ceremonia es corta. En ella está solo nuestra familia y amigos más allegados. La vorágine empieza después, en la celebración. Mis padres y hermanos tienen algunos problemas idiomáticos, pero nada que no se solucione con buena voluntad, aunque mi padre refunfuñaba diciendo que él, que es el padrino, no se iba a enterar de nada.

Jean-Luc está de lo más distinguido con un traje hecho a medida. Tiene buena planta y siempre viste bien, pero hoy está especialmente elegante. De vez en cuando me mira embelesado, con mi mano entre las suyas. Mi corazón late con fuerza. Nos estamos casando. Me caso con el hombre que amo y al lado del cual pienso envejecer. De golpe y porrazo, Daniel irrumpe en mi mente. ¡Menudo momento! La culpa la tiene Sofía, que me viene con teorías de lo más descabelladas justo antes de casarme. Daniel ya estaba sepultado y olvidado en las profundidades más recónditas de mi cabeza y de pronto surge de la nada. Surge sonriente y despreocupado. Surge el Daniel que me abrazaba y me decía que me quería. Qué efímero amor el suyo. Qué volátil y qué...

—Ejem.

Mi padre carraspea con discreción. El juez me está mirando armado de paciencia y aire condescendiente. Alza una ceja en espera de una respuesta. Los colores se me suben a la cara. Estaba dispersa pensando en el innombrable y no me he enterado de cómo iba la ceremonia. Pero solo hay una respuesta que se espera de mí, así que retomo el hilo de los acontecimientos. Maldito Daniel. ¿Por qué tenía que aparecer el día de mi boda?

—Sí, sí quiero —digo.

Nos declaran marido y mujer. Todo el mundo achaca mi lapsus a los nervios del momento, incluido mi ya marido, y bromean al respecto. Lo encuentran divertido y yo les sigo la corriente. La verdad debe ser un secreto hasta el día de mi muerte y más allá.

—Yo he pensado que no te casabas —me dice Maggie con su franqueza habitual al darme la enhorabuena—. ¿Te lo estabas replanteando?

—¡No! —contesto indignada—. ¡¿Cómo crees que iba a hacer eso?!—

Me mira con escepticismo. Casi decepcionada. No le termina de caer bien Jean-Luc. Dice que tiene un lado oscuro como Anakin Skywalker y que me ande con ojo, no sea que el príncipe encantador se me convierta en un sapo. Entiendo que Maggie echa de menos el desparpajo y la inmadurez de Daniel. Cuando me dejó le odió como la que más, pero en el fondo le guarda ese cariño. Jean-Luc es un hombre de treinta y un años que le parece demasiado serio y formal.

La recepción tiene lugar en los jardines de un *chateau* espectacular. Después de un delicioso almuerzo llega la fiesta, la música y el baile. Es la hora de la diversión. Yo no me veo capaz de saludar a tanto invitado. Temo olvidarme de alguno, pero por suerte Jean-Luc se mueve como pez en el agua y recuerda a quién ha saludado y a quién no. A lo lejos veo a Maggie discutiendo –espero que en buenos términos– con Gaspard Ulliel. Tienen sendas copas de vino en la mano y parecen estar enfrascados en una interesante conversación que no pienso interrumpir. Mis padres charlan amigablemente con Antonio Banderas y su actual pareja, que no recuerdo cómo se llama. Soy un desastre para recordar nombres nuevos, y más entre tanta gente. Todos parecen estar pasándolo bien, lo cual me complace. Bailo con Jean-Luc y procuro contener la risa al ver a Marie verter un champán carísimo en un seto y sostener la copa vacía en la mano. Me imagino que algún que otro invitado le ha ofrecido una copa que ella no se ha visto capaz de rechazar. Como Jean-Luc se entere del desperdicio le da un patatús y me quedo viuda.

–¡Cambio de pareja! –declara Sofía, arrebatándome de los brazos de mi flamante esposo–. ¿Dónde está escrito que solo pueden bailar dos personas de distinto sexo, a ver? –reta en su francés arrastrado a Jean-Luc, que le ha lanzado una mirada no muy amigable–. Yo también quiero bailar con la novia.

Jean-Luc mira a Marcos como buscando ayuda, pero este se encoge de hombros y sonríe, como diciendo «qué le vamos a hacer...». Los dos se quedan hablando mientras nosotras bailamos un tema lento que la orquesta está tocando.

–¿Eres feliz, Alex? –me pregunta Sofía. Asiento. Realmente soy feliz. Tengo todo lo que jamás pensé en tener. Todo y más–. Me alegro por ti –añade.

–Dile a Dani que quiero que también él sea feliz –le digo a Sofía–. Que le deseo todo lo mejor. Sé que estuve muy fría con él. Dile que lo siento, ¿vale?

–Vale.

Y eso es todo. No es el momento ni el lugar para hablar de la conversación que nos quedó a medias. Tampoco yo le cuento lo que me ha pasado en la boda. Tal vez algún día se lo cuente y nos riamos juntas, pero ese día, si llega, está aún muy lejos.

Tras una maravillosa luna de miel en Tanzania, todo está listo para irnos a los Estados Unidos. Jean-Luc rueda una película en Nueva York y como quedan un par de meses para que comience la temporada de ballet, me voy con él. Solo podremos estar juntos el tiempo que no esté rodando, pero así yo aprovecho a conocer la gran ciudad y hacer turismo. Jean-Luc me promete que iremos a Broadway a ver algún musical y no veo el momento de hacerlo.

Visito los lugares típicos y los escenarios de película y, como Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, me detengo en la Quinta Avenida ante el escaparate de Tiffany & Co. Tienen auténticas preciosidades y no puedo evitar entrar. No puedo estar en Nueva York y no entrar en esta mítica tienda. Me atienden con un trato exquisito. Me muestran joyas que quitan la respiración e incluso me permiten probármelas. Los precios van desde lo más relativamente asequible –no olvidemos que se trata de Tiffany– hasta lo prohibitivo. Decido llevarme algo bonito de regalo para mi madre, mi hermana y mis amigas, algo que no sea demasiado ostentoso y que puedan lucir en cualquier ocasión. Me decanto por pendientes para todas, ya que no estoy segura de la talla de los anillos y temo meter la pata. También compro unos pendientes para mí. Me los pondré en la cena de esta noche. Jean-Luc ha quedado con otros tres actores para ir a cenar, de modo que será una buena ocasión para estrenarlos. Me dejo un dineral en la joyería, pero merece la pena. Si puedo permitírmelo, ¿por qué no? En la Ópera de París me pagan muy bien y he hecho algunas pequeñas inversiones que han dado sus frutos. No entraré en la lista de los más ricos del mundo, pero tampoco me preocupa no llegar a fin de mes y las destinatarias del regalo bien que lo merecen. Por lo demás, mi vida no se

aleja mucho de la que llevaba en Madrid, cuando aún no era una reconocida bailarina ni estaba casada con un actor famoso. Tengo los mismos amigos y, de hecho, hasta el día antes de mi boda estuve viviendo en el pisito que compartía con Marie y Maggie. Ahora vivimos en el piso que Jean-Luc tiene en París. Todo el apartamento que compartía con Marie y Maggie cabe en el salón. Al principio me parecía demasiado grande, pero poco a poco me voy acostumbrando. Me da igual dónde vivir mientras esté con él.

Sigo mirando tiendas y escaparates. Hay mucho que ver. Paso por delante de una tienda en la que tienen una preciosa figura de King Kong en el Empire State. Lo primero que pienso es en cuánto le gustaría a Daniel, él que es tan cinéfilo y le gustan todas estas monerías. Pero sigo andando y paso de largo. No tengo por qué comprar nada para Daniel. Ya no tiene nada que ver conmigo. Ni hablar. Solo eso faltaría. No me he alejado mucho cuando me ablando. Voy andando cada vez más despacio hasta detenerme y suelto un suspiro. A lo mejor podría llevárselo como pipa de la paz. Sería una forma de decirle que ya no estoy enfadada con él y que a lo mejor no podemos ser los mejores amigos del mundo, pero sí conservar cierta amistad. Vuelvo sobre mis pasos y entro en la tienda. Me reciben unas alegres campanillas y unos estantes repletos de cosas que mirar y admirar, todas relacionadas con Nueva York y el cine. Curioseo un poco y finalmente le pido al dependiente lo que quiero. Él envuelve la figura cuidadosamente en papel y rellena la caja en la que va con papel de burbujas para evitar que se rompa. Y con el paquete en una bolsa, me voy de la tienda.

Esta noche para la cena me he puesto un bonito vestido verde esmeralda con falda acampanada que deja mis hombros al descubierto. Me pongo zapatos de tacón bajo, una gargantilla de plata y los pendientes que he comprado esta tarde. Me recojo el pelo en un moño alto, aunque ni de lejos tan prieto como el que me pongo cuando salgo a bailar. Me maquillo lo suficiente como para ir arreglada, pero sin pasarme. Jean-Luc se acerca por detrás según me estoy mirando en el espejo y me rodea la cintura con los brazos.

—Estás preciosa —dice besándome en el cuello—. Y hueles muy bien. Vas a deslumbrarles en la cena.

—No quiero deslumbrarles; solo quiero estar guapa —replico.

—Pues lo estás. ¿Lista?

El restaurante es moderno y elegante. Tiene pinta de selecto y no me termina de convencer. Temo que nos cobren las aceitunas a precio de caviar, aunque está claro que aquí no hay más aceitunas que las de los martinis. No obstante, no digo nada. Jean-Luc me presenta a sus compañeros de rodaje. Son dos hombres, Hugh y Patrick, y una mujer, Natalie. Hugh ha venido con su mujer, Diane, así que en total somos seis. Todos son actores excepto yo.

—Un placer conocerla, señora Dupont —me dice Patrick en plan formalísimo cuando nos presentan.

—Velasco —corrijo.

Él pone cara de desconcierto.

—¿Perdón?

—Mi apellido es Velasco. De todos modos, llámame Alex.

—Me parece maravilloso que sigas usando tu apellido de soltera —dice Natalie con desparpajo—. Si yo algún día me caso, haré lo mismo.

El comentario de Natalie destensa la situación. Es una velada distendida alrededor de una mesa con comida deliciosa. Se interesan por el ballet y comentan que les parece increíble que pueda sostener todo mi peso en las puntas de los pies. Yo admiro su trabajo. La gente es mucho más asidua al cine que al ballet. Lo pasamos bien.

—Me encantará ir a verla bailar, señora Velasco —me dice Patrick cuando nos despedimos guiñándome un ojo con complicidad. Me hace sonreír.

—Y yo estaré encantada de que venga, señor Anderson.

—¿Estabas coqueteando con Patrick? —me pregunta Jean-Luc en la habitación del hotel mientras me quito los pendientes.

La pregunta es tan ridícula que casi me hace reír.

—Claro que no.

—A mí me ha parecido que coqueteabas —insiste él.

—No seas absurdo —replico, empezando a sentirme molesta—. Es un hombre muy agradable; solo respondía a su amabilidad. Soy una persona sociable, Jean-Luc. ¿O es que pretendías que me comportara como un cardo?

—No saques las cosas de quicio, Alexandra. Yo no he dicho eso.

—No me vengas entonces con una escenita de celos.

—¿Y a qué venía lo del apellido? —continúa él cada vez más enfadado—. Me has dejado en ridículo delante de mis compañeros. ¿Realmente es tan importante como para no haber podido quedarte calladita?

Me vuelvo hacia él para plantarle cara, cosa que me resulta un poco difícil porque él es más alto que yo y tengo que mirar hacia arriba, lo que me deja en desventaja y no parezco tan imponente como quisiera.

—Sí que lo es —contesto—. Mi apellido es Velasco, Jean-Luc. Ya lo hablamos en su día. Voy a conservar mi apellido. Y no tengo por qué quedarme calladita. Patrick se ha equivocado y le he corregido. Si no lo hago, todo el mundo empezará a llamarme «*madame Dupont*».

—Ni que eso fuera tan malo. Podrías usar tu apellido como nombre artístico y...

—No tengo un nombre artístico. Tengo mi nombre.

—Hasta la primera dama lleva el apellido del ministro —argumenta en lo que me parece un intento de disuadirme.

—Pues lo siento por ella —digo, dando por zanjada la discusión—. Si quieres que llevemos el mismo apellido, usa tú el mío.

Esta noche, nada de sexo. Dormimos espalda con espalda, enfadados. Me revientan sus celos y que me haya venido con la tontería del apellido cuando le había dejado claro desde el principio que no pensaba cambiármelo. Y no voy a agachar las orejas por muy amigos suyos que sean. Si son sus amigos, lo entenderán perfectamente. De hecho, Natalie parecía encantada con la idea de mantener su apellido de soltera.

Al día siguiente cuando se va al rodaje yo sigo enfurruñada. Él dice que mi reacción es exagerada, lo que me irrita aún más y le digo que también él habló con Diane y Natalie y fue de lo más simpático y no por eso yo me puse celosa.

—Es que no tenías motivos —me dice.

—Tampoco tú —replico yo.

—Mira, Alexandra, eres imposible. Ya hablaremos cuando se te haya pasado.

Se larga sin darme tiempo a contestar. ¿Cuando se me haya pasado? ¿Acaso se cree que es una pataleta? Cuando vuelva me va a oír. Hago mis ejercicios habituales, procurando olvidar mi enfado. Lo consigo solo a

medias. Aquí no tengo amigas con las que salir ni con las que hablar. Está el teléfono, pero la diferencia horaria es un fastidio. Hoy me quedo haciendo el vago en el hotel, leyendo y viendo la tele tirada en el sofá. Almuerzo sola y estoy pensando en ir a cenar yo sola cuando Jean-Luc aparece por la puerta. Trae un ramo de flores.

—Lo siento —me dice—. Está bien, me puse celoso. Y lo del apellido... Bueno, es que me hice ilusiones con que lo usaras; eso es todo. ¿Me perdonas?

Y le perdono.

Capítulo 34

Daniel

El día que se casó Alexandra fue el peor de mi vida. No había albergado esperanzas respecto a volver con ella, pero ese día fue como si se hubiera ido para siempre. Era la esposa de otro hombre. Viviría con él, haría el amor con él... Estaba enamorada de él. De Jean-Luc Dupont. No pensaba volver a ver una peli suya jamás. Se me retorcían las entrañas al verle y pensar que era él quien tenía a Alexandra entre sus brazos.

Sofía fue a la boda y no tuve el valor de llevarla al aeropuerto. No quería despedirla. No quería ver cómo se marchaba a París a ver cómo Alexandra se casaba con un hombre que no era yo. Y encima me mira a veces con cara de pena. Ni me ha enseñado las fotos ni nada y no quiero que lo haga. Solo he visto una en la que sale ella sola con Marcos, los dos muy guapos. Mi hermana se ha convertido en una mujer muy guapa. Y es muy lista; siempre lo ha sido. Marcos es afortunado de tenerla.

Ese día le puse a Virginia una excusa cualquiera para no quedar con ella. No estaba de humor. No tenía ganas de nada. Ni siquiera de echar un polvo. No cuando no podía quitarme a Alexandra de la cabeza. Ese día me di cuenta de que no importaba con qué mujer estuviera. Siempre estaría enamorado de Alexandra. Darle cuenta de ello fue liberador. Virginia no sospechó. Se fue por ahí con quien fuera a pasarlo bien. Era nuestro trato y a mí no me importaba.

Lo que sí tuve que hacer fue ir al club, que esa noche teníamos espectáculo de *striptease* y no podía faltar. Bueno, sí podía. Podía decir que estaba enfermo o algo, pero pensé que ir me despejaría la cabeza y me distraería, como así fue. Bebí con mis compañeros después de nuestra

actuación. Gin tonics, cerveza, cubatas... Al final me moderé. No quería pillarme otra cogerza monumental y terminar la noche llorando en el hombro de alguien.

—Era hoy, ¿no? —me preguntó Rodrigo.

No tenía que preguntar a qué se refería. Asentí con la cabeza.

—Por Alex —dijo levantando su copa.

Brindamos todos por ella y por su felicidad. Y yo pasé con un refresco de limón el nudo que se me había formado en la garganta.

Compré la revista en la que salían las fotos de la boda básicamente porque soy imbécil y parece que tengo tendencia al masoquismo y las miré a solas. Lo normal en la mayoría de los tíos es ver a escondidas revistas porno y hacerse una paja, pero yo estaba viendo fotos de boda autoflagelándome con cada una de ellas. Estaba preciosa con aquel vestido y el pelo recogido, adornado. Estaba preciosa con su sonrisa y los ojos brillantes. Estaba radiante junto a su marido. Bella. Pequeñita y bella como una diosa. Tuve que recordarme por qué la dejé ir. Mi hermana me dijo que ella le había dicho que me deseaba lo mejor, que quería que fuera feliz y nunca nada me ha sonado tanto a despedida. Me quedé con una sensación de pérdida, de esas pérdidas que son para siempre y te dejan un hueco dentro que nadie vuelve a llenar. Pero tenía que dejarla ir definitivamente. Desengancharme de ella. Y me hice el firme propósito —esta vez en serio— de centrarme por entero en mi relación con Virginia. Nos iba bien y la quería a mi manera. Y así seguiría siendo.

No contaba con que también Virginia compraría la revista en la que aparecían las fotos de la boda de Alexandra con aquella especie de Brad Pitt francés. A Virginia le gustaba el glamour, la moda y ver los casoplones de los famosos. Y allí estaba, pasando páginas mientras yo, sentado junto a ella en el sofá, veía una película a la que Virginia no prestaba atención un domingo lluvioso. Se había quedado a dormir y había comprado la revista para entretenerse hasta que saliéramos esa tarde.

—Vaya. Sí que está guapa tu ex —comentó en tono de fastidio.

Entonces me di cuenta de que no había comprado la revista de marras por el glamour. Solo quería cotillear y de paso hurgar en una herida que no se me terminaba de cerrar.

–Mmm –murmuré yo, de pronto tremendamente intrigado por la trama de la película.

Sabía que había estado saliendo con Alexandra porque Sofía se lo había dicho y porque yo se lo había contado. No quería ocultárselo. ¿Por qué iba a hacerlo? Claro, que Virginia solo sabía la versión oficial como los demás. Es decir, como los demás excepto Rodrigo.

–Vaya la mosquita muerta. Sí que apuntaba alto –dijo Virginia.

–Te puedo asegurar que no hay nadie menos interesado que Alex –repliqué.

Debí haberme contenido, pero no pude. Para cuando me di cuenta de que había metido la pata, ya había abierto la boca. Virginia torció el gesto.

–Claro, claro –dijo con retintín–. Nada menos que Jean-Luc Dupont. Ese tío tiene que estar forrado. ¿Ella es bailarina, no?

–Ya sabes que sí. De ballet.

Virginia se encogió de hombros con indiferencia y siguió mirando fotos. No pareció molesta por que hubiera sacado la cara por Alexandra, pero había algo que no le había gustado, aunque no sabría decir qué. ¿Le había molestado lo que había dicho y era solo que yo no me había enterado? Pero la cosa no fue más allá, así que no indagué.

Acabo de hacer un anuncio de loción para después del afeitado con poca ropa, como mandan los cánones, por el que no me han pagado nada mal. En otra vida, habría empleado ese dinero en un viaje a París, pero ahora me planteo hacer un viaje con Virginia a cualquier sitio que no sea París ni ningún otro lugar de Francia, ya que estamos. Ella no quiere ir a Asturias; en eso se parece a Claudia. Nada de turismo rural. Por cierto, que he visto a Claudia recientemente y, aunque no soy santo de su devoción, ya no me mira con furia asesina. Hasta nos saludamos con normalidad –lo que viene a ser con educación y sequedad– sin que vuelen cuchillos.

Esta noche Virginia y yo vamos a cenar a un restaurante con planes posteriores más interesantes que la propia cena. Lo pasamos bien. Virginia es una mujer encantadora además de guapa. Es segura de sí misma y va pisando fuerte por la vida. Tiene su carácter. Es liberal y extrovertida, simpática. Tiene una boutique de esas elegantes en el centro de Madrid. Tal

vez pueda proponerle que venda algún vestido de Maggie. Nuestra relación sigue siendo abierta. Sin compromisos. Sin ataduras.

Después de cenar, nada de paseos románticos a la luz de la luna cogidos de la mano. Nos vamos a mi casa a follar como condenados hasta que caemos rendidos. Voy a necesitar una semana al menos para reponer fuerzas, que me he quedado seco. Virginia se queda a dormir. Últimamente se ha quedado a dormir. Me gusta que se quede. Da sensación de estabilidad.

Es sábado por la mañana. Virginia está en la ducha y yo, que ya me he duchado, estoy haciendo café para desayunar. Hace poco que nos hemos levantado. Tengo que ir al club al ensayo de lo que se avecina esta noche, pero eso será más tarde. Ha sido estupendo despertar y encontrarla en mi cama desnuda y más que dispuesta a tener sexo mañanero. Y yo que pensaba que necesitaría una semana para recuperarme... Virginia grita de placer con cada embestida y se retuerce como una gata en celo. Le gusta el sexo sucio. Cuanto más sucio, mejor. Y a mí también, así que en ese sentido gozamos como nadie.

La oigo salir del cuarto de baño y volver a la habitación a vestirse. Le he dejado una camiseta porque ella solo tiene el vestido que llevaba puesto ayer y para estar por casa no es que sea muy cómodo. La siento trastear y poco después viene a la cocina con aire furibundo y unas revistas en las manos, vestida con la camisa que le he dejado.

—¿Se puede saber qué coño es esto?

Me tiende las revistas y palidezco de pronto. ¡Qué imbécil! ¿Por qué no las cambié de sitio? ¿Por qué no las quemé? Son las revistas en las que sale Alexandra. La de las fotos de su boda, las que hablan del ballet de la Ópera de París, las que hablan de su preciosa *prima ballerina*. Estaban metidas en el fondo de un cajón. ¿Cómo ha dado Virginia con ellas?

—¿Has estado registrando mis cosas? —le espeto, cogiéndolas y dejándolas en la mesa de no muy buenas maneras.

—Estaba buscando algo que ponerme debajo de la camiseta cuando me he encontrado con eso —me recrimina ella señalando la prueba del delito—. Son las revistas en las que sale la zorra de tu ex.

—Cuidado con lo que dices.

Y me delato yo solito. Virginia se queda lívida. Es la ira en estado puro, pero no le voy a permitir que insulte a Alexandra.

—Eres un puto cerdo. ¡Estás enfermo! —me grita—. Sigues colgado por esa zorra.

—Eso no es cierto —replico, aunque sé que es mentira.

—¿Piensas en ella cuando me follas? ¡Dime! —Me da un empujón con el que no consigue grandes resultados, lo que parece enfurecerla aún más—. ¿Piensas en ella? ¿Era buena en la cama? Seguro que sí. Las buenecitas son las peores. ¿Por qué no la llamas? Podríamos follárnosla los dos.

¿Quién es este monstruo? A Virginia se le ha caído la máscara y no me gusta nada. Cada palabra que sale de su boca está llena de veneno.

—Era buena a secas —le digo con toda la tranquilidad de la que soy capaz, casi para mí mismo—. Era buena. No como tú.

Me da una buena hostia en la cara.

—Hijo de puta... Me has mentido, me has usado... y ahora me insultas. Eres un cínico. Hijo de puta... ¡Eres un hijo de puta! ¡Puto enfermo!

Se va a la habitación y se viste en tiempo récord.

—¡No quiero volver a verte en mi vida! —me grita yendo hacia la puerta.

Se marcha dando un portazo que deja temblando los cimientos del edificio. En cuanto pasa la onda expansiva, veo su móvil en la mesa de la cocina y salgo corriendo tras ella.

—Eh, te dejas el móvil —la llamo, saliendo al descansillo.

Virginia vuelve sobre sus pasos y me arrebató el móvil de un zarpazo. Entonces se abalanza sobre mí, totalmente desquiciada. Me empuja de nuevo con el mismo resultado de antes y vuelve a increparme. Me llama «pedazo de cabrón» y «puto alcohólico de mierda» entre otras lindezas y en un arrebato final de cólera, intenta golpearme en la cara, arañarme o qué sé yo. Harto de ella, la sujeto por los brazos para quitármela de encima y perderla de vista de una puta vez. Le doy un empujón para apartarla de mí. Virginia da un traspié y al segundo siguiente está cayendo por las escaleras. No me he dado cuenta de lo cerca que estábamos de las escaleras. Se me hieló la sangre en las venas al verla caer y bajo corriendo para socorrerla.

—¡Virginia!

Queda desmadejada al pie de las escaleras y me arrodillo junto a ella, temiendo que se haya hecho una avería de las gordas. Virginia suelta un

quejido lastimero y lo primero que siento es alivio al ver que no se ha matado.

—¡No me toques! —chilla—. Hijo de puta...

Si sigue insultándome, tan mal no puede estar.

—Voy a llamar a una ambulancia —digo decidido cogiendo su móvil, que ha caído con ella.

—No hace falta —replica quitándomelo de la mano de nuevo.

Comienza a incorporarse y voy a ayudarla a levantarse, pero ella me rechaza sin miramientos.

—No me toques —vuelve a decir. Esta vez entre dientes.

—Al menos deja que te lleve al hospital a que te hagan un reconocimiento —insisto al tiempo que ella saca un pañuelo para limpiarse la sangre del labio. Ha debido de mordérselo en la caída. Espero que no se envenene.

—¡Estoy bien! —me grita—. No necesito un hospital; lo único que quiero es perderte de vista. Hijo de puta...

—Pues te llevo y me voy.

—¡Que no me llevas a ningún sitio! Que te jodan, Dani. A ti y a esa puta.

Se va cojeando un poco, pero por lo demás parece estar bien. Virginia baja un tramo de escaleras y llama al ascensor en el piso de abajo. Oigo una puerta cerrarse y miro hacia arriba, pero ya no hay nadie. Algún vecino cotilla se ha asomado al oír la discusión en pleno descansillo. Lo raro es que no haya más vecinos viendo el espectáculo. Me sabe mal no poder ir con Virginia a que la miren en el hospital, aunque lo más seguro es que solo tenga unos cuantos moratones y un tobillo torcido, pero no quiere verme ni en pintura. Luego la llamaré para ver cómo está, aunque no es probable que me coja el teléfono. Lo más dañado parece ser su ego.

Lo dicho. He llamado varias veces y no me coge. Le dejo un mensaje en el contestador en plan «joder, Virginia, coge el puto teléfono, que solo quiero saber si estás bien» y me hago el propósito de volver a llamar más tarde. Está dolida y cabreada. En el fondo lo entiendo. Se siente utilizada y engañada. Es verdad que empecé a salir con ella para olvidarme de Alexandra, pero estaba bien con ella. La quería. Claro que eso fue antes de ver al monstruo que lleva dentro, pero la quería. Y tenemos —o teníamos—

una relación abierta; no entiendo a qué viene ese arrebató de celos enfermizos.

Estoy con mis colegas en el Dreams. Dentro de un poco ensayaremos el baile y todo eso. De momento hay tranquilidad. No hay nadie más que nosotros, las chicas, el dueño y un par de camareros que andan por aquí preparándolo todo para esta noche. Por lo pronto son las chicas las que están en el escenario ultimando detalles. Nosotros aplaudimos y lanzamos silbidos desde donde se sienta el público. Entonces las chicas se ponen serias y se quedan mirando algo a nuestra espalda. Nosotros nos volvemos. El jefe viene con un par de policías y cara de disgusto.

—¿Daniel Hernández? —pregunta uno de los agentes.

Se me ponen los huevos de corbata y el corazón empieza a bombearme a mil por hora. En lo primero que pienso es en mis padres y en mi hermana. ¿Qué ha pasado para que venga la poli? Me levanto.

—Soy yo —contesto.

—Queda usted detenido por un delito de agresión. Tiene derecho a...

—¡¿Qué?!! ¿Detenido? ¡¿Pero de qué coño va esto?! —interrumpo en un impulso, sin darme cuenta de que estoy interrumpiendo a un policía de verdad y no a uno de los que al final se quitan la ropa.

El que estaba hablando me mira con ceño y retoma la lectura de mis derechos. El otro pone cara de aburrimiento y me mira armado con toda su paciencia además de con una pistola y una porra.

—Tiene que acompañarnos. Hay una denuncia contra usted por agresión y abusos sexuales. Tiene que venir a prestar declaración.

—¿Declaración de qué? ¡Que yo no he violado a nadie, oiga! Tiene que haber un error.

—Eso se lo cuenta usted al juez —replica el policía con frialdad.

Mis amigos, las chicas y mi jefe asisten a la escena del todo atónitos y tan pálidos como debo de estar yo. Ni reaccionan.

—¿Piensa venir por las buenas o tenemos que esposarle? —me pregunta el primer poli.

—Ve con ellos, hijo —interviene el dueño del club, temiendo, supongo, que oponga resistencia y se arme un buen jaleo. Entonces seguro que pueden acusarme de algo más. Resistencia a la autoridad, por ejemplo—. Seguro que es un malentendido.

Y voy con ellos con el corazón en un puño. Esposarme no me esposan,
pero el poli con cara de mala leche me lleva agarrado del brazo por si acaso.

Capítulo 35

Alexandra

Hemos vuelto a la normalidad, a París. La temporada de ballet ha comenzado con *Coppélia*. El inicio de temporada es una época ajetreada en la Ópera de París. Los aficionados están deseosos de ver ballet y los turistas no quieren irse de París sin haber visto una función en el famoso Palais Garnier.

La película que Jean-Luc rodó en Nueva York se estrena a mediados de diciembre, para lo cual apenas quedan dos meses. Jean-Luc está convencido de que será un éxito. Las revistas de cine y los programas de televisión están hablando ya de ella y en las redes sociales hay una pequeña revolución. Jean-Luc está un poco contrariado porque no podré acompañarle al estreno, ya que estaré bailando. Una vez más nuestras agendas se solapan.

Esta tarde he quedado con Marie y Maggie para tomar un café y unas pastitas –que en su mayor parte terminarán en el estómago de Maggie– y charlar un rato. Ahora que estoy casada no las veo tanto como antes y las añoro, sobre todo a Maggie, ya que a Marie la veo a diario en los ensayos y en las funciones. Seguimos en contacto, pero ya no es lo mismo. Marie empezó a salir con alguien, pero la cosa no fue muy bien y ahora quiere pasar página y centrarse en el ballet. Maggie solo tiene tiempo para sus telas, sus diseños y su carrera ascendente y no quiere saber nada de hombres. Insiste en que me he casado demasiado joven.

–Si esperaba mucho más, Jean-Luc se iba a hacer viejo –bromea Marie.

–Ese tío nació viejo –replica Maggie.

Siguen igual. Son adorables. Pasamos una estupenda tarde. Al volver a casa, Jean-Luc no está. Habrá ido al gimnasio. Me cambio la ropa de calle por un viejo pijama y me dispongo a ver una serie de misterio que me gusta cuando suena mi móvil. Es Claudia. La serie puede esperar.

—Ni te imaginas lo que ha pasado —me dice tras los saludos iniciales. Si me descuido no me dice ni «hola»—. Te vas a caer muerta.

—Espero que no —contesto.

Por el tono sé que no es nada grave; solo un cotilleo de los suyos que está deseando soltar. Alguna ruptura, un asunto de cuernos o dos amigas tuyas que se han comprado el mismo modelito. O peor: una amiga tuya se ha comprado un modelito como el de ella. Tratándose de Claudia, cualquier cosa es posible.

—Han detenido a Daniel —me suelta—. Por agredir a su novia. ¿Cómo te quedas?

Fría. Me quedo fría. No puede ser verdad. Es imposible.

—De todas las bromas de mal gusto, esta es la peor que me han gastado, Claudia —le digo.

—¡Que es verdad! Está detenido desde anoche. El juicio es mañana. Un juicio de esos rápidos, ya sabes...

—No, no sé. No entiendo nada. Dani es capaz de muchas cosas, pero de agredir a su novia... Venga, por favor... Es ridículo. ¿Quién te ha contado semejante historia?

—Tierra llamando a Alex. Te recuerdo que la madre de Daniel y mamá son amigas. La ha llamado para decírselo. Bueno, imagínate el lío...

—No puede ser. ¿Tú le crees capaz, Claudia?

—Yo no pongo la mano en el fuego por nadie, y menos por ese. Que es muy de arrebatos y lo mismo se le ha escapado una hostia.

No. Daniel puede ser muy bruto, pero pegarle a una mujer... ¡Si no hay más que ver el cariño con el que trata a Cosme! El cariño con el que me trataba a mí. No puede haber cambiado tanto.

—De todos modos, se verá mañana en el juicio —continúa Claudia—. ¡Qué fuerte!

—No sé, Claudia... Me resulta difícil de creer.

—Bueno, y a mí, la verdad sea dicha, pero ya ves... Si es que es más rústico que el pan de pueblo.

Y era tan bueno como ese pan. Lo debe de estar pasando realmente mal. Me compadezco de él. No quería saber nada de él, pero de ahí a que su suerte me resulte indiferente... Al fin y al cabo le quise un día. Y es el hermano de mi mejor amiga. No me puedo creer que sea verdad lo que dice Claudia. Mi hermana dice que me mantendrá al corriente, me pregunta por mi vida. Hablamos un rato hasta que nos despedimos y entonces llamo a Sofía. Esto tiene que haber sido un golpe terrible para ella. Y para sus padres.

Sofía se echa a llorar nada más oír mi voz. No recuerdo haber visto nunca llorar a Sofía. Ella siempre ha sido fuerte, recia. Era ella quien me consolaba a mí cuando éramos niñas y yo lloraba. Le digo que me acabo de enterar de lo de su hermano y me cuenta a trompicones y entre llanto lo que ha pasado. Le ha denunciado la tal Virginia. Le acusa de haberla golpeado y de haberla tirado por las escaleras.

—Y de haber abusado de ella —añade hipando Sofía—. No me lo creo, Alex. Mi hermano es un imbécil y un garrulo, pero no es un maltratador. Tú lo sabes...

—Ya lo sé, Sofía, ya lo sé...

—Le juzgan mañana. No hemos podido verle. Ni tenemos abogado ni nada. ¿Quién tiene un abogado? ¿Y dónde encuentras uno un domingo? Le pondrán uno de oficio. Lleva encerrado desde el sábado por la noche porque hasta el lunes no abren los juzgados. Y no sabemos qué hacer; solo podemos esperar a ver qué pasa.

—Tiene que ser un malentendido. Seguro que mañana se aclara todo. ¿Cómo está él?

—No sé... Llamó por teléfono y habló con mi padre... Ya sabes que puede hacer una llamada. Dijo que estaba bien, pero ¿cómo va a estar bien, Alex?

—Si hay algo que esté en mi mano...

Sofía solloza.

—No puedes hacer nada. ¿Puedo decirle que has llamado? Seguro que le consuela un poco saber que te has preocupado por él.

—Claro...

—¿Qué va a pasar ahora, Alex? No sabes el disgusto que se han llevado mis padres. Mi madre no hace más que llorar. A mi abuela no le hemos dicho nada todavía. Mi abuela se va a morir de disgusto cuando se entere.

El llanto le ahoga la voz. Me gustaría poder estar junto a ella y abrazarla, pero Sofía tiene razón. No hay nada que yo pueda hacer. Ni siquiera consolarla.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta sorbiéndose los mocos antes de que yo pueda pensar en qué decirle. Se interesa por mí aun en estas circunstancias.

—Bien —le digo—. Bueno, ahora mismo, preocupada por lo de Dani, pero estoy bien. ¿Me dirás cómo va todo?

Claudia me ha dicho que me mantendría al corriente, pero, francamente, prefiero que lo haga Sofía. A Claudia le va el sensacionalismo.

—Claro. Te llamaré. O te mandaré un mensaje. El juicio es a las diez y a esa hora seguramente estarás ensayando. Yo mañana no voy a trabajar; me he cogido el día.

¿Cómo va a ir a trabajar estando así? Seguimos hablando un buen rato. Intento darle aliento sin conseguirlo. Antes de despedirnos le prometo que la llamaré yo en cuanto salga del ensayo. Pobre Sofía. Y pobre Daniel.

—Me parece alucinante que te pongas de su parte —me dice esa noche Jean-Luc.

Le he contado lo que sucede. Me vio con cara larga y preocupada cuando regresó del gimnasio y le conté la situación sin entrar en los detalles que Sofía me había dado. Y no parece gustarle que crea a ciegas en la inocencia de Daniel.

—No es ponerme de su parte. Es solo que no es posible que haya hecho una cosa así —replico.

—¿Y eso no es ponerte de su parte?

—No. Eso es tener coherencia. ¡Pero si no es capaz de hacerle daño a una mosca!

—Pues a ti te lo hizo. Se aburrió y te dejó tirada, ¿recuerdas?

Encajo el golpe bajo con todo es estoicismo que puedo.

—Eso es distinto —digo.

—Eres la hostia, Alexandra. Mucho feminismo, pero luego prefieres creerle a él. O lo que es lo mismo: no crees a una mujer que denuncia malos tratos. Ya me dirás la coherencia que tiene eso.

—¿Crees que voy a creer a alguien solo por el hecho de que sea una mujer?

–Yo pensaba que os apoyabais unas a otras en estos casos.

–Y así es.

–Ya veo. Tienes un doble rasero, querida, perdona que te lo diga. Si hubiera denunciado a alguien que no fuera Daniel, ¿estarías diciendo lo mismo?

–A Daniel lo conozco y a cualquier otro no –replico–. No digo que sea una hermanita de la caridad, pero de ahí a pegar a una mujer...

Jean-Luc suspira exasperado y me mira con una mezcla de cariño y condescendencia. Hay ternura en sus ojos y también un poco de irritación.

–Crees que todo el mundo es como tú, Alexandra. Piensas que todo el mundo es bueno, y no es así. Yo me plantearía la posibilidad de que a tu ex se le haya ido la mano con esa chica. Si le ha denunciado, supongo que tiene pruebas.

No me gusta admitirlo, pero Jean-Luc siembra la duda. ¿Y si fuera verdad? Pero no puede serlo. El Daniel que paseaba a orillas del Sena, el que hablaba con el burrito no puede haber hecho daño a una mujer. Al menos no un daño físico. Me resisto a creerlo. Jean-Luc me acaricia una mejilla y me da un tierno beso en los labios.

–Tu confianza en él te honra, pero Daniel no es una buena persona, Alexandra –me dice–. Sé que Sofía es tu amiga, y yo la aprecio, pero eso no excusa a Daniel, ángel mío. Eso no lo convierte en inocente.

No he pegado ojo y el ensayo de esta mañana es el más largo de mi vida. Me entrego a él por completo y dejo a un lado todo lo demás. Pero estoy deseando que pasen las horas para hablar con Sofía y saber qué es de Daniel. Marie está al corriente de lo que ha pasado. Se lo he contado esta mañana antes de entrar en el estudio. Tampoco ella termina de creérselo.

–Daniel es *persona non grata*, que no te quepa duda. ¡Menudo cabrón! –dice entre cuchicheos al tiempo que se pone la sudadera–. Pero de ahí a que haya agredido a una chica... ¿Dices que la tiró por las escaleras?

–Presuntamente. Eso dice la denuncia.

–Me cuesta creerlo.

En el descanso miro el móvil, pero no tengo mensajes ni llamadas perdidas ni de mi hermana ni de Sofía. Son las once y media. A lo mejor todavía no ha acabado el juicio.

Cuando el ensayo llega a su fin sigo igual. Al llegar a casa llamo a Sofía. No podrá ponerse, pero puedo dejarle un mensaje en el contestador. Jean-Luc no está, lo que me deja total intimidad para hablar con ella. Pero Sofía sí que coge la llamada.

—Alex...

Está llorosa.

—Sofía... ¿Cómo ha ido todo?

Ella rompe a llorar con desconsuelo y no entiendo nada de lo que me dice. Habla de que había un montón de pruebas y dice algo de ir a la cárcel. ¿A la cárcel? Entonces el llanto de Sofía se aleja y oigo la voz de un hombre murmurando algo.

—Alex, soy Marcos. Tengo malas noticias. Han condenado a Daniel a dos años y tres meses.

—¿Qué?

No puede ser.

—Ingresará en prisión —continúa diciendo Marcos—. Virginia ha presentado un montón de pruebas. Y Daniel para terminarlo de arreglar la ha amenazado de muerte en pleno juicio.

—¿Cómo? —balbuceo.

Está claro que a Daniel le puede más la lengua que el cerebro.

—Pues eso. Delante del mismísimo juez.

—¿Es... es culpable?

Marcos suspira.

—Le han declarado culpable —contesta—. Él jura que es inocente. Dice que la empujó para quitársela de encima, pero que no pretendía tirarla por las escaleras. Dice que dio un traspié y cayó. No puede explicar los golpes en la cara ni... Bueno... Es largo de contar. Ni siquiera sabía de qué se estaba defendiendo, Alex. El abogado ha hecho lo que ha podido, pero...

—

... pero no ha sido bastante —concluyo con pesar.

Capítulo 36

Daniel

Dos años y tres meses. Me han condenado a dos años y tres meses de cárcel. En algún momento tengo que despertar y salir de esta pesadilla. El abogado estuvo hablando conmigo cinco minutos para hablarme de los cargos y me dijo que si me declaraba culpable la pena podría ser menor.

—¿Qué cargos? ¡Que yo no la he pegado, coño! ¡Que no le he puesto una mano encima a una tía en mi puta vida! ¡Ni la he violado!

El abogado cuyo nombre ya no recuerdo suspiró como si tratara con un retrasado mental.

—Los cargos no son por violación —me aclara—. Son por abuso sexual.

—¿Y qué diferencia hay?

—No podré defenderle si no me dice la verdad.

—La verdad es que se puso histérica, me dio una hostia y me la quité de encima de un empujón sin darme cuenta de que estaba al borde de las escaleras. Se torció un tobillo y se cayó, cosa que le pasaría a cualquiera que llevara esos taconazos.

—Así que se puso histérica...

—Sí.

—¿Por qué motivo?

Y me encontré explicándole lo que había pasado. No entendía la razón de la denuncia. Si al menos me hubiera denunciado por darle un empujón y haberla hecho caer... Pero yo no la tiré por las escaleras; fue un accidente. Y por supuesto que no había abusado sexualmente de ella. Igual éramos un poco brutos follando, pero todo lo que hicimos fue consentido y de mutuo acuerdo.

Creí que todo se aclararía en el juicio, pero me equivoqué. Me equivoqué. Y ahora estoy en una celda de esas donde te meten para que te habitúes antes de juntarte con todos los demás presos. Módulo de ingresos, lo llaman. Ahora mismo me estoy recuperando de un ataque de ansiedad. No debería estar aquí. No he hecho nada de lo que se me acusa. Yo no he golpeado a Virginia. Yo no le he causado esos moratones. Yo no la he violado. Yo no he hecho eso. No lo he hecho. No lo he hecho. Me quiero morir...

La Virginia que se presentó en el juicio no tenía nada que ver con la mujer de armas tomar que yo conocía. Estaba como asustada. Desvalida casi. Tenía un cardenal en la mejilla a la altura del pómulos y el ojo morado. Declaró que yo la había golpeado, que era violento con ella, que hacía cosas como atarla a la cama y usarla a mi antojo... y que estaba obsesionado con mi ex y habíamos discutido. Y yo, cuando ella huía, había salido tras ella para sujetarla, ella había forcejeado y yo la había golpeado y arrojado por las escaleras.

—¡Eso es mentira! —grité en medio del juicio, levantándome furioso—. Puta zorra mentirosa... ¡Voy a matarte!

De todas las cosas poco inteligentes que he hecho en mi vida, esa ha sido sin duda la peor. Nada más salir las palabras de mi boca, me di cuenta de que había cavado mi propia tumba. La había insultado, la había amenazado de muerte y había dejado en evidencia el carácter violento del que se me acusaba y que yo intentaba negar. La jueza, enfadada, llamó al orden y me conminó a permanecer en silencio durante el juicio.

Virginia y su abogado comenzaron a presentar pruebas y más pruebas, informes médicos, fotos de las lesiones... Testificaron médicos. Sí, el hematoma de la cara y el labio partido podrían corresponder perfectamente a un golpe dado. Tenía más. Me enseñaron las fotos. No reconocí haber causado ninguna de aquellas marcas. Sí, la había atado, pero no tan fuerte como para dejarle así las muñecas. Sí, habíamos mantenido relaciones sexuales, pero yo no la había pegado. No, yo no la había forzado. Pero había señales de haber sido forzada. Yo no había sido. Pero las muestras biológicas eran mías, solo mías y nada más que mías. Yo no podía saber cómo podía tener desgarros ahí, no lo entendía. La parte interna de los muslos presentaba abrasiones. No había sido yo. ¿Lo negaba? Sí, lo negaba. Me acribillaron a preguntas. Mi abogado hizo lo que pudo, pero había poca

cosa que pudiera hacer. Todas las pruebas, una tras otra, me señalaban como culpable. Y Virginia, llorosa y compungida relataba las cosas tan terribles que le había hecho, lo mal que la hacía sentir cuando estaba conmigo. Y yo no podía demostrar que era inocente. ¿Cómo coño demuestras que eres inocente si lo único que tienes es tu palabra, si no tienes testigos ni pruebas, si no tienes nada? No tenía ni idea de cómo Virginia había quedado en ese estado. Lo único que sabía era que no había sido yo. Pero ahí estaban las dichas pruebas biológicas. ¡Pues claro que estaban! Si habíamos estado follando... Me fui viniendo abajo. Me fui hundiendo cada vez más en el fango. Mi abogado, un abogado de oficio dado que no había tiempo de buscar uno, hizo lo que pudo, que no era mucho. Y lo peor fue que mi madre y mi hermana estaban presentes. Lo que más me dolió fue todo lo que tuvieron que oír.

Me condenaron. Por maltrato, agresión, abusos sexuales y amenaza de muerte. El pack completo. Lo suficientemente grave como para echarme dos años y tres meses e ingresar en prisión. Y con una orden de alejamiento, por supuesto. Ni siquiera pude despedirme de mis padres, de mi hermana. O de Marcos, que también estuvo presente en el juicio. Mi madre y mi hermana lloraban y mi madre intentaba que la dejaran acercarse a mí, pero no pudo ser. Habría querido al menosirme con el abrazo de mi madre, pero no me lo permitieron. Mi padre le pasó un brazo por los hombros mientras ella lloraba y me miró con pesar. No sé si había decepción en sus ojos o si lo único que ocurría era que no podía creerse lo que estaba ocurriendo. Marcos, que también abrazaba a mi hermana, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, como queriéndome decir que todo iría bien, que contara con él. Las lágrimas de Sofía y mi madre y la mirada llena de dolor de mi padre me rompieron en pedazos. Y pensé en Alexandra. En mi patito. ¿Lo creería? ¿Creería que yo...?

Ahora estoy entre los muros de Alcalá Meco intentando adaptarme, si es que alguien puede adaptarse alguna vez a esto. Han venido a verme un trabajador social, un psicólogo y varias personas más, que parecen ser los que van a decidir qué hacer conmigo. Un preso me trae la comida. No iré al comedor hasta que no me asignen un jodido módulo. Aunque debería decir «otro preso». Me mira con algo que se parece a la pena. Estoy hecho una mierda, y no me refiero a estar sucio ni nada de eso. Tengo una constante sensación de angustia, de ahogo. Quiero morirme. Y esta vez de verdad.

–Eh, tío –me dice–. Es duro al principio. Te acostumbrarás. Como todos.

–Yo no he hecho nada –murmuro.

–Ya. Por eso estás aquí. Come.

Pero no puedo tragar bocado. Me obligo a comer esto que no sé ni lo que es. Tengo que comer. Y siguen las visitas. Con lo lenta que va la justicia en este país y a mí me han trincado en tres días. Ni siquiera he tenido tiempo de asimilarlo. El personal de la prisión se hace cargo de la situación e intentan ayudarme en la medida de lo posible. Les he dicho que yo no he sido, que no he hecho nada de lo que se me acusa, nada por lo cual me han condenado. Me escuchan con paciencia. Y una vocecita en mi cabeza me dice que lo que piensan es que estoy negando los hechos porque no admito haberlo hecho y no por ser inocente. Eso no me va a ayudar; más bien al contrario. Pero no puedo admitir ser culpable. Me dicen que en todo caso, de haber pruebas a mi favor, podría recurrir la sentencia e intentan tranquilizarme diciéndome que con buen comportamiento me aplicarán el tercer grado. Vamos, que tendré permisos y tal. Pero yo quiero ser libre, que parezca una canción de Los Chichos, coño. No debería estar aquí. Si hasta me han sumado a la condena lo de la amenaza de muerte cuando resulta que fue un calentón. ¿Cómo voy a matar yo a nadie si todavía tengo remordimientos de conciencia por una abeja que me cargué hace tiempo?

Debo de ser un caso fácil porque en dos días ya tengo asignado módulo, celda y hasta curro. Estoy en segundo grado. Régimen ordinario. Vamos, no me consideran tan peligroso como para dejarme encerrado, pero tampoco tengo derecho a salir en semilibertad. Y a partir de mañana empezaré a currar en la lavandería. El trabajo es remunerado –aunque no pagan mucho– y cobraré cuando salga en libertad. Me han dicho que revisarán el grado dentro de seis meses y entonces a lo mejor –y solo a lo mejor– mejora la cosa. No quiero estar aquí seis meses, pero no he abierto la boca.

Celda 35. No es el agujero deprimente que yo esperaba. A la izquierda hay una cama litera y a la derecha, una estantería con algunos libros y un escritorio. Separados por una especie de mampara baja, que ofrece cierta intimidad, hay un lavabo y un retrete de acero inoxidable. Por haber, hay hasta ducha. Las paredes están pintadas de blanco y al fondo hay una ventana con barrotes y unas cortinas oscuras descorridas. También hay un tío despatarrado en la silla del escritorio que me mira con aire socarrón y

una sonrisa torcida al que identifico de inmediato como mi compañero de celda. Tampoco hace falta ser muy avisado para ello. Es algo mayor que yo, delgado y moreno y tiene pinta de que es mejor no cruzarse en su camino por la cuenta que te tiene. El guardia que me ha acompañado se despide y me quedo allí con la ropa de cama y los enseres de higiene y aseo que me han entregado en los brazos.

–Bienvenido, tío –me suelta mi compañero de celda acercándose a mí–. Gerardo –se presenta tendiéndome la mano. Es algo más bajo que yo, aunque no mucho.

–Daniel –contesto estrechándosela al tiempo que mantengo en equilibrio la carga.

–Acojonado, ¿eh?

Asiento. ¿Para qué mentir si solo me falta un cartel donde lo ponga?

–Los primeros días son jodidos –dice Gerardo, que otra cosa no será, pero franco es un rato largo–. Luego te acostumbras. No es el Ritz, pero no nos tratan mal. Tú duermes abajo. Si esto se descojona no quiero morir aplastado como una cucaracha.

–Vale –murmuro.

Me dispongo a hacer la cama y a guardar mis cosas. Noto los ojos de Gerardo clavados en mi espalda.

–¿Cuánto te ha caído? –me pregunta tras un rato en silencio.

–Dos años y tres meses.

–¡Hostia, qué putada!

Lo es. Si la condena hubiera sido inferior a dos años no habría entrado en prisión, dado que no tengo antecedentes penales. Pero esos tres meses lo han jodido todo. Gerardo me da conversación, que queda un poco cortada y con silencios incómodos porque yo no tengo muchas ganas de hablar. Supongo que, a su manera, intenta hacer que no me sienta tan mal ni tan solo, cosa que agradezco. A lo mejor me he apresurado en juzgarle por su pinta de matón de barrio, algo que yo menos que nadie debería hacer. Me habla de la vida en la cárcel. A él le quedan cinco años por cumplir, pero no le pregunto por qué está en prisión. No quiero meterme donde no me llaman; seguro que es de lo último que quiere hablar. Y entonces me doy cuenta de que en todo el rato que llevo en la celda, él tampoco me lo ha preguntado a mí.

Capítulo 37

Alexandra

Pobre Daniel. No puedo por menos que compadecerle. Dos años y tres meses de prisión. Él, que era un espíritu libre. Culpable. Culpable de cosas horribles. Sofía dice que ha llamado a casa para decir que está bien. Puede hacer llamadas de cinco minutos. Solo cinco minutos para hablar con la gente que quiere. Irán a verle el sábado. Pasado mañana. Le llevarán ropa para que pueda cambiarse, algún libro y fotos para que pueda tener cerca a su familia de algún modo.

—¿Puedo llevarle una foto tuya, Alex? —me pregunta Sofía en nuestra enésima conversación telefónica que Jean-Luc empieza a ver con mala cara. Piensa que me preocupo por Daniel más de lo conveniente—. Ya sé que igual no es muy adecuado, que estás casada y todo eso, pero está en la cárcel y he pensado que a lo mejor no te importaba...

—Claro que no me importa, pero no puedo hacerte llegar una a tiempo —contesto.

—No hace falta. Imprimiré una del móvil.

—Vale —le digo conmovida.

La voz de Sofía suena triste, acongojada cuando habla de su hermano.

—Tenía la revista en la que salían aquellas fotos tuyas tan bonitas vestida de bailarina... Y la de tu boda... Tenía las revistas donde hablaban del ballet, de ti... Dijeron que... Dijeron que era un comportamiento obsesivo y... Dijeron cosas muy feas, Alex. Yo creo que las tenía simplemente porque te seguía queriendo y era la única forma de verte. Él lo niega. Ha negado siempre que te quiere. Pero yo sé que te quiere, que no te ha olvidado. Yo sé que te quiere, Alex...

—No llores, Sofía...

Nada cuadra. Daniel me dejó. Se aburrió de mí. Yo era demasiado modosita, demasiado sosa para lo que él estaba acostumbrado. A él le gustaban las mujeres más... mujeres. Yo fui una distracción, algo diferente de lo que se terminó cansando pasada la novedad. Pero no se lo digo a Sofía. Y ahora resulta que Daniel tenía esas revistas. ¿Se arrepintió? Sea como sea, me da mucha pena.

—Dale un abrazo de mi parte cuando vayas a verle, ¿vale? —le digo.

—Se lo daré.

Ríe un poco. Es una risa húmeda, teñida de lágrimas.

—Si necesitáis algo, cualquier cosa...

—Tu familia también se ha ofrecido —dice Sofía—. Mis padres han ido a ver a un abogado, pero les ha dicho que no hay gran cosa que se pueda hacer, que las pruebas presentadas son consistentes y tendría que haber pruebas nuevas que lo exculparan o... ¡qué sé yo! Ahora no sabemos muy bien por dónde tirar, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. Vamos a buscar al mejor abogado que podamos pagar y a ver qué nos dice, pero...

De pronto siento como si alguien me hubiera dado una bofetada. El mejor abogado que podamos pagar. La familia de Sofía, como la mía, es humilde. Trabajan, pero sus sueldos tampoco es que sean como para tirar la casa por la ventana. Estoy segura de que harán el sacrificio que sea necesario por Daniel y encontrarán un buen abogado. Pero yo soy la *prima ballerina* de la Ópera de París. De algo me tiene que servir. Yo puedo contratar al mejor abogado a secas. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Abro la boca para decírselo a Sofía y la vuelvo a cerrar. Ella sigue hablando, pero no la escucho. Si le digo que pago yo al abogado, no va a querer. Si le digo que les presto dinero para que lo contraten ellos, tampoco lo van a aceptar. Pero tengo que hacer algo. Moverme, averiguar. No pasa nada por hacerlo, ¿verdad? Luego ya se verá.

—Sofía, tengo que dejarte. Luego te llamo —le digo, interrumpiéndola.

—¿Qué? ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Luego te llamo —repito. Y cuelgo sin esperar respuesta.

¿Por dónde empiezo? ¿Qué hago? ¿Google? ¿Guía telefónica? Jean-Luc tiene muchos contactos, pero si le digo que quiero contratar a un abogado para sacar a Daniel de la cárcel o al menos reducir su condena se pondrá

furioso. No lo entenderá. Bastante harto está ya. ¿A dónde voy? Suenan unas campanitas en mi móvil anunciando un WhatsApp. Es de Sofía. «Espero que no me hayas dejado tirada a causa de tu maridito. Si no le gusta que hablemos, que se joda. Yo te conocí antes». No me quiero entretener con mensajitos, así que le mando el emoticono del pulgar hacia arriba. ¡El colegio de abogados! Seguro que allí pueden informarme. Busco la dirección en internet y salgo en busca de un taxi que me pueda llevar hasta allí. Tengo que sacarme el carnet de conducir.

El taxi se detiene ante un edificio imponente. Pago al taxista y me bajo. Al entrar miro los altos techos como un ratoncillo asustado. Hay una mujer en recepción, de modo que me dirijo a ella.

—Buenas tardes —digo—. Yo... Hum... Buscaba un abogado.

—Pues ha venido al sitio adecuado —responde ella, seria pero con amabilidad.

Me dirige al lugar que cree conveniente después de que le diga lo que estoy buscando exactamente. Tengo que ser clara y decir lo que quiero. Balbuceando no voy a llegar muy lejos. La recepcionista ha anunciado mi visita y me están esperando. Me recibe un hombre de unos sesenta años, robusto y de pelo cano que se presenta como Christophe Lefebvre. Me estrecha la mano y a continuación me pide que tome asiento. Me siento un poco cohibida, pero me recompongo al instante. No van a comerme.

—Bien, señora Velasco. ¿En qué puedo ayudarla?

Se lo digo. Un amigo mío está en la cárcel, acusado de una serie de delitos que no ha cometido y condenado por ello. Le cuento todo lo que sé. No tengo nada que perder. Cuanto más sepan, mejor podrán indicarme. Él me escucha con atención y de vez en cuando me hace alguna pregunta. Ni siquiera ha movido un músculo cuando le he dicho que Daniel es inocente. Debe de estar acostumbrado a estas situaciones. Hay pruebas de su culpabilidad pero no de su inocencia. Pero yo creo en él. Estoy segura de que no ha golpeado a esa mujer, de que no ha abusado de ella. El señor Lefebvre suspira.

—Es complicado —dice—. Y en España. ¿Lo lógico no sería buscar un abogado en España?

Le cuento por qué no lo hago. Yo vivo en París y la familia de Daniel no sabe que estoy buscando un abogado en Francia. No aceptarían mi ayuda. O puede que sí, pero no quiero arriesgarme. Necesito al mejor abogado de

toda Francia. Y ya hablaré con ellos después. Ya lo arreglaré. Pero si no me queda otra salida que ir a España en busca de uno, lo haré.

—Tal vez no sea necesario —murmura él, pensativo—. Creo que tengo lo que está buscando. Espere un momento.

Sale del despacho durante lo que me parece un siglo y regresa con una tarjeta. Es de un bufete de abogados no muy lejos de aquí.

—Vaya a este bufete —me dice tendiéndome la tarjeta—. Pregunte por Liam Jacobs y diga que va de mi parte. Si en algún sitio pueden ayudarla, es aquí. Han llevado algún que otro caso como el de su amigo y han recurrido varias sentencias firmes con éxito. Son realmente buenos. No le garantizo que vayan a aceptar el caso, pero si lo hacen no podrá encontrar un bufete mejor ni abogados más competentes.

—Muchas gracias, señor Lefebvre —digo, sintiendo un atisbo de esperanza.

—Me alegra haberle sido de ayuda.

El señor Lefebvre se levanta, dando por concluida la entrevista y yo hago lo propio. Me ofrece su ayuda si necesito algo más y nos despedimos.

Al salir miro el reloj. Aún no son las seis de la tarde; tengo tiempo de ir al bufete que me ha recomendado el señor Lefebvre. No puedo dejarlo para mañana si tengo oportunidad de ir hoy. Si no pueden recibirme siempre puedo regresar, pero no voy a quedarme con la duda.

Otro taxi me deja en la puerta de un edificio ni de lejos tan señorial como el del colegio de abogados, pero tampoco está mal. Subo las escaleras hasta el segundo piso y después de comprobar que estoy ante la puerta correcta de entre todos los despachos que hay aquí, llamo al timbre. Un zumbido indica que la puerta está abierta, así que paso. Una vez más, me encuentro con una recepcionista.

—Buenas tardes —le digo—. Busco a Liam Jacobs. Vengo de parte de Christophe Lefebvre.

—Usted debe de ser Alexandra Velasco —me dice la recepcionista con voz cantarina. Yo asiento—. El señor Lefebvre ha llamado para decir que vendría. Venga conmigo, por favor.

La sigo. A diferencia de la recepcionista trajeada que me atendió en el colegio de abogados, esta lleva ropa de calle. Elegante, pero informal. Llama a una puerta y abre sin esperar permiso.

—Liam, está aquí la señora Velasco.

¿Liam? ¿Le llama por su nombre de pila?

–Hazla pasar, Denisse.

Denisse me franquea el paso y entro al despacho. Liam Jacobs es un hombre alto y fuerte con el pelo rubio oscuro y los ojos de un azul deslavado. Le echo poco más de cincuenta años. Tiene la nariz prominente y una mandíbula que denota determinación. No lleva traje. Lleva unos pantalones de vestir y una camisa blanca remangada hasta los codos sin corbata ni chaqueta. No parece un abogado. Tiene el pelo un poco revuelto y sombra de barba.

–No se deje llevar por las apariencias –me dice él leyéndome el pensamiento–. No siempre conviene que al verte todos se den cuenta de que eres abogado.

–Lo siento, yo...

Me he puesto colorada hasta la raíz del pelo y no sé ni cómo disculparme, pero él sonríe. Hay algo en esa sonrisa que transmite confianza.

–No tiene importancia –me dice en castellano–. Por favor, siéntese.

–¿Habla usted mi idioma?! –pregunto pasmada tomando asiento. Es una pregunta estúpida porque acabo de oír que lo habla perfectamente.

–¿No lo sabía? Creí que se lo habría dicho Christophe.

–No me ha mencionado nada, no.

–Ese viejo zorro... Mi madre es española. De Extremadura. Se fue a Bélgica a trabajar, conoció a mi padre y allí se quedó. Es un placer conocer a la primera bailarina de la Ópera de París.

–¿Sabe quién soy?

–Mi trabajo es saberlo todo, señora Velasco –contesta sonriendo–. Christophe me ha puesto al corriente de lo que la trae por aquí, pero me gustaría que usted me lo contara en detalle. Luego ya veremos qué hacer.

Vuelvo a contar la historia. El señor Jacobs me hace mil preguntas mientras le cuento lo sucedido, preguntas que no sé muy bien a qué vienen, pero para él parecen tener relevancia. Preguntas como qué relación hay entre Daniel y yo.

–Es el hermano de mi mejor amiga; ya se lo he dicho –digo.

–¿Nada más?

Me vuelvo a poner roja. Su mirada inquisitiva hace que sienta que puede ver mis más oscuros secretos.

–Bueno... Estuvimos saliendo una temporada. Unos dos años. Después me dejó.

El señor Jacobs suspira.

—Señora Velasco, quiero ayudarla, pero para eso necesito saberlo todo, ¿entiende? Ya sé que hay preguntas que pueden resultar incómodas, pero si aceptara el caso y hubiera un nuevo juicio no quiero sorpresas de ningún tipo. Y para eso tiene que decirme la verdad. Necesito toda la información posible.

—Lo entiendo. No pretendía ocultarle información. Es solo que...

—Fue una ruptura dolorosa, supongo.

—Lo fue.

Él asiente, comprendiendo, y vuelve a hacerme preguntas. Quiere saber lo que yo sé con respecto al caso y quiere saber cómo fue mi relación con él, cómo me trato, si en algún momento no me trató bien, si me pegó... Quiere saber cómo es Daniel desde mi punto de vista. Quiere saber si yo conozco a la parte denunciante. Quiere saber por qué yo creo en su inocencia.

Cuando el señor Jacobs ya tiene suficiente como para hacerse una idea de a qué se enfrenta, hablamos de sus honorarios. Al tener que trasladarse a Madrid, estos se elevan, ya que además de su trabajo suponen también transporte, comida y alojamiento. No me importa. Necesita, además, una provisión de fondos antes de comenzar con el asunto. Aun así, el precio no es tan desorbitado como yo había imaginado, cosa que me guardo de mencionar.

—Le haré una visita a su amigo —me dice—. Una vez haya hablado con él y vea lo que hay, decidiré si acepto o no el caso y se lo haré saber de inmediato. Si acepto, la mantendré informada en todo momento.

Esta vez es mi turno de poner las cartas sobre la mesa, de decir lo que quiero, lo que espero de él, del bufete y de quien haga falta.

—Quiero a Daniel fuera de la cárcel —digo con un aplomo que hasta hace unos minutos me creía incapaz de sentir—. No escatime en gastos; haga lo necesario para que así sea. Todo lo que sea necesario —recalco.

El señor Jacobs me mira con la seguridad de alguien que sabe lo que hace. Se inclina un poco sobre la mesa para acercarse un poco más a mí, como si fuera a hacerme una confidencia.

—Si hay caso, haré lo necesario y hasta lo imposible, señora Velasco —me dice—. Encontraré la manera; puede estar segura.

–El señor Lefebvre me ha asegurado que son ustedes muy buenos en lo suyo.

–Pues permítame decirle que la ha informado mal. No somos muy buenos. Somos los mejores. Si alguien puede sacar a su amigo de la cárcel, somos nosotros.

Así. Sin modestia. No parece estar jactándose de ello; lo dice como un hecho fehaciente.

–Me alegra saberlo, señor Jacobs. Otra cosa: Daniel no debe saber que soy yo quien le paga. Es usted el abogado que ha contratado su familia. Yo hablaré con ellos; ya los convenceré. Cualquier cosa, le aviso.

–Descuide. Tengo algunas cosas que dejar preparadas aquí, pero el lunes iré a ver a su amigo.

No va a perder el tiempo. Me gusta. Y vamos a lo práctico. ¿Cuánto necesita para empezar? La cantidad no es desdeñable, pero le extiendo un cheque por una cantidad mayor a la que me ha pedido por si acaso. Él hace un gesto de asentimiento agradeciendo el detalle. Estaremos en contacto.

Tengo que llamar a Sofía. Tengo que contárselo todo y pedirle que acepte que sea yo quien pague al abogado y que de paso convenza a sus padres. Están demasiado aturdidos con lo que le ha pasado a su hijo como para pensar con claridad y mantener la cabeza fría. Cuando llego a casa, Jean-Luc ya está allí.

–¿Dónde has estado? –me pregunta–. Empezaba a preocuparme.

Lo cierto es que se me ha hecho un poco tarde. No puedo decirle la verdad a Jean-Luc. No estoy haciendo nada malo, pero no puedo decirle que estoy intentando ayudar a Daniel por todos los medios. No quiero tener otro frente abierto.

–He ido a pasar la tarde con Maggie y Marie y me he entretenido –miento, esperando que no se las haya encontrado en la calle ni nada parecido. Tengo que avisarlas para que me den coartada–. Ya sabes que cuando estoy con ellas pierdo la noción del tiempo.

–Lo sé, sí. Se te olvida hasta que tienes marido.

Lo dice de broma, pero siempre que me dice esas cosas noto un ligero reproche.

–Yo nunca me olvido de que tengo marido –le digo dándole un beso–. Enseguida estoy contigo; tengo que llamar a Sofía. Es importante.

—¿Es por Daniel?

—Es su hermano, Jean-Luc. Está en la cárcel. Necesita a una amiga.

—¿Y no tiene amigas en España? ¿Tienes que ser tú?

—Yo soy su mejor amiga.

—Y Daniel es tu ex, por el que estoy empezando a pensar que todavía sientes algo.

—Siento cariño, Jean-Luc —le digo, obviando la insinuación—. Y me da pena que esté pasando por algo así.

—Si le han condenado, por algo será.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

—No me gusta que estés pendiente de él. Y tampoco me gusta que estés todo el rato hablando con Sofía. Ni con tus amigas. Son ellas, el ballet...

—Espera, espera —le interrumpo—. Yo tenía vida antes de casarme contigo. Soy bailarina. Tengo amigos. Y familia. ¡Y tendrás que aguantarles igual que yo aguanto a tu familia y a tus amigos esnobs!

—¿Desde cuándo mis amigos te parecen unos esnobs?

—Desde siempre. Y no voy a seguir hablando de esto contigo, Jean-Luc. Si no te gustan mis amigos, peor para ti. Es lo que hay.

—Mira, me voy a dar una vuelta. ¡Estás insoportable! ¡Y no voy a tolerar durante más tiempo esta situación, Alexandra! No lo olvides.

Sale dando un portazo. Me siento furiosa. Es él el que la lía y luego es él quien se hace el ofendido, como si todo hubiera sido culpa mía. Pero me da un ramalazo de egoísmo. Que Jean-Luc se haya ido de casa es lo mejor que podía pasar. Corro a mi habitación —nuestra habitación— y cojo el móvil.

—¿Qué quieres ahora, mala pécora? —me saluda Sofía—. ¿Ya has hecho eso tan importante por lo que me has dejado plantada al teléfono?

—Calla y escucha —le digo. No sé el tiempo del que dispongo—. Tengo un abogado. Mañana mismo va a España a...

—¿Cómo que tienes un abogado? —me interrumpe Sofía.

Se lo cuento todo de manera atropellada y Sofía apenas puede asimilarlo. Solo dice que no voy a pagar yo un abogado, a lo que contesto que ya hablaremos de dinero después. Le pido que se lo diga a sus padres y que Daniel no sepa de ningún modo que soy yo quien ha contratado al abogado. Sofía solo llora y me da las gracias. Y yo le prometo contárselo más despacio y explicárselo todo en un momento tranquilo.

Capítulo 38

Daniel

La vida en la cárcel es una puta mierda. Llevo seis días aquí encerrado. Seis días que parecen una eternidad. He hablado por teléfono con mis padres. Solo cinco minutos, pero en esos cinco minutos he sabido que han ido a ver a un abogado y que este les ha dicho que no hay por dónde tirar. Parece que mi inocencia no es suficiente. Van a buscar a otro para ver si hay algo que se pueda hacer, pero yo he perdido toda esperanza de salir de aquí. Hace falta algo más que mi palabra y no tengo nada. Ni pruebas ni testigos. Nada. Solo un montón de cosas en mi contra.

Gerardo, mi compañero de celda, ha resultado ser un tío bastante majo. Amigable. Respeta los ratos en los que quiero estar en silencio y yo también lo hago cuando es a él a quien no le apetece hablar. Me ha contado que le dejó su mujer cuando ingresó en prisión. Tiene un chaval que ahora tiene ocho años al que no ha visto desde entonces. Su madre no quiere que vaya a verle a la cárcel. No quiere que su hijo pise un sitio así. Aquí cada uno tiene su drama personal.

Tengo buena relación con otros presos. No es que seamos amigos íntimos, pero hay una especie de respeto mutuo. Nadie se mete con nadie, aunque somos muchos y a veces las rencillas y los altercados son inevitables. De todos modos, no llega la sangre al río. Los guardias cuidan de que haya orden, pero siempre que no haya follón se mantienen bastante al margen. No nos tratan mal. Nos levantamos a las ocho de la mañana y media hora más tarde tenemos que estar en el comedor para el desayuno. Luego cada uno va a sus quehaceres. Unos van al patio o a la sala de televisión y otros vamos al trabajo que nos han asignado. En mi caso, la

lavandería. Trabajar me ayuda a no pensar. De una a dos nos dan la comida y luego nos vamos a nuestras celdas a dormir la siesta o descansar un rato. Luego más de lo mismo. De ocho y media a nueve y media cenamos y vuelta a la celda hasta el día siguiente. Todo muy rutinario.

Estoy nervioso. Mi familia viene hoy a verme. Tienen que estar al llegar. Me he vestido decentemente –me han hecho llegar ropa para que pueda cambiarme– y me he afeitado y todo. No me he afeitado en todos estos días. Me ducho, pero no me importa si estoy peinado o no o afeitado o no. Supongo que estoy bastante dejado en ese aspecto. Pero no quiero que ellos me vean con barba de varios días y desaliñado. Ni con los vaqueros desgastados y la camiseta que parecen haberse convertido en mi uniforme. Eso sí, las ojeras no hay quien me las quite. Un guardia aparece para decirme que tengo visita y me lleva al local en el que me voy a reunir con mi familia. Tienen que pedir cita para poder estar conmigo y abrazarme, pero pueden quedarse hasta tres horas.

Ellos están aguardando cuando yo llego. Mi madre corre a abrazarme y besarme y después me abrazan mi padre y mi hermana. Sofía me da un achuchón extra.

–Este es de parte de Alex –murmura junto a mi oreja para que nadie la oiga.

Se me pone un nudo en la garganta y apenas puedo tragar saliva. Entonces veo que hay una figura enjuta que se mantiene un poco rezagada. Lleva el pelo cano sujeto en un moño bajo y lleva un vestido negro y calzado cómodo. Su rostro surcado de arrugas no eclipsa sus ojos avispados, que me miran llenos de emoción.

–Abuela...

Viene hacia mí y yo abro los brazos para recibirla y estrecharla entre ellos. Y cuando la tengo abrazada rompo a llorar como un niño. Ha venido mi abuela... Ella me da besos de abuelilla sin mediar palabra y acaricia mi espalda. Es bajita y tengo que estar doblado, pero no me importa.

–Yo no lo hice, abuela –consigo pronunciar.

–Ya lo sé, hijito –contesta–. Ya lo sé.

Me lleva hasta la silla para que me siente. Mis padres y mi hermana asisten en silencio a la escena. Mi abuela me acoge en sus brazos estando yo ya sentado y sigo llorando sin poder parar. Me acaricia el pelo y me besa

la coronilla. Ella, que no me hablaba después de lo de Alexandra... Con todo lo que me dijo... Y ahora ni una sola palabra de reproche sobre los motivos por los que estoy preso sale de su boca.

—Deja de llorar, Dani —me dice al fin—. Te vas a deshidratar. Ya está, ya está...

Me seca las lágrimas y yo intento recomponerme. No quería venirme abajo. No quiero que mi familia me vea así, pero ver a mi abuela, que ha venido desde Asturias...

—Tus tíos te mandan recuerdos —continúa mi abuela—. Y también Cosme.

Me hace reír. Es una risa bastante empañada de lágrimas, pero algo es algo. Mis padres me han traído ropa de abrigo. Sudaderas y un jersey grueso por si tengo frío. Sofía me da fotografías de nuestros padres, de ella con Marcos y una de Alexandra en la que aparece sonriente y despeinada con un vestido de flores. Miro a mi hermana buscando una explicación, pero ella solo se encoge de hombros.

—Me ha dicho que no le importaba —dice.

—Yo iba a traerte una tortilla de patata y un buen trozo de bizcocho, pero me han dicho que no podemos traer comida —refunfuña mi abuela, que se la ve con ganas de discutir el asunto con el funcionario de turno.

—¿Qué tal comes, Dani? Estás más delgado —pregunta mi madre con la típica observación de madre.

—Bien. No es la tortilla de patata de la abuela, pero nos dan bien de comer —contesto.

Y es verdad. La comida no está tan mal. Es solo que el ambiente en el que comemos no acompaña. Me preguntan por cómo lo llevo y ahí sí miento un poco y digo que bien, que me voy adaptando poco a poco. Trabajo y me llevo bien con mi compañero de celda. Y tampoco me llevo mal con los demás. Hay un economato, donde puedo comprar cosas con la tarjeta-monedero que me han dado, ya que no nos está permitido tener dinero. Hay biblioteca y una escuela. Y talleres. Y hasta una peluquería gratuita.

—A ver si te cortas el pelo, que empiezas a tener greñas —dice mi hermana.

Mi padre vuelve a decirme lo del abogado. Dice que de la semana que entra no pasa. Encontrarán a alguien. Están muy perdidos y todavía no se han recuperado del disgusto que les he dado. Solo me tiene en pie que ellos

creen en mí. No me atrevo a preguntarle a Sofía qué piensa Alexandra de todo esto.

El tiempo pasa y llega la hora de la despedida. Me rompe el corazón ver las lágrimas contenidas en sus ojos. Hasta mi padre contiene la emoción. Mi abuela dice que se quedará en Madrid hasta que salga de prisión. Prometen volver a verme y me hacen prometer que les llamaré si pasa cualquier cosa. Yo intento tranquilizarles diciéndoles que estoy bien y ellos intentan tranquilizarme a mí diciéndome que todo irá bien. La despedida es lo más duro. Odio que se vayan. Odio cómo deshacen su abrazo a la fuerza y cómo se resisten a marcharse, dejándome aquí. Yo hago lo que está en mi mano por hacerles ver que estoy entero y que lo llevo con resignación, pero estoy roto por dentro. Ellos se marchan llenos de pena y yo me quedo aquí, sintiéndome aún más solo que antes.

He pegado las fotos en la pared con una especie de chicle que he comprado en el economato. Las he puesto en el hueco que queda entre mi litera y la de Gerardo para poder verlas de noche y al despertar. Así parece que les tengo un poquito más cerca. Gerardo suelta un silbido apreciativo al verlas.

—¿Y esa morena? —pregunta—. Sí que está buena.

—Es mi hermana —gruño.

Él se echa a reír, sabiendo que me ha picado. Mi sentido del humor se ha deteriorado bastante y le miro con ceño.

—Vale, vale, lo entiendo. Las hermanas no se tocan —se burla alzando las palmas de las manos—. Tus padres, supongo —añade. Yo asiento—. ¿Y la rubita?

—La rubita es... Es...

Es todo. Es la chica a la que nunca debí dejar. Es la chica por la que yo debí dejarlo todo. Es la mujer de otro hombre. Es la mujer a la que yo no podré dejar de amar mientras viva.

—Es Alexandra —concluyo casi para mí mismo.

Gerardo no parece necesitar más explicación.

—Sí que es guapa —dice, desaparecida la guasa de su voz.

Asiento y miro la foto. Alexandra sonríe con París al fondo. Y sus ojos azules parecen traer luz a esta celda sombría.

Hoy es domingo y me toca librar en la lavandería, así que salgo al patio a que me dé un poco el aire y el sol en una falsa sensación de libertad. Es triste estar rodeado de muros, de rejas. No puedes ir más allá de los muros. Estás aquí atrapado. Yo no debería estar aquí. Y me pregunto cuántos de estos hombres tampoco deberían estarlo. Otros han hecho cosas bastante peores y están en la calle de rositas, riéndose de la sociedad, de la justicia y de... Un proyectil me golpea fuertemente en la cabeza, mandando a tomar por culo todos mis pensamientos deprimentes.

—¡Eh! —protesto encarándome al gracioso, molesto porque me hayan sacado de mi pozo de mierda—. ¡Ten un poco de cuidado, imbécil!

—¿A quién llamas imbécil, gilipollas?

El tío es un pedazo de armario. Se me ocurre que igual no tenía que haberle llamado «imbécil». Pero ya está hecho. Y además es un imbécil. Todo el mundo se ha quedado serio mirándonos. No pensaba meterme tan pronto en mi primera pelea carcelaria. Y menos con un tío al lado del cual yo no tengo ni media hostia.

—A ti, capullo —contesto levantándome, pensando en mi fuero interno que quizá lo más prudente habría sido disculparme. Pero también pienso que si voy de blandito por la vida en el presidio, me van a tomar por el pito del sereno. Y que me ha salido la vena. ¿Qué le vamos a hacer?—. ¿Cómo coño vas a jugar bien si ni siquiera sabes dónde está la puta portería? Vete a jugar a los bolos.

—Con tu puta cabeza voy a jugar a los bolos, soplapollas.

Me da un empujón al que yo respondo. Y entonces me hace un placaje como los que hacía mi hermana en el rugby y me tira al suelo. La pedazo de mole cae con todo su peso sobre mí y me deja sin aire. Intercambiamos golpes y puñetazos varios rodando por el suelo mientras los demás jalean. Los guardias no tardan en venir a separarnos, pero alguien ha avisado de que se acercan y nos levantamos por nuestra cuenta antes de que lleguen.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta uno de ellos con aspecto amenazante.

—Le estaba dando la bienvenida al novato —contesta el armario como si nada.

Los guardias entonces me miran a mí en busca de confirmación.

—Sí, me estaba dando la bienvenida —corroboro, sacudiéndome el polvo de la ropa—. A su manera, supongo.

El armario me mira y asiente con un gruñido. No nos conviene a ninguno de los dos que nos castiguen por pelearnos en el patio. Y tampoco quiero que el armario me la tenga jurada durante mi estancia aquí, así que tal vez lo más sensato sea llevarle la corriente.

—Nada de peleas, ¿está claro? —nos reprende el guardia que ha hablado antes en un tono que no admite réplica.

Asentimos los dos y los guardias se alejan. Yo respiro aliviado, aunque no sé cuánto tiempo me va a durar el alivio. No quiero ir a una celda de aislamiento. Bastante encerrado me siento yo ya.

—Te habría vapuleado, gilipollas —me dice el armario.

—Los cojones, capullo. Has jugado sucio aplastándome antes —replico.

Se oyen algunas risitas. El armario se encara a mí de nuevo.

—Si quieres morir, dilo abiertamente, comemierda.

—No te tengo miedo, imbécil.

Un movimiento de su mano me sobresalta porque me veo venir una buena hostia. Al ver mi reacción los demás empiezan a partirse de risa. Pero en lugar de golpearme, el armario me tiende la mano.

—Emilio —se presenta.

Tardo un segundo en devolverle el gesto más por incredulidad que por cualquier otra cosa.

—Dani.

Emilio me estrecha la mano y se vuelve a los demás.

—Eh, ¿qué os parece el nuevo? —pregunta—. El muy tarado le ha echado huevos.

Los demás ríen y expresan su aprobación de una manera u otra, la mayoría en plan jocoso. Algunos me dan palmaditas en el hombro. Creo que acaban de aceptarme.

—¿Un partidito? —me ofrece Emilio.

Ayer mi equipo se llevó una buena tunda en el partido, pero lo pasamos bien. Olvidé por un momento que estaba en la cárcel. Ahora vuelvo a estar en la lavandería con mis quehaceres diarios. Nada nuevo entre estos muros. Hasta que vienen a buscarme diciéndome que tengo visita de mi abogado. ¿Ya han encontrado un abogado? ¿Tan rápido? ¡Pero si solo es lunes! Y no son ni las diez de la mañana.

—Venga, que es para hoy —me urge el guardia.

Me conduce al locutorio. Al otro lado del cristal hay un tipo alto y fornido con el pelo rubio y ojos claros vestido con un traje oscuro y aspecto vikingo. Me mira como si pretendiera resolver el marrón solo mirándome.

–Buenos días –me dice–. Me llamo Liam. Liam Jacobs. Soy su abogado.

Tiene un pedazo de acento francés que tira de espaldas. Joder. ¿Dónde han encontrado a este abogado? Odio a los franceses. No quiero tener nada que ver con nada que me recuerde a Francia.

–¿Es usted francés? –le pregunto.

–No. Soy belga. ¿Tiene algún problema con mi nacionalidad?

Vaya. Qué susceptible.

–No –murmuro.

–Me alegro. Un asunto menos que discutir. He estado estudiando su caso. Vamos a presentar un recurso de apelación. A día de hoy no tenemos pruebas que demuestren claramente su inocencia, pruebas que esperamos encontrar para cuando se celebre el juicio, así que es hora de ponerse a trabajar. Porque es usted inocente, ¿no es así?

–Oiga, yo no he hecho nada de lo que se me acusa –le digo–. No he abusado de nadie en mi puta vida y no he pegado a ninguna mujer. No sé de dónde coño se sacaron esas pruebas, pero...

–No es a mí a quien tiene que convencer –me corta él–. Y eso hace falta demostrarlo en un tribunal. En cualquier caso, va a contestar a todo lo que le pregunte y va a decirme la verdad, sea cual sea esa verdad. No estoy aquí para juzgarle, sino para ayudarle y no podré hacerlo si no me dice todo lo que quiero saber. ¿Le ha quedado claro?

–Como el agua.

Capítulo 39

Alexandra

Conseguí convencer a los padres de Sofía para que aceptaran mi ayuda. Tal como imaginé, al principio tuvieron sus reticencias. Daniel no era responsabilidad mía. Les hablé de Liam Jacobs, de su reputación. Daniel necesitaba un abogado competente y el señor Jacobs tenía no solo una amplia experiencia, sino también un historial lleno de éxitos judiciales. Lo importante era Daniel y no quién pagara al abogado. Finalmente accedieron con la condición de que cuando todo acabara, ellos me abonarían el gasto. Por lo pronto no había tiempo que perder.

Liam Jacobs me mantenía informada sobre sus indagaciones y sobre las indagaciones del detective privado que le ayudaba en sus pesquisas. Me sorprendió lo del detective cuando me lo dijo en su despacho el día que fui a verle, pero él contestó que era una práctica habitual y que estaba incluido en sus honorarios. Era él quien estaba investigando a la tal Virginia, que resultó ser una pieza de cuidado. Las pruebas contra Daniel comenzaban a tambalearse. Tenían testigos y testimonios que desmontaban los del juicio, así como pruebas de que Virginia era una farsante.

—Hasta hay una vecina que vio lo que ocurrió, o lo oyó más bien, y está dispuesta a testificar —me dijo—. El juicio fue tan rápido y tan categórico que no hubo tiempo a nada. La palabra de ella bastó para realizar la detención y las pruebas en su contra fueron abrumadoras. Demasiado abrumadoras, la verdad. Pero ahora...

—Entonces... ¿Hay posibilidades de que Dani salga en libertad? —pregunté casi con miedo.

—¿Posibilidades? El juicio está ganado, querida. De aquí a que se celebre lo tendré todo atado y bien atado. Quiero que la victoria sea aplastante sin ninguna sombra de duda. Vamos a demostrar la inocencia de su amigo.

Liam Jacobs iba a juicio con artillería pesada. Supuse que saber que la cosa iba por buen camino habría animado a Daniel, pero el señor Jacobs me dijo que Daniel no debía saberlo.

—No debe enterarse de ningún modo —me advirtió—. Es necesario que siga teniendo esa actitud de derrota. Está desesperado y se siente impotente. Debe seguir siendo así.

—Pero eso es cruel.

—Sí que lo es. Pero también es necesario. No quiero que la parte acusadora le vea seguro. Si lo ven derrotado se confiarán. Y ahí, señora Velasco, intervengo yo. Tenga en cuenta que si me equivocara, el golpe sería aún más duro para él. Es mejor así, créame.

Me explicó por qué quiere que Daniel no tenga el convencimiento de que va a salir. Puede parecer desalmado, pero tiene su fundamento. Lo quiere cabizbajo y no victorioso. No quiere que en su mirada se vea desafío. Quiere a alguien lleno de incertidumbre. Me da tanta pena... Pero le he prometido al señor Jacobs no decirle nada a nadie, no hablar de los detalles que él me da. Ni siquiera a mi familia. Ni a Sofía. Daniel no debe enterarse por ningún medio de que el caso está ganado. No debe saber lo que el señor Jacobs y su detective están averiguando. El señor Jacobs le cuenta lo justo como para que mantenga viva una pequeña esperanza. Me gustaría tanto poder abrazarlo y decirle que todo irá bien... Debe de sentirse muy solo entre los muros de la cárcel.

A Jean-Luc tampoco le he contado mucho. Solo que el caso de Daniel parece ir por buen camino. Jean-Luc se alegró de saberlo y me dijo que esperaba que todo se arreglara pronto. Me sorprendió. No siente ninguna simpatía por Daniel.

—Tampoco pensarás que voy a alegrarme de que un hombre inocente esté en la cárcel, ¿no? —me dijo al ver mi cara de pasmo.

No sabe que soy yo quien costea al abogado. Ya encontraré la manera de decírselo, pero nunca sé cómo hacerlo. No sé cómo abordar el tema. Me pasó lo mismo con Claudia cuando empecé a salir con Daniel. Maggie está convencida de que me va a armar una buena cuando se entere. No cree que

vaya a entenderlo, y menos lo entenderá según pase el tiempo y yo siga ocultándoselo, dice. Marie por otro lado dice que el dinero es mío y yo hago con él lo que quiero, algo con lo que Maggie se muestra de acuerdo. A mis padres y a mi hermano les parece bien que ayude a Daniel y Claudia, aunque me apoya, dice que me voy a meter en un buen lío como Jean-Luc se entere. Dice que debí decírselo desde el primer momento y tal vez tenga razón, pero ¿cómo le dice una a su marido que estás pagando un abogado para que ponga en libertad a tu primer amor?

Me resulta muy difícil ocultarle a Sofía que es muy probable que Daniel sea declarado inocente cuando tenga lugar la vista. Liam Jacobs está convencido de que así será. Sofía me cuenta que está desanimado. No confía en la justicia. No confía en una justicia que le ha encarcelado. No entiende que haya pruebas es su contra. No entiende muchas cosas. Nada, en realidad.

—El caso es que al abogado se le ve tan seguro, tan... competente —dice—. No concreta gran cosa; solo dice que tiene pruebas que exculpan a Dani y que siguen investigando. Claro, que supongo que al que informa de todo es a mi hermano...

—¿Cómo está?

—Más delgado. Y algo demacrado. No sabes lo duro que es marcharse y dejarle allí, Alex. Intenta hacerse el fuerte, pero tiene el ánimo por los suelos. Dice que tiene amigos allí. Un tal Gerardo, que es su compañero de celda, y algunos más. Al menos se ha integrado.

—Siempre ha sido sociable —le digo para quitar hierro al asunto—. Es capaz de hacer amigos hasta en la cárcel.

Los días pasan, interminables. Solo el ballet hace que mi mente se disperse un poco y me olvide de la difícil situación por la que están pasando Daniel y su familia, aunque la última función será este domingo. A continuación habrá un descanso que me va a venir de perlas porque el juicio es inminente y Liam Jacobs me presenta como testigo. El hecho de que no afecte al ballet me hace sentir más tranquila, más relajada. Me habrían sustituido, pero así evito complicaciones. Al que sí afecta es a Jean-Luc, a quien no le gusta un pelo que me vaya a Madrid ni que yo sea testigo de un juicio que, según él, ni me va ni me viene.

–Solo voy a declarar que no es una persona violenta, Jean-Luc –le digo.

–¿Y no hay nadie en Madrid que pueda declarar eso? Tu hermana, por ejemplo.

–Mi hermana a lo mejor no es la más idónea para ello.

–Porque seguramente no está dispuesta a declarar en un tribunal a favor de ese desgraciado. ¿Qué se supone que vas a decir tú, que era dulce y bueno como un corderito? ¡Pero si era un cabrón, y tú misma lo dijiste!

–Tú has dicho que no querías que un hombre inocente estuviera en la cárcel.

–Y no quiero, pero tampoco me gusta que te impliques. ¿Tienes idea de lo que pasaría si el asunto trascendiera a la prensa?

–¿Es eso lo que te importa? ¿La prensa? No me importa lo que trascienda ni lo que pase, Jean-Luc. Me importa que Daniel salga de la cárcel.

–Pues debería importarte. Eres la primera bailarina de la Ópera de París.

–Y por eso mismo soy yo quien declara.

–No creo que te convenga verte involucrada en semejante asunto.

–Soy testigo en un juicio. Estoy obligada a ir por ley.

–Y seguro que tú has puesto muchas pegas, claro –ironiza él.

–¿Por qué no vienes conmigo? –le propongo, en un intento de zanjar la discusión–. Podríamos pasar unos días en Madrid con mi familia.

En caso de que venga no me queda más remedio que decirle que soy yo quien ha contratado al abogado que defiende a Daniel. Y sin dejarlo pasar más tiempo porque a alguien se le escapará y esa no es la mejor manera de que se entere. No va a gustarle nada. Pero Jean-Luc me saca del aprieto sin pretenderlo.

–¿A Madrid? No, gracias.

Decido ignorarlo y seguir preparando la ensalada para la cena. No me ha quedado muy claro si le preocupa que «el asunto» me salpique a mí o a él, pero no tengo el menor interés en averiguarlo.

–¿Sabes lo que creo, Alexandra? Creo que sigues enamorada de ese cabrón y que solo te has casado conmigo porque te viene bien para tu carrera.

Acuso el golpe y me vuelvo hacia él, sin poder creer lo que acabo de oír.

–¿Qué has dicho? –pregunto. No sé cuál de las cosas que ha dicho me indigna más.

–Ya me has oído.

–Yo me casé contigo porque te quiero, Jean-Luc –replico conteniendo la ira que empieza a subirme por la cara–. Me da igual si eres actor o fontanero.

–¿Qué vas a decir tú, si te liaste con un *stripper*?

–Y he llegado hasta donde estoy gracias a mi trabajo –continuo sin escucharle, aunque no me pasa desapercibido el desprecio que impregna su voz–. Gracias a muchas horas de trabajo y de sacrificio. Tú no has tenido nada que ver en eso. No todo gira en torno a ti.

–¿Sigues enamorada de él?

–No pienso seguir manteniendo esta conversación contigo –replico arrojando el delantal de mala manera sobre la encimera de la cocina–. Estoy harta de tus celos absurdos.

La ensalada se puede ir al diablo. Me dispongo a salir de la cocina cuando Jean-Luc me sujeta fuertemente del brazo y me detiene, obligándome a encararme con él.

–A mí no vuelvas a dejarme plantado con la palabra en la boca –me dice.

–Suéltame; me haces daño.

Intento zafarme, pero él no me suelta. Al contrario; me sujeta más fuerte.

–Contesta a mi pregunta –me exige.

–Me ofende que me preguntes eso. ¡Suelta!

–¡¡Contesta!!

–¡Me estás haciendo daño!

–¡¡Que me contestes!! –ruge.

–No estoy enamorada de él. Solo quiero que salga de la cárcel. Suéltame. Me haces daño.

Me odio por haber terminado lloriqueando, pero está consiguiendo asustarme. Jean-Luc me suelta de pronto con un empujón y se marcha de la cocina. Al salir da un puñetazo a la puerta y yo me quedo en la cocina asustada y temblorosa sin saber qué ha pasado ni por qué Jean-Luc se ha puesto así.

Capítulo 40

Daniel

Hoy es la vista. Mi abogado belga con acento francés y pinta de vikingo con traje borde como él solo ha actuado rápido. Me ha hecho lo de tres millones de preguntas relativas a mi vida, a mis costumbres, a mis amigos, a mis amigas, a mis ex, a mi vida sentimental, laboral, sexual, delictiva... Esta última por suerte no es muy larga. Por lo demás, sabe hasta qué tipo de calzoncillos uso y le he terminado confesando que fui yo quien se cargó el pivote del ayuntamiento cuando iba a llevar a mi hermana a casa y quien echó polvos pica-pica en su disfraz de carnaval cuando éramos pequeños. El señor Jacobs me ha dicho que es mejor que lo del pivote no lo mencione en el juicio. ¡Qué gracia abogacil la suya! Yo en el talego y él de guasa, como si esto fuera el Cluedo. Puedo darme por jodido.

Dice que todo irá bien, que tiene testigos y pruebas que me exculpan y que tenga confianza en él. Dice que no pueden juzgarme dos veces por lo mismo y que a peor no puedo ir. En el peor de los casos me quedo como estoy, esto es en la cárcel siendo inocente. Mira qué bien. Un planazo de la hostia. Me cuenta las cosas vagamente. Cuando viene a verme, el tiempo apremia y más que darme explicaciones me las pide, quiere saber cosas y más cosas. Solo me dice que no me preocupe. ¿Cómo coño no me voy a preocupar? Eso sí: me ha preparado a conciencia para el juicio. No sé si habrá alguna pregunta que pueda hacer el fiscal que él no haya previsto. Estoy agobiado y muy nervioso. Anoche terminé vomitando y no he podido pegar ojo en toda la noche.

Mis compañeros me desean suerte. Gerardo, que va a declarar como testigo de la defensa, me da unas palmadas de ánimo en la espalda y me

dice que espera que cuando vuelva sea para recoger mis cosas y marcharme de aquí. Yo no lo tengo tan claro. Me he puesto la ropa más decente que tengo, me he duchado y me he afeitado. Y ayer fui a la peluquería a que me cortaran las greñas. Llevo mes y medio en Alcalá Meco y tengo miedo. Miedo de tener que volver, de que todo vaya mal. No quiero volver a pasar por que me consideren culpable de algo tan despreciable como lo que Virginia dice que he hecho. Mi familia estará allí, pero eso lejos de tranquilizarme me entristece aún más. Tengo miedo. Y frío.

Liam Jacobs me ha dejado bien claro que no debo abrir el pico en el juicio a no ser que se dirijan a mí directamente. Bastante la lie diciéndole a Virginia que iba a matarla delante de todo el mundo. Todo lo que diga puede ser utilizado en mi contra, como así fue. Aun así, me refresca la memoria.

—Tiene derecho a estar presente en el juicio. Tiene la obligación de guardar silencio a menos que el fiscal, el juez o yo mismo nos dirijamos a usted. Tiene...

—Eh, eso no es así —gruño.

—¿Quién es aquí el abogado, usted o yo?

—Usted, pero...

—No hay peros. En su caso, el derecho se convierte en obligación. No quiero otra amenaza de muerte ni nada que se le parezca durante la vista, ¿está claro?

—Lo dije sin pensar.

—No hace falta que lo jure. Y recuerde todo lo que le he dicho.

Asiento como un buen chico y el abogado parece ablandarse un poco.

—Confíe en mí —me dice, y no por vez primera—. No volverá a la cárcel.

Ojalá yo estuviera tan seguro. Habla como alguien que tiene un as bajo la manga. O más bien la baraja entera. Sé que testifican Gerardo, el psicólogo de la prisión y el médico que me hizo el reconocimiento, pero no veo en qué puede ayudarme eso. Salvo en que digan que tengo un buen comportamiento y me reduzcan un poco la pena. El señor Jacobs me recomienda por última vez —o más bien me ordena— no hablar oiga lo que oiga y vea lo que vea. Ya he aprendido la lección. No pienso decir ni pio.

Llega el momento. Solo siento los latidos del corazón golpeando mi pecho. He visto a mi familia sentada en los bancos detrás del banquillo de los acusados. También ha venido Marcos. Y hasta mi abuela. Los he mirado un segundo con un nudo en la garganta y ellos me han sonreído y me han saludado con timidez. Yo he bajado la mirada para que no vieran que se me han llenado los ojos de lágrimas. Quiero que esto acabe cuanto antes, pero me da que va para largo. Y comienzan las formalidades. Se declara abierta la sesión y el secretario lee los escritos de acusación y defensa. Por supuesto, no hay acuerdo que valga entre las partes. Virginia no va a retractarse, por lo que comienza el juicio propiamente dicho. La primera prueba es la intervención del acusado. O sea, la mía. El juez me informa de mi derecho a no declarar contra mí mismo ni declararme culpable, tras lo cual el fiscal primero y el abogado de la acusación después vuelven a machacarme a preguntas, que son más o menos las mismas de la otra vez. Sigo las instrucciones de mi abogado y soy conciso en las respuestas. Me mantengo firme. No estoy mintiendo. Yo no le causé a Virginia esas lesiones. Yo no la golpeé. Yo no la tiré por las escaleras, aunque admito que al apartarla de mí causé que perdiera el equilibrio y cayera por ellas. No abusé de ella. No hice nada que ella no quisiera. El señor Jacobs interviene y protesta cada vez que la pregunta de la acusación lleva implícita la respuesta y cada vez que la considera inadecuada. El juez acepta las protestas y los razonamientos de mi abogado con cara de hastío y el abogado de Virginia se enfada cada vez más. Y cada vez con más energía protesta el señor Jacobs. Cuando al fin la acusación deja de ametrallarme, es el turno de mi abogado, que adopta una actitud tranquila y serena y me hace sentir un poco mejor.

—¿Cómo se conocieron usted y la señorita Romero? —me pregunta.

—Nos conocimos en un pub un sábado por la noche. Me acerqué a hablar con ella y estuvimos bailando un rato. La invité a una copa y después nos fuimos.

—¿Adónde se fueron?

—A mi casa.

—¿Tuvieron relaciones sexuales esa noche?

El abogado de la acusación protesta. Es irrelevante. El señor Jacobs contraprotesta. Es primordial para esclarecer el caso; solo intenta demostrar

que la señorita Romero no es la dama recatada que pretende ser. El juez deniega la protesta y me ordena contestar a la pregunta.

—Sí, señor —digo—, tuvimos relaciones sexuales esa noche.

El juicio sigue. Abogado acusador y abogado defensor parecen dispuestos a sacarse los ojos. El señor Jacobs no cede terreno. Y esto solo acaba de empezar. Declaro que Virginia y yo teníamos una relación abierta, que nos gustaba el sexo duro, que la había atado esa noche con su consentimiento y me la había follado, aunque lo digo de forma algo más fina. Sí, esa mañana también habíamos tenido sexo. No, no había usado condón porque ella tomaba la píldora y habíamos acordado usarlo solo cuando nos acostáramos con otras personas. Sale a relucir el asunto de las revistas, la discusión y la fatídica caída por las escaleras. No, yo no la tiré. Fue un accidente. Sí, quise llevarla al ambulatorio pero ella se negó. Sí, la llamé por teléfono para ver cómo estaba, pero me colgó.

—No hay más preguntas, señoría.

A continuación es el turno de los testigos de la acusación. La primera es Virginia. Tengo una orden de alejamiento, pero el juez ha considerado que, dado que está en juego mi libertad y tengo derecho a oír los testimonios vertidos sobre mí, se pueden acortar por un día los doscientos metros que tengo que estar lejos de ella, entendiendo que estando delante de sus narices y de un montón de gente más no voy a hacerle nada. Doscientos metros... Ojalá pudiera alejarme de ella doscientos kilómetros.

Virginia declara básicamente lo mismo que en el primer juicio. No ha cambiado ni una coma. Las preguntas son las mismas y yo siento el estómago revuelto al oírla. No quiero ni mirarla. Creo que voy a vomitar.

—Tranquilo, hijo. Todo va bien —cuchichea el señor Jacobs a mi lado.

Sí, vamos. No podría ir mejor. Este tipo podría llegar a ser presidente de este país. No mueve un músculo y ni se inmuta por la sarta de mentiras que está contando Virginia. Estoy apañado. De esta no salgo.

Cuando ya ha quedado claro qué clase de alimaña soy, le toca el turno de preguntas a mi abogado, que no sé qué es lo que puede demostrar, francamente. ¿Que la llamé por teléfono? No me ha dado muchos detalles, la verdad. Todo empieza de forma bastante normal, con preguntas que parecen no ir a ningún lugar. Virginia contesta con tranquilidad y el señor Jacobs parece estar de simple conversación. Corrobora que nos conocimos como yo he contado y que nos acostamos esa noche.

—¿Le gusta el sexo duro, señorita Romero?

—¡Protesto, señoría! Los gustos sexuales de la señorita Romero no son en absoluto relevantes en este caso —salta la acusación.

—Se admite la protesta —dice el juez—. Abogado, vaya al grano. No tengo todo el día.

El señor Jacobs, lejos de sentirse molesto asiente conforme. Y parece satisfecho. Al grano. ¡Pero si es lo suyo! En eso no se anda con chiquitas. No sé adónde coño quiere ir a parar, pero tengo la sensación de que ha estado tejiendo pacientemente su tela para atrapar a la mosca incauta. Entonces saca unos papeles y le muestra a Virginia el último.

—¿Es esta su firma, señorita Romero? —pregunta.

Lo que faltaba. Ahora va a hacer de grafólogo. Más vale que tenga algo sólido porque si no, estoy perdido. Virginia no contesta. Me atrevo a mirarla de reojo y veo que se ha quedado pálida. Parece un fantasma.

—No la he oído, señorita Romero. ¿Es esta su firma? —insiste el señor Jacobs.

—Sí, pero yo...

—¿Podía decir a este tribunal en qué consiste el contrato que tengo en la mano?

—Yo... Es de un club —contesta ella con un hilo de voz.

—Es de un club de sadomasoquismo en Madrid en el que usted autoriza todo tipo de ataduras y *bondage*, flagelación, suspensión con cadenas o sogas, introducción de objetos con brusquedad en la vagina, humillaciones y vejaciones...

El señor Jacobs lee a toda prisa las cláusulas del contrato. Joder, y yo pensando que me gustaba el sexo duro. Soy un blando comparado con todo eso. Y encima mi abuela está en la sala. Yo me muero de vergüenza.

Mi abogado ha soltado la liebre y ahora no va a detenerse. Virginia admite haber ido al club. Lo del contrato, dice, es rutinario. Pero el señor Jacobs sigue tirando del hilo. Afirma que después de mí, a la virginal Virginia se la follaron a lo bestia dos tíos más ese mismo día. Y la que se lía. Ella lo niega, pero el señor Jacobs asegura tener testigos que lo corroboran. La mentira de Virginia ya no se sostiene por ningún lado. Su abogado protesta, pero es inútil.

—De modo que tras los hechos que denuncia, señorita Romero, se fue usted al club de BDSM que suele frecuentar y después y solo después

acudió a un médico, quien preparó el informe médico que presentó la acusación. ¿Es así?

—Yo... Quería pensar, quería... —balbucea ella—. Estaba muy nerviosa; no sabía qué hacer. Allí conozco gente y... Me dijeron que debía ir, que debía denunciar. Y lo hice.

—Pero omitió ese detalle en el juicio. Olvidó decir que antes del examen médico había sido atada y sometida a vejaciones de todo tipo.

—No, yo...

—¡Lo ha firmado! El contrato está fechado el mismo día en el que supuestamente la agrede mi cliente, según su declaración.

—Yo...

—No hay más preguntas, señorita —concluye mi abogado.

¿Qué ha pasado aquí? ¡Menuda zorra! Yo obedezco al señor Jacobs y no abro la boca. Ni miro a Virginia para que nadie pueda interpretarlo como un desafío, pero ardo de indignación. ¡Podía haberme avisado aquí el abogado vikingo este de la clase de víbora con la que estaba tratando! El señor Jacobs desmonta implacable a los demás testigos de la acusación. Es el Harry el Sucio de los juzgados. El médico resulta ser amiguito de Virginia. Vamos, que también se la follaba. Y el señor Jacobs tiene pruebas. Fotos en las que están juntos. Al menos el médico este se retracta en parte al verse entre la espada y la pared y dice que las abrasiones que me han adjudicado a mí pueden haber estado provocadas por haber tenido varias relaciones sexuales bruscas y por la inserción de objetos. Dice desconocer el hecho de que Virginia fuera al club ese a que la ataran, la zurraran y se la follaran a base de bien.

El abogado de la acusación se ve perdido y al juez se le ve con ganas de atizar a más de uno con la maza, pero el juicio prosigue con los testigos de la defensa. La acusación intenta llevar el caso a su terreno, pero ya está demostrado que Virginia es una farsante y poco hay que pueda hacer.

Ha declarado Gerardo, que dice que me he integrado bien, que tengo amigos en la cárcel y que no ha observado en mí ningún comportamiento violento. Declara también haberme oído llorar alguna noche. No, le responde a la acusación, nunca he reconocido haberlo hecho. Siempre he dicho que soy inocente. El médico que me hizo el reconocimiento declara que tenía arañazos en la espalda. Arañazos que me había dado Virginia esa mañana en pleno furor. El psicólogo de la prisión declara mi buen

comportamiento. Trabajo en la prisión, voy a la biblioteca, no monto follón. No soy violento. Y, al igual que Gerardo, dice que yo siempre he defendido mi inocencia. Todas son intervenciones leves pero concluyentes. Y entonces llaman a declarar a Alexandra. No. Alexandra no. El abogado de Virginia la hará picadillo. Miro al señor Jacobs. ¿Cómo se le ocurre? Él solo hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Ah, claro. Todo va bien. Lo olvidaba.

Alexandra entra en la sala con un traje pantalón azul marino y una sobria blusa blanca. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta y apenas va maquillada. Solo se oye el estacato de sus zapatos de tacón bajo mientras se dirige al estrado. Mi patito... Tengo muchas ganas de llorar. ¿Mi patito va a declarar? ¿No podían habérselo evitado? Entonces veo el efecto que produce la *prima ballerina* de la Ópera de París. Y entiendo por qué el señor Jacobs la ha citado como testigo. Entra con porte regio. Debe de estar nerviosa, pero está acostumbrada a bailar ante miles de personas. Para ella esto no es nada. Lleva la cabeza alta, pero su actitud no es altanera. Es tan bonita... Contesta a las preguntas del juez, promete decir la verdad y todo eso y el señor Jacobs comienza su turno de preguntas.

—Señora Velasco, ha manifestado usted que conoce al acusado. ¿Podría decir a este tribunal cuál es su relación con él?

—Es el hermano de mi mejor amiga. Nos conocemos desde siempre. Y estuvimos saliendo casi dos años y medio.

—Es decir, que fue su pareja durante casi dos años y medio.

—Así es.

—¿Y durante ese tiempo cómo fue su relación?

—Tranquila, muy bonita... —contesta casi con aire soñador, sorprendiéndome—. Yo vivo en París y él iba a verme siempre que podía y en verano, cuando yo venía a Madrid, estábamos juntos. Era una relación en la distancia, pero lo llevábamos bien.

—¿Cómo describiría usted al acusado? ¿Cómo la trataba?

—Era bueno, dulce... —Me dirige una fugaz mirada—. Se llevaba bien con todo el mundo. Venía a verme al ballet, me traía flores... Era alegre y... me cuidaba.

Oírla hablar así de mí, de nuestra relación... La relación que yo rompí junto a su corazón. Y hoy está aquí, hablando a mi favor en un tribunal. Se me llenan los ojos de lágrimas y no puedo seguir mirándola, aunque es lo que más deseo.

—¿Alguna vez tuvo un comportamiento violento hacia usted? —pregunta el señor Jacobs.

—No, señor. Nunca.

—¿Nunca la golpeó?

—No, señor.

—¿Abusó sexualmente de usted alguna vez? ¿La obligó a hacer algo que usted no quisiera?

—No, señor. No hizo ninguna de las dos cosas.

El señor Jacobs dirige el interrogatorio. Las respuestas de Alexandra son claras y precisas. No hay lugar a confusión. Su testimonio es el opuesto al de Virginia y el de Virginia se ha venido abajo. El señor Jacobs la ha presentado como lo que es: una zorra mentirosa a la que le gustan las emociones fuertes. Y su antítesis es la primera bailarina de una prestigiosa compañía de ballet que ha llegado a lo más alto a sus veintitrés años.

El fiscal permanece bastante neutral, pero el abogado de la acusación está furioso. No sabe cómo sostener más esta farsa y cuando le toca el turno de preguntas arremete contra Alexandra. Intenta quebrantar su seguridad y su confianza y que en algún momento diga que la golpeó o la trató mal, aunque fuera en la cama. La presiona. Pero Alexandra, pequeña y grande a la vez, lo niega rotundamente con total serenidad una y otra vez.

—No hay más preguntas, señoría.

Alexandra abandona el estrado no sin antes dirigirme una última mirada y una sonrisa tenue. Yo la miro a través de las lágrimas que no me dejan ver y bajo la cabeza. No quiero que ella las vea.

Capítulo 41

Alexandra

Daniel está abatido. Le están viniendo golpes por todas partes y no los ve venir. El señor Jacobs y el detective que lo acompaña han hecho un gran trabajo y él poco a poco se está enterando de los detalles que lo han llevado hasta donde está. No sabe que falta el testigo estrella. Espero que cuando acabe el juicio sus lágrimas sean de felicidad.

Ahora que ya he declarado puedo quedarme en la sala. Me acomodo detrás del todo intentando pasar lo más desapercibida posible. Detrás de mí llaman a Adela, una vecina de Daniel que hace las veces de cámara de seguridad. Ella vio parte de lo ocurrido porque volvía de la panadería y acababa de salir del ascensor y oyó al vecino de abajo discutir con su novia, así que se asomó por el hueco de la escalera.

—¿Oyó lo que decían? —pregunta el señor Jacobs.

—Pues claro. Tengo buen oído. Y estaban en el piso de abajo. En el tercero. Yo vivo arriba, en el cuarto. Daniel es un buen chico. Alguna vez me ha subido la compra a casa, ¿sabe?

—Cíñase la testigo a la pregunta, por favor —dice el juez.

—Oh. Perdón. Sí, señor, oí lo que decían. ¿Cómo no lo iba a oír si estaban gritando?

—¿Y podría decirle a este tribunal lo que oyó?

—Ella chillaba. Estaba como loca. Le llamó «pedazo de cabrón» e «hijo de puta». Con perdón, señoría —añade, mirando al juez con aire culpable por decir palabrotas en la sala. Él asiente con la cabeza aceptando la disculpa y ella continúa—: Decía que estaba obsesionado con esa zorra y él decía que estaba histérica y que se largara. Dijo «suéltame de una puta vez» y la debió

empujar porque ella se apartó de golpe, como dando un tumbo. Entonces soltó un grito y vi que caía por las escaleras.

—¿La vio caer o vio que el acusado la empujaba escaleras abajo? — pregunta el señor Jacobs.

—No. La vi caer. Mi primer impulso fue bajar corriendo a ayudar. De hecho empecé a bajar las escaleras, pero luego vi que bajaba Daniel y que ella se levantaba, así que no me metí.

—¿Vio lo que pasó después?

—Sí, señor. Ella le dijo que no la tocara y volvió a llamarle «hijo de puta». Él quería llevarla al hospital, pero ella no quiso y se fue.

—¿Se fue por su propio pie?

—Sí, señor. Bajó al segundo y cogió allí el ascensor. Y ya me metí en casa. No quería que me vieran y pensarán que estaba cotilleando.

—No hay más preguntas, señoría.

El fiscal hace varias preguntas sobre lo sucedido en el rellano y Adela se reafirma en su declaración. El abogado de la acusación no va a interrogar a esta testigo. A continuación, el señor Jacobs llama a declarar a Javier Martín. Trabaja en el club al que fue Virginia. Él es el amo que estuvo con ella esa tarde. Corroborar uno a uno cada uno de los puntos del contrato que Virginia y él firmaron. Es lo acostumbrado, añade. Así se establecen los límites. Virginia es una cliente habitual. Llegó con un corte en el labio, así como un pequeño moratón en el pómulos izquierdo y el ojo del mismo lado también un poco morado. Le dijo que se había caído por las escaleras. Sí, le tiró del pelo. Sí, la agarró del cuello con firmeza. A veces la mano deja marcas que se pasan en unas horas. Sí, la penetró con violencia. Sí, usó condón. Siempre usa condón. Él y todos los demás. Sí, le introdujo en la vagina un vibrador con protuberancias. Se oyen murmullos de dolor en la sala y el juez llama al orden. Sí, la ató y la azotó, entre otras cosas. Sí, claro que le dolió. De eso se trata. Pero es consensuado. Sí, hubo otro hombre que la penetró.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunta el señor Jacobs.

—Estaba yo delante. Era parte de la sesión.

Lo que daría por ver la cara de Daniel. Supongo que a estas alturas ya ha visto que esto está resuelto. Ni el fiscal ni la acusación interrogan a este testigo y hasta el juez parece impaciente por acabar con esta historia. Solo queda un testigo. El último. Un médico forense que corrobora que las

lesiones presentadas por Virginia corresponden a la sesión de sadomasoquismo descrita por Javier Martín y se descarta el abuso sexual y la agresión. El corte del labio y el moratón en el pómulos podrían perfectamente ser la causa de una caída por las escaleras. No hay pruebas que indiquen que fuera una caída violenta provocada por un empujón.

Llegan los informes de acusación y defensa tras los cuales el juez pide a Daniel que se ponga en pie. Lo mira con algo que se parece mucho a la compasión.

—¿Tiene usted algo más que decir?

—No, señoría. Gracias —contesta Daniel.

Suena apagado, con la voz ahogada. Está cabizbajo y juraría que tiembla. El juez parece resuelto.

—Declaro al acusado inocente de todos los cargos que se le imputan —sentencia—. Se procederá a su inmediata puesta en libertad y a la eliminación de su expediente penal. Asimismo, queda anulada la orden de alejamiento...

Daniel se ha tapado la cara con las manos. Sus hombros se sacuden. Está llorando. El juez sigue dictando sentencia *in voce* en lo que a Daniel se refiere. En cuanto al falso testimonio con resultado de condena, indemnizaciones y demás queda visto para sentencia. No es justo que un hombre inocente permanezca en la cárcel y el juez no prolonga su estancia en prisión ni un minuto más. Las partes están de acuerdo con la sentencia. El juicio ha desenmascarado a Virginia, que al salir me dirige una mirada de odio. Mantengo su mirada. No soy yo quien debe bajar la cabeza. Supongo que no volverá a acusar a nadie en falso nunca más.

La familia de Daniel lo abraza y le ofrece consuelo. Sofía viene corriendo hacia mí y me da un abrazo de los suyos.

—Gracias —me dice llorosa—. Gracias por todo, Alex.

—No hay de qué. Me alegro mucho, Sofía.

—Lo sé. Anda, ven...

Me coge la mano y me lleva hacia Daniel. Hay que despejar la sala pero de momento no nos van a echar. Me abrazan sus padres y su abuela, y Marcos me da dos besos. Miro a Daniel, que me devuelve la mirada con los ojos enrojecidos. Está más delgado y muy pálido. Sus ojos tienen el brillo de lágrimas, pero están apagados y sus labios tiemblan. Me mira como si viera un fantasma.

—¿No vas a abrazarme? —le pregunto con timidez.

Me estrecha en sus brazos sin decir nada. Me estrecha como aquella primera vez en el aeropuerto. Y aunque no debería, me siento bien en sus brazos al amparo de su cuerpo, de su calor. Rompemos el abrazo de mala gana cuando nos ordenan abandonar la sala. Hay otro juicio en unos minutos, de modo que salimos sin perder tiempo.

Una vez fuera doy las gracias al señor Jacobs. El detective que lo ha acompañado y al que todavía no conocía se nos une. Es su marido. Es quien ha averiguado las andanzas de Virginia, quien ha encontrado a la vecina que podía testificar. Daniel le había dicho al señor Jacobs que oyó a alguien en el piso de arriba. Es él quien descubrió el famoso club. Los dos hacen un equipo estupendo.

—Le dije que el juicio estaba ganado —me dice el señor Jacobs dándome un apretón de manos.

—Muchas gracias por todo, señor Jacobs.

—Liam, por favor. Llámeme Liam.

—Lo haré si tú me llamas Alex.

A Daniel le llama la atención el intercambio de palabras y la repentina familiaridad. A su familia, sin embargo, no le sorprende tanto.

—No sabía que tuvieras esa confianza con mi abogado —dice.

—Bueno, en realidad es mi abogado —replico sonriendo.

—¿Cómo que tu...? —Sus ojos se agrandan. Ha atado cabos—. Ese acento... ¡Es francés! Me dijo que era belga —protesta mirando a Liam.

—Y soy belga —replica él—. Me fui a vivir a Francia hace años. Alexandra me contrató para que lo defendiera.

Daniel me mira aturdido, agradecido. Hay un remolino de emociones en su mirada que van y vienen.

—¿Lo...? ¿Lo contrataste tú? —barbota al fin. Yo asiento—. ¿Por qué nadie me ha dicho nada hasta ahora?

—Porque no era importante —digo.

—¿Que no era importante?

—Tu madre y yo no podíamos estar más perdidos, Dani —interviene Cristóbal—. ¿Adónde íbamos a ir si ya nos habían dicho que no había nada que hacer? Y Alex encontró al señor Jacobs.

—Ella estaba convencida de tu inocencia. Por eso vine —dice Liam—. Tenía que haber algo de donde tirar y así ha sido.

Esta tarde voy a tomar café a casa de Daniel. Liam y su marido estaban también invitados, pero rechazaron educadamente la invitación. Querían recoger sus cosas para regresar cuanto antes a París. Yo me quedaré un par de días más. Con el lío del juicio apenas he podido estar con mi familia. Nos invitaban a comer, pero son momentos para estar en familia. Deben de tener muchas cosas que decirse. Y a Daniel le vendrá bien descansar. Parecía agotado y no es para menos.

Cuando llego, acaba de levantarse. Se ha acostado un rato después de comer y se ha quedado frito. Es una situación extraña; hacía mucho que no venía a su casa. Ni siquiera por Sofía porque no quería coincidir con él. Y hoy vengo a tomar café. He olvidado en casa –en mi casa de París– el King Kong que le compré en Nueva York. Me gustaría habérselo dado, aunque seguro que hay otra ocasión. Una ocasión en la que esté más feliz y tal vez le haga más ilusión. También ha venido Marcos, que se pone a buscar sus gafas por la casa hasta que la abuela Elvira grita: «¿Quién ha sido el idiota que se ha dejado las gafas en el baño?». No puede ser otro que Marcos.

Daniel está animado. Al menos más animado que esta mañana en los juzgados. Me pregunta cómo me va. Le digo que bien.

–Siento mucho haberlo hecho mal, Alex –me dice mientras los demás están trasteando por la cocina, preparando café y recolectando picoteo cuanto más calórico mejor–. No quería hacerte daño.

–Ya está olvidado; no le des más vueltas. Volvemos a ser amigos, ¿no?

–Claro... Oye, no te he dado las gracias por lo del abogado.

–No tienes por qué dárme las.

–Te lo pagaré, Alex. Te pagaré hasta el último céntimo.

–Ya he hablado de eso con tus padres. No tienes que preocuparte por...

–Te pagaré –ataja–. En cuanto me den la indemnización esa. No sé si me llegará, pero si no me llega, te pagaré a plazos. Es tu dinero.

No tiene trabajo. Le hará falta hasta la última moneda de sus ahorros y de esa indemnización hasta que encuentre uno. De momento no está como para volver al club y es posible que aún tarden en volver a llamarle de la agencia de modelos.

–Ese dinero te hace más falta a ti que a mí. Deja a un lado el orgullo, Dani.

–El orgullo es lo único que me queda –replica en voz baja.

Siento compasión por él. Este no es mi Dani. Lo han apagado. Han apagado la luz de su mirada.

–Eso no es verdad –le digo–. Tienes muchas cosas. Tienes a tu familia, tienes amigos...

–¡Pastitas de nata y trufa para todos! –interrumpe Sofía, entrando en la sala con una bandeja llena–. Tienes que probarlas, Alex, antes de que Dani acabe con todas.

–Pastitas de nata, pastitas de nata... –refunfuña la abuela entrando tras ella con su bizcocho tamaño familiar con el que podría invitar a todos los vecinos–. Vas a comparar unas pastitas con mi bizcocho...

–¡Café para todos! –anuncia Eugenia siguiendo el desfile con tazas, platos y cucharillas. Tras ella viene Cristóbal con la cafetera humeante, la leche y el azúcar.

–Toma –me dice Elvira dándome un plato con un trozo enorme de bizcocho–. Sigues igual de flaca, niña.

Todos ríen. Hasta Daniel. Y al verlo reír algo se me remueve por dentro. ¿De verdad me dejó porque se aburrió de estar conmigo?

Vuelvo a París. Jean-Luc ha venido a buscarme al aeropuerto para llevarme a casa. Yo estoy contenta porque todo ha salido bien, porque Daniel está libre. Jean-Luc no parece tan contento, aunque se alegra de que la verdad haya salido a la luz. Me pregunta por mi familia y parece un poco avergonzado por no haber ido a Madrid conmigo y haberles visitado. Omito decir que a mi familia no le sentó muy bien.

–Si todavía hubiera tenido que trabajar... –dijo Claudia–. Pero estando en casa sin nada que hacer... ¡Venga, hombre!

–A *monsieur* Dupont no le gusta mezclarse con el populacho –bromeó Héctor.

–Desde luego, hija... –protestó mi madre–. Vale que esto no es el palacio de Versalles, pero no sé qué le costaba venir contigo.

–Tendrá sus cosas que hacer –terció mi padre–. Ni que una mujer tuviera que ir a todas partes con su marido.

–Cuidado, que papá se ha vuelto feminista –dijo Claudia.

–Yo siempre he sido feminista –protestó él.

—Sí, bueno, el otro día me estropeó unos pantalones con la plancha —refunfuñó mi madre—. Podría haber venido a vernos, que somos la familia de su mujer —continuó, retomando el tema—. Vamos, digo yo. Tú bien que vas a ver a sus padres.

Esta noche Jean-Luc quiere llevarme a cenar, pero yo estoy cansada por el viaje y le digo que prefiero quedarme en casa. Propongo salir mañana a comer para compensar y él accede. Mientras cenamos, me pregunta si he visto a Daniel.

—Claro —contesto—. Fui a tomar café a su casa. Me invitaron sus padres. No podía decir que no.

No parece gustarle la idea, pero no dice nada. Tengo que decirle de algún modo que yo contraté al abogado, pero ahora no es el momento. Es una tontería que no quiero seguir ocultándole. Pero cuanto más tiempo pasa, más difícil me parece.

Capítulo 42

Daniel

Todo es una mierda. He vuelto a casa de mis padres. La dueña del piso me ha echado. Llamó unos días después de mi puesta en libertad para decirme que tenía que marcharme. Me puso la excusa de que lo necesitaba, pero los dos sabemos que no es verdad. No quiere a alguien como yo en su piso por más que se haya demostrado mi inocencia. Siempre quedará la duda. Siempre seré el tipo que estuvo en la cárcel acusado de agredir a una mujer.

Mis padres me ayudaron con la mudanza. Tampoco es que tuviera muchas cosas. Mi ropa, mis libros, mis discos, la tele y poco más. Aun así llenamos cajas y cajas. Me llevé como oro en paño metidas en una cajita de calzado las zapatillas de unicornio que un día le regalé a Alexandra. Siempre estarán en mi casa, esté donde esté. Por si un día... No, no va a volver nunca. Pero las tengo como recuerdo.

Mi padre me llevó a la cárcel a recoger mis cosas. Quería ir él y evitarme el trago, pero yo quería despedirme de los amigos que había tenido allí aunque fuera por poco tiempo. Me permitieron entrar a mi antigua celda y avisaron a Gerardo, que vino a verme. Me abrazó con fuerza y yo le di las gracias por haber declarado en el juicio a mi favor.

—Qué menos, tío... —me dijo—. No sabes cómo me alegro.

Le regalé mis libros y una sudadera que le gustaba. También le di las galletas que me quedaban y un par de barras de chocolate.

—Inclúyeme en la lista de autorizados —le dije—. Así podré venir a verte de vez en cuando.

—No, Dani. Aquí no se vuelve ni de visita —replicó poniéndose serio—. Pero puedes escribirme si quieres.

—Claro que sí.

—Ahora no vas a ponerte a llorar como una nenaza, ¿verdad, gilipollas?

Ese vozarrón detrás de mí no podía ser de otro. Emilio soltó una carcajada y me dio un abrazo y unas palmadas en la espalda que hicieron tambalearse todas mis vértebras. Hablamos un poco más los tres hasta que entró un guardia a decirme que tenía que irme ya. Les pedí a Gerardo y Emilio que me despidieran de los demás y me fui. Dejé la cárcel atrás. Para siempre.

Ahora me paso el día en casa. No tengo ganas de salir. Ni de hacer nada. Ni de ver a nadie. Hasta ayudo a mi madre con las plantas del balcón para distraerme. Y veo series y películas. Pensaba que sería fácil volver a mi vida, pero no lo es. Rodrigo vino a verme y mis compañeros del club me han llamado para ver cómo me va. Quieren que vaya con ellos de fiesta, a tomar unas cervezas... Pero yo no estoy de humor. No soy una buena compañía. Y no me veo capaz de regresar al club ni de ir a despedidas de soltera.

—Tómate el tiempo que necesites —me dijo Rodrigo—. El jefe dice que serás bienvenido cuando vuelvas.

Yo solo pude asentir con la cabeza. Hay cosas que me han dejado tocado, cosas de las que no quiero hablar.

Alexandra sigue triunfando en el ballet. He hablado con ella alguna vez que mi hermana y ella han estado pegadas al móvil. En la compañía telefónica deben considerarlas las VIP de las videollamadas. Siempre sonrío. Pero esta vez hay algo triste en sus ojos. Un día le dije que la veía apagada y me contestó que estaba cansada. Son muchas horas de ensayo. Pero siempre ha tenido muchas horas de ensayo. Y hablaba con orgullo del dolor de pies. Igual soy yo que estoy neurótico perdido.

Mi abuela vuelve al pueblo y para allá que vamos todos. Yo no quiero ir. No quiero que en el pueblo me señalen con el dedo. No quiero ser el tema central de cotilleo. No quiero que murmuren ni que me miren como he visto a algunos mirarme en Madrid. Y al fin y al cabo, Madrid es una ciudad

grande, pero ¿Castañeras? Imposible estornudar sin que se enteren en la otra punta del pueblo. Pero me sabe mal no acompañar a mi abuela, que se ha quedado con nosotros todo este tiempo. Y, según toda mi familia, un cambio de aires me vendrá bien. Y ya puestos, también una charla con Cosme.

Aprovechamos un fin de semana. Vamos el sábado temprano y volveremos el domingo por la tarde. Un palizón. No quiero que mi abuela se vaya. Voy a echarla de menos cuando vuelva a Madrid. En los meses que ha estado en casa se ha producido un acercamiento. Me ha regañado lo suyo, pero cuando me abrazó en la cárcel... Todavía se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo.

El viaje transcurre sin sobresaltos. Mi abuela va delante con mi padre, y mi madre, mi hermana y yo vamos detrás. Marcos no viene. Dijo que era una tontería tener que ir en dos coches y se ha quedado en Madrid. Marcos en el campo es toda una aventura. Lo mismo podría estar en otro planeta. Mis tíos y el perro salen a recibirnos en cuanto oyen el coche y se produce la algarabía habitual, tras lo cual entramos en la casa. No pienso salir hasta el domingo cuando nos vayamos. Como muy lejos iré al cercado con Cosme. Pero de que me vean los lugareños ni hablar.

No contaba con que esto es un pueblo y tampoco se puede aparcar el coche sin que se enteren en la otra punta del pueblo. Poco después de llegar, ya que yo no pienso salir, vienen los vecinos. Si Mahoma no va a la montaña...

—Dani, hijo, que me han dicho que habías llegado al pueblo —me dice Carrasco. Me da un abrazo—. Me alegro mucho de que todo haya ido bien. Estábamos muy preocupados.

En realidad no se llama Carrasco, sino Cesáreo. Creo. Empezaron a llamarle Carrasco los niños de la época del envase retornable con aquello de «toma el frasco, Carrasco». Y así se le conoce en el pueblo. Mi abuela me arreó una vez un par de zapatillazos por decir que Carrasco era tan viejo que hacía las facturas en papiro. Todavía me duele el culo cuando me acuerdo. Agradezco al hombre su interés. Se lo agradezco de corazón. Parece alegrarse de veras.

—Pasaos luego por la tasca a tomaros unos vinitos —nos ofrece—. Para celebrarlo. Invita la casa.

—Cuenta con ello, Carrasco. Luego nos pasamos por allí —dice mi padre antes de que yo abra la boca—. ¿Verdad, Dani?

—Sí, claro que sí —digo—. Allí estaremos.

¿Cómo voy a decir que no? No puedo hacer eso. Es inmoral. Carrasco sonríe. Una sonrisa a la que le faltan algunos dientes, pero una sonrisa sincera. Le brillan los ojos.

—Os espero, entonces. Ahora me voy, que he dejado de encargado a Braulio. Me alegro de verte, Dani.

Carrasco se va y mi padre me da unas palmaditas en el hombro. Yo no quería salir de casa en todo el fin de semana y ahora me veo obligado a hacer vida social en el centro neurálgico del pueblo: la taberna. Esto es un complot.

Cuando llegamos, está allí medio pueblo. Mi primer impulso es salir corriendo, pero todos me reciben con cariño y los cabrones hacen que me emocione. Yo, que siempre protesto por venir a un pueblo perdido alejado de la civilización... Resulta que en este pueblo que a veces he menospreciado todo el mundo me quiere. Todos me acogen. Todos celebran que la verdad haya salido a la luz y haya sido puesto en libertad. Creí que me señalarían con el dedo y murmurarían a mis espaldas, pero nadie me mira mal. Y cuando saben que estoy allí, viene más gente. Tengo que hacer un esfuerzo titánico por no echarme a llorar, pero no lo consigo y alguna lágrima se me escapa.

—Si es que en el fondo no es tan borrico como parece —bromea Carrasco.

Sin duda, el que más se alegra de verme es Cosme. No he podido ir a verle antes, pero al volver a casa es lo primero que hago. Me recibe con sus rebuznos de bienvenida habituales y lo acaricio. Él está feliz y yo también. Igual sí que me ha venido bien el cambio de aires.

Mi tío Justo se queja de la espalda. La zona lumbar. Y mi tía Lourdes no hace más que regañarle diciéndole que hace más de lo que puede y que al final le va a dar un lumbago que no se va a poder poner derecho. Pues alguien tiene que trabajar la huerta. Pues ella. Sí, hombre. Ya salió la terquedad de los García.

—Tardas un poco más en nacer y naces con arado y todo —protesta mi tía Lourdes—. ¡Ya verás como tengamos que ir al hospital!

—Que el dolor se me quita con esa pomada que me ha dado el médico —replica mi tío Justo.

—¡El médico también te dijo que no hicieras esfuerzos y ya ves el caso que le has hecho!

—Si queréis me quedo yo hasta que el tío esté bien —intervengo.

De pronto se detiene la discusión y se deja de oír el ruido de los cubiertos y los platos en la mesa. La familia entera ha dejado de cenar y se me quedan mirando.

—¿Tú? —pregunta mi tía.

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Y tu trabajo? —pregunta mi tío Justo.

—No tengo trabajo.

No quería sonar tan amargado, pero es como he sonado. Se miran unos a otros con expresiones que van de la sorpresa a la incredulidad.

—A mí me parece una buena idea —dice mi tía.

—Que estoy bien —gruñe mi tío—. Dani, hijo, si quieres quedarte, quédate. Por nosotros encantados. Pero por mí no lo hagas, eh.

—Y dale —refunfuña mi tía.

—Lo peor que puede pasar es que se cargue la cosecha —bromea mi hermana, y los demás ríen a su pesar.

—Podría ayudarte, tío —propongo. No digo que haré yo el trabajo porque se negará en redondo. Anda y no es cabezón... Mejor si lo suavizo un poco para que no se vea del todo apartado de sus labores hortícolas—. No sé... Podría cargar el peso y así no se te resentiría la espalda. Y si hay que agacharse a recoger patatas o algo así... puedo hacerlo yo.

—Bueno, siendo así... —cede mi tío tras pensarlo unos instantes.

Mi madre sonrío. Parece contenta con la idea. Después de cenar nos sentamos en la sala a ver un programa de esos de emparejar gente. Hay cada uno... Mi abuela critica todo lo que pasa y mi hermana se monda al verla refunfuñar. Yo como galletas de chocolate. Dicen que el chocolate es un sustitutivo del sexo y yo después de lo que me ha pasado no vuelvo a meterla en ningún sitio. Pienso permanecer célibe el resto de mis días.

El domingo estoy con mi familia. Nos levantamos temprano. El puto gallo se encarga de despertarnos con su canto infernal. Si Julieta hubiera tenido gallo no se habrían liado entre el ruiseñor y la alondra. Habría quedado bien clarito si había despuntado el día o no. Después de desayunar, recojo los huevos y doy de comer a las gallinas. Hay trabajo que hacer en la huerta, pero hoy mi tío me da un respiro. Dice que el trabajo de verdad empezará mañana.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte unos días, Dani? —me pregunta—. No quiero que te sientas obligado. Ya sé que no te gusta mucho el pueblo.

—No me siento obligado, tío. Quiero quedarme. De verdad. Unos días; hasta que estés mejor de la espalda.

—Se agradece, sobrino.

—No hay nada que agradecer. Para eso estamos.

Unas horas más tarde, aprovechando que nadie nos oye, mi madre me pregunta exactamente lo mismo. Pero ella ve más allá.

—Dani... ¿Te quedas para ayudar a tu tío o estás huyendo?

—Las dos cosas —admito.

Ella me acaricia el pelo en un gesto de lo más maternal.

—No tienes por qué quedarte si no quieres —dice—. Tu tío no se lo tomará a mal si cambias de opinión.

—Ya lo sé. Es solo que... Me siento bien aquí. Siento que puedo salir a la calle sin que me señalen. Me siento libre, mamá. En el campo. Y puedo ir a la playa y estar con la abuela. Quiero estar con vosotros más que nada; os voy a echar de menos, pero... Es verdad que iba a venirme bien el cambio de aires.

—¿Ves como sí? —dice ella sonriendo.

Al llegar el momento de su partida, me apena verlos marchar. En la cárcel me di cuenta de cuánto los necesitaba. Siempre he sabido que los necesitaba, pero ahora más. Me abrazan los tres.

—No te pongas moñas, Dani, que no te pega —dice mi hermana cuando la abrazo y le digo que la quiero, que la echaré de menos.

Pero me da un beso en la mejilla y cuando se aparta de mí está emocionada, aunque intenta disimular. Mi hermanita. Se alejan en el coche con un bocinazo y nosotros les decimos adiós con la mano. Hasta el perrillo meneaba la cola.

He pasado en Castañeras mucho más tiempo del que pensaba quedarme. Mi tío está recuperado de su dolor de espalda, pero me gusta estar aquí. Trabajo en la huerta, cuido de los bichos y paso largos ratos conversando con Cosme. Hasta vamos juntos de paseo. El borriquillo parece feliz. Y yo también.

Carrasco me sugirió ir a ayudarle a la tasca las horas en que hubiera más gente. Dice que él está algo viejo para el negocio, pero le da pena cerrar el bar. Mientras encuentra a alguien a quien le interese llevarlo, tal vez yo pudiera echarle una mano. Y se la echo. Sirvo las bebidas, atiendo las mesas y limpio. Y preparo pinchos de tortilla, sándwiches y picoteos varios. El pobre Carrasco lamenta pagarme tan poco. Es más una propina que otra cosa, pero a mí no me importa. Estoy distraído y me lo paso bien.

También ayudo a Lola en el economato, el otro punto neurálgico del pueblo imprescindible para estar al día en todos los cotilleos vecinales en veinte kilómetros a la redonda. Hago de chico de los recados, de reponedor y de lo que haga falta. Lola es relativamente joven; tendrá unos sesenta años, pero no llega a todo y una ayudita no le viene mal. Y siempre hay alguien que necesita que le echen un cable en la huerta o con el ganado. Se ve que todo el pueblo se ha puesto de acuerdo en mantenerme ocupado, cosa que yo agradezco. Fui a darle a mi abuela el dinero que gano haciendo cosillas aquí y allá. Al fin y al cabo estoy en su casa viviendo de la sopa boba. Pero ella no quiso cogerlo.

—Ahórralo —me dijo—. Para tus gastos.

—¿Qué gastos?

—Que lo ahorres, Dani. ¿Quién te ha dicho que tienes que pagar alquiler?

—No es un alquiler; es una ayudita para los gastos de la casa.

—¡Que lo ahorres! Pesado.

Capítulo 43

Alexandra

Tal como imaginaba, Jean-Luc se ha puesto furioso al saber que he sido yo quien ha pagado al abogado de Daniel. Le ha parecido insultante y hasta ofensivo que no se lo consultara siquiera y que se lo haya ocultado hasta este momento. Cree que si no le he dicho nada es porque tengo algo que ocultar y le da igual las veces que le diga que no es así, que lo único que ocurre es que no encontraba el momento, que no sabía cómo decírselo.

—¡Pues diciéndomelo! —me grita.

—¿Para qué? ¿Para que te pongas así? ¡Era justo esto lo que pretendía evitar!

—Lo habrías evitado si me lo hubieras dicho cuando tuviste la feliz idea de contratar a un abogado para sacar a tu ex de la cárcel.

—No te habría gustado. Y no lo habrías entendido.

—¡Maldita sea, Alexandra! ¡Claro que no lo entiendo! ¡Ese tipo no es asunto tuyo! Y que lo hayas hecho a mis espaldas...

—No necesito tu permiso.

—¿Te has acostado con él?

—Que sea la última vez...

—Que sea la última vez que se te olvida que estás casada conmigo y corres donde ese desgraciado —me interrumpe Jean-Luc con voz gélida agarrándome del brazo con firmeza—. ¿Me has entendido? Esta noche es la gala benéfica, así que te vas a poner guapa y te vas a comportar como la dulce muñequita que pareces, ¿me has oído?

Me da un brusco beso que no deseo y me suelta con rudeza. La gente del mundo de la farándula tiene una gala benéfica esta noche con el fin de

recaudar fondos para diversas organizaciones solidarias. Habrá música, arte y una subasta. Jean-Luc colabora con varias de estas organizaciones y por supuesto, está invitado. No me gusta ir a ese tipo de eventos. No me gusta vestirme de largo, ponerme estupenda y dejar que me hagan fotos como si fuera parte de la decoración. Tampoco me gusta el barullo que se monta ni tratar con el desmesurado ego de algunos. Me siento insignificante entre tanto actor, tanto cantante y tanto modelo de pasarela. La mayoría de ellos no aprecia realmente el ballet y para muchos soy solo la bonita esposa de Jean-Luc. Pero es por una buena causa, de modo que voy. Me pongo un vestido largo de color menta con tirantes y escote en pico y unos zapatos a juego con el tacón no muy alto y cómodo dentro de lo posible. A Jean-Luc le gustan los taconazos, pero yo no pienso arriesgarme a torcerme un tobillo. Y he ido a la peluquería, donde me han hecho un recogido de lo más elegante y me han maquillado. Al mirarme en el espejo parezco mayor de lo que soy. Debería estar acostumbrada a ir preparada, con vestidos espectaculares y maravillosos peinados, como voy siempre que acompaño a Jean-Luc a una gala, un festival o similar, pero no lo estoy. Las alfombras rojas no son para mí.

—Estás deslumbrante, querida —me dice Jean-Luc al verme.

Huelo al carísimo perfume que me regaló. Un par de carísimos pendientes cuelgan de mis orejas y una aún más carísima gargantilla adorna mi cuello. Incluso la ropa interior que llevo ha costado una pequeña fortuna. Estoy radiante y a Jean-Luc le complace que así sea. Me besa en el cuello para no estropearme el maquillaje y yo cierro los ojos. Y al hacerlo veo el campo verde. Veo al borriquillo pardo que me lleva a cuestas y a un hombre despeinado vestido con ropa vieja que ríe. Huelo el bizcocho recién hecho de la abuela y oigo el ladrido de un perro y el rumor de las olas. Al abrir los ojos estoy en una lujosa casa en una de las mejores zonas de París en los brazos de un hombre guapo, rico, apuesto... Pero no es el moreno despreocupado que reía. Y me pregunto si soy feliz, si es esto lo que quería. Me pregunto si sigo amando a Jean-Luc, si lo amé de verdad o si me enamoré de una ilusión. Me pregunto por qué Daniel asalta de vez en cuando mi pensamiento y si acaso Jean-Luc tiene razón y yo no lo he olvidado del todo.

La gala es todo un acontecimiento. Estoy disfrutado más de lo que pensaba. Hablo con unos y con otros. No son tan estirados como los de la última vez y no me siento tan apabullada. La conversación es fluida, agradable y distendida. Nos divertimos. A veces Jean-Luc pasa un brazo sobre mis hombros o me rodea la cintura de forma más posesiva que protectora, pero no me atrevo a apartarle ni a decirle nada. No quiero dejarle en evidencia delante de todo el mundo.

—¿No has pensado nunca en ser actriz? —me pregunta Céline Legrand, una actriz de cine a la que admiro que resulta ser una gran apasionada del ballet.

—No, lo cierto es que no —contesto—. No valdría para estar delante de las cámaras representando un papel.

—Pero tú representas un papel cada vez que bailas. No es tan distinto.

—Pero no tengo que hablar. Solo bailo.

—¡Y te parecerá poco! ¡Eso es mucho más difícil que recitar unas líneas! Aprenderte una coreografía paso por paso y ponerte en esas zapatillas que son poco menos que un instrumento de tortura. ¡Qué horror! —exclama ella divertida—. Yo sí que no podría hacer eso.

Reímos las dos. Céline es mayor que yo. Debe de estar más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero la diferencia de edad no es ningún obstáculo para que nos hagamos amigas. Es una mujer tan agradable que hace sentir bien a todo el mundo. Hablamos de cine y de ballet.

—He ido al Palais Garnier alguna vez; no creas que no. Y te he visto bailar —dice—. Eres maravillosa, querida. Tus gestos, tu ligereza, esa forma de moverte, de girar... ¡Esos saltos! Es una delicia verte. Maravillosa de veras. Oh, cariño, ven que te presente —le dice sin tregua a un hombre que se nos ha acercado, agarrándolo del brazo—. Ella es...

—Alexandra Velasco —termina él—. *Prima ballerina* de la Ópera de París. ¡Cómo no conocerte! Mi mujer es una entusiasta de la ópera y el ballet. ¡Me paso el día escuchando gorgoritos! Charles Legrand —se presenta—. Un placer.

—El placer es mío —contesto.

Charles Legrand dirige un bar de copas en el que tocan música en directo. Él mismo toca el piano algunas veces. Le expreso mi admiración y le digo que iré un día a pasar una velada con Jean-Luc. A Charles le complace, aunque dice que no es muy bueno. Yo estoy segura de que es

mejor pianista de lo que admite ser. Jean-Luc aparece como si lo hubiera convocado al pronunciar su nombre y me aparta de ellos educadamente para presentarme a alguien más.

Volvemos a casa con un cuadro horroroso que Jean-Luc ha comprado en la subasta. Son unos manchurroneos de color negro sin sentido alguno sobre un fondo verde. Yo lo llamo «chapapote en el prado», pero Jean-Luc no le ve la gracia. Lo ha pintado uno de esos directores de cine de autor que yo no entiendo. Tampoco es que entienda mucho de pintura, pero a mí este cuadro no me gusta. Espero que a Jean-Luc no le dé por ponerlo en un sitio muy visible. Aunque por otro lado es ideal para espantar a las visitas y lo mismo queda bien en el salón.

–Ese tal Paul se te estaba comiendo con los ojos –me dice.

Paul es guitarra de un grupo de rock. Hemos estado hablando de cosas triviales y me ha caído bien. Si me ha mirado de alguna forma no apropiada ni me he dado cuenta. Y probablemente, tan solo se trate de los habituales celos estúpidos de Jean-Luc, que no soporta que un hombre me mire con cualquier cosa que parezca admiración.

–No me estaba comiendo con los ojos –replico–. Y aunque así fuera, no lo digas como si fuera culpa mía.

–Igual un poco culpa tuya sí que es. Sigues siendo una chiquilla ingenua que no se da cuenta de cuándo un hombre quiere acostarse con ella.

–Siempre y cuando yo no me quiera acostar con ese hombre no le veo el problema. Tú te vas a la cama con otras en los rodajes y yo no digo nada.

–No es lo mismo. No compares.

–Estoy cansada de tus celos, Jean-Luc. Muy cansada.

–No soporto que otros hombres te miren así.

–No soy ninguna *femme fatale*. No creo que me miren como tú dices.

–Eres hermosa. Tú no lo sabes, pero eres hermosa. Bella. Y los hombres te desean. Y, sí, me vuelve loco de celos. No puedo evitarlo, Alexandra.

Ha empezado a quitarme el vestido y me besa el cuello al tiempo que la tela cae a mis pies. Yo me dejo hacer. Me quita el sujetador y me acaricia los senos sin dejar de besarme, de acariciarme. Me lleva a la cama y me hace el amor de forma posesiva, dominándome. Me penetra con fuerza, como si quisiera marcarme como suya. Mi cuerpo responde. Yo no era tan

pasiva. ¿O sí lo era? Recuerdo que Daniel me hacía reír. Recuerdo que lo tocaba, que exploraba. Recuerdo el intenso placer que sentía en sus brazos, cuando entraba en mi cuerpo y nos dejábamos llevar hasta rendirnos. Era apasionado, salvaje, atrevido... Me sentía tan plena entonces... Tengo un orgasmo brutal. Gimo al tiempo que Jean-Luc irrumpe en mí como un ariete en pleno clímax. Gimo debajo de él, consciente de que estaba –estoy– pensando en otro hombre. Es Daniel quien me penetra. Es Daniel quien se corre. Es Daniel quien está encima de mí amándome como entonces.

Los ensayos son agotadores, pero *Don Quijote* bien lo merece. Por las tardes a veces quedo con Marie y Maggie y otras veces me siento a leer cómodamente en el sofá. Pero la mayoría de las veces estoy con Jean-Luc. Le quiero, pero no es como al principio. Algo ha cambiado. La otra noche, cuando pensaba en Daniel mientras hacíamos el amor... No sé si es una simple fantasía o si significa algo más. Estoy hecha un lío. Llevo tiempo casada con él y entiendo que no va a ser una eterna luna de miel, pero aun así... Sus celos, su manía de querer controlarlo todo, sus arrebatos de genio, su posesividad... No le gusta mucho que salga con mis amigas o que esté tan entregada a mi trabajo. Demasiado entregada, según él. No hay forma de que entienda que el ballet consiste en horas y horas de ensayo. Y cuando crees que has ensayado bastante aún tienes que meter más horas. Soy la primera en llegar y la última en salir. La dedicación que al principio admiraba ahora le molesta. Y no entiende que yo esté cansada y no me apetezca salir o que tenga que madrugar. En ocasiones salgo con él a cenar por complacerle y al día siguiente me caigo de sueño. Pero otras veces es tierno. Me abraza, me besa, me acoge en sus brazos. Me trae flores. Me pide perdón por haberse enfadado, por haberse puesto celoso. Y me promete que procurará controlar sus celos. Es un caballero. Me da seguridad, confianza... A lo mejor es que al ser mayor que yo, él ve las cosas de otra manera. A lo mejor es verdad que sigo siendo una chiquilla inmadura y no la mujer que él espera que sea. Pero aun así me quiere. Me quiere como soy.

Estoy de videollamada con Sofía. Aprovechamos las noches, cuando las dos estamos en casa tranquilas. La echo de menos, y eso que hablamos con frecuencia. Tengo muchas ganas de volver a Madrid y estar con ella en unas circunstancias distintas a las de la última vez. La invito a venir a París con Marcos si quiere y ella acepta la invitación. Vendrán a pasar unos días cuando tengan unas pequeñas vacaciones. Está muy contenta. Sigue trabajando en la Agencia Espacial Europea y parece que el futuro es prometedor.

—Es posible que al final me cojan —dice—. No es seguro, ¿eh?, pero ¿te imaginas, Alex? ¡Sería genial!

—Serán muy poco listos si no te cogen —le digo.

Me cuenta que Daniel se ha quedado en el pueblo con su abuela y sus tíos. Dice que desde que está en Castañeras parece más animado. Trabaja en la taberna y va a ayudar a Lola, la del economato. Y echa una mano a los vecinos más mayores en lo que puede.

—Ahora ya pueden decir que tienen tonto del pueblo —bromea.

Hablamos del ballet y me pregunta cómo me va con Jean-Luc. Yo le oculto que reñimos por las cosas más triviales. Le dije que no le había gustado que contratara a Liam a sus espaldas, pero que la cosa no había ido más allá. A Sofía le parece bastante comprensivo de su parte, teniendo en cuenta que Daniel era mi ex.

—Al menos es maduro y civilizado —me dijo—. Quedan pocos de esos.

No le dije que no le gusta que hable tanto con ella o que me pase la tarde con Maggie y Marie. No le dije lo absorbente que puede ser. Y tampoco le he hablado de sus celos. Daniel, que entonces estaba en casa de sus padres, habló conmigo un ratito y me preguntó si estaba bien. Me dijo que me veía un poco apagada.

—Solo estoy cansada —mentí—. Son muchas horas de ensayo.

—Claro —murmuró.

Y por alguna razón que no sé concretar, tengo la sensación de que no me creyó.

—No quiero que vuelvas a hablar con esa amiga tuya —me dice Jean-Luc cuando termino la llamada.

Ha llegado a casa mientras yo estaba hablando, pero se ha retirado discretamente al dormitorio y se ha quedado allí. Supongo que para no oír la conversación. O para no saludar a Sofía, que todo puede ser.

—¿Perdona?

—No quiero que vuelvas a hablar con esa amiga tuya —repite.

No doy crédito.

—Hablaré con Sofía siempre que... ¡Eh, dame el móvil!

Me ha quitado el móvil de la mano y está trasteando en él. Me levanto del sofá enfurecida e intento recuperarlo, pero él me lo impide con facilidad. Solo tiene que levantar el brazo. Y no lo alcanzo.

—¡Aparta!

Me da un fuerte empujón y me tira al sofá.

—Tienes mensajes de ese desgraciado —dice temblando de ira—. Si es que lo sabía. ¡Lo sabía!

Voy a decirle que son simples WhatsApps en los que Daniel me desea buena suerte en el estreno de *Don Quijote*, en los que me pregunta cómo estoy y en los que me agradece la ayuda prestada, pero no me da tiempo. Jean-Luc lanza el móvil contra la pared y lo destroza.

—¡¿Pero qué haces?! —le increpo levantándome.

—¡No eres más que una puta! —me grita desquiciado.

Al instante siento un fuerte golpe en la cara que me hace trastabillar. No lo he visto venir. Noto en la boca el sabor metálico de la sangre. Jean-Luc me agarra de los brazos y me zarandea al tiempo que me insulta y me llama puta. Intento zafarme de él, defenderme, huir. Pero no puedo. Jean-Luc es más fuerte que yo y en sus manos soy solo una muñeca de trapo. Estoy asustada. Tengo miedo y solo quiero que me deje en paz y se vaya. Jean-Luc no deja de gritarme, de sacudirme. Maldita zorra. Puta mentirosa. ¿Con cuántos te has acostado? Falsa, puta. Pequeña hipócrita santurrón. Te has acostado con él, ¿verdad? Puta. Más que puta. Vas a aprender a respetarme de una puta vez, zorra. Su aliento huele a alcohol. Vuelve a pegarme y me tira al sofá. Yo me encojo como un ratoncillo asustado, esperando un golpe que no llega. Lloro. Ahora solo se oye mi llanto entrecortado.

—Esto es culpa tuya —me dice. Me agarra un mechón de pelo y tira de él, obligándome a levantar la cabeza—. No vas a volver a tener contacto con ese cabrón, ¿me has oído?

Asiento con la cabeza.

—Bien —dice soltándose—. Ya nos vamos entendiendo.

Yo sigo llorando y sorbiéndome los mocos. Ni un pañuelo tengo. Jean-Luc permanece en silencio. Es como si hubiera pasado la tempestad.

—No llores —me dice—. No quería pegarte.

Se sienta a mi lado y hace ademán de ir a acariciarme la cabeza.

—¡No me toques! —le grito—. No vuelvas a tocarme.

—Alexandra... Lo siento. Lo siento, yo...

—¡Vete!

Parece realmente arrepentido, a punto de llorar. Parece sentirlo de veras.

—Alexandra...

—¡Que te vayas!

—No quería... No sé qué me ha pasado, Alexandra...

—Vete.

La frialdad de mi voz consigue lo que no han conseguido mis gritos ni mis lloros. Jean-Luc se levanta del sofá y se marcha del piso. Entonces me doy cuenta de que esta es su casa. Tendría que irme yo. ¿Pero adónde? Es tarde. Podría ir a casa de Marie y Maggie, pero les daré un buen susto si me presento así a estas horas. ¿Y si vuelve Jean-Luc? Voy hacia la puerta y echo la llave. La dejo puesta para que no pueda entrar si regresa y cierro la cadena de seguridad. Aun así me parece poco y pongo ante la puerta la mesilla del recibidor. Por si acaso. Mi móvil está destrozado. No funciona.

Voy al cuarto de baño a lavarme la cara y veo ante el espejo mi labio partido y la marca de su bofetón en el pómulos. No parece muy grave. Espero que no se hinche mucho.

No he dormido en toda la noche. Me la he pasado llorando. Jean-Luc no ha dado señales de vida; debe de haber pasado la noche en un hotel. Me estremezco al pensar en lo de anoche. Estoy asustada y solo quiero esconderme bajo la manta, pero tengo que reponerme. Tengo que ir al Palais Garnier. Mañana tenemos función. Siento el labio inferior entumecido y me duele el pómulos izquierdo y un poco el ojo del mismo lado. Creo que lo tengo algo hinchado. Cuando me miro al espejo veo que están amoratados. Los toco con la yema de los dedos. Los ojos se me llenan de lágrimas y alguna cae por más que yo intento contenerlas. Tengo que salir de aquí. Meto lo justo en una bolsa de deporte y me marcho después de haberme puesto un kilo de maquillaje y unas gafas de sol para disimular el morado.

Voy a divorciarme. No voy a darle una segunda oportunidad para que vuelva a pegarme por más perdón que suplique. Se acabó.

Entro al vestuario pensando que nadie va a notar nada. No es para tanto, ¿verdad? El maquillaje lo disimula muy bien. Tengo los ojos enrojecidos de haber llorado, pero siempre puedo decir que he pasado una mala noche. Pero es una estupidez, claro. No puedo bailar con gafas de sol y el morado del ojo no hay maquillaje que lo oculte.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Marie, horrorizada.

—Me he caído en la cocina. Me he dado con la pata de la mesa —digo con voz temblorosa. Mi ánimo y mi entereza empiezan a flaquear. La excusa de todas. Me he caído. Me he golpeado con una puerta.

—¿Te ha pegado?

Empiezo a temblar.

—Alex...

Marie me abraza y yo rompo a llorar. De pronto parece que se haya abierto una compuerta y todo mi miedo y mi dolor salen a la luz en un torrente imparable. Las demás me arropan. Se arremolinan a mi alrededor y murmuran. Me ofrecen palabras de consuelo.

—Tienes que dejarle, Alex —me dice la voz dulce de Marie.

—¿Qué pasa aquí?

Es la voz de Jerome, el coreógrafo. Alguien debe de haberle avisado de lo que ocurre en el vestuario de chicas. Con él vienen los bailarines y en cuestión de minutos toda la Compañía está aquí.

—Alex, *chérie*, mírame.

Jerome me coge suavemente de la barbilla y me seca las lágrimas. Me quita el maquillaje con una toallita húmeda que alguien le ha dado, dejando al descubierto el verdadero color de mi mejilla.

—Ahora mismo vas a ir a que te vea un médico y a denunciarlo, ¿me oyes? —me dice amable y categórico a la vez.

—Pero mañana...

—No puedes bailar así, *ma chérie*. Lo siento.

Es el último golpe de Jean-Luc. No puedo salir a escena con un ojo morado y el labio partido. Lo del pómulo podrían arreglarlo con maquillaje. Lo demás no. Me cae un lagrimón solitario.

—Lo siento, Alex —repite Jerome. Yo asiento. Lo entiendo, pero me duele más que los golpes que me ha dado Jean-Luc—. Ahora lo importante eres tú.

Cuando estés recuperada, podrás volver a bailar. Solo serán unos días.

–La acompaño al hospital –dice Marie.

–Yo voy con ellas –añade Gaspard, mi *partenaire*.

Jerome parece a punto de poner objeciones al verse privado del primer bailarín, pero un segundo después accede.

Todo es muy penoso. Marie y Gaspard no se apartan de mi lado. Mientras esperamos a que me atiendan, Marie llama a Maggie por teléfono para ponerla al corriente y prevenirla por si a Jean-Luc se le ocurre pasar por allí. No tardan en llamarme para pasar a consulta. El médico que me examina me da un parte de lesiones y unas gotas para el derrame del ojo. Tengo también marcas en los brazos en las que ni me había fijado. Del hospital vamos a comisaría, donde pongo una denuncia. Y cuando esté más tranquila, pediré el divorcio. Seguro que Liam Jacobs conoce a alguien que pueda llevarlo.

Gaspard nos acompaña a la que fue mi casa. No quiere dejarnos solas por si en algún momento aparece Jean-Luc. Maggie está afanada con sus diseños. Su cabellera roja aparece despeinada recogida en una desastrosa coleta. Cuando me ve, corre a darme un abrazo.

–Menudo hijo de puta –masculla, tocando con suavidad mi rostro magullado. A continuación empieza a proferir improperios en gaélico que nadie entiende–. Es un hijo de puta –concluye en inglés.

Marie invita a Gaspard a comer con nosotras y él acepta de buen grado. Después de comer me quedo dormida. Al despertar, ellos siguen allí conmigo. No me han dejado sola en ningún momento.

–Vamos a ir a por tus cosas –dice Marie–. Necesitarás ropa.

–Iré yo –se ofrece Maggie.

–Es mejor que vaya yo –dice Gaspard.

–Tú no vas a andar enredando en sus bragas –objeta Maggie con su francés de acento escocés.

–No creas que voy a escandalizarme por ver unas bragas –replica Gaspard, a lo que Maggie responde con un gesto de escepticismo–. Si ese tipo está en casa, es mejor que esté yo.

–Ahí tiene razón –dice Marie–. ¿Y si vais los dos? Me parece lo más sensato. Por si acaso.

Ellos acceden. Maggie va en busca de su maleta para poder traer más cosas y entonces suena insistentemente el timbre de la puerta.

–¡Alexandra! –. Es Jean-Luc–. Alexandra, sé que estás ahí, ábreme.

Nos quedamos todos helados mirándonos unos a otros. El corazón me comienza a latir desenfrenado y me embarga el miedo.

–¡Lárgate, gilipollas! –salta Maggie a este lado de la puerta.

–Alexandra, solo quiero hablar contigo. Alexandra, por favor...

–Vete, Jean-Luc –le digo–. No hay nada de qué hablar.

–Escúchame un momento. Por favor. Por favor, Alexandra, abre. Lo siento mucho. Perdóname.

–Se acabó, Jean-Luc. Vete.

–Alexandra...

–Lárgate, tío, o llamaremos a la policía –interviene Gaspard.

–Bien dicho –cuchichea Maggie.

La amenaza proveniente de la voz masculina de Gaspard surte efecto. Jean-Luc se va. No es buena idea ir hoy en busca de mi ropa. Podré apañarme con lo que yo he cogido esta mañana y si necesito algo, ya lo compraré.

Mi móvil ha quedado inservible. Recogí lo que quedaba de él, pero no hay nada que hacer. Tendré que comprar uno nuevo; no merece la pena repararlo. Marie me ha dejado uno suyo viejo mientras tanto. Jean-Luc me llama. Cojo el teléfono solo para decirle que no vuelva a llamarme, pero es inútil. Implora perdón. Lloro arrepentido. No quiere perderme. No sabe qué le pasó. No era él. Pero no quiero escucharle. No voy a perdonarle.

Han pasado tres días desde que me pegó. Le llamo para decirle que pasaré a por mis cosas y no quiero que esté en casa. No quiero volver a verle. Le dejaré las llaves en la mesa del recibidor.

–Alexandra, por favor, al menos dame la oportunidad de explicarme –me ruega.

–¿Qué vas a explicarme, Jean-Luc? ¿Crees que voy a aceptar una explicación de por qué me has partido la cara?

–Me volví loco; yo... Perdí la cabeza. Lo siento. Lo siento, no volverá a pasar...

–Claro que no volverá a pasar –replico con frialdad–. Voy esta tarde. Espero no encontrarte allí.

Cuelgo. Gaspard, Marie y Maggie me acompañan, cada uno con una maleta para que nos entre lo más posible en ellas. No quiero posponerlo más. Tengo que hacerlo y cuanto antes, mejor. Quiero terminar con esta pesadilla de una vez.

Temía encontrarme con Jean-Luc, pero no está en casa. En su casa. Entre los tres recogemos mi ropa, mis cosas. No me llevo las joyas que él me ha regalado. No las quiero. Tampoco quiero los preciosos vestidos que me compré para ir de cena, para ir de gala, para ir a la ópera...

—¿Estás loca? —me increpa Maggie—. Aquí los vas a dejar para que este usurero los venda en Ebay. Con la pasta que te tienen que haber costado. Si no piensas volver a ponértelos, ya les haré yo unos arreglillos y te los dejo como nuevos.

Coge uno tras otro y los amontona sobre la cama. Yo cojo del fondo del armario la caja con el King Kong que compré en Nueva York para Daniel. Jean-Luc no llegó a saber que estaba ahí. Las maletas van a tope y hemos llenado algunas cajas con libros y demás.

—Joder, qué cuadro tan feo —murmura Gaspard al ver colgado en el salón el «chapapote en el prado» que mi dentro de poco exmarido compró en la subasta.

Me hace sonreír. Vamos bajando las maletas y las cajas. No pensé que tuviera tantas cosas. Estamos a punto de irnos con las últimas cuando llega Jean-Luc. Está demacrado y tiene los ojos enrojecidos y ojeras. Parece sorprendido al vernos, así que no puedo decir si ha vuelto pensando que ya nos habríamos marchado o si lo ha hecho a propósito. En el fondo siento una punzada de compasión al ver su lamentable aspecto.

—Ya nos íbamos —le digo.

—Espera... Alexandra, espera... No te vayas. No puedes irte... Te quiero, Alexandra. Por favor... Yo te quiero... Perdí el control. Me volví loco de celos... Iré a terapia. Haré lo que tú quieras, pero no te vayas... No me dejes...

—Ya es tarde, Jean-Luc. Que te vaya bien.

Le doy las llaves. Él las mira un momento antes de cogerlas y cuando voy a salir me coge del brazo; esta vez con suavidad.

—Alexandra...

—¡Suéltame!

Me zafo de su contacto con un movimiento brusco. Gaspard me pasa un brazo por los hombros en un gesto protector.

–Déjala en paz –le dice a Jean-Luc–. Ya has hecho bastante; no vuelvas a molestarla.

Jean-Luc se da por vencido.

–Lo siento, Alexandra –me dice derrotado.

Yo me voy sin decir nada más. Ya está todo dicho.

Capítulo 44

Daniel

¡Será hijo de puta! Sofía me ha llamado para decirme que el marido de Alexandra la ha golpeado. Un asunto de celos. Por lo visto le ha dejado la carita llena de moratones, los labios hinchados y un ojo a la virulé. Su aspecto debe de ser tan penoso que no puede bailar y la han relevado. ¿Cómo va a bailar la protagonista con la cara hecha un cromo? A mí sí que me dan ganas de hacerle una cara nueva a ese pedazo de cabrón. Su madre —la madre de Alexandra— se ha ido unos días a París para estar con ella. Y yo siento una impotencia... Quisiera poder estar también con ella y... No sé... Abrazarla, protegerla, decirle que todo irá bien... Pero en vez de eso estoy aquí en el pueblo sin saber qué hacer ni cómo actuar cuando lo que quiero es correr a París y... ¿Y qué?

Lo que hago es llamarla. Es lo menos que puedo hacer. Llamarla para ver cómo está y para darle mi apoyo y para decirle que puede contar conmigo para lo que haga falta. Me cuesta un montón marcar su número. Le he mandado varios mensajes de WhatsApp para ver cómo le va, pero llamarla... Después de que la bloqueé... Entre otras cosas. Pero me ha perdonado y ahora somos amigos y los amigos se apoyan. No sé muy bien qué le voy a decir, pero ya iré improvisando sobre la marcha. Contesta al cuarto tono.

—Hola, Dani...

Qué cálida es su voz aun a través del teléfono. Cuántas veces la llamé solo para oír su voz...

—Hola, patito.

Se me ha escapado, pero ella ríe suavemente al oír el mote cariñoso que siempre he usado con ella. No parece haberle molestado.

—¿Cómo estás? —continuo—. Sofía me ha contado lo de... Bueno, lo de tu... Lo que te ha pasado y... Bueno...

—Estoy bien —contesta—. Me duele un poco, pero estoy bien. He vuelto a casa con Marie y Maggie. Y ha venido mi madre.

—Lo sé. Lo siento, Alex. No sé muy bien qué decirte; solo que lo siento. De verdad.

—Lo sé, Dani. Sé que lo sientes.

—Oye, cualquier cosa que necesites... Hablar, un bizcocho de la abuela, lo que sea... Puedes contar conmigo, ¿vale?

—¿Un bizcocho de la abuela?

Solo quiero que sonría. A lo mejor no le apetece mucho sonreír ahora mismo, pero sé que tiene los ojos llenos de lágrimas. Siento la humedad en su voz. Ríe y llora. Ríe porque le hace gracia y llora porque quiero hacerla reír.

—Puedo mandártelo por mensajería. Mañana lo tienes allí —digo.

—Engordaré si me pongo a comer bizcochos. Mejor hablamos.

—Claro.

—¿Sabes que no puedo bailar?

Ha hecho una breve pausa antes de hablar, como si hubiese estado reuniendo valor. Y se le ha quebrado un poco la voz. La ira me recorre por dentro. Ese indeseable la ha apartado de lo que más ama y eso le duele más que los golpes.

—Serán solo unos días, hasta que se te pase un poco y te lo puedan tapar con maquillaje. Además, a veces baila una compañera tuya, ¿no? Tómatelo como un descanso —le digo.

¡Qué estupidez! No es lo mismo que de vez en cuando baile otra chica para que ella no se queme a que la aparten de los escenarios porque el hijo de puta de su marido la haya pegado.

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunta.

—No creas; estoy muy puesto en ballet.

No le digo que la sigo por redes sociales con un perfil falso porque me da vergüenza, y más por teléfono. María García. El colmo de la originalidad. Es que la borré también de mi vida virtual como si así pudiera olvidarla. Se

lo diré en otro momento, tal vez cuando nos veamos en persona. Seguro que hasta le hace gracia. O piensa que soy imbécil, y algo de razón tendrá.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta.

—Bien, aquí en el pueblo con mis tíos. Creo que ya me quedaré hasta el final del verano y volveré a Madrid con mis padres. Y... Bueno... Hablaré con mi antiguo jefe a ver si hay algo que hacer...

—¿No hay *striptease* en el bar del pueblo?

—No —contesto riendo—. No. Ni lo intento, que me destierran.

Ahora ríe ella. Quiero verla. Me muero por verla, pero no tengo videollamada en el móvil. Podría usar Skype, pero por no tener no tengo ni ordenador.

—Oye, si quieres venir... Si quieres venir unos días aquí tienes tu casa —le ofrezco—. Esto es tranquilo y... Se está bien. A mí me ha venido bien para... Si quieres desconectar... O pasar unos días de vacaciones... Ya sabes...

—Gracias, Dani.

Vuelve a llorar. No sé cómo acertar.

—No llores, Alex.

—¡Eh!, idiota, ¿qué le has dicho que la has hecho llorar? —me recrimina de pronto Maggie en inglés. Está visto que solo habla francés cuando no le queda más remedio.

—Solo le he dicho que puede venir unos días al pueblo si quiere, Margaret —contesto.

—Ah, bueno... Y no me llames Margaret —protesta ella—. Toma —continúa, aunque esta vez habla con Alexandra—. Sigue igual de idiota.

—¿Dani? —Es Alexandra.

—Veo que estás bien cuidada —digo.

—Sí. Perdona; estoy un poco sensible.

—Es normal; no te disculpes.

—¿Sabes? Puede que vaya a comer bizcocho.

Me hace feliz ver que no se ha negado ni me ha dado largas. Lo de venir a comer bizcocho es broma, claro, pero al menos ha recibido bien el ofrecimiento.

Los días pasan. Mi patito vuelve al ballet y su divorcio es portada en las revistas del corazón. Jean-Luc Dupont vuelve a estar soltero y es la comidilla del mundo del celuloide. Su popularidad ha caído en picado tras saberse que la causa del divorcio es que ha golpeado a la que hasta hace poco era su esposa. Alexandra se ha mantenido elegantemente al margen. No ha hecho declaraciones. No ha concedido entrevistas. Puso una denuncia en los juzgados y pidió el divorcio. Sin más. El mismo Liam Jacobs le recomendó un abogado amigo suyo y ha sido él quien ha llevado el asunto. Ella solo quiere seguir bailando y olvidar lo sucedido para siempre.

Llevo casi medio año en Castañeras. La vida transcurre despacio, sin sobresaltos. Mi tío está restablecido de su dolor lumbar, pero me gusta ayudar en la huerta, en la casa. Mi tía y mi abuela se han empeñado en enseñarme a cocinar como es debido y me paso en la cocina más tiempo del que me gustaría. Mis padres y mi hermana vinieron en Semana Santa a estar conmigo. Dicen que me ven mejor. He ganado el peso que perdí y ya no tengo esas ojeras ni ese aspecto demacrado. Mi madre dice que estoy más moreno. El sol y el aire libre han contribuido a ello. Mi hermana está guapísima. Ha tenido que dejar el rugby porque ya no podía compatibilizarlo con el trabajo, pero sigue igual de atlética, encantada con su trabajo y enamorada del tipo más despistado del mundo. Volverán en verano y mientras tanto yo sigo con mi rutina: la huerta, los animales, la tasca, el economato y técnico auxiliar de actividades agrícolas y reparaciones en general.

También tengo mis ratos de asueto. Me gusta venir a la playa, sentarme en la arena y contemplar el mar, las olas. El arrullo de las olas me proporciona una agradable sensación de bienestar, de tranquilidad. De vez en cuando se oye el graznido de las gaviotas y alguna que otra se pasea por la arena en busca de algún bocado. No hay nadie más. Me gusta estar en soledad. Solo yo y mis pensamientos. Alguien se acerca en silencio y se para junto a mí. Alguien con una falda larga de color rosa y los piecitos dañados. Lleva tiritas en varios dedos y los que no tienen tiritas están enrojecidos. También luce unos cuantos moratones seguro que con orgullo. Reconocería esos pies en cualquier parte, pero no me atrevo a levantar la

vista y mirarla. Temo que, como Eurídice, desaparezca si la miro. Se sienta junto a mí, recogiendo la falda, y rodea sus piernas dobladas con los brazos.

–Hola, Dani.

–Hola –susurro.

–Tu abuela me ha dicho que te encontraría aquí.

Asiento, aún sin mirarla. Miro hacia el mar, oigo su canto. Pero es el canto de la sirena de al lado el que me atrae. El corazón me late con fuerza, emocionado.

–Has venido –murmuro. Todavía tengo miedo de despertar.

–He pensado que sería una buena idea aceptar tu ofrecimiento.

Entonces sí que la miro. Y ella me sonríe. Es la chica más bonita que he visto nunca. Lleva el pelo suelto y la brisa le revuelve el cabello. Los rizos dorados le caen por la cara, por los hombros y la espalda y esos ojos tan azules rivalizan con el mar, con el mismo cielo. Sigue igual de pequeña, con la piel blanca y la sonrisa que hacía que el ritmo de mis latidos se desacompañara por completo.

–Me alegra que hayas aceptado –digo.

–Y yo me alegro de haber aceptado.

El tiempo no ha pasado. Yo no la dejé y ella no se casó con otro. Nada de eso ha ocurrido. Pero sí que ha ocurrido. Ya no es como antes. Me siento feliz de tenerla a mi lado y me entristece que ya nada sea igual entre nosotros. Soy su amigo y yo no sé si voy a poder fingir que solo soy su amigo. Era más fácil cuando ella estaba en París. Hablamos de trivialidades y de cosas no tan triviales. Hablamos de cómo nos va. Los dos hemos pasado por malas experiencias. Los dos hemos cambiado. Y, sin embargo, cuando la miro veo a la misma chiquilla tímida que se fue a París para ser bailarina. Veo la misma mirada de luz, la misma sonrisa transparente. Parece una ninfa salida del mar. Alexandra se levanta y me tiende la mano.

–Vamos a dar un paseo por la orilla –dice.

–Se te mojarán las tiritas.

–La sal es buena para las heridas.

Cojo la manita que ella me tiende más por darle el gusto que otra cosa porque no tiene fuerza para levantarme. Pienso que va a soltarme en cuanto me ponga en pie, pero no lo hace. Vamos de la mano hacia la orilla, en silencio. Hay algo natural en ir de la mano, algo cómplice. Las olas nos

lamen los pies. Alexandra se ha recogido la falda con la mano libre para que no se le moje. Yo quiero decirle un montón de cosas, quiero darle un montón de explicaciones, pero no sé por dónde empezar. Creo que le debo un alivio a todo el dolor que le causé. Me pregunto si ella sabe que yo la sigo queriendo. Las mujeres suelen notar esas cosas, pero Alexandra está demasiado relajada. Si pensara que yo sigo colado por ella no estaría tan relajada. ¿Y si le digo la verdad? ¿Y si fuera honesto con ella por una vez?

—Te dejé porque te quería —digo.

Sin pensar, como siempre. Mi lengua actúa antes de que mi cerebro haya reflexionado sobre la conveniencia de hablar. Alexandra se detiene de pronto y me mira.

—¿Qué?

—¡Te dejé porque te quería! —repito, soltándola—. ¡Querías dejar la Ópera de París y volver a España cuando ya eras primera bailarina, y no podía consentir de ningún modo que hicieras eso! ¡Y no querías que yo me fuera contigo! ¡Que cómo iba a dejar mi trabajo en Madrid, decías! ¡Que era más fácil para ti encontrar trabajo en España que para mí en Francia! ¡Los cojones! Debí haberlo dejado todo y haberme ido contigo, te pusieras como te pusieras. ¡No debí escucharte!

—¡Dejar la Ópera de París era decisión mía! —replica.

—¡Pues era una mala decisión! ¡Y dejarlo todo para irme contigo era decisión mía! ¡Y tú te negaste! ¡Y yo pensé que a lo mejor no querías estar conmigo! Y...

—¿Cómo no iba a querer estar contigo? ¡Pero si quería volver a España precisamente para estar contigo!

—¡Bailar era tu sueño!

—¡Podría haber bailado en una compañía española!

—¡Que no seas terca! ¡Que no! ¡Que no podía dejar que lo hicieras! Habías tomado la decisión por los dos y no podía consentirlo. Así que... Fue lo único que se me ocurrió. ¡No iba a dejar por nada del mundo que renunciaras a tu puesto en la compañía! Y decidí dejarte. Debí haberlo dejado todo e irme contigo, pero en el fondo tenías razón. Iba a ser difícil de narices encontrar curro en Francia y... Y fui un cobarde. Me acojoné. Y pensé que si te rompía el corazón ya no te irías de la Ópera de París. Yo era un lastre y tú...

—¿Me dejaste para que yo siguiera bailando?

Parece atónita. No se le había pasado por la cabeza.

—Básicamente —digo.

—¡Eres el hombre más tonto del planeta! —exclama, haciendo aspavientos con los brazos—. ¡De la galaxia! ¡Del universo entero!

Hala. Se le han terminado las matrioskas espaciales. Y entonces, sin esperarlo, me abraza. Rodea mi cintura con los brazos y apoya su cabeza rubia y despeinada en mi pecho. Ahora soy yo el sorprendido.

—Tú no eras un lastre, Dani —dice—. Tú nunca has sido un lastre.

No sé qué decir y por toda respuesta le acaricio el pelo. No se aparta. No le molesta que lo haga.

—Todo lo que me dijiste... —murmura.

—Solo lo dije para herirte, para que te fueras.

—Te odié durante un tiempo, ¿lo sabías?

—Yo, en cambio, nunca he dejado de quererte —admito. Ya está. Ya lo he dicho—. No quiero espantarte ni nada. Entiendo que tú ya no sientes lo mismo, pero tenía que decírtelo. He mentido a todo el mundo, Alex. No quiero mentir más. Estoy cansado de mentir.

Alexandra levanta la cabeza para mirarme, se pone de puntillas y me da un beso en los labios parecido al que me dio en París, parecido a su primer besito, solo que presiona un poco más. Y a mí se me funden los fusibles.

—Perdona —dice apartándose, roja como un tomate.

—Perdonada —contesto.

La tomo entre mis brazos y le devuelvo el beso. Es un beso tierno. El beso que llevo tanto tiempo anhelando darle. Ella responde. No hay nada más dulce que el sabor de su boca.

—¿Esto es un «empecemos de nuevo»? —pregunto, sin saber muy bien a qué atenerme.

—Eso era un «retomemos donde lo dejamos». Si tú quieres, claro.

—Y que tengas dudas...

Ella sonríe. Volvemos a cogernos de la mano y continuamos nuestro paseo por la playa. A Alexandra se le ha mojado el bajo de la falda, pero no le importa. Vuelve a recogerse la falda con la mano que no sujeta la mía.

—¿Hasta cuándo te quedas? —le pregunto.

—No sé. Hasta que tú quieras que me vaya.

—Yo no quiero que te vayas nunca.

–Pues me quedo para siempre –dice, metiéndose un mechón de pelo dorado tras la oreja.

¿Está coqueteando? Eso sí que me descoloca. Decido seguirle el juego.

–¿Y a qué piensas dedicarte en el campo?

–A bailar.

–No vas a poder bailar en el campo. Podrías pisar una boñiga de vaca.

–Pues bailaré en la playa –contesta riendo.

Me suelta y da unos pasos de ballet descalza con su vestido hippy de color rosa. Siempre me fascina la elegancia de sus movimientos.

–Ven –dice tomándome de las manos.

–Oye, que yo de ballet no...

–¿Cuánto hace que no bailas?

Mi rostro se ensombrece. Hace meses que no bailo. Meses. Y apenas escucho música. Alexandra nota el cambio.

–Ven, baila conmigo –dice.

Y bailamos. Como antes. Al final, la emoción me sobrepasa y la abrazo. Solo la abrazo. Para sentirla. Ella me rodea la cintura con sus bracitos blancos y se abandona, segura contra mí. Es como si la vida me diera una segunda oportunidad. Como si nos la diera a los dos.

–Ven conmigo a París –dice entonces Alexandra–. No tienes por qué decidirlo ahora –se apresura a continuar–, pero piénsalo, ¿vale? Podrías...

–No hay nada que pensar –la interrumpo–. Me voy contigo.

No voy a cometer el mismo error dos veces. Alexandra se aparta de mí y me mira con sus ojos azules, radiante y sorprendida al mismo tiempo.

–¿De verdad?

–Siempre y cuando no te importe estar con un expresidiario en paro, claro.

A ella eso le trae sin cuidado. Hacemos planes. Estaremos con Maggie y Marie hasta que encontremos algo. ¿No les importará? Para nada. Yo buscaré trabajo y mientras tanto seré amo de casa. Haré la compra, lavaré, plancharé...

–¿Pero sabes planchar? –apunta ella.

–Anda, claro. ¿Qué pensabas? Y mi abuela me ha enseñado a hacer bizcochos.

–No, por favor, bizcochos no.

Quisiera detener el tiempo y quedarme para siempre en la playa con Alexandra, ver el atardecer aquí con ella, pero dentro de un rato tengo que ir al bar. La invito a venir conmigo, pero ella duda.

—¿No molestaré?

—¡Qué vas a molestar! No hay mucho trabajo; solo estarán los cuatro jubilados del pueblo y poco más. Se alegrarán de ver a una chica guapa.

Me he quedado corto. Al ver aparecer a Alexandra por la tasca, todos la reconocen como la chica a la que dejé tirada. Se quedan todos mirándonos como cuando un forastero entra al *saloon* en las pelis del oeste. Silencio total. Suerte que estos no tienen pistolas. También está mi tío.

—¿Os acordáis de Alex? —les pregunto.

Por supuesto que se acuerdan. De hecho, algunos se han enterado antes que yo de que Alexandra estaba en el pueblo. Es *vox populi*. La saludan y la reciben como lo hacían antes y celebran que haya vuelto conmigo. Carrasco me da la tarde libre. Dice que la muchacha no ha venido desde París para que yo la tenga metida en la taberna. En realidad ha venido desde Madrid después de haber estado unos días en casa con sus padres, pero no discuto. Tomamos algo y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo. Y a ver a Cosme, que se siente feliz con los mimos de Alexandra. Para esta noche todo el mundo sabe que nos hemos reconciliado.

Cenamos pronto, en familia. A nadie le sorprende que Alexandra haya venido ni que yo confiese que siempre he estado enamorado de ella. Mi abuela salta con un «ya lo sabía yo» y mis tíos asienten. Ahora resulta que son todos adivinos. O quizá yo no soy tan buen mentiroso como creía.

—¡Pero si dejaste de hablarme porque la dejé! —protesto.

—¡Y ahora voy a dejar de hablarte por engañar a toda tu familia! Valiente sinvergüenza... Nos engañó a todos —le dice a Alexandra—. Nos dijo que se había cansado de estar contigo y no sé cuántas historias más. ¡Y le creímos! Por eso sí que deberían llevarte a la cárcel —gruñe.

Por lo que parece, últimamente he bajado mis defensas. Pero ya no importa. Después de cenar salimos a la calle a charlar un rato y ver las estrellas. Nos sentamos en un lateral de la casa sobre un banco de madera desvencijado. Alexandra mira al cielo. La luz de la ciudad no deja ver las

estrellas, pero aquí el cielo está lleno de ellas. Se oyen grillos y sopla un poco de aire frío a pesar de estar en verano, pero nos hemos abrigado bien.

—Tengo una cosa para ti —me dice Alexandra al de un rato—. Voy a por ella.

Se va corriendo antes de que yo tenga tiempo de preguntar nada. Vuelve a los dos minutos con un paquete alto y rectangular envuelto en papel marrón.

—¿Qué es? —pregunto.

—Ábrelo.

El papel marrón da paso a una caja blanca con un dibujo del Empire State y King Kong. Alucino. Y dentro de la caja hay una preciosa escultura del famoso rascacielos con el gorila gigante en lo alto. El nivel de detalle es bestial y me quedo sin palabras.

—Es la hostia, Alex —murmuro a falta de algo mejor que decir—. ¡Qué pasada!

—¿Te gusta?

—Mucho. ¡Me encanta! ¿Dónde lo has encontrado?

—Lo compré para ti en Nueva York, cuando fui a acompañar a Jean-Luc al rodaje. Ya no estaba enfadada contigo y pensé en dártelo como pipa de la paz o algo así.

—¿Un regalo de reconciliación?

—Podría decirse que sí. Pero fue cuando te detuvieron y... Pensé que no era el momento de darte un regalo.

—Muchas gracias, Alex. Joder, es... ¡Es una chulada! ¿Y a tu ex no le pareció mal que me lo compraras?

—No llegó a enterarse —contesta con un encogimiento de hombros—. No se lo dije. Lo tenía guardado en el fondo de un armario.

—Oh.

Miro la figura, fascinado. Es preciosa. Pienso ponerla en mi habitación. O en la nuestra, cuando vivamos juntos. De pronto me acuerdo de algo.

—Yo también tengo algo para ti —digo.

Desaparezco veloz en la casa y vuelvo con una caja sin envolver. No pensé que se la daría nunca, pero creo que ha llegado el momento. Alexandra reconoce la caja y sus ojos se abren por la inesperada sorpresa.

—Dani...

Levanta la tapa y saca unas viejas zapatillas blancas con un cuerno dorado, crines de colores, ojos y una sonrisa feliz. Las mira con los ojos brillantes de lágrimas.

—Mis zapatillas... Mis zapatillas de unicornio...

—Las guardé por si un día... Era lo único que me quedaba de ti y las guardé. Las he tenido siempre conmigo.

—Dani... Mis zapatillas...

Se las pone. Ella, que ha llevado vestidos carísimos y joyas lujosas, se ha emocionado al ver las zapatillas que se ponía cuando iba a mi casa, las zapatillas que un día le regalé.

—Las has guardado todo este tiempo... —murmura moviendo los pies.

—Las he tenido escondidas para que nadie las viera —digo.

—¿Tienes algún secreto más?

—Sí, bueno... Te sigo en el Facebook con un perfil falso. Como te había bloqueado... María García.

—¿María García? ¿La que tiene de foto de perfil a Pippi Calzaslargas?

—Esa misma.

Las lágrimas dan paso a la risa floja.

—Ay, Dani...

Me coge del brazo y se acurruca junto a mí, riendo.

—Es ridículo. Lo sé —digo—. Y lo de las revistas... Las compré para poder verte. Solo para verte. Y fui a París, ¿sabes? Fui al ballet. *El lago de los cisnes*. Esperé fuera para verte salir. Te vi marcharte con ese tipo. No sabes la de veces que me arrepentí, la de veces que habría deseado decirte la verdad y pedirte perdón. Pero tú tenías que volar.

Alexandra me da un beso en la mejilla. Sus labios son una tierna caricia.

—Yo quería volar contigo, Dani. Sigo queriendo volar contigo —dice—. Nadie me ha querido como tú. Y yo no he querido a nadie como te quiero a ti. Ni siquiera a Jean-Luc. No como a ti.

Ahora es a mí a quien le pican las lágrimas en los ojos. Los cierro un momento para hacerlas desaparecer y nos quedamos en silencio un rato, viendo las estrellas, uno junto al otro. Su cabeza rubia en mi hombro y sus brazos alrededor del mío.

Capítulo 45

Alexandra

–Quédate esta noche –me pide–. Solo para dormir.

Es un niño que tiene miedo de la oscuridad. De su propia oscuridad. Hago un gesto de asentimiento.

–Voy a ponerme el pijama, ¿vale?

Me cambio y voy a su habitación en plan furtivo. Él ya se ha acostado y casi parece sorprendido al verme. ¿Pensaba que no iba a venir?

–Hazme sitio.

Daniel se va hacia un lado de la cama y yo me acuesto con él y me refugio en su pecho. En mi hogar. Él me abraza como a un oso de peluche y llora. No derrama lágrimas, pero oigo el llanto de su alma.

–¿Estás bien, Dani?

–Sí –murmura, dándome un beso en la cabeza–. ¿Y tú?

–Yo te quiero.

–Y yo a ti. No volveré a dejarte marchar.

–No volveré a irme de tu lado.

Hay muchas formas de hacer el amor y esta es la nuestra. Esta noche nos quedamos abrazados. Ha pasado mucho tiempo desde que no nos abrazamos así. Años. Siento su cuerpo duro y cálido, su respiración. Le siento a él. Al rato el brazo que me rodea cae inerte. Se ha quedado dormido. Duerme en paz. Renunció a mí. Me dejó porque estaba a punto de cometer una insensatez. Y yo no lo vi. Era una niña herida y no lo vi. Me alejé. Me fui llorando sin mirar atrás, creyendo que no me quería cuando acababa de demostrar el amor más grande. Sofía intentó advertirme el día

de mi boda, pero yo no la escuché. Y me casé con otro cuando él me quería. No se lo dijo a nadie; mantuvo su farsa todo el tiempo.

Qué guapo está dormido. Tranquilo. Vulnerable. Me pregunto si sueña conmigo. Fue a París. Fue tan solo para verme. ¿Y si yo lo hubiera visto a él? ¿Me habría ido con Jean-Luc o habría flaqueado? Ya no lo sabré. ¿Cómo pude odiarlo? ¿Cómo pude no ver algo que ahora me resulta evidente? ¿Por qué no entendió que yo prefería andar a su lado que volar sin él?

Me despierta el sonido de un trueno. La luz de un relámpago hace que de pronto parezca que se ha hecho de día. Daniel está a mi lado, también despierto. Está cayendo una buena tormenta y el agua cae por los cristales en diminutos riachuelos. Se oye el sonido del aguacero.

–Está cayendo una buena –susurra Daniel.

–¿Qué hora es? –murmuro, aún medio dormida.

–Las cinco menos diez. Sigue durmiendo; es muy temprano.

Estoy en su cama. Arropada. Calentita. Sigue tronando. Daniel me da un beso y se levanta a ver la tormenta por la ventana. Yo me quedo en la cama y lo miro. Parece estar muy lejos de aquí. Me levanto y rodeo su cintura con los brazos, apoyando la cabeza en su espalda. Él pone sus manos sobre las mías. Miramos la lluvia caer con fuerza. Miramos los relámpagos, terribles y hermosos al mismo tiempo. Y de vez en cuando, un trueno hace que la noche se estremezca.

–Había pintadas en las paredes –dice Daniel en voz muy baja con la mirada perdida en la noche–. Cuando fui a recoger mis cosas había pintadas en las paredes. Lo típico. «Ni una más». Esas cosas... Mi padre dijo que seguramente era obra de algún pirado y que estarían de antes del juicio de apelación, que no me preocupara. Pero me afectó... Y al terminar de empaquetar mis cosas... Fui a la panadería. A la panadería de siempre... A por unas barras de pan... Cuando entré había un par de clientas... Se... Se me quedaron mirando. Ellas y la dueña. Le pedí el pan y... –Traga saliva–. Me dijo que no vendía pan a maltratadores.

Me quedo helada. Pobre Daniel.

–¿Y qué hiciste? ¿No les dijiste que eras inocente?

Él niega con la cabeza.

–Me fui –contesta con la voz quebrada–. Podría haberles dicho muchas cosas. Pero no pude. Me fui.

No es justo. Fue injustamente acusado y condenado y después fue absuelto por un tribunal que lo declaró inocente de todos los cargos que se le imputaban. ¿Cómo pudo esa mujer...? Como si no hubiera tenido bastante. No sé qué decirle, cómo consolarle.

–Lo siento mucho, Dani –digo–. Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso.

Él se da la vuelta y me acaricia el rostro con suavidad.

–Si ha servido para que estés aquí, lo doy por bueno.

¿Cómo pude olvidar yo esa mirada, sus ojos oscuros? ¿Cómo olvidé su sonrisa? ¿Cómo olvidé al hombre dulce y al niño grande para enamorarme de un hombre celoso y controlador que terminó pegándose? ¿Cómo pude creer que era el mismo amor?

–¿Qué pasa, patito? –me pregunta en la penumbra de la habitación.

–No me di cuenta de que me querías, de que me echabas de tu lado para que yo...

Rompo a llorar y él me abraza.

–No llores –me dice con ternura–. Si lloras, mañana tendrás los ojos hinchados y parecerás una rana en vez de un patito.

Mi llanto de pronto se transforma en risa. Daniel me besa. Nos fundimos en un largo beso. La tormenta sigue azotando fuerte ahí afuera, pero ya no la oímos.

Nos despertamos temprano. Apenas son las siete de la mañana. La tormenta ha amainado y el sol se asoma tímidamente entre los nubarrones grises. Daniel está despeinado y una barba incipiente oscurece su mandíbula. Se estira como un gato perezoso y la desgastada camiseta con la que ha dormido se levanta, dejando al descubierto su ombligo y unos marcados músculos abdominales. Me complace ver que se sigue cuidando a pesar de todo. Voy a levantarme antes de que alguien descubra que he dormido con él, pero él me retiene en la cama.

–¿Adónde vas tan pronto? –pregunta.

–A ducharme. Y a vestirme.

—No hay prisa. Estás de vacaciones. Puedes remolonear en la cama todo lo que quieras.

—No quiero que tu abuela vea que me he colado en tu cuarto.

—Mi abuela estará encantada de saber que te has colado en mi cuarto. Y en mi cama. En el fondo es muy moderna.

—No sé yo...

—Cinco minutos. Estás muy guapa cuando te despiertas. Tan guapa como lo recordaba. O más.

—Cinco minutos.

—Vale.

Daniel me abraza. Juega con mi pelo. Se está bien a su lado y se me olvida la prisa que tenía por que nadie me viera salir de su habitación. Veinte minutos más tarde voy corriendo al baño, mirando antes de salir que no haya nadie por el pasillo. Cuando salgo de mi habitación vestida y peinada, él sale del cuarto de baño recién duchado con una toalla por la cintura por único atuendo. Vaya. Me dan ideas de quitarle la toalla y sacar partido de semejante anatomía.

—Joder, patito, qué rápido te has vestido —dice en tono quejumbroso.

Me besa antes de que tenga tiempo de decir nada. Tiene la piel fresca de la ducha y su pelo aún gotea. Hay deseo contenido en sus ojos, pero, como yo, se tiene que aguantar.

—Voy a vestirme, que si no voy a necesitar otra ducha con el agua bien fría y no me apetece —bromea.

En la cocina aguarda el sempiterno bizcocho de la abuela. Daniel dice que es mágico y cuando se acaba vuelve a surgir de sus migas como el ave fénix de la repostería. Elvira le da una colleja bien dada por reírse de su bizcocho.

—No vayas hoy a la huerta, sobrino, que yo ya estoy bien y me las arreglo —le dice Justo a Daniel cuando ya hemos terminado de desayunar—. Quédate con Alex y os dais una vuelta por ahí.

—Puedo ir a la huerta yo también —propongo. No quiero que mi presencia altere su día a día.

—Sí, hombre, lo que faltaba...

—¿Seguro que no quieres que vaya, tío? —interviene Daniel—. Después del chaparrón de anoche igual hay que...

—Que no vayas a la huerta te digo —le interrumpe Justo, perdiendo la paciencia—. ¿Qué os habéis pensado, que estoy inválido?

—Vale, vale —claudica Daniel, mostrando las palmas de sus manos en plan conciliador.

No vamos a la huerta, pero sacamos a Cosme del establo y recogemos los huevos que han puesto las gallinas, que corretean a sus anchas por el campo. Estamos juntos hasta que a Daniel le llega la hora de ir a ayudar a Lola al economato. Solo será un rato, me dice. Yo quiero colaborar en los quehaceres de la casa, pero ni la abuela ni Lourdes me dejan.

—Le ha cambiado la cara desde que has llegado —me dice Lourdes, refiriéndose a Daniel—. Hacemos como que no lo vemos, pero a veces se le ve tan apagado... Vaya trago que tuvo que pasar, y eso que parece que en el pueblo está de otra manera.

—La muy puta esa... —masculla la abuela.

Daniel, aconsejado por Liam y su propia familia, acabó denunciándola por falsa acusación. Al principio no quiso. Quería olvidar los juicios y las denuncias. Quería olvidar para siempre que había conocido a Virginia. «Se irá de rositas si no la denuncias», le dijo Liam. «Que se haya demostrado tu inocencia no implica que ella vaya a pagar por lo que te hizo». Pero Daniel, hundido, dijo que no quería venganza. «No es venganza, hijo. Es justicia. Falso testimonio con resultado de condena. ¿Te parece poco?». Daniel me lo contó por teléfono, sin saber qué hacer. Yo no supe qué decirle, aunque quería que Virginia pagara por el daño que le había hecho. Por el sufrimiento que nos había causado a todos. Pero le entendía cuando decía que solo quería olvidar y que quedara atrás. Fue Sofía quien inclinó la balanza. «¿Tú has pensado en que denunciando podrías evitar que a otro le pasara lo mismo que a ti? ¿Has pensado en el daño que hacen estas anormales a las mujeres que denuncian una agresión de verdad?». Y denunció. Virginia tuvo que pagarle una indemnización por daños y perjuicios y prestar servicios sociales. Con ese dinero, Daniel saldó la deuda que estaba empeñado en decir que tenía conmigo.

Sofía viene corriendo a darme un abrazo. La familia de Daniel ha llegado para pasar unos días de vacaciones en agosto y después él y yo nos iremos con ellos a Madrid. Marcos también ha venido. Vienen en dos coches para

que luego podamos volver los seis. He visto a Sofía en Madrid cuando he estado en casa antes de venir a Asturias y estaba preocupada porque su hermano había decidido «enterrarse» en el pueblo. Ahora lo abraza con fuerza, contenta de verlo con más peso, más moreno y la sonrisa fácil de siempre.

Vamos a pasar el día a Gijón, vamos a la playa, al monte. Comemos bizcocho y todos ríen cuando digo que mi dieta no me permite comer los guisos de la abuela y ella refunfuña y me llama «flaca».

–Si engorda, su *partenaire* no podrá levantarla por los aires –me defiende Sofía.

–Pues que coma más –replica la abuela.

Cuando volvemos a Madrid es para despedirnos. Para mí es lo de todos los años por estas fechas, pero Daniel se va definitivamente. A sus padres y a Sofía les entristece que se marche. No va a ser lo mismo sin él. Pero al mismo tiempo se alegran por él, por nosotros. Daniel hace las maletas. No se lleva muchas cosas: ropa, calzado y poco más. Y el King Kong que le regalé.

Ha escrito a Gerardo para decirle que se va a París conmigo. Gerardo aún está en la cárcel y se escriben de vez en cuando. Se cuentan cómo les va, aunque Gerardo no tiene gran cosa que contar. Sin embargo, en sus cartas se desprende que le complace que le vaya bien a quien fue su amigo y compañero durante unas semanas. En su última carta me envía recuerdos y dice que espera conocerme algún día. Daniel dice que me caerá bien. Se le ve ilusionado con la nueva vida que va a comenzar. Y también yo lo estoy. Una vida a su lado. ¿Qué más puedo pedir?

Marie y Maggie lo reciben con calor. Se acomodará en casa hasta que encontremos un apartamento en el que vivir. De momento, deja sus cosas en mi habitación y decidimos dormir en el sofá cama de la sala porque mi cama es demasiado pequeña para los dos. Vuelve a pelearse con el francés. Lo tenía oxidado y ahora le cuesta un poco más. Maggie le da la razón cuando despotrica porque no sabe cómo decir algo o cuando la pronunciación se le resiste.

–Es este condenado idioma –gruñe ella en inglés–. No hay forma de aprenderlo.

—Me apunto a la escuela de idiomas —decide Daniel—. O a una academia o algo.

Así que hace una prueba de nivel e ingresa en la escuela de idiomas. Recuerda más cosas de las que pensaba, así que le ponen en un nivel medio-bajo. Daniel promete estudiar para aprender a hablar francés como es debido. Marie y yo nos proponemos ayudarlo en lo que podamos. Maggie también, aunque esta no se muestra tan entusiasta. Maggie va a clases de español. Le ha entrado curiosidad por nuestro idioma y está aprendiendo con Daniel un montón de vocabulario que no debería. Van los dos juntos por las mañanas. Mientras Marie y yo ensayamos, ellos están en clase.

Daniel busca trabajo, incansable. Le han cogido en un restaurante para lavar platos. Fregar no es el sueño de nadie, pero él quiere sentirse útil y ganar su propio dinero, aunque no sea mucho. Mientras tanto, buscamos piso por París. Queremos uno que nos guste a los dos, uno que tenga luz y que sea cómodo y acogedor. Daniel se queja de que los alquileres están por la estratosfera y yo le digo que solo hay que tener paciencia. Encontraremos algo.

Le ayudo con los deberes. Quiere aprender. Ahora ya no viene de visita; ahora vive en Francia y saber el idioma le abrirá puertas a la hora de encontrar empleo. Pone empeño. Hace los ejercicios y lee libros en francés. Su desparpajo natural hace que se lance a hablar aunque sea mal. Estoy de pie a su lado, corrigiéndole unos verbos que ha puesto mal, pero no me presta mucha atención. Sus manos se han colado por debajo de mi falda.

—Dani, las manos quietas —protesto.

—¿No podemos hacer un descansito?

—No. Cuando acabes los ejercicios.

—Pero si yo quería seguir con el francés.

—Ese francés no.

—Venga, Alex, que estamos solos. Que para un rato que estamos solos...

Es difícil tener intimidad compartiendo piso, ahí tiene razón.

—Primero los ejercicios —digo.

—No voy a poder hacerlos. Se me ha ido la sangre del cerebro para otro sitio.

—Para el sitio de siempre, claro —le espeto, haciéndome la enfadada.

—Coño, patito, que eres peor que la señorita Rottenmeier.

Me inclino sobre él para susurrarle al oído en plan sugerente.

–Si haces bien los ejercicios a lo mejor tienes un premio.

–¿Vas a hacer tortilla de patata?

Me hace reír y él ríe también, relajado. Rodeo su cuello con los brazos y le beso en la mejilla. Él coge mis manos. Solo ahora que vuelvo a tenerle me doy cuenta de lo vacía que estaba mi vida sin él.

Capítulo 46

Daniel

Al final Alexandra no solo puso la tortilla de patata para todos, sino que me llevó a su habitación y me hizo ver que hacer bien los ejercicios de clase había merecido la pena. Así cualquiera se aplica a fondo. Estoy a gusto compartiendo piso con Maggie y Marie, pero anheló vivir solo con Alexandra, poder hacer el amor con ella en cualquier lugar, a cualquier hora sin preocuparnos porque nos vean, porque nos oigan. Quiero poder desnudarla, acariciarla, tocarla o simplemente decirle cosas bonitas, besarla. Y quiero poder ir en pelotas por casa si me apetece. No es que las chicas se vayan a escandalizar, pero no es decoroso. Y también ellas estarán más cómodas sin mí en la casa.

Estoy pensando en probar suerte como modelo de fotografía en París. ¿Por qué no? No tengo que hablar. Lo de las despedidas de soltera lo veo más difícil y del *striptease* mejor no hablar. Y a lo mejor puedo presentarme a bombero. Me dan un poco de miedo las pruebas escritas debido a mi nivel de francés, pero todo es probar. Tal pueda ser voluntario. Me había planteado hacerlo en España, ¿por qué no en Francia? No quiero estar lavando platos toda la vida.

Maggie entra en casa como un elefante en una cacharrería, cargada con sus bártulos de diseño y algunas bolsas con compras. Viene hablando por teléfono en un francés no mucho mejor que el mío después de todo el tiempo que lleva viviendo en París. Sonríe al verme y me saluda con una mano.

—Luego te llamo —le dice en francés a su interlocutor, y cuelga sin ceremonias—. Tengo un trabajo para ti —me dice—. Un amigo mío necesita un

modelo para el próximo desfile y le he hablado de ti. No pagan mucho; unos cien euros, pero he pensado que podría interesarte.

—Yo por cien euros como si tengo que desfilas con modelitos del Victoria's Secret —contesto— ¿Dónde hay que firmar?

—Primero tienes que hacer una prueba.

—Vale. ¿Y no puedo desfilas para ti?

—Yo diseño ropa de mujer.

—Es algo a tener en cuenta, sí.

—Aunque como te veo dispuesto a desfilas con modelitos del Victoria's Secret lo pensaré.

Maggie se va abriendo paso como diseñadora. Hay tiendas en las que venden sus creaciones y alguna que otra actriz ha llevado un vestido suyo. Una amiga del ex de Alexandra, si no recuerdo mal. Seguro que en poco tiempo estará al nivel de los más grandes.

El amigo de Maggie, Remi —como la rata de *Ratatouille*—, corresponde al estereotipo de diseñador locaza con mucha pluma y una buena dosis de estrés, lo cual supongo que es normal debido a los nervios por el próximo acontecimiento. Lo primero que hace es mirarme de arriba abajo y decir «¡Oh, qué grande!». Me han llamado cosas peores, así que no digo nada. Solo sonrío. Él parlotea continuamente a toda velocidad y no entiendo casi nada de lo que dice, pero creo que es mejor así. Prefiero no saber todo lo que dice. Afortunadamente, Maggie ya le ha hablado de mí, así que Remi no indaga mucho más. Sabe que no tengo experiencia como modelo de pasarela pero sí como modelo de fotografía y estoy acostumbrado a que me miren, así que... Maggie añade innecesariamente que tengo una vena exhibicionista y le dice que he trabajado de *stripper* en un club y en despedidas de soltera. La loca oficial del certamen me mira con renovado interés.

—¡Estupendo! —exclama dando palmaditas—. Así se quitará la chaqueta con estilo. A ver, camina un poco, como si desfilaras.

Obedezco sin rechistar bajo la mirada de Remi y de Maggie, que se está divirtiendo lo suyo con la situación. Voy para allá, me paro y me doy la vuelta como si lo hubiera hecho toda la vida.

–*Oh, là, là! Très bien!* –dice Remi, y a continuación suelta una parrafada en francés de la que solo pillo cosas sueltas. Hace aspavientos con las manos. Expresivo lo es un rato, pero no sé si me está alabando o poniendo verde.

–Es español, Remi, ha llegado hace poco y está aprendiendo francés –le frena Maggie, compadeciéndose–. Háblale más despacio.

–Su francés es tan malo como el tuyo –refunfuña él, poniendo los brazos en jarras y un gesto de exasperación.

–De eso nada. Es aún peor –contesta ella–. Dice que hay cosas que pulir, pero la base la tienes –añade, dirigiéndose a mí–. Y tu estilo no está nada mal para ser la primera vez.

–¿Voy a tener que andar con libros en la cabeza? –pregunto.

–No le des ideas, que este es capaz de hacerte andar con toda la enciclopedia –me aconseja Maggie.

–Basta de cháchara –nos corta Remi–. Ven a probarte la ropa. No tenemos tiempo que perder.

Maggie se marcha a sus cosas con pena de no poder quedarse a ver el espectáculo y me deja con el manojo de nervios de Remi, que me lleva a un cuarto con montones de ropa puestas en diversos percheros con ruedas y comienza a pasarme prendas.

–Pruébate esto. Y esto. Y esto...

No es mi estilo, Claro, que yo solo pongo la percha, así que no hago comentarios porque si digo algo, Remi se pondrá más histérico de lo que ya está. Aunque no sé si eso es posible, pero no quiero arriesgarme. Me quito la ropa que llevo puesta y me pongo el traje que me ha pasado. No puedo abotonar la camisa a la altura del pecho.

–¡Iiiiiih, no te cierra la camisa! –dice Remi al borde del infarto.

–¿Y qué culpa tengo yo de que hagas la ropa estrecha? –replico.

–¡No es estrecha! Tú eres ancho. ¡Y no discutas, que me pones nervioso!

–Pero si yo no...

–¡Que no discutas!

–Vale, vale. Ya me callo.

Que le pongo nervioso, dice. Yo. Si para eso se las apaña solito. Está nervioso desde que he llegado. De esta o nos hacemos amigos o nos liamos a hostia limpia. De momento la reina del desfile parece a punto de estrangularme.

—¿Y si le das un aire informal? —propongo.

—¡Es un traje! ¿Qué aire informal le voy a dar, eh?

—¡Y yo qué sé! Puedo llevar la camisa sin atar.

Su ceño se acentúa. Vaya. Está muy cómico. Como un dibujo animado enfurruñado. Reprimo una sonrisa, pero se da cuenta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me espeta.

—Te van a salir arrugas.

Me fulmina echando purpurina por los ojos, ofendidísimo, pero deja de fruncir el ceño. Lo suyo le cuesta.

—¿No tienes otra talla? —pregunto.

—¡No! ¡No tengo otra talla! ¿Qué te crees que es esto? ¿Lafayette?

No, está claro que no estamos en *Galleries Lafayette*. Esto parece más bien un trastero. Pero no digo nada, que bastante alterado está él ya. Y, además, seguro que se lo toma a mal.

—¿Y no hay otro modelo que pueda ponerse esta camisa? —sugiero.

—Sí, pero... No. Cállate un rato y déjame pensar.

Remi se queda en plan circunspecto, estrujándose la sesera para dar con una solución. Como no tenga un sistema para engrandecer tejidos lo lleva claro. No hay bastante tela y de donde no hay no se puede sacar.

—¿Te da de la barriga? —me pregunta de pronto.

—Eh, ¿qué barriga?

—¡Ya me has entendido!

—Joder, qué estrés... —murmuro empezando a atarme los botones. Lo he dicho en castellano, pero lo del estrés lo ha entendido.

—¿Tú estás estresado? ¿*Tú*? Perdona, *yo* estoy estresado.

—Ni cuenta me había dado.

Se queda lívido. Le va a dar un parraque en cualquier momento. Entonces ve que el problema es solo por la parte del pecho y parece relajarse un poco. La chaqueta del traje es amplia y cómoda y me queda bien. Bueno, más o menos.

—Oh, vaya... A ver, hagamos una prueba... Vete hacia allá. En el momento en que te pares a posar te quitas la chaqueta. Pero con estilo; no se te ocurra quitártela como si estuvieras haciendo un *striptease* de los tuyos. Y luego te la echas al hombro y vuelves para acá. ¿Está claro?

—Como el agua.

Obedezco sus indicaciones. Espero una explosión histérica, pero Remi parece satisfecho. Me sigo probando la ropa creada por él, que ya no da problemas y el peligro de que le dé un soponcio parece ir remitiendo. Mejor, que no quiero tener cargos de conciencia. Cuando Maggie llega a ver cómo nos va, Remi ha dejado a su Mr. Hyde a un lado y se le ve contento, optimista. Está convencido de que el desfile va a ser un éxito. Yo, que llevo una boa de plumas rosas alrededor del cuello y un sombrero que se ha empeñado en que me ponga, no estoy tan seguro, pero bueno... Cualquiera dice nada.

Alexandra no puede ir a ver el desfile. Me habría gustado que fuera, pero cae sábado y ese día tiene que bailar. Yo le he cambiado el turno a un compañero en el restaurante para poder ir. Maggie dice que a Remi le he causado una buena impresión. Quién lo habría dicho al principio... Alexandra dice que me ve feliz. Es que lo estoy. La quiero y todo lo que hemos pasado ya no importa. A partir de ahora todo irá bien. Está aquí, acurrucada contra mí con los pies doloridos después de haber bailado. He llegado tarde del trabajo y las chicas estaban ya en la cama. Alexandra estaba despierta, esperándome leyendo un libro que ha dejado a un lado cuando he entrado. Nos hemos besado. Hemos intercambiado caricias y besos. Nada más porque los dos estamos agotados. Ella ha metido las manos bajo mi camiseta y las tengo contra mi piel. Y yo la refugio entre mis brazos y la respiro. Es tan bonita... Tan, tan bonita...

Yo me estreno como modelo y Maggie estrena colección. Los que la pusieron a caldo en su primer desfile deben de estar arrepintiéndose de todo lo que dijeron de ella y de haberle deparado un futuro tan negro. Que se jodan. Sus vestidos son muy bonitos. Alegres y a la vez elegantes. Tiene alguno que otro con un diseño más atrevido, pero no deja de ser bonito. Alexandra se ha comprado al menos un par. Maggie le hace descuento de amiga. Alexandra no quería que se lo hiciera, pero en una competición de cabezotas gana Maggie de lejos, y no es porque Alexandra no sea cabezota tan chiquitina. Pero la escocesa juega en otra división.

Me lo paso bien poniéndome ropa en vez que quitándomela. Ninguno de nosotros somos modelos profesionales y ninguno de los diseñadores tiene gran renombre, aunque algunos –como Maggie– comienzan a destacar. El local está lleno de ojos buscando talento, algo que les guste y puedan vender. Cuando el desfile llega a su fin, Remi me da las gracias y me pregunta si puede contar conmigo para otra ocasión. ¡Pues claro! Está como una cabra, pero me ha terminado cayendo bien.

Seguimos buscando piso. Unos están muy lejos de todo. Otros son muy caros. Otros son muy oscuros. Otros son como cajas de cerillas. Y yo no quiero que lo pague todo ella. Asumo que Alexandra gana más que yo. Mucho más que yo. Una pasada más que yo, pero eso no quiere decir que yo no vaya a contribuir en los gastos de alquiler y demás. Y ella no quiere nada ostentoso ni demasiado grande. Ya conoció el lujo y no le gustó. Solo quiere un hogar cómodo. Miramos anuncios y fotos por internet, pero no encontramos nada para nosotros.

–Encontraremos algo –asegura Alexandra cada vez que yo me agobio.

–Es que estoy de okupa.

–Claro que no. Marie y Maggie te quieren.

–¿Y tú?

–Yo más que nadie.

Entonces me besa y se me pasa el agobio. Soy así de simple. Así que hoy estoy de nuevo despatarrado en el sofá mirando pisos. He hecho las tareas porque las chicas no están. Marie y Alexandra están ensayando. Se pasan el día bailando, como Alaska. Y Maggie ha salido hace un rato. Ha dicho que necesitaba no sé qué telas y ha salido con un portazo rotundo. Las fotos de las casas son las de siempre. Lujo, lujo, cuchitril... Hasta que veo una que debe de ser nueva. Tiene una salita luminosa, con cortinas blancas y muebles bonitos, dos dormitorios que no pintan mal, un baño y una cocina de tamaño aceptable. Y lo que más me gusta es que tiene un pequeño balcón. A Alexandra le va a encantar eso de abrir las puertas y poder salir a la calle sin salir de su casa. Seguro que pondría plantas y saldría a que le diera un poco el sol. El precio del alquiler es asequible. Tirando a alto, pero asequible. No espero a que vuelva para comentárselo. Si luego no le gusta, con decir que no nos interesa... Llamo al teléfono de contacto y me dan cita

para esa misma tarde. Bien porque los dos libramos, así que la ocasión la pintan calva. Le mando a Alexandra un WhatsApp para ponerla al corriente antes de que llegue a casa y luego ya hablaremos.

—¿Y esa cara? Pareces contento —me dice Maggie cuando regresa.

—Creo que tenemos casa —contesto.

Le enseño las fotos. A Maggie le parece muy bonita. Claro que las fotos podrían estar retocadas y llevar a engaño, pero saldremos de dudas esta misma tarde.

—¿Crees que le gustará a Alex? —le pregunto a Maggie con esa sombra de duda que solemos tener los hombres ante los gustos de las mujeres.

—¡Claro que sí! Está cerca de aquí y no tendrá que cruzar medio París para llegar al Palais Garnier. Y además, parece acogedora. Y tiene mucha luz.

—Y un balcón.

—Le va a encantar.

Alexandra y Marie nos encuentran de confianzas en el sofá mientras hacemos los deberes de clase. Ella los de español y yo los de francés.

—Mira qué aplicados están —dice Marie, burlona—. Parecen formales y todo.

Alexandra se inclina sobre mí y me besa.

—¿Qué es eso del piso que has encontrado? —pregunta.

Se lo cuento, haciéndola sentarse a mi lado para enseñarle las fotos que antes le he enseñado a Maggie. Marie se sienta a mi otro lado para verlas también. A las dos les gusta. Es una buena señal.

Alexandra y yo llegamos a la hora acordada. La dueña del piso, que se presenta como Violette, nos lo enseña al tiempo que nos da explicaciones de una cosa y otra. Es un quinto con ascensor y, tal como se veía en las fotos, es coqueto y luminoso. Los muebles están en buen estado, el dormitorio principal es amplio y la cocina, espaciosa. El cuarto de baño es más bien pequeño, pero para lo que vamos a hacer en él... La buena señora parece impresionada al saber que Alexandra es primera bailarina en la Ópera de París y no tan impresionada al saber que yo trabajo fregando en un restaurante. Si esa diferencia le llama la atención, no da muestras de ello. Es amable y nos atiende con agrado. Los anteriores inquilinos se han mudado.

También era una pareja joven, como nosotros. Alexandra pregunta si puede salir al balcón.

—Por supuesto, querida —le dice Violette.

Alexandra abre las puertas y sale como una Julieta ansiosa por ver París desde allí dejando a su Romeo en la sala.

—Mira, Dani, sal —me apremia.

Al salir, veo que no está nada mal. Es un lugar abierto y no hay un edificio justo enfrente. Hay una carretera y al otro lado, un parque. Violette nos dice que a esta hora ya no, pero que da el sol durante toda la mañana, inundando de luz la sala. El barrio es tranquilo y los vecinos también. Nos quedamos hablando a solas. Violette nos ha dejado un rato para que decidamos sin estar ella presente.

—¿Qué te parece, Dani? —pregunta Alexandra en voz baja.

—A mí me gusta. ¿Y a ti?

—Me encanta. ¿Has visto la claridad que hay en la sala? Y la cocina está muy bien. Y el dormitorio. Hay armarios empotrados y una habitación de invitados. Y un balcón. Y la escalera no es tétrica.

—¿Te has fijado en la escalera?

—Y en el portal. El cuartito ese que hay en la cocina para colgar la ropa está genial.

—Y la cama parece resistente —añado.

—¡Dani! Que estamos hablando en serio —me regaña. Pero sonrío.

Nos la quedamos. Ya tenemos un lugar en el que vivir.

Capítulo 47

Alexandra

Tenemos casa. Vamos llevando nuestras cosas para instalarnos cuanto antes. A Marie y Maggie les da pena que nos mudemos, pero es lo propio. Ellas estarán más cómodas sin un hombre en casa y nosotros tendremos mayor intimidad. Aun así, las vamos a echar de menos.

—Venga, que no es para tanto —dice Maggie cuando me ve apenada por marcharme—. Peor fue cuando te fuiste con el innombrable.

Es como Voldemort. Nadie pronuncia su nombre. Su popularidad cayó en picado después de saberse el motivo de nuestro divorcio. No he sabido nada más de él. No quiero saber nada.

Hacemos una fiesta en nuestro pisito en plan tranquilo. Vienen las chicas, Gaspard y los compañeros de ballet con los que tengo más afinidad. También viene Remi, que resulta que se lleva fenomenal con Daniel. Uno habla sin parar y el otro no se calla. Y vienen un par de compañeros de trabajo de Daniel a los que aún no conocía. Ponemos música, bailamos y tenemos picoteo. Mi apañado chico ha hecho un par de bizcochos que la gente está devorando. La abuela le enseñó a hacerlos y parece que él piensa mantener la tradición familiar. La verdad es que le quedan muy ricos. No han quedado ni las migas.

Poco a poco nuestros invitados se van marchando y solo quedamos nosotros, que recogemos los platos y demás.

—¿No irás a ponerte a fregar ahora? —pregunta Daniel al ver que cojo el delantal.

—Son cuatro platos. No tardaré nada y así estará hecho para mañana.

—Mañana puedo hacerlo yo. Tengo turno de tarde. Y, además, ¿para qué queremos el lavavajillas si no es para que lave la vajilla?

Me quita el delantal de las manos y lo deja sobre el respaldo de la silla que tiene más cerca para seguidamente cogerme de la cintura y atraerme hacia él.

—Es que yo había pensado en hacer algo más divertido —dice, comenzando a soltar los botones de mi blusa. Me mira como un león hambriento miraría a su presa—. Para inaugurar la casa.

—La inauguramos ayer. Y anteayer.

—Pues no hay dos sin tres.

Me besa y me pone las manos en el culo. Yo tiro de su camiseta hacia arriba, pero es alto y nunca se la puedo sacar por la cabeza si está de pie. Él me ayuda gustoso sin perder tiempo y en un abrir y cerrar de ojos la camiseta está en el suelo de la cocina. Me encanta el cuerpo de Daniel. Duro, esculpido, cálido... Bajo por sus pectorales hasta su abdomen, hasta el botón de sus vaqueros. Se lo suelto.

—Claro que si prefieres fregar... —dice terminando de desabotonarme la blusa.

—¿Tú no estabas pensando en ir de voluntario al cuerpo de bomberos? —le pregunto mirándolo mientras bajo la cremallera de sus pantalones. Ahora soy yo quien está pensando en comérselo entero.

—Ajá.

—Podrías empezar a practicar apagando fuegos con esta manguera.

Rozo el miembro que comienza a despertar bajo la tela de los calzoncillos. Daniel aspira aire de golpe y luego sonrío.

—¿Y dónde está el fuego ese que hay que apagar? —pregunta con voz ronca, acariciando mis brazos. La piel se me eriza al contacto de sus dedos.

—Ya lo irás viendo.

Vuelve a besarme con ardor. Le devuelvo el beso. Siento cómo mi piel se humedece, se calienta. Siento cómo mi vientre y todo mi cuerpo lo reclama.

—Ahora sí que vas a bailar, patito.

Me alza en sus brazos sin esfuerzo alguno y me deja en la mesa de la cocina. Nos arrancamos las prendas que nos quedan puestas y hacemos el amor allí mismo. Me penetra con fuerza, me vuelve loca. Solo puedo sentirle y dejarme llevar hasta llegar al placer más intenso. Tan inhumano

que desfallezco entre sus brazos, con él entre mis piernas, los dos sudorosos y jadeando.

—¿Se ha extinguido el fuego? —pregunta.

Asiento y río. Nos besamos. Sus labios son sensuales, húmedos. El beso es corto. Necesitamos aire. Daniel me acaricia el pelo. Me besa la cabeza. Me dice que me quiere una y otra vez. Y yo lo beso. Lo acaricio. Lo amo. Lo amo, lo amo.

Se ha quedado dormido con el culo al aire. Literalmente. Yo me he puesto un pijama, pero él se ha acostado desnudo, boca abajo y sin arropar. Duerme apaciblemente, agotado, satisfecho. Tiene el pelo revuelto y los labios entreabiertos. Resulta erótico y tierno al mismo tiempo. Contemplo su desnudez como una voyeur cualquiera. Es bello. Es como si un ángel hubiera caído en mi cama. Mi ángel. Quisiera acariciarlo, pero tengo miedo a despertarlo, así que solo lo miro. Sus músculos definidos, su piel morena, sus lunares. La nariz ligeramente aguileña y las pestañas oscuras, espesas. Las nalgas redondas y firmes y las fuertes piernas, salpicadas de suave vello. Mi amor. Mi niño grande. Finalmente lo arropo para que no se enfríe. Él no se inmuta siquiera en su profundo sueño. Duerme, cariño. Duerme y sueña conmigo.

Daniel está decidido a entrar de voluntario en el cuerpo de bomberos, al menos mientras pueda compatibilizarlo con el trabajo. No tendría sueldo como tal, pero sí que les pagan por hora trabajada, que siempre viene bien. Y tal vez más adelante, si ve que tiene aptitudes para ello, pueda ser bombero profesional. Estoy orgullosa de él. Su francés ha mejorado mucho y también quiere presentarse a los exámenes que acrediten su nivel. Gracias a ello, le han ascendido a camarero en el restaurante en el que trabaja. Con el desparpajo y la verborrea que tiene o su jefe queda encantado o le echan.

A Sofía la han hecho fija en la Agencia Espacial Europea. Nos llama exultante por Skype para decírnoslo a toda prisa, con gritos de alegría y emoción descontrolada. Ha trabajado mucho para ello y al fin lo ha logrado. También Marcos va por buen camino en su empresa. Sofía quiere saber si iremos en verano a pasar unos días a Madrid. Lo intentaremos. Para el verano la temporada de ballet ha terminado, pero Daniel tiene que trabajar, aunque tal vez pueda cogerse unos días de vacaciones. La invitamos a venir

a París con Marcos y quedarse en casa. Ella se muestra entusiasmada y dice que vendrán cuando puedan hacer una escapada.

—Así podremos ver a Marie y Maggie —dice—. No las veo desde el día de tu boda.

Nada más decirlo, se da cuenta de que ha metido la pata. Daniel tuerce el gesto.

—Ay, perdón —murmura Sofía.

Daniel gruñe algo. Sofía le dice que lo extrañan. Hablan a menudo, pero notan su ausencia. Las Navidades pasadas no nos vimos. Mi familia está acostumbrada; no voy en Navidad desde que vivo en París debido a mi trabajo, pero esta ha sido la primera vez en la que ellos no están con Daniel. Él le dice que es feliz conmigo y Sofía lo mira con cariño desde la pantalla del ordenador.

—Llama a la abuela más a menudo —le dice.

—Lo haré.

—Y a mamá.

—Que sí, que sí. ¿Desde cuándo ejerces de hermana mayor?

—Yo siempre he sido mentalmente mayor que tú, lerdo —replica ella.

Siempre están igual, pero al final —y para sorpresa de la propia Sofía— Daniel se despide con un «te quiero, hermanita».

—A ti también te quiero —me dice cuando ya hemos terminado de hablar con Sofía.

—Lo sé.

Lo beso en la mejilla y acaricio su pelo negro como el carbón. El halo de tristeza con el que lo encontré en el pueblo se ha evaporado. No va a olvidarlo, pero se ha sobrepuesto. Lo pasó muy mal y yo no quiero que vuelva a sentirse así jamás. Haría que lo olvidara si pudiera.

—¿De verdad eres feliz, Dani? —le pregunto.

Me ha gustado oír que se lo decía a Sofía, pero sé que echa de menos a su familia, como yo a la mía, y que trabajar de camarero no es el sueño de su vida. Y se queda solo en París cuando yo estoy de gira con la compañía.

—¡Qué pregunta! —dice riendo—. Soy muy feliz, patito. Sería feliz en cualquier lado si estoy contigo.

Daniel ha recibido por mensajería el *book* con sus fotos. Se lo ha pedido a su familia hace unos días. No se lo había traído y, aunque le dije que probara suerte como modelo en París, no terminaba de decidirse. Pero después de haber desfilado para Remi parece haberse animado.

—¿Sabes lo que te digo? Voy a lanzarme —me dice Daniel, decidido, abriendo el paquete—. ¿Qué coño, por qué no? Lo mismo me llaman de algún sitio. Si no lo intento, no lo sabré.

Este es mi chico. Busca direcciones de agencias y se organiza para visitarlas. Verse más suelto con el francés también le ha dado más confianza en sí mismo a la hora de abrirse al mercado. Y allá que va con el *book* bajo el brazo. Me da un rápido beso y me pide que le desee suerte. Toda la del mundo.

—Espero que vengas con buenas noticias —le digo.

Yo no tengo grandes planes para esta tarde; solo descansar antes del ensayo y la función de mañana, leer tirada en el sofá y tal vez ver alguna película mientras espero su regreso. Tiene turno de noche en el restaurante, así que no creo que llegue tarde. No hace ni un cuarto de hora que se ha marchado cuando suena el timbre. Daniel no puede ser porque tiene llaves. Debe de ser algún vecino. Me quedo helada cuando al abrir la puerta sin siquiera mirar quién es me encuentro a Jean-Luc en el umbral. Mi primer impulso es cerrarle la puerta en las narices.

—Espera, Alexandra, solo quiero hablar —me dice, sujetando la puerta que ya estoy cerrando.

—Vete, Jean-Luc. Y no vuelvas —contesto con frialdad.

—No seas terca; solo quiero hablar contigo —insiste.

Antes de que pueda hacer nada entra en casa y cierra la puerta. Esto no me gusta nada.

—Sal de mi casa —le ordeno.

—Lo siento. Lamento lo que te hice. Lo lamento de veras. Fui un miserable. Créeme que lo siento, Alexandra.

—Vale, ya te has disculpado. Ahora vete.

—Te sigo queriendo. Por favor, Alexandra... Vuelve conmigo. Dame una oportunidad.

—No, Jean-Luc. Ya tuviste una oportunidad.

—Estás con él, ¿verdad?

—¿Cómo me has encontrado?

—Te seguí. Te seguí desde el Palais Garnier. Quería hablar contigo, pero has bloqueado mi número y...

—¿Y te sorprende? Vete ahora mismo o llamaré a la policía.

Entonces, inesperadamente, me aferra el brazo como solía hacer y el hombre suplicante se vuelve agresivo.

—Sé que estás con él. Le he visto salir.

Forcejeo para que me suelte, pero él me sujeta con mano de hierro.

—¡Maldita sea, Alexandra, solo quiero hablar contigo! —me grita, sacudiéndome.

Consigo soltarme y corro hacia el teléfono. Tengo que llamar a la policía. Pero siento un fuerte tirón en el pelo que me detiene. Grito, pero no sirve de nada. Y entonces me da un brutal golpe en la cara que me hace trastabillar.

—¡Puta desagradecida!

Comienza a golpearme y no puedo defenderme por más que lo intento. Me pega, me grita, me llama puta. Se vuelve loco. Cuando caigo me da una patada en el vientre que hace que me encoja de dolor. Me deja sin respiración.

—¡Me has arruinado la vida, zorra!

Sigue dándome patadas. Grito y lloro de dolor. Me pega puñetazos en la cara que me dejan aturdida, casi sin sentido. Va a matarme. Tengo la certeza de que va a matarme. Me agarra del cuello y me estrangula.

—Solo te estaba pidiendo una oportunidad. Por las buenas, Alexandra —me dice mientras lucho por coger aire—. ¡Solo quería que me escucharas! Pero no, tú prefieres estar con ese muerto de hambre. ¡Putá!

Vuelve a darme un puñetazo en la cara. Toso y boqueo. Daniel... Mamá... No voy a verlos más... Suplico por mi vida, pero me duele tanto que apenas puedo hablar. Tengo la boca y la nariz llenas de sangre y me duele mucho el estómago. Y entonces para. Se va. No puedo moverme. No puedo. Me duele mucho. Intento arrastrarme hacia el teléfono para pedir ayuda cuando de pronto, un dolor atroz me recorre la rodilla y oigo un grito desgarrador. Soy yo. Jean-Luc me golpea las piernas, las rodillas con algo duro. Cada vez que lo hace me recorre un estallido de dolor y grito de agonía. No volveré a bailar. Si salgo de esta, no volveré a bailar.

Capítulo 48

Daniel

Mierda. Ha empezado a llover y no tengo paraguas. Por mí no importa, pero la carpeta con las fotos me va a quedar hecha un guiñapo. Joder, qué asco. Vaya una puta mierda. Justo me remango a comenzar mi andadura por las agencias parisinas y se pone a llover. En fin... Tendré que dejarlo para mañana. Menos mal que no me he alejado mucho. Protejo la carpeta como puedo y regreso a casa. Mañana será otro día y pienso coger paraguas y hasta gabardina si hace falta.

Ya que estoy en la calle, paro a comprar algo de fruta y salmón de ese ahumado que a Alexandra le gusta tanto. Y de paso compro unos *macarons*. A mí me pirran y a ella no va a pasarle nada porque coma dos o tres o los que sean. Hay que endulzarse la vida de vez en cuando. Entro en casa deseando ver la cara que pone Alexandra cuando me vea llegar con todo este azúcar.

—Eh, Alex, adivina lo que...

Alexandra está tirada en el suelo, desmadejada y con sangre en la cara y Jean-Luc se alza amenazador sobre ella, empuñando esa horrorosa figura tribal que tenemos de adorno en la sala y que nunca nos acordamos de tirar a la basura.

—¡Hijo de puta!

Dejo caer las bolsas de la compra al suelo y me abalanzo sobre él, ciego de ira. Le golpeo con toda la fuerza de que soy capaz, pero el muy cabrón se defiende y yo también recibo unas cuantas hostias. Arrastramos muebles y caemos al suelo. Nos peleamos. Le doy unos cuantos puñetazos seguidos en la cara. Voy a hacerle una cara nueva. Voy a matarlo.

–¿Qué haces? ¿Qué haces? Déjalo ya.

Alguien tira de mí. Alguien me aparta de este hijo de puta.

–¡Déjalo! Vas a matarlo.

No me importa. Me zafo de los brazos que me sujetan. Es el vecino de al lado.

–Tranquilo. Tranquilo, hijo. Déjalo ya.

Y veo a Alexandra en el suelo. No se ha movido. La ha matado. El muy hijo de puta la ha matado. Voy dando tumbos hacia ella y caigo de rodillas a su lado.

–Alex... Alex...

Acaricio su carita amoratada y se me escapa un sollozo.

–Alex...

Toco su cuello con una mano temblorosa buscando sus latidos, temiendo no encontrarlos. Pero los encuentro. Está viva. Quiero cogerla en mis brazos y despertarla, pero el vecino me lo impide.

–¡No la muevas! –casi me grita. Lo miro irritado–. No la muevas –repite más suave–. Si tiene alguna lesión grave podrías empeorarlo. He llamado a una ambulancia. Está de camino.

Vuelvo a mirar a mi patito. Tiene unos feos moratones en el cuello. El muy hijo de puta la ha estrangulado. Si hubiera tardado un poco más... Jean-Luc se levanta del suelo. Estaba aturdido después de la tanda de hostias que le he metido, pero se ha recuperado.

–¿Adónde crees que vas? –le increpa el vecino, interponiéndose en su camino.

–Me largo de aquí, viejo.

–Tú no te vas a ninguna parte –replica él.

Jean-Luc lo mira con desprecio y lo aparta con brusquedad. Pretende largarse. Voy a levantarme para impedirselo, pero el vecino es más flemático que yo y nada más pasar Jean-Luc de largo, coge una silla y le arrea con ella en la cabeza. Jean-Luc se desploma inconsciente.

–Por mis cojones te vas a largar, hijo de puta –masculla.

En ese momento de la boca de Alexandra escapa un quejido. Está despertándose.

–Alex... Alex, estoy aquí. Ya ha pasado, cariño...

Ella se encoge sobre su estómago y suelta un gemido de dolor. Grita de dolor.

—Mis piernas... —solloza.

Y solo entonces se me ocurre mirar sus piernas. Tienen un aspecto horrible. La ha golpeado en las piernas con la puta figura de madera. Sus rodillas se han hinchado y han cogido un tono morado que no augura nada bueno.

—Te vas a poner bien —le digo en un intento por tranquilizarla—. Te pondrás bien.

Deja de moverse. Ha vuelto a perder el conocimiento. Se me viene el mundo encima.

—Le ha destrozado las piernas —murmuro. El vecino ha venido junto a mí y mira a Alexandra preocupado—. Ese hijo de puta le ha destrozado las piernas.

La ambulancia no tarda en llegar. Y tampoco la policía. Me apartan de Alexandra para atenderla y, aunque no quiero hacerlo, me voy de su lado. Yo solo seré un estorbo. Me hacen sentarme en una silla y me examina un enfermero. No me he dado cuenta, pero estoy sangrando de la nariz y creo que tengo un buen golpe en la cara. Y los nudillos magullados de haber pegado a ese cabrón indeseable. No hago más que preguntar cómo está Alexandra, pero el enfermero solo me dice que está bien atendida, que me dirán algo cuando tengan un diagnóstico.

—Sus piernas... Es bailarina —le digo.

—Es pronto para saber el alcance de las lesiones —contesta él—. Tranquilo; está en buenas manos.

Mientras tanto, otro enfermero atiende a Jean-Luc y el vecino declara ante la policía. Oyó ruido y gritos provenientes de nuestro piso y los llamó antes de venir a ver qué ocurría. Se encontró la puerta abierta, a Alexandra inconsciente y a nosotros dos peleando en el suelo. También Jean-Luc presta declaración. Me acusa de haberlo atacado.

—Maldito cabrón —suelto, abalanzándome de nuevo contra él.

La policía me detiene.

—Se acabó la pelea —me dice uno de los agentes con firmeza no exenta de amabilidad—. Nosotros nos encargamos.

Se llevan a Alexandra al hospital. Yo quiero ir con ella. Sé que también debo prestar declaración, pero quiero ir con ella. La policía me lo permite. Dicen que se pondrán en contacto conmigo. Y pasarán por el hospital

cuando Alexandra esté en condiciones de declarar. A Jean-Luc se lo llevan detenido.

Pasa el tiempo y yo sigo sentado en una silla de plástico de la sala de espera haciendo eso: esperar a que me digan algo. Me ha atendido un médico y no ha visto nada más que magulladuras y contusiones sin gravedad. Me ha dado un analgésico y un sedante suave. Para que esté tranquilo, ha dicho. ¿Cómo quiere que esté tranquilo después de lo que ese hijo de puta le ha hecho a Alexandra? Tengo que llamar a su familia. Y a la mía. Pero no quiero hacerlo antes de saber algo. Y también tengo que llamar a las chicas. Al trabajo ya he llamado para decir que no podía ir. Acabo de coger el móvil para telefonar a Marie o Maggie cuando veo que se acerca el médico que atiende a Alexandra. Viene con toda su parsimonia y me dan ganas de cogerlo y sacudirlo un poco a ver si espabila. Yo aquí en un sinvivir y él ni se inmuta. Usa jerga médica en francés que no controlo del todo, pero en definitiva lo que me dice es que no hay lesiones graves. Tiene contusiones en la cara, piernas y estómago, pero se pondrá bien.

—¿Y sus piernas? ¿Sus rodillas? —pregunto—. Es bailarina. De ballet. ¿Podrá volver a bailar?

—No en un tiempo, claro —contesta—. Presenta fuertes hematomas y hay inflamación, pero no hay fisuras de ningún tipo ni fractura. Las lesiones son meramente musculares. Estará dolorida unos días, pero se restablecerá por completo. Podrá bailar sin problema alguno.

El alivio es tan grande que de pronto siento que me invade un gran cansancio. Seguro que es por las pastillas que me ha dado el otro médico.

—Hemos tenido que sedarla —continúa diciendo el doctor de Alexandra—. Estaba en shock, algo normal en sus circunstancias. Necesita descansar. Dormirá hasta mañana.

—¿Puedo quedarme con ella?

—Usted también debería descansar, pero si quiere quedarse no hay ningún problema.

Así que me quedo. Mi patito duerme profundamente. Tiene la carita llena de cardenales a cual más feo, los labios partidos y un ojo morado. El otro tampoco está mucho mejor. Tiene marcas en el cuello y en los brazos. Las piernas están en alto, metidas en una especie de colchoneta y le han puesto

un gotero. La beso en la frente y cojo su mano. Y de pronto me entran muchas ganas de llorar. Es tan pequeñita... Tengo que llamar a su familia. A este paso se van a enterar por el telediario.

La conversación no es fácil. Hablo con su padre, que creo que es quien más entereza va a tener. Porque es un hombre, supongo, un hombre como yo, que estoy temblando como un flan, hablo de manera entrecortada y tan pronto quiero llorar como matar a ese hijo de puta. Estoy furioso y asustado. Todo un ejemplo de entereza. La madre de Alexandra le quita el teléfono a su marido. Quiere saber de mi boca cómo está su hija. Yo intento tranquilizarla, claro, pero está a mil kilómetros de distancia. Un mundo para una madre a la que le dicen que su hija está hospitalizada. También se pone Héctor, que está más templado, y Claudia. Total, que yo quería hablar solo con Mateo y he terminado hablando con toda la familia.

Dicen que vendrán lo antes posible. Pienso que no es necesario que vengan todos, pero es su hija y su hermana y entiendo que quieran verla, estar con ella y ofrecerle su apoyo, así que no digo nada. Llamo a Maggie para decirle lo que ha pasado por una simple cuestión de orden alfabético. Es ella la que está primero en la agenda del móvil. La pelirroja explosiva después de saber que Alexandra se pondrá bien comienza a soltar improperios en inglés que termina con un «es un hijo de puta» en un más que aceptable castellano con su inconfundible acento escocés. Me hace sonreír. Alexandra siempre ponía los ojos en blanco cuando me descubría enseñando a Maggie palabrotas en castellano.

–Vamos para allá –dice.

–No hace falta –replico–. Es muy tarde y además está dormida.

–Vale. Pues iremos mañana. ¿Y tú cómo estás?

–Hecho un cromo, pero bien. Me quedaré con ella esta noche.

Nos despedimos. Me toca llamar a mi madre. Al oír su voz tengo que esforzarme en contener las lágrimas. Se muestra horrorizada, aunque se tranquiliza cuando le digo que Alexandra no tiene nada grave, que se pondrá bien. Oigo de fondo a mi padre preguntando qué pasa.

–Alex está en el hospital –le dice mi madre–. Su ex le ha dado una paliza.

La situación con la familia de Alexandra se repite y mi padre le quita el teléfono a mi madre.

—¿Dani? ¿Qué es eso de que Alex está en el hospital?

Cuando termino de hablar con mi padre doy a todo el mundo por informado. No más llamadas. Me quedo sentado junto a Alexandra, que no se ha movido. Aunque le han inmovilizado las piernas; tampoco va a poder moverse mucho cuando despierte. Debió de sentirse tan asustada, tan sola... ¿Quién me mandó salir, joder? ¿Quién me mandó salir? Si me hubiera quedado en casa...

La noche es larga. Echo alguna cabezadita en el sillón este, pero despierto sobresaltado, recordando dónde estoy. Se supone que estoy cuidando a Alexandra y voy y me quedo traspuesto. Aunque no hay nada que yo pueda hacer realmente. Son las enfermeras las que están pendientes de todo. Amanece. Al poco rato entra una enfermera a cambiar el suero y a tomarle la temperatura a Alexandra.

—¿Tiene fiebre? —pregunto cuando le quita el termómetro.

—No. Luego vendrá el doctor a hacerle un reconocimiento. Avísenos cuando despierte, ¿de acuerdo?

Asiento. Hoy también está lloviendo. Hoy Alexandra no va al ensayo. Ni a la función. No habrá función durante un tiempo. Hasta la próxima temporada, probablemente. Y ha tenido suerte. Ese desgraciado podía haberle jodido la vida. La noticia viene en los periódicos. *Oh, là, là...* El famoso actor Jean-Luc Dupont ha sido detenido por agredir a su ex mujer, la *prima ballerina* de la Ópera de París, que ha tenido que ser hospitalizada. Espero que esto te hunda la vida, cabrón. Alexandra se remueve y guardo el móvil para correr a su lado. Se está despertando. Gime.

—Alex... Alex, cariño...

—Dani...

—Tranquila. Todo está bien. Estás en el hospital.

—Mis piernas... Mis piernas... Dani, me ha roto las piernas.

Rompe en sollozos desesperados y yo la abrazo como puedo porque teniendo las piernas es alto es un poco incómodo.

—No, patito, no —le digo—. No están rotas. Te las han inmovilizado por la inflamación, pero no están rotas. Volverás a bailar. Tienes los huesos muy fuertes.

Ella se ahoga en llanto y yo la beso y acaricio su pelo despeinado.

—Creí que iba a matarme —solloza.

Y yo creí que la había matado, pero no se lo digo.

—Ya ha pasado —la arrullo—. Está detenido. Ssshh, tranquila. Tranquila.

La enfermera me dijo que avisara cuando despertara, pero creo que es mejor dejarla llorar primero y que se desahogue antes. El llanto remite y la acuesto de nuevo en la cama. Seco sus lágrimas y beso su frente y sus manitas.

—Te vas a poner bien —le digo—. He avisado a tus padres. Vendrán lo más pronto posible.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Dani?

—Le caí de hostias a ese cabrón. Y alguna recibí. Pero no te preocupes; casi no me duele. Voy a decirle a la enfermera que has despertado, que me ha dicho que avise y tiene pinta de ser de las que echan broncas.

Sonríe un poco, aún con lágrimas en los ojos, y beso la punta de su nariz respingona, que es de lo poco que no tiene amoratado, antes de darle al botón de llamada y decir que Alexandra ha despertado. La enfermera de antes regresa y mira a Alexandra con aire maternal. Ya no parece tan seca. Lo primero que hace es echarme de la habitación sin contemplaciones. Que tiene que lavarla, dice.

Salgo de la habitación, pero no voy a la sala de espera. Me quedo en la puerta como un perro guardián. En ello estoy cuando veo venir por el pasillo a Marie y Maggie, que me abrazan, me acribillan a preguntas y no me dejan contestar ni una sola. Marie lamenta profundamente lo de sus piernas; es quien mejor puede entender lo que supone para Alexandra no poder bailar, pero al mismo tiempo se siente aliviada al saber que las lesiones no son permanentes.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta.

—Hecho un cuadro, ¿no lo ves? —interviene la pelirroja.

La enfermera sale de la habitación y entramos nosotros. Alexandra se alegra al ver a sus amigas. Ellas la abrazan con cuidado y la besan con todavía más cuidado. Marie se va poco después. Debe incorporarse al ensayo; esta noche hay función.

—No te preocupes por nada —le dice a Alexandra—. Para la próxima temporada estarás bailando.

Los padres de Alexandra llaman para hablar un poco con ella. Dicen que cogen un vuelo por la tarde y llegarán sobre las seis. Maggie se ofrece para ir a recogerlos al aeropuerto y traerlos al hospital.

—En casa hay sitio por si alguien quiere quedarse —dice—. Está el cuarto de Alex y el sofá cama.

Viene el médico, que examina a Alexandra y da un diagnóstico favorable. La inflamación y los hematomas desaparecerán sin dejar secuelas. Solo deberá tener paciencia. Lo peor es la terrible experiencia que ha sufrido y el daño psicológico que le pueda haber causado. Dice que vendrá un psiquiatra a hablar con ella. Como Jean-Luc le haya causado algún tipo de secuela psicológica le rompo todos los dientes de un puñetazo al muy hijo de puta. Viene también la policía a tomarme declaración. Son breves. Me hacen algunas preguntas y eso es todo. Después hablan con Alexandra, que aún está afectada, asustada, pero por lo demás bastante tranquila. Los calmantes que le dan contribuyen a ello.

A la hora de comer saqueo la máquina del pasillo. No pienso bajar al bar y dejar a Alexandra sola. Ni hablar. Aquí nadie va a hacerle daño, pero yo estoy más tranquilo junto a ella. Por si acaso. Quiero estar si llora y quiero estar si quiere hablar o si quiere un vaso de agua. Quiero cogerle la mano y mirarla, y seguir viéndola preciosa a pesar de los feos cardenales que tiene en la cara, a pesar de sus ojos amoratados y los labios partidos.

—¿Quieres un sándwich? —le ofrezco—. He traído alguno vegetal.

Ella niega con la cabeza.

—¿Has dejado alguno en la máquina, Dani?

—Claro. Para la cena.

Ella ríe y seguidamente hace un gesto de dolor. Tiene un buen golpe en el estómago. Y también tiene unos buenos abdominales. Devoro los sándwiches ante su mirada divertida.

—¿Y tu trabajo? —pregunta.

—Me han dado unos días —contesto—. Claro, que me los descontarán del sueldo porque en realidad no me corresponden. Pero al menos conservo el empleo.

—Te quiero, Dani. No te lo digo mucho.

—Ah, pero lo sé.

Cojo su manita y la oprimo con suavidad.

—Si tú no hubieras llegado... —dice.

—Pero llegué, que es lo que importa.

Llega Maggie con la familia de Alexandra. Sabiendo cómo conduce Maggie es loable que hayan entrado al hospital por su propio pie y no por urgencias. Alexandra lanza una exclamación de alegría al verlos. Maggie y yo nos quedamos fuera para que no haya tanta gente en la habitación. Al de un rato sale Mateo y me da un abrazo.

–No quiero ni imaginar lo que habría hecho ese desgraciado si no hubieras llegado a tiempo –me dice.

–Ni yo –murmuro.

–¿Sabes qué van a hacer con él? Si van a condenarle o...

–Solo sé que está detenido y que le juzgarán. Espero que pase una buena temporada a la sombra, pero... No sé lo que va a pasar.

Lo que me recuerda que tengo que llamar a Liam Jacobs. Es abogado. Sabrá qué hacer y cómo proceder. Cuando lo llamo está al corriente de lo sucedido. Lo ha leído en los periódicos. Me pregunta por Alexandra y suspira aliviado al saber que sus lesiones no son graves. Le envía su más afectuoso saludo y dice que por supuesto que se hará cargo de la acusación particular.

–Quiero que lo empapeles, Liam. Quiero que pague por lo que ha hecho –le digo.

–Pagará. Tenlo por seguro.

Capítulo 49

Alexandra

El dragón duerme. No se aparta de mi lado. Tiene mi mano bajo la suya. Supongo que confía en despertarse en cuanto yo me mueva, así que procuro no moverme para no despertarlo. Algún alma caritativa le ha echado una manta por los hombros. Seguramente una enfermera. Está sentado en la silla con la cabeza recostada en la almohada. Cuando despierte va a tener un buen dolor de espalda, por no hablar del cuello. Acaricio su pelo con suavidad. Cuida de mí como de un tesoro. Comenzará a echar fuego por la boca si alguien me amenaza.

Han venido mis padres y mis hermanos desde Madrid. Mi madre dice que se quedará conmigo hasta que esté bien. Nadie quiere dejarme sola. Daniel me ha dicho que Liam se encargará de que Jean-Luc reciba su merecido. Se le encienden los ojos cuando lo menciona. Veo la furia que lo recorre y que intenta disimular. «Quería matarlo», me confesó anoche, cuando todos se habían ido y reinaba el silencio. «No lo habrías hecho», contesté yo. Debió de asustarse mucho al verme tirada en el suelo. Debió de temer lo peor. No me lo dice, pero lo siento cuando me besa, cuando coge mis manos, cuando me mira.

Finalmente se despierta y se incorpora con un gruñido. Frunce un poco el ceño al ver que le devuelvo la mirada. No era este el orden de despertar que él había calculado. Le sonrío.

–Buenos días.

–Buenos días, patito. ¿Cómo te encuentras?

–Bien. ¿Y tu espalda?

–Viviré.

Hay ajeteo en el hospital por la mañana. Entran a limpiar, vienen las enfermeras a asearme, viene el médico. Tengo las rodillas amoratadas. Me dan calmantes para que no me duela. Tienen un aspecto horrible, pero ahora que sé que no están rotas no me parece tan terrible. Sé que al menos me recuperaré. Creí que no volvería a bailar nunca, así que podré con unos meses de recuperación antes de regresar a los escenarios.

Recibo un gran ramo de flores de la compañía, que me envía sus mejores deseos, y la visita inesperada de Géraldine, la directora.

—Nos quedamos de piedra cuando Marie nos lo dijo —me dice—. Ese desgraciado... No te preocupes por nada, querida, te estaremos esperando cuando vuelvas. Será pronto; ya lo verás.

Mi familia al completo se planta en el hospital, aunque se turnan para estar conmigo y también vienen unos cuantos compañeros del ballet, como Gaspard. Cuál es mi sorpresa cuando a media tarde llegan Eugenia y Sofía. Sofía me trae un flamenco de peluche.

—Dani no me había dicho que veníais —digo tras los besos y abrazos.

—Le hemos llamado esta misma mañana para decirle que cogíamos un vuelo —contesta Eugenia mirando a su hijo con reproche—. ¿No se lo has dicho?

—Es que quería que fuera una sorpresa —responde él.

Van a quedarse un par de días, que son los que Sofía ha pedido de vacaciones en su trabajo para poder venir a verme. Todos me mandan recuerdos: la abuela, Cristóbal, Marcos, los tíos del pueblo...

—¿Y tus piernas, Alex? —pregunta Sofía mirando mis piernas colgadas—. ¿Para cuánto tiempo tienes?

—El médico dice que entre una cosa y otra, al menos un mes. No podré incorporarme al ballet hasta la próxima temporada.

—Tómatelo con calma, cariño —me dice Eugenia—. Debiste de asustarte mucho.

Asiento. Estaba aterrada.

—Llegó Dani. ¿Os lo ha contado? —Las dos asienten con la cabeza—. No sé qué habría sido de mí si él no hubiera llegado.

—No pienses en eso, Alex —dice Sofía.

—Probablemente me salvó la vida —digo.

Las lágrimas se me asoman a los ojos. Aún estoy asustada.

–Tranquila, cariño. Ya ha pasado. Tu abogado se encargará de todo. Menudo es –dice Eugenia.

Esta tarde me dejan levantarme. Antes de poner los pies en el suelo, Daniel me pone las zapatillas de unicornio que le ha hecho traer a mi madre.

–Son mágicas –dice–. Te curarán las rodillas. Y lo demás.

La enfermera que va a supervisar mis primeros pasos lo mira como si estuviera pensando en enviarle a psiquiatría, pero no dice nada. Me han traído una silla de ruedas. No debo estar de pie mucho tiempo. La inflamación ha bajado, pero mis rodillas siguen moradas. Cojeo un poco, apoyada en Daniel, que me sostiene.

–¿Te duelen? –pregunta la enfermera.

–Un poco –admito.

–Solo unos pocos pasos, ¿de acuerdo? Puedes estar en la silla si no quieres estar en la cama, pero no andes mucho o las rodillas se resentirán. No debes forzarlas.

Doy esos pasos junto a Daniel bajo la mirada escrutadora de mis padres y de la propia enfermera. Resulta extraño no sentir firmeza al estar sobre mis pies. Es extraño sentir que mis piernas flaquean.

–Harás un *grand-jete* mucho antes de lo que esperas –me dice Daniel.

Claudia y Daniel se toleran. No les van a dar ningún premio a la amistad, pero han aprendido a llevarse bien. O al menos a llevarse. A mi hermana le sigue exasperando la vena infantil de Daniel y a él le pone malo la falta de sentido del humor de Claudia. De vez en cuando se lanzan dardos envenenados, pero paran enseguida. El hospital no es un lugar apropiado para batallas dialécticas.

–Si es que es un crío –protesta ella.

–Es una estirada y una snob –se queja él.

Sofía los llama «Peter Pan y la *prima donna*» en un momento en que ellos no están presentes y me hace reír. Daniel llega con sándwiches. Él solito está acabando con las existencias.

–¿Qué es tan divertido? –pregunta, lanzándole un sándwich a Sofía, que lo coge al vuelo.

–Hablábamos de ti y de Claudia –contesta ella.

–Bah –rezonga Daniel–. Vaya una petarda. ¿Quieres uno? –me pregunta.

–No, ya sabes que no.

–Nunca quiere –le dice Daniel a su hermana–. Claro, como a ella le traen caldos deslavados y pescado hervido... Cuando te den el alta pienso hacer un bizcocho bien grande para que te repongas –me amenaza.

Me dan de alta tres días después. Necesito reposo, pero ya no hay motivo por el que tenga que permanecer hospitalizada. Hay reporteros a la salida del hospital que me hacen fotos y me preguntan cómo estoy. Soy consciente de que ir en una silla de ruedas luciendo varios morados en la cara es un filón para la prensa. Contesto con amabilidad y les doy las gracias, pero cuando me preguntan acerca del juicio y Jean-Luc no digo nada. Me limito a seguir las instrucciones de Liam y les digo que eso está en manos de mi abogado. Ellos respetan mi negativa a hablar.

–Esperamos volver a verte bailar muy pronto, Alexandra –me dicen.

–Gracias. Gracias a todos.

Daniel va mascullando en el coche. Lo de contenerse hasta después del juicio no lo lleva nada bien. Quiere que todo el mundo se entere de lo que Jean-Luc me ha hecho. Está furioso.

–Está asustado, Alex –me dice mi madre en uno de esos raros momentos en que estamos a solas–. Pensó que estabas muerta. Aún tiene el susto en el cuerpo.

De modo que cuando se sienta en el sofá después de haberme dado un beso, me levanto y voy hacia él con mis zapatillas mágicas para sentarme en su regazo. Le rodeo el cuello con los brazos y beso su mejilla sin afeitarse antes de esconder el rostro en su cuello. Daniel me estrecha con cuidado contra él y suspira.

–¿Estás bien? –me pregunta.

–Me he cansado de estar en la silla. Tú eres más cómodo.

Aprovecho que agacha la cabeza para mirarme para besarlo como es debido. Me devuelve el beso sin vacilar. Es tierno. Me besa con suavidad, como si temiera hacerme daño.

–Estoy bien –le digo al romper el beso.

–No volverá a hacerte daño.

Me tiene entre sus brazos hasta que se oye la voz de mi madre desde la cocina:

—¡Dani, se te va a quemar el bizcocho!

Me da mucha pena que mi padre y mis hermanos se vayan. No tienen más días de permiso y yo ya estoy mejor. Los abrazo con fuerza cuando se van al aeropuerto. También se han ido Sofía y Eugenia. Me habría gustado que se hubieran quedado más tiempo con nosotros, pero no puede ser. La que se queda unos días más es mi madre. Daniel vuelve al trabajo a regañadientes y cuando sale regresa a casa raudo y veloz. Como mucho se para a hacer algunas compras en el supermercado. Parece haberse olvidado de su *book* y de las agencias de modelos, así que se lo recuerdo.

—Cuando te recuperes del todo —dice—. Y cuando a mí se me quiten también los moratones, que tengo una pinta... Así lo único que puedo anunciar son vendas y tiritas.

Liam Jacobs viene a visitarnos con su marido. El juicio es en breve y nos pone al corriente. Declararemos ante el juez Daniel y yo, y también el vecino que entró cuando Daniel y Jean-Luc se peleaban. No veremos a Jean-Luc; yo no me siento capaz de verle. No quiero verle más. La declaración se hará en privado y por separado. Todo muy distinto al juicio que en su día tuvo Daniel. Él fue a la cárcel siendo inocente. Jean-Luc está a la espera de juicio, pero libre siendo culpable. Liam no cree que pise la cárcel, ya que salvo la denuncia anterior que le puse no tiene antecedentes, pero la orden de alejamiento y una sanción son seguras. Y aparte de eso, su caída es inevitable. Las revistas y las páginas de sociedad de los periódicos llevan días haciéndose eco de la noticia. Quiero que pase todo. Quiero que pase, olvidarme de todo y seguir con mi vida. Con nuestra vida.

Mi madre ha vuelto a casa. Ya estoy muy recuperada. Puedo andar con normalidad y comienzo a hacer pequeños ejercicios de ballet para que mis rodillas no sufran. Si en algún momento me excedo, una leve molestia me insta a parar. Si voy poco a poco, evitaré lesiones. Aun así, mi recuperación es rápida. Mis rodillas están acostumbradas al ajetreo, al movimiento. Los moratones casi han desaparecido y ahora tienen un tono amarillo sucio. También los de mi cara. El daño que me ha hecho Jean-Luc está desapareciendo.

Daniel estudia incansable para su examen de francés. Se presenta al diploma de estudios en lengua francesa en un nivel intermedio-alto y quiere aprobarlo por encima de todo. Así que ahora en casa hablamos en francés, para desesperación de Maggie y regocijo de Marie. Y al fin ha ido por las agencias parisinas con su *book* de fotos. Son muy bonitas. La cámara le quiere. Capta su esencia y la intensidad de su mirada. En casi todas tiene poca ropa o ninguna y en algunas ríe. Se le ve reír, alegre y despreocupado. Es sexy y al mismo tiempo provoca ternura. Si es que está como para...

—¿Estás viendo fotos mías en pelotas? —pregunta entrando en la sala—. Si quieres puedes verme en vivo y en directo.

Se sienta a mi lado en el sofá comiendo galletas rellenas de chocolate. Podría alimentarse solo de galletas.

—¿Te desnudarías si te lo pido? —le pregunto yo en el tono más sugerente que soy capaz de poner, que no es muy sugerente que digamos.

—Ya sabes que sí. Pero deja que primero me coma las galletas.

—Eres el único hombre que conozco que prefiere las galletas al sexo —bromeo.

—¿Era una oferta de sexo? Haberlo dicho antes. Me como las galletas después —dice dejando el paquete a un lado.

—No, ahora te comes las galletas y luego ya veremos.

—Joder, patito, ahora que se me había levantado el ánimo...

—Solo piensas en sexo, Dani.

—Solo no. También pienso en galletas. ¿Quieres una?

—No.

—Solo una —insiste—. Están buenísimas. Como tú.

Me pone una galleta delante de las narices. Al final la cojo y me la como. Él parece feliz de que haya aceptado compartir su merienda. Se zampa el contenido del paquete y se marcha a trabajar. Prometo esperarle despierta.

El juicio se celebra y se dicta sentencia. Tal como Liam predijo, Jean-Luc no irá a la cárcel, pero le han impuesto una orden de alejamiento y una sustanciosa multa. Le obligan a ir a terapia para controlar su agresividad y debe indemnizarme por daños y perjuicios.

—No quiero su dinero —digo. No quiero nada suyo.

–Pues lo coges igual –replica Daniel con fuego en la mirada–. Así se lo pensará antes de levantarle la mano a otra mujer. Y ese dinero es el que has perdido por no poder bailar. Que se joda.

Mientras habla, Liam asiente conforme con la cabeza. La sentencia vuelve a ser noticia y la carrera de Jean-Luc está en la cuerda floja. Ahora más que nunca. No me da pena. Tampoco Daniel muestra ningún tipo de compasión. Al contrario. En esta ocasión se muestra más furioso que cuando le tocó a él. No volveré a ver a mi ex. Tras la terapia, declara en una entrevista concedida a una conocida revista que se va a los Estados Unidos. Afirma estar recuperado y dice que lamenta profundamente lo que hizo. Me pide perdón a través de sus páginas. Daniel dice que estará mejor con él lejos de mí, en otro continente con un océano de por medio y, quitándome la revista de las manos, la tira a la basura.

–Dani, que la revista es de Marie –le digo rescatándola–. Que me la ha dejado.

–Bah. Seguro que no la echa de menos.

Pocas semanas después, Daniel mira temeroso la pantalla del portátil que tiene en el regazo. Está en la página web de la escuela de idiomas y se dispone a comprobar si ha aprobado o no el examen. Pero no se decide a abrir el enlace que conduce a los resultados.

–¿A qué esperas para mirar? –le digo, impaciente.

–¿Y si he suspendido?

–¿Y por qué ibas a suspender? Saliste contento del examen.

–Ya, pero es que yo me vengo arriba enseguida.

–Solo es el resultado de un examen, Dani.

–Eh, que no es un examen cualquiera –replica–. Es el examen que acredita mi nivel de francés.

–Tu nivel de francés es estupendo. Casi tan bueno como el de Maggie.

Ríe. Maggie será anciana y seguiremos tomándole el pelo con su brusco francés. Daniel pincha el enlace y a continuación se abre un archivo PDF con los resultados. Y ahí está.

–¡He aprobado! ¡He aprobado, patito!

Me abraza feliz. Yo lo beso y le felicito. Este examen era importante para él; ha trabajado mucho para aprobar. Esta noche no es posible porque le

toca trabajar en el restaurante, pero el primer día que libre nos vamos a cenar fuera para celebrarlo.

Capítulo 50

Daniel

He aprobado el examen de francés, y con buena puntuación. Alexandra y las chicas están orgullosas. También Maggie ha aprobado su examen de español, aunque por los pelos. Dice que tiene que estudiar más para el próximo. Alexandra y yo nos comprometemos a ayudarla en lo que podamos. La hemos ayudado para este, pero parece ser que no ha sido suficiente.

—Es que con los diseños no he podido estudiar mucho —dice ella, disculpándonos a nosotros y justificándose a sí misma—, pero el siguiente lo haré de puta madre.

Las últimas tres palabras las dice en castellano, lo que me vale un ceño de Alexandra, que sabe que soy yo quien le enseña el vocabulario de a pie.

En mi trabajo de camarero no me dan vacaciones. Llega el verano y con él, los turistas. No pueden prescindir de los camareros. Podré coger esos días más adelante, pero más adelante Alexandra estará en el ballet y no podremos ir a España a ver a nuestras familias. Me entristece. Hace poco vi a mi madre y mi hermana, pero quisiera ver a mi padre, a mi abuela, a mis tíos, a mis amigos... A Cosme... Alexandra no quiere irse y dejarme solo en París. Dice que ya estoy solo cuando se va de gira y se queda conmigo.

—Aprovecha a coger vacaciones en un descanso entre temporadas y nos vamos juntos unos días —dice—. No tenemos por qué ir en verano.

Recibo carta de Gerardo desde la cárcel. Todo sigue igual. La vida en prisión parece detenerse, aunque no sea así. Fuera de sus muros la vida

sigue su curso. Dice que es posible que en cosa de un año le concedan en tercer grado y pueda salir de permiso, pero es algo que ve tan lejos que ni se lo plantea. Le conté lo de Jean-Luc. Se alegra de que Alexandra esté bien, que todo quedara en un susto y en una mala experiencia. «Qué ironía», dice. «A ti, que no habías tocado a esa zorra, te metieron en la cárcel y él le da una paliza a tu chica y mira...». *Ces't la vie*. Prefiero olvidarlo. Le manda saludos a Alexandra. Ella le escribe unas líneas. La primera bailarina de la Ópera de París le escribe unas líneas a un preso de Alcalá Meco. La miro con admiración. Admiro su humildad y su bondad. Es un ángel. Si Dios existe, Alexandra es uno de sus ángeles.

—¿Qué?

—¿Eh?

No sé si me ha dicho algo. Estaba absorto contemplándola desde el sofá y se me han apagado todas las neuronas.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —digo—. Solo te miro.

Ella sonríe y deja la carta en la mesa. Viene hacia mí y me besa. Yo no tengo la menor queja y respondo a su beso. Y ella me quita la camiseta. Y me toca. Recorre mi cuerpo con sus manitas atrevidas. Acaricia el bulto que ha aparecido en mis pantalones, que pronto quedan tirados en el suelo de la sala junto a mis calzoncillos. Y aparece el pequeño súcubo disfrazado de ángel que me monta, que me apresa en su cuerpo y me estruja, que no duda en usarme a su antojo y matarme de placer.

Dentro de poco tengo las pruebas físicas de admisión para los voluntarios del cuerpo de bomberos y estoy nervioso. No puedo evitarlo. Tras ellas vendrá el curso preparatorio. En el caso de que supere las pruebas físicas, claro. Procuero mantenerme en forma, pero deben de ser bastante exigentes. Yo por si acaso me entreno a diario, preparándome para afrontarlas lo mejor que pueda.

Suena el timbre de la puerta. ¿Quién será a estas horas? ¡Con lo bien que estoy yo apalancado en el sofá después de venir de currar! Me estaba entrando sueño y todo. A la porra mi siesta. Alexandra está haciendo no sé qué, así que voy a abrir.

—Abre tú, Dani —dice Alexandra desde nuestra habitación.

Al hacerlo me encuentro a mi hermana en el umbral. Con ella están Marcos, Héctor y Laura. Vienen con maletas y una sonrisa de oreja a oreja. Me quedo con la boca abierta.

—Hola, Dani —dice Sofía.

—¡Hostia, qué sorpresa!

Abrazo a mi hermanita, feliz de verla. Ella me achucha a su vez. ¡Qué guapa está! Tras ella abrazo a Marcos y a Héctor y doy dos besos a Laura. Me apresuro a hacerlos pasar y les ayudo con las maletas.

—Alex, mira...

Pero Alexandra ya lo sabe, por lo que puedo comprobar. Corre a los brazos de su hermano, que la estrecha entre ellos y la besa. Seguidamente Sofía y ella se funden en un abrazo y hablan a la vez como han hecho siempre. Qué guapa, te veo estupenda, qué morena estás, qué alegría verte, qué tal el viaje, cómo va todo, qué bien que estéis aquí...

—Ya se te han quitado los moratones —dice Sofía observando el rostro de Alexandra.

A Héctor se le ensombrece el semblante por un momento, pero seguidamente sonríe y besa a su hermana en la mejilla.

—Me alegro de que estés bien —le dice—. ¿Y tus rodillas?

—Como nuevas —contesta ella—. Estoy deseando volver a bailar.

Alexandra da dos besos a Marcos y a Laura y entramos todos a la sala. Como yo tengo que trabajar y no podemos ir a España, han maquinado venir ellos a pasar unos días con nosotros. Alexandra estaba al corriente de ello, pero no me ha dicho nada. Sofía me da todos los recuerdos y los mensajes que le ha mandado el resto de la familia. Claudia no ha venido porque ha pensado que no era una buena idea. No terminamos de llevarnos bien. Creo que aún me guarda ojeriza por lo que pasó entre nosotros. En casa no hay camas suficientes, pero hasta eso han solucionado. Héctor y Laura irán a casa de Marie y Maggie. Allí pueden dormir en el sofá cama como antes dormíamos Alexandra y yo. Y durante el día estaremos todos juntos. Todos excepto Marie, que se ha ido con su familia a pasar el verano. También Maggie piensa volver a su Edimburgo natal, pero eso será el mes que viene. La invitamos a cenar con nosotros, invitación que ella acepta. Viene con un chico al que ha conocido hace unos meses. Se llama Sean y es irlandés. Es rubio, de ojos claros y con barbita. Delgado. Hacen buena pareja.

Mañana tengo que trabajar de tarde, pero este fin de semana me toca librar. Ya venían ellos con todo calculado. Nos disponemos a tener unas minivacaciones de fin de semana y después nuestros hermanos y sus parejas podrán ver París a sus anchas sin que mi trabajo suponga inconveniente.

–Podríamos ir a ver los castillos de Loira –propone Laura.

–O el Mont Sant Michel –dice Alexandra.

–Futuroscope –dice Sofía.

–Eurodisney –digo yo.

Se quedan todos callados mirándome y espero a que alguien me diga que soy un niño grande o me pregunte cuándo pienso madurar.

–Sí, Eurodisney –me apoya Marcos entusiasmado.

–A mí me parece buena idea –dice Héctor.

–¿A subir a las atracciones y ver al pato Donald? Estáis locos –dice Sean, a quien Maggie va traduciendo lo que decimos, en inglés–. ¡Me apunto!

–¿Qué me decís, chicas? –dice Maggie en un castellano que mejora poco a poco–. ¿Llevamos a los niños a Eurodisney?

Y aquí estamos, pasándolo cañón entre carrozas, princesas y animalitos, tocados con gorras con orejas de ratón para el sol. Maggie, con todo el pelo revuelto, parece la de Brave. Se ha tenido que comprar una gorra grande para que la cabeza le quepa en ella. Hay un montón de gente y colas por todas partes, pero nos las arreglamos. Alexandra disfruta como una chiquilla y mi hermana se vuelve loca en las atracciones. Vamos a todas las que podemos, nos hacemos fotos y hasta comemos unos perritos calientes. Salvo Sofía, que además de los perritos come todo lo que se le pone a tiro y lo mismo le vale un pastelito que unos donuts que algodón de azúcar.

Se nos hace corto. Al día siguiente regresamos a París. Y aún se hace más corto el tiempo que pasa hasta que ellos regresan a casa. Nos despedimos en el aeropuerto. Siento un nudo en la garganta al ver marchar a mi hermanita, pero nos veremos pronto.

Llegan las pruebas físicas para los bomberos voluntarios. Son más duras de lo que pensaba. Natación, carrera, salto, cuerdas, equilibrio, barras... Hasta tenemos que pasar por un tubo la mar de estrecho para ver si tenemos

claustrofobia. Yo creí que iba a quedarme atascado en el tubo, pero no. Terminó la jornada derrengado. Tanto que hacer el amor con Alexandra ni se me pasa por la cabeza. A mí esta noche no se me levanta. Ella me besa y se acurruca contra mí y siento su cuerpecito cálido y el olor de su pelo. Acaricio su piel blanca... y cuando despierto ya es de día.

La buena noticia es que paso las pruebas. La mala, que me han echado del restaurante porque el curso de formación me va a impedir ir a trabajar determinados turnos y no están por la labor. Podrían coger a otra persona, pero no van a coger a nadie solo para que me sustituya cuando yo no pueda ir para echarle después. Que les den. Lo malo es que también me he quedado sin sueldo.

—Durante siglos las mujeres se han quedado en casa mientras los hombres trabajaban. No veo por qué no puede ser al revés —dice Alexandra—. Y, total, trabajo de camarero tampoco te va a faltar.

Así que yo me esmero en el curso y Alexandra trabaja. Aunque lo suyo es más una cuestión de placer. No es trabajo si le apasiona lo que hace. Ha vuelto al ballet. Ha vuelto a los escenarios y yo leo orgulloso las críticas que la ensalzan.

Rescato mi primer gato y sofoco mi primer incendio con mis compañeros. Nada espectacular, afortunadamente. Solo una señora que se ha dejado la sartén en el fuego y se le ha incendiado la cocina. Me gusta este trabajo. Creo que más adelante me presentaré a bombero profesional.

Vuelvo a desfilas para el chalado de Remi, al que aprecio de veras aunque no lo demuestre, y cuando ya no lo esperaba me llaman de una de las agencias que visité hace pocos meses. Se trata de un anuncio de loción para después del afeitado. Será pan comido. Alexandra se lanza a mis brazos cuando se lo digo. Parece que mi vida laboral en Francia comienza a tomar un nuevo rumbo. Sé en qué voy a emplear una parte de lo que me pagan por la campaña de publicidad. Lo tengo claro. Voy a pedirle a Alexandra que se case conmigo y voy a hacerlo con un anillo de compromiso como mandan los cánones. Aunque no quiera casarse, cosa

que comprendería, quiero que se lo quede como regalo. Mis compañeros en el cuartel de bomberos lo celebran y me dan palmadas en la espalda.

—No me felicitéis tanto, que todavía no me ha dicho que sí —les digo.

—Te dirá que sí, ya lo verás —dice una de las chicas que ha entrado de voluntaria como yo.

Visito joyerías sin que Alexandra se entere. Hay pedruscos impresionantes, pero yo quiero algo sencillo. Sencillo y hermoso, como es ella. Y encuentro un delicado anillo de oro blanco con un diamante solitario tan bonito y tan discreto que parece que lo hayan hecho ex profeso para ella. No busco más. Es mi anillo. Bueno, el de Alexandra.

Ahora estoy hecho un manojo de nervios. ¿Cómo se lo pido? ¿La llevo a un restaurante? Demasiada gente, demasiado poco íntimo. ¿En casa? ¿La llevo a un sitio bonito? ¿La torre Eiffel? No, también hay demasiada gente. ¿Voy a verla a la Ópera de París y se lo pido cuando termine la función? No; estará cansada. Y los demás bailarines estarán todos pululando por allí. ¿Y dónde escondo la cajita con el anillo? ¿En el cajón, debajo de mis calzoncillos? Ahí no va a andar. O sí, si se le ocurre ir a meter ropa. ¿Cómo lo hago para que no note que me traigo algo entre manos?

Está recostada en el sofá leyendo un libro, con su pantaloncito de pijama rosa, una camiseta que le viene grande y sus zapatillas de unicornio. Lleva el pelo recogido en una cola baja y le caen mechones despeinados por la cara, como siempre. Sonríe al verme y alza el rostro para recibir mi beso. No quiero posponerlo más; este es un momento tan bueno como cualquier otro, así que me arrodillo ante ella y saco la cajita que llevo en el bolsillo y la abro. Alexandra abre los ojos y su boca forma una exclamación, aunque no llega a salir sonido de ella.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunto—. Ya sé que has estado casada y que no ha sido una buena experiencia, así que lo entenderé si me dices que no, pero tenía que pedírtelo porque... Joder, porque te adoro y quiero ser tu marido. Vale que no soy el novio perfecto ni el hombre perfecto... y tampoco seré el marido perfecto, claro, pero es que me gustaría mucho casarme contigo. Si tú quieres.

—¿Me vas a dejar contestar? No me dejas meter baza —protesta Alexandra.

—Oh. Perdona.

—Hablas demasiado, Dani.

–Sí, también.

Pero no parece enfadada para nada. No. Le brillan los ojos y tiene las mejillas arreboladas. Sonríe. Y espero su respuesta nervioso, impaciente y con temor. Podría decirme que no. Sería una desilusión, pero lo entendería.

–Nada me gustaría más que casarme contigo –contesta.

¡Ha dicho que sí! La beso y la achucho en mis brazos y ella ríe. Le pongo en anillo. Es la medida justa. Alexandra mira emocionada la pequeña joya. Luce en su dedo y brilla en sus ojos.

–Es precioso, Dani –murmura–. ¡Lo que voy a fardar casada con el bombero más guapo de París!

Nuestras familias se vuelven locas al saber que nos casamos. Más de lo que ya estaban. Mi abuela y mis tíos se han modernizado y ahora tienen ordenador con conexión a internet porque han visto que es muy cómodo hablar por él y vernos en la distancia, lo cual tiene su parte buena y su parte no tan buena. Aquí está mi abuela en conexión desde Asturias hablando con Alexandra y conmigo sobre la inminente boda. Queremos casarnos en Madrid este verano.

–¿Por lo civil? –nos espeta, no muy contenta al saber que no habrá boda religiosa.

–Sí, abuela –digo–. Queremos algo sencillo con la familia y los amigos más íntimos.

–Por lo civil.

–Sí.

Resopla.

–Claro, si Alex se casó por la iglesia con aquel impresentable...

–No, abuela –replica Alexandra, cándida e inocente como ella sola, metiendo la pata hasta el cuello sin darse cuenta–. Me casé por lo civil.

–Entonces no hay motivo por el que no podáis casaros como Dios manda –refunfuña mi abuela–. Puedo hablar con Román, el cura, y pedir fecha. Seguro que tiene hueco. ¡Si ya nadie va a la iglesia! Podríais casaros aquí, en la parroquia. ¿No os gustaría? Es un sitio muy bonito y está al lado del mar. Y si la boda va a ser pequeña, los invitados pueden alojarse en la casa rural.

Alexandra y yo intercambiamos una mirada. La abuela parece tan ilusionada... ¿A que nos lía?

–Pero entonces todo el mundo tendría que trasladarse a Asturias, abuela – objeto.

–¿Y cuál es el problema? ¡Ponéis un autobús, que tampoco va a haber tanta gente!

Alexandra sonríe.

–A mí no me parece mala idea –dice.

Capítulo 51

Alexandra

—¡Deja que te diseñe yo el vestido! —me dice Maggie en cuanto le doy la noticia de que nos casamos. En Asturias y por la iglesia. Al final la abuela nos convenció, aunque tampoco tuvo que esforzarse mucho.

—No sé, Maggie —digo—. Tú haces parecer discreta a Ágata Ruiz de la Prada.

—¡Pero bueno! ¿De qué vas? —protesta, dándome un puñetazo en el brazo. Y a continuación olvida que tiene que fingir indignación y sigue hablando—: Te haré el vestido más bonito que haya llevado nunca cualquier novia. Tú me dices más o menos cómo lo quieres y yo hago el resto. ¿Qué me dices?

—Que me das mucho miedo, Maggie.

—Será espectacular, atrevido. Venga, no seas sosa. Lánzate a la aventura, Alex. Ya te casaste en plan tradicional con el innombrable. Arriésgate esta vez, que siempre llevas el moño prieto. ¡Suéltatelo! Si luego no te gusta, cosa altamente improbable, te compras uno y ya está. Te prometo que no me lo tomaré a mal.

Marie se encoge de hombros.

—Sería un vestido de Maggie McLeod —dice por toda explicación—. No todas las novias pueden llevar uno.

—Pues yo seré la primera —digo.

Maggie me abraza.

—No te arrepentirás —dice entusiasmada—. Haré varios bocetos y así podrás elegir el que más te guste. Le haré los cambios que quieras; no te preocupes. Eso sí: olvídate de lo de siempre. Nada de ir de novia modosita.

De modosita ya vas en el ballet. Será soberbio. ¡Magnífico! Ahora mismo me pongo a trabajar.

Desaparece en su habitación, dejándonos solas a Marie y a mí.

—Cualquier cosa puede pasar —dice Marie.

Días más tarde, las dos vienen a casa con los bocetos después de asegurarse de que Daniel no va a estar. El vestido de novia es casi un secreto de estado. El novio no debe saber ni el tejido que lleva. De eso se encarga Maggie, que me ha hecho prometer que no le daré a Daniel ni una mísera pista. Claro, que tampoco es que yo sepa mucho sobre lo que pretende hacer como para podérselo contar a nadie. Pero estoy a punto de descubrir el secreto. Hasta Marie, que tenía sus dudas, trae cara de satisfacción. Les digo que voy a preparar café, pero ellas dicen que lo deje para después. Lo primero es lo primero. De modo que nos sentamos en el sofá. Yo en el medio.

—¿Preparada? —me pregunta Maggie.

Abre la carpeta con los bocetos sin esperar mi respuesta y me enseña la primera lámina. La segunda. La tercera... Son todos preciosos. Ajustados. Vaporosos. Cortos. Largos. Manga larga, de encaje. Tirantes. Escotes... Maggie dice que puede combinarlos y poner el cuerpo de uno con la falda del otro o cualquier otra cosa que yo quiera. Puede hacer cualquier cambio. Y ha traído láminas en blanco para ello. Es difícil escoger. ¿Podría ser esta falda sin tanta cola y menos vaporosa? ¿Y este escote pero con tirantes en lugar de manga corta? En pocos minutos, Maggie ha dibujado un nuevo vestido con lo que más me ha gustado de cada uno. Y me encanta. Cuando se van, me quedo con la impresión de que Maggie sabe algo que los demás ni intuimos y piensa dar la campanada.

—Conociéndola, es capaz de hacerte un vestido transparente —dice Daniel riendo.

Llegan las pruebas. Maggie ha confeccionado el vestido en un tejido de algodón corriente solo para ver las medidas y cómo me queda. Dice que antes de meterse en harina hay que hacer pruebas. Piensa encargarse hasta

de los zapatos, que irán a juego con el vestido y, según ella, yo no tengo que preocuparme de nada.

—Que tú le hagas el vestido es motivo de preocupación suficiente —la pincha Marie con una risita a la que Maggie responde con uno de sus ceños.

—Cuando tú te cases, me suplicarás que diseñe tu vestido de novia —le dice Maggie a Marie—. Y ya veremos si lo hago.

—Chicas, no... ¡Ay! —Maggie acaba de pincharme en el trasero con un alfiler—. ¡Lo has hecho a propósito!

—¡Claro que no! —protesta ella—. La culpa es tuya por haberte movido. Estate quieta.

Cuando Maggie acaba de hacer los ajustes necesarios, me veo tan bonita que creo que podría casarme con este mismo vestido de prueba.

—Aún no has visto nada —dice Maggie, leyéndome el pensamiento—. A todo esto, no te he comentado que Remi piensa echarme una mano en alguna cosilla.

Lo de que Remi va a «echar una mano en alguna cosilla» me quita el sueño. A Daniel, en cambio, le hace mucha gracia.

—Lo más seguro es que te haga un chal de plumas o algo así —vaticina—. O un tocado estrafalario. O un sombrero taaaan grande que podremos usarlo de sombrilla.

—No me tranquilizas precisamente, Dani.

Él me da un beso y me acoge en sus brazos.

—No te preocupes, patito. Seguro que haga lo que haga ese par, estarás preciosa.

Daniel va a llevar un traje azul marino, sobrio y sencillo, con una camisa blanca. No lo he visto y no lo veré hasta el día de la boda, pero seguro que está guapísimo con él. Y sin él. Los preparativos en la distancia son complicados, pero nuestras familias colaboran de buen grado. No les importa la pequeña incomodidad de trasladarse a Asturias. La única que ha puesto pegas ha sido Claudia, no por la boda en sí, sino por tener que ir por la campiña asturiana subida en sus taconazos.

—Seguro que va haciendo agujeros por la tierra —se mofa Daniel—. Como se le rompa un tacón y tenga que ponerse unas alpargatas va a haber que llevarla a urgencias del parraque que le va a dar. Igual es conveniente tener a mano un termo de tila bien cargada.

Sofía, después de que nos hayamos puesto al corriente sobre los acontecimientos de los dos últimos días, me enseña su vestido vía Skype. Es azul intenso y negro, con cierto aire rockabilly. Dice que Marcos irá elegante pero informal. Y me pregunta por mi misterioso vestido.

—Maggie está en ello —le digo—. Y parece ser que Remi va a poner su granito de arena.

Ella se ríe.

—Será genial, ya verás —dice.

—¿Tú sabes algo que yo no sé?

—Podría ser...

—Sofía, dímelo, que me tienen en ascuas.

—Oh, perdona, Alex, tengo que irme.

—¡Sofía!

—Lo siento, casi cuñada. Otro día hablamos. Ahora no puedo; tengo mucha prisa. Chao.

Y corta la comunicación. Mi madre por su parte me dice que esté tranquila, que todo va viento en popa y que va a ser una boda maravillosa, que la comida estará buenísima, que hará buen tiempo y que está segura de que cuando vea el vestido Maggie McLeod no querré quitármelo. Daniel empieza a llamarlo el Dressgate. Da una mezcla de emoción y pavor.

La boda se acerca y yo estoy nerviosísima. Es una suerte que haya terminado la temporada de ballet porque no me veo capaz de dar dos pasos seguidos sin tropezar debido a los nervios. Daniel sigue apagando fuegos y rescatando mininos, feliz de la vida y emocionado por el enlace. La campaña de publicidad para la que modeló fue un éxito. Contarán con él en un futuro. Y mientras tanto, su imagen semidesnuda y su rostro fresco y sonriente llena las revistas y algún que otro cartel publicitario.

Mi vestido está listo. El Dressgate está a punto de resolverse. Marie, Maggie y Remi vuelven a casa aprovechando que Daniel no está. En realidad sí estaba, pero antes de venir le han invitado amablemente a dar una vuelta por París, así que ha quedado con unos amigos. Llegan con una torre de cajas. Una enorme, en la que resulta obvio que viene mi vestido, y otras cuatro más pequeñas, una de las cuales contiene sin lugar a dudas los

zapatos. En cuanto a las otras tres, no tengo ni idea de lo que pueden esconder. Vamos a nuestra habitación y las dejan sobre la cama.

—Primero esta —dice Maggie—. Es tu vestido.

Voy a quitar la cinta que mantiene cerrada la caja, deseando verlo, pero Maggie me detiene cogiéndome las manos.

—Si no te gusta, dímelo —me dice—. No me ofenderé. Te lo digo en serio.

—¿Cómo no va a gustarme, Maggie?

—Le va a encantar —dice Marie, que casi da saltitos de impaciencia.

Maggie parece tímida por primera vez en la vida. Supongo que ella está tan expectante como yo. Yo quiero ver qué sorpresa guarda la caja. Ella quiere ver mi reacción. Y por nada del mundo voy a decirle que no me gusta su vestido aunque ese fuera el caso. Suelto el lazo, levanto la tapa y aspiro aire de golpe. Miro el vestido con la boca abierta. Es...

—Es precioso... —balbuceo, sacándolo de la caja. Me lo pongo por delante—. Oh, Dios mío... ¡Es precioso!

Es granate. Como el vino. De seda. Solo unos cristalitos del mismo color de la tela adornan la parte superior del escote en pico, sugerente y atrevido. La falda tiene mucho vuelo, pero es ligera y la cola apenas está. Tiene un poco, pero no la iré arrastrando.

—Es precioso —repito emocionada—. ¡Oh, Maggie, muchas gracias!

La abrazo. Es el vestido más bonito que ha hecho, y no lo digo porque sea para mí. Los tres celebran que me guste, aunque Marie y Remi estaban convencidos de que me iba a gustar.

—Vamos, abre el resto de las cajas —me apremia Marie.

Dejo el vestido sobre la cama, que alguno de ellos ha despejado sin que me diera cuenta, y me tiende la segunda caja más grande. Es una chaqueta de pelo del mismo tono granate que el vestido. Aunque es tan suave que parece pelo auténtico, no lo es.

—De peluche —dice Maggie—. Por si hace frío.

Tras ella viene la de los zapatos que compré. Maggie me los pidió para forrarlos con la tela del vestido. Y forrados vienen. No sé cómo lo han hecho, pero parece que los haya comprado así. El blanco roto de toda la vida se ha transformado en un vivo granate.

—Y ahora vienen las creaciones de Remi —anuncia Maggie.

Marie imita el sonido de una caja que anuncia un gran número circense. Más difícil todavía.

—Espero que te gusten, querida —me dice Remi—. Los he creado especialmente para ti.

—Claro que me gustarán, Remi —digo.

—Pero si no es así, no pasa nada. Estoy acostumbrado a que a tu futuro marido no le guste nada de lo que hago —añade indignado.

Las chicas ríen. Por el tamaño de las cajas que quedan, descarto lo del sombrero. Abro la más pequeña. ¡Pero si es un tocado para el pelo! Un tocado de plumas granates con elementos morados y blancos que resulta muy discreto para haberlo hecho el diseñador más loco de toda Francia. No es el tocado habitual para una novia, pero tampoco llega a ser extravagante. En realidad es muy fino. Diferente. Me lo pongo para ver qué efecto hace y me gusta lo que veo en el espejo. Es único. Como el vestido.

—Y ahora sí que vas a alucinar —dice Marie cuando me dispongo a abrir la última caja.

Es el ramo. A juego con el tocado, pero con flores que van de lilas a moradas, con algunas blancas. Cuando me puse en sus manos para que me sorprendieran con sus diseños no esperaba algo así. Y, como ha dicho Marie, alucino. Cojo el ramo en las manos para admirarlo y no necesito decir cuánto me gusta.

—¿A qué esperas? ¡Pruébate el vestido! —me apremia Remi.

Cuando comienzo a quitarme la ropa que llevo puesta, Maggie ordena a Remi que se dé la vuelta.

—¡Pero si a mí me da igual verle las tetas a una mujer! —protesta girándose para no verme.

—Pero a ella no le da igual que se las veas —replica Maggie.

Me pongo los zapatos y el vestido, que se ajusta perfectamente a mi cuerpo. No llevo sujetador, dado que la espalda queda descubierta, pero Maggie ha estado al detalle y mis senos quedan firmemente sujetos y recogidos por el propio vestido.

—Ya puedes mirar, Remi —dice Marie.

—¡Estás espectacular, querida! —exclama al verme—. Realmente espectacular. ¡Qué belleza!

Me coge una mano y me hace girar sobre mí misma para verme bien. Marie me recoge el pelo a su aire para ponerme el tocado y por último me dan el ramo de flores. No hay que retocar nada del vestido. Las medidas son exactas. Se me quedan mirando los tres.

—Muchas gracias —les digo—. A los tres. Es... No tengo palabras. Me encanta...

—Ahora no te emociones, tonta —dice Maggie.

Es el traje de novia más bonito del mundo. Los invito a cenar y ellos aceptan. Es lo menos que puedo hacer. Le digo a Maggie que llame a Sean para que venga también, si puede. Los cuatro están invitados a la boda, por supuesto. Nunca han estado en España y están deseando conocer nuevos aires, nuevas tierras. Remi va a causar sensación. Espero que baile con Claudia. Será divertido.

Los días previos a la partida son ajetreados. Estoy nerviosa; tengo miedo a olvidarme de algo.

—Si llevas el vestido y llevas al novio, ya lo tienes todo —dice Daniel, a quien le han dado los correspondientes días de permiso en el trabajo.

Nos presentamos en el aeropuerto todos juntos: Marie, Maggie, Sean, Remi, Daniel y yo. Remi se queja del ajetreo de los coches, los taxis, el ruido y el gentío. El estrés no es bueno. Y apenas ha dormido. Tiene ojeras. No puede ir a la boda con esas ojeras espantosas.

—No te preocupes, Remi, seguro que mi hermana tiene un corrector —le tranquilizo.

—Te recuerdo que la que tiene que estar radiante en la boda es la novia —dice Marie.

—Y lo está —replica Sean.

—¿Y yo qué? —dice Daniel—. ¿Qué pasa con el novio?

—Tú con que te afeites y te peines ya estás listo —dice Maggie.

—¿Cómo es ese pueblo tuyo? —le pregunta Remi a Daniel.

—A ver, Remi, glamour poco. Hay gallos, gallinas y caca de vaca —es la contestación que recibe.

—¡Oh!

El «oh» de Remi es un chillido escandalizado. Pone cara de horrorizado estupor y por un momento temo que diga que se queda en París.

—Pero también hay una playa estupenda, montañas y buena gente —añade Daniel—. Y conocerás a nuestras familias. Lo pasarás bien, ya lo verás.

Capítulo 52

Daniel

Llegamos a Madrid, donde pasamos la noche repartidos entre la casa de Alexandra y la mía, y al día siguiente salimos en autocar con nuestras familias con destino a Castañeras. Maggie practica español con todo el mundo, Marie y Remi se las apañan en francés y Sean, en inglés. Remi y Roberto el arquitecto no hacen buenas migas. Lo que le sobra al uno le falta al otro y en cuanto a salero, Remi se llevó todo el bote.

–¿Pero este figura quién es? –sisea Claudia.

–Un amigo mío –contesto.

–¿Por qué no me sorprende?

Rodrigo y los demás *strippers* también vienen, que para eso son también amigos míos. Y por lo demás, solo está la familia más íntima, como queríamos. Tíos, primos, padres, hermanos y sus respectivas parejas. Alexandra y Sofía se han sentado juntas y van de charla como si hiciera siglos que no hablan cuando su última conversación data de anoche. Mis padres todavía no pueden creerse que vaya a casarme. Y mi abuela menos. Bueno, yo tampoco puedo creerme que vaya a casarme. Con Alexandra. La amiga de infancia de mi hermana, tan seria, tan responsable. Tan vieja para su edad... y tan niña. La *prima ballerina* que lleva zapatillas de unicornio, la que ha bailado en los mejores teatros y ha recogido huevos de gallina en el pueblo. Joder, cómo la quiero... Se vuelve hacia mí, despeinada, y me sonrío para seguir hablando un instante después con Sofía, que tiene algo interesantísimo que contarle sobre a saber qué.

El autobús llega a su destino y se monta el inevitable revuelo de gente y maletas. Remi mira a su alrededor absorto y maravillado.

—¡Qué paz! ¡Qué verde y qué bonito es todo! Y aire puro. ¡Fabuloso! Esto es otro mundo. ¡Me encanta!

—Él sí que es de otro mundo —masculla Claudia pasando junto a nosotros subida en sus tacones y arrastrando una maleta de al menos tres toneladas.

Mis tíos Justo y Lourdes y mi primo, que ha venido para la boda, se suman al alboroto. Con ellos viene mi abuela, a la que faltan brazos para achucharnos a todos. Como no podía ser de otra manera, ha hecho varios bizcochos y estamos todos invitados a merendar. Después la mayor parte de nosotros se irá al parador a dormir y otros se quedarán en casa de la abuela. A mí me mandan al parador. Hay que joderse. Que dicen que no puedo ver a la novia antes de la boda, y mucho menos acostarme con ella.

—¡Pero si me acuesto con ella todas las noches! —protesto.

—Bueno, pues esta no —replica mi abuela—. El novio no ve a la novia antes de la boda y punto. En esta casa se respetan las tradiciones.

—Sí, las que os convienen —digo, ganándome una buena colleja de la abuela.

Maggie se ríe y les cuenta a Marie, Sean y Remi lo que pasa, aunque estos ya intuyen por dónde van los tiros. Lo pasamos bien. Mostramos los alrededores a nuestros amigos y les presentamos a Cosme, que me recibe con su habitual retahíla de rebuznos, lo que hace reír a las chicas y a Sean y fascina a Remi, que alaba lo bien que me entiendo con el burro. No sé cómo tomarme eso, pero lo dejo correr. Alexandra le ha traído zanahorias con el beneplácito de la abuela. A Cosme le pirran las zanahorias y se las come en un santiamén.

—Mañana me caso con tu mejor amigo, Cosme —le dice Alexandra—. A ti también te traeremos un buen banquete.

Y entonces se me ocurre una idea. Es una idea de bombero, pero al fin y al cabo es lo que soy.

—¿Y si fueras a la iglesia montada en Cosme?

—¿Como en *Mamma Mía*? —pregunta ella, que no parece muy extrañada por la ocurrencia.

—Como en *Mamma Mía*.

A los demás no les parece mala idea. Al fin y al cabo es una boda rural. Alexandra acaricia a Cosme.

—¿Qué me dices, Cosme? ¿Te gustaría llevarme a la iglesia?

El borriquillo mueve las orejas.

—Dice que sí —digo, y cojo a Alexandra por la cintura para ponerla en el lomo de Cosme.

No es la primera vez que carga con ella y no extraña su peso ni su contacto. La iglesia no está lejos y para Cosme será un agradable paseo. Nuestra familia acoge con sorpresa y algo de incredulidad que el burrito tome parte en nuestra boda. Pensaba que la abuela iba a decir de todo, pero le parece de lo más razonable.

—¡Si son inseparables! ¿Cómo no va a estar el burro en la boda? —dice—. Y no le nombran padrino porque está el padre de Alex, que si no...

—Desheredo a mi hija como se le ocurra sustituirme por el burro. Hasta ahí podríamos llegar —dice Mateo.

Poco después alguien llama a la puerta. Algún vecino seguramente. El tío Justo va a abrir y vuelve con una visita inesperada: un hombre moreno y enjuto, alto y con aire tímido, como si no debiera estar aquí.

—¡Hostia, Gerardo! —exclamo levantándome del sofá para ir a abrazarlo—. ¡Cómo me alegro de verte!

Me emociona verlo. Fue un gran apoyo para mí cuando estuve en la cárcel. Él me da unas palmaditas en la espalda.

—No me digas que te has fugado —bromeo al separarnos.

—Me han dado el tercer grado. Estoy de permiso y he querido venir a verte y a darte la enhorabuena. Espero que no te importe que haya venido. Como me dijiste que te casabas...

—¡Qué me va a importar! —le interrumpo—. Al contrario. Y te quedas a la boda, faltaría más.

—Pero yo...

—Tú eres mi amigo —insisto—. Y te quedas.

—Por favor, quédate —interviene Alexandra acercándose—. A mí también me gustaría mucho que te quedaras.

—Pues no se hable más —dice un cortado Gerardo—. Encantado de conocerte al fin.

—Un placer.

Se dan los dos besos de rigor.

—Gracias por haber cuidado de Dani —dice Alexandra.

Nuestras familias lo acogen y mi abuela le ofrece un trozo del bizcocho que ha sobrado con un café con leche. No le ha costado nada encontrarme en el pueblo. Aquí nos conocemos todos y mañana en la iglesia además de

nuestros invitados estarán todos los vecinos. Mi abuela tuvo una gran idea al decir que nos casáramos aquí.

Me caso. Me caso dentro de nada. Ya voy camino de la iglesia, donde esperaré la llegada de Alexandra, que vendrá a paso de burro y nunca mejor dicho. Me gustaría ver esa estampa, pero me han dicho que de eso nada. Tendré que conformarme con las fotos y los vídeos. Estoy nervioso. Más que Remi antes de un desfile. Ayer pude tener un rato a solas con Alexandra antes de irme a dormir al parador. Manda huevos... Le dije que ella ya tenía experiencia en estos menesteres y ella contestó que no.

—Mañana es la primera vez que me caso, Dani —me dijo muy seria—. Mañana es el día de mi boda.

La espero en el altar. Se retrasa, como cualquier novia. Parte de la familia ya está instalada en los bancos. La otra parte viene con ella y seguro que Cosme la trae orgulloso, sintiéndose importante. Oigo un barullo en el exterior. Voces y un rebuzno feliz que despierta algunas risas y comentarios. Los invitados que faltaban entran apresuradamente. Hasta que ellos no estén sentados, Alexandra no puede entrar. El modesto órgano comienza a sonar, dándole paso. Por fin. Blanca y radiante viene la no... ¡Hostia! ¡Trae un vestido rojo! Joder, ¡qué guapa está! ¡Qué guapa! Su padre la trae del brazo y ella se acerca paso a paso con una sonrisa en los labios. Es la novia más preciosa que jamás he visto. Su piel blanca destaca en contraste con el color de su atrevido vestido. Había subestimado a Maggie. Y a Remi. Se han esmerado de veras. Aunque me gustaría igual si viniera con unos vaqueros viejos. Parece una reina. Llega a mi lado y me mira con esos ojazos azules y yo no me entero de nada de lo que dice el cura hasta que dice que somos marido y mujer y puedo besar a mi novia. A mi esposa. Y me pregunto cómo un día pude dejarla marchar, echarla de mi lado. Me pregunto cómo pude vivir sin ella.

Nos recibe una lluvia de arroz, de felicitaciones. Por suerte, el tiempo nos acompaña y podemos comer en la terraza al aire libre bajo la sombra de unas pérgolas. Comemos, bebemos y bailamos. Gerardo se siente un poco fuera de lugar, entre extraño y aturdido. Después de los años que ha pasado en prisión debido a un atraco con mala suerte en el que resultó herida una persona, aún no se ha acostumbrado a salir en libertad. Y además, debemos

de parecerle una familia de locos. Sofía lo saca a bailar y no admite un no por respuesta. Alexandra baila con Remi y yo con Claudia, que parece un palo de escoba. La orquesta es un poco ecléctica y lo mismo toca un tema lento que la giga irlandesa que les pide Sean. La celebración es informal, desmadrada y divertida. Mi abuela disfruta como una jovencita y Marie se queda pasmada con el ramo que Alexandra acaba de lanzar en las manos. Es la siguiente, según la tradición y según mi abuela, así que tendrá que ir buscando a alguien con quien casarse. A lo mejor lo encuentra aquí.

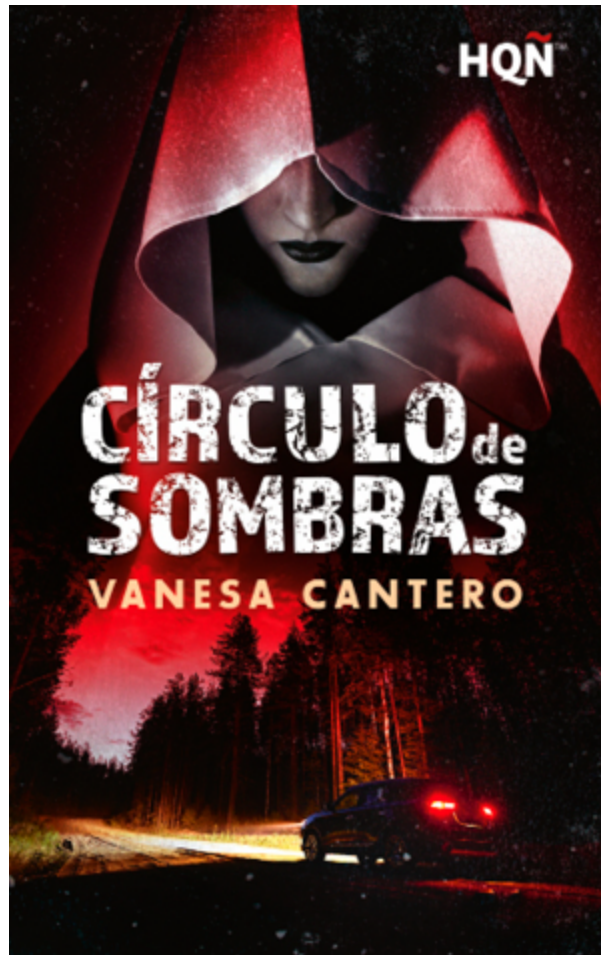
Llega la noche. La fiesta va llegando a su fin. Nuestras familias y amigos se retiran a descansar y Alexandra y yo vamos a dar un paseo por la playa antes de ir a acostarnos. Los dos solos a la luz de la luna, con el arrullo del mar como música de fondo. Los dos entrelazados, pegados el uno al otro. Y nos besamos, abrazados, bajo las estrellas.

Agradecimientos

Mil gracias a Nacho Granda Ordóñez por su inestimable ayuda con el francés y por realizar las correcciones y los cambios necesarios para mejorar el texto. Cualquier error es mío y solo mío.

Gracias a ti, lectora (o lector), que tienes este libro en tus manos. Espero que hayas disfrutado leyendo esta historia tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de

verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde? "Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Affaire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás,

así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

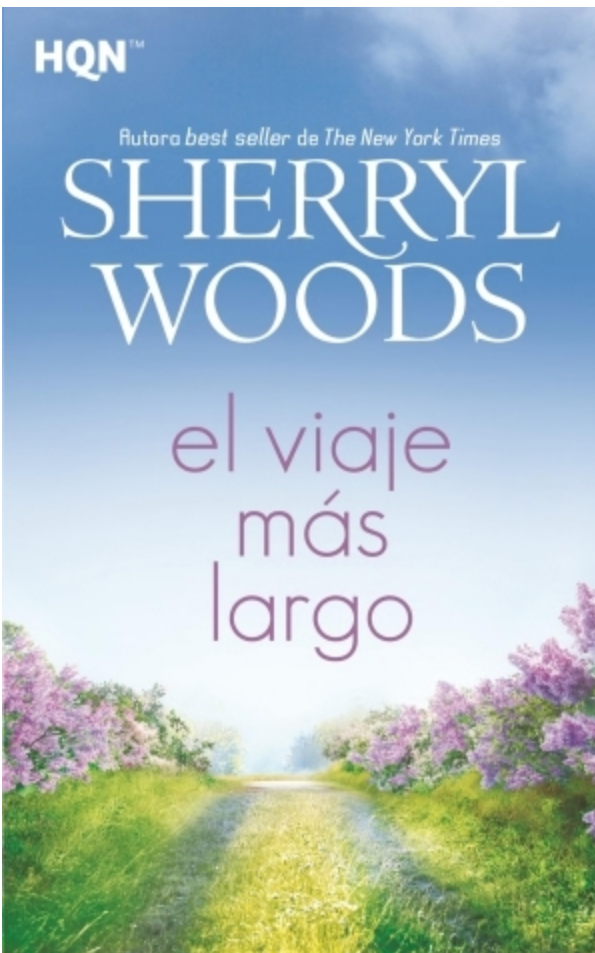
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera.

Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella

volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus

encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)